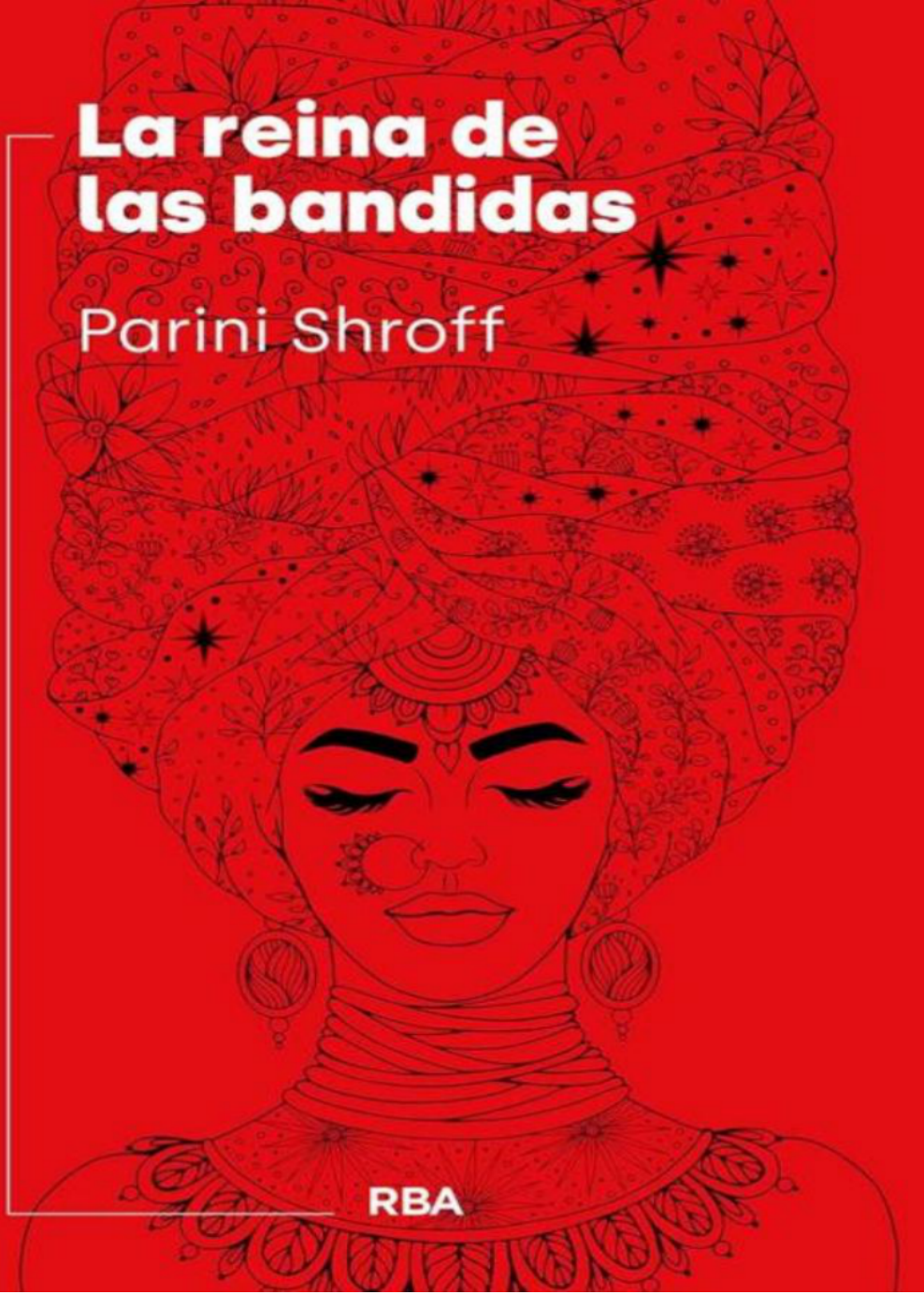
La reina de las bandidas

Parini Shroff



RBA

La reina de las bandidas

Parini Shroff

Traducción de Victoria Marcé

RBA

Título original inglés:: *The Bandit Queens*.

© del texto: Parini Shroff, 2023.
© de la traducción: Victoria Marcé, 2024.
© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S.L.U., 2024.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

Primera edición: mayo de 2024.

REF.: OBDO328
ISBN: 978-84-1132-871-5

AURA DIGIT • COMPOSICIÓN DIGITAL

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, **www.cedro.org**) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (**www.conlicencia.com**; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

ÍNDICE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22

23

24

25

26

27

28

29

30

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

PARA ARTHUR, MI GUÍA: NEVADA-1-2-1-PAPA-PAPA

1

Las mujeres estaban discutiendo, pues el prestamista llegaría en pocas horas y aún faltaban doscientas rupias. Mejor dicho, faltaban Farah y sus doscientas rupias. Las otras cuatro mujeres del grupo de crédito se habían reunido, como cada martes, para aportar sus respectivos fondos.

—¿Dónde está? —preguntó Geeta.

En lugar de responder, las demás comenzaron a cotillear sobre cuándo y dónde habían visto a Farah con el objetivo de establecer una secuencia de hechos que, a oídos de Geeta, no coincidían. Saloni, una mujer cuya capacidad para comer solo era superada por su malicia, echaba cada vez más leña al fuego.

—Esta no es la primera vez que sucede —dijo Priya.

—Y sabéis que no será la última —añadió Saloni.

Cuando Preity mencionó que estaba casi segura de haber visto a Farah comprando hachís, Geeta pensó que era mejor empujarlas hacia asuntos más prosaicos.

—A Varun no le gustará esto.

—Bueno, ahora sabemos dónde va a parar su dinero —comentó Priya.

—¡Qué musulmana más devota! —Saloni resopló de forma sutil para una mujer de su tamaño. Últimamente había estado tratando de aumentar de peso como prueba de su estatus en la comunidad y eso, sumado a su increíble talento para hostigar, le daba una apariencia que le iba bien. Sin embargo, Geeta conocía a Saloni y a su familia desde pequeña —cuando reinaba en el patio de la escuela en vez de en el grupo de crédito— y sabía bien que esa corpulencia se debía más a la traición de la genética al llegar a los treinta que a una elegante marca de riqueza; algo irónico considerando que había vivido sus primeros diecinueve años desnutrida y delgada como una hoja de

papel, e igual de cortante. De todas maneras, había logrado casarse bien y se había transformado en una mujer deslumbrante que había recuperado la figura esbelta después de tener al primer hijo, pero que no había conseguido lo mismo tras el segundo.

Geeta, con interés clínico, las escuchó mientras cotilleaban y observó cómo cada una contribuía con sus comentarios, y luego se puso a pensar en que esa era la manera en que debían haber murmurado sobre ella tras la desaparición de Ramesh —una mujer deshonrada y «manchada»—, para luego callarse cuando ella se acercaba y esbozar unas sonrisas compasivas tan sinceras como las promesas de los políticos. No obstante, en ese momento, cinco años después de que su marido se hubiera ido, y gracias a la ausencia de Farah, vio que, en lugar de ser rechazada, estaba dentro del redil. Era un honor algo dudoso.

Comenzó a tocarse la oreja. Cuando todavía usaba pendientes, solía comprobar que la rosca estuviera en su lugar; además, el pinchazo agudo pero inocuo del palillo le resultaba reconfortante. Ese hábito persistió incluso después de que su marido se hubiera esfumado y ella dejara de usar joyas por completo: ya no llevaba arete en la nariz, brazaletes ni pendientes.

Geeta, cansada del cotilleo y de las conjeturas sobre la deserción de Farah, las interrumpió:

—Si cada una pone cincuenta más, podremos darle a Varun la suma completa.

Eso captó la atención de las allí presentes y la habitación quedó en silencio. Geeta oyó el débil zumbido del ventilador removiendo el aire, cuyo motor, que se movía en círculos cerrados, parecía un pequeño aro de hula-hoop. Las aspas eran puramente decorativas, ya que el calor seguía siendo denso e implacable. El aparato colgaba de un fuerte cable que Ramesh había colocado en su antigua casa en los primeros tiempos de su matrimonio, por lo que, cuando él se había tambaleado en la escalera, no había habido problemas en que ella se riera de ello; él incluso había reído también. La ira no se había apoderado de su marido hasta el segundo año juntos, después de que los padres de ella fallecieran. Cuando se vio obligada a mudarse a esa

casa más pequeña, ella misma colgó el cable.

Una lagartija subió en diagonal por la pared a toda velocidad y se escondió a la sombra del dintel. Su madre solía decirle que no debía tenerles miedo, ya que traían buena suerte. Geeta deseó que cayera encima de alguna de las mujeres, preferiblemente encima de Saloni, quien temía a todos los animales excepto, de forma inexplicable, a las arañas. Las otras dos —las hermanas Priya y Preity— no eran amables ni crueles, pero sí obedecían a su líder. Ella las comprendía, porque alguna vez también había seguido las órdenes de la mujer.

—De ninguna manera. Es problema de Farah —contestó Saloni.

Geeta se quedó mirando hacia la pared oscura, anhelando que la lagartija hiciera lo que ella esperaba, pero no ocurrió nada.

—No, es problema de todas —objetó—. Si no pagamos, el próximo año Varun no nos dará otro préstamo.

Los rostros de las mujeres se volvieron sombríos, pues era sabido que el centro otorgaba préstamos a grupos, no a individuos. Entonces se produjo una metamorfosis colectiva: de deslenguadas a mártires, todas comenzaron a dar excusas y a competir sin un juez que indicara quién era la parte más perjudicada.

—Yo debo comprar los libros escolares, que cada vez son más costosos. —Saloni apretó los labios—. ¡Pero es una bendición tan grande ser madre!

—Nosotros acabamos de comprar otro búfalo. ¡Mis hijos beben tanta leche! Siempre les digo: «Si tenéis sed, bebed agua». —Preity tosió—. Aun así, me dan mucha felicidad.

—Mi niño necesita medicamentos para la infección en el oído. ¡Se pasa el día llorando! —exclamó Priya, quien luego se apresuró a añadir—: Pero no hay mayor alegría que un hijo.

—La dicha de ser madres —murmuraron.

—Qué privilegio, ¿no?

Preity y Priya eran gemelas y en otros tiempos habían sido idénticas; sin embargo, en la actualidad las cicatrices en el rostro y el cuello de Preity brillaban mientras asentía con la cabeza.

—¿Qué dices tú, Geeta? —preguntó Saloni. Los brazos de la mujer eran anchos y rollizos en la parte superior, lo que hacía que las

mangas del sari se vieran tensas, pero luego estos recuperaban la juventud de forma abrupta en los codos y antebrazos. Las dos partes podrían perfectamente pertenecer a personas distintas.

—Bueno, yo no tengo el privilegio de ser madre —respondió Geeta cuando las mujeres se quedaron sin excusas. Su voz sonaba paciente, pero tenía una sonrisa despiadada—. Por otro lado, sí tengo la dicha de poder dormir y disfrutar el dinero. —Ninguna rio, sino que se pusieron a observar el techo, el ventilador y la puerta e, incluso, a mirarse unas a otras; es decir, cualquier cosa excepto a Geeta. Hacía tiempo que ella había abandonado la idea de que se necesitaba el contacto visual para ser vista y se había acostumbrado a que los demás se sintieran incómodos a su alrededor, más que nada porque no les gustaba que les recordaran que daban por sentado aquello que ella había perdido, a pesar de que Geeta ya no sintiera que Ramesh le hubiera quitado nada al irse. Había momentos en que deseaba decirles a esas mujeres que podían quedarse con sus maridos chupasangres, que no las envidiaba para nada y que no deseaba ni la más mínima parte de sus complicadas y miserables vidas. Si bien era verdad que no tenía amigas, sí disfrutaba de libertad. En ese instante, otra lagartija pasó a toda velocidad por la pared. Geeta apreciaba la suerte como cualquier otro, pero no quería dos lagartijas en su hogar, pues se decía que, si uno las veía aparearse, se encontraría con un viejo amigo; en cambio, si se peleaban, también pasaría eso con alguien querido.

»Yo pagaré —les dijo mientras iba a buscar la escoba de paja que estaba en un rincón—. No tengo hijos, marido ni búfalo. —Una vez allí, pasó las cerdas endurecidas de la escoba por el techo, pero, como eso no logró ahuyentar a las lagartijas, dio dos golpes en la pared. Alguien dio un grito ahogado al oírlos, y Geeta vio que Priya se escondió detrás del cuerpo robusto de Saloni, como si ella fuera una amenaza, algo que coincidía con lo que muchos asumían que era: una *churel* que, según quién cotilleara, devoraba niños, provocaba la esterilidad en las mujeres o volvía impotentes a los hombres. Que una mujer tuviera que morir para poder regresar como *churel* poco importaba para detener los rumores del pueblo.

Saloni se secó el labio superior con el dorso de la muñeca, pero el

sudor volvió a aparecer enseguida. Acto seguido, miró a Geeta, y esta pudo recordarla con facilidad a los catorce años: esbelta y altiva, montada en la bicicleta con la cadera que sobresalía del asiento, lo que provocaba suspiros en los muchachos.

La lagartija finalmente cayó —no en el rostro desdeñoso de Saloni, por desgracia— y trató de orientarse. Un instante después, Geeta golpeó el suelo con la escoba para que se dirigiera hacia la puerta abierta.

—Entonces estamos de acuerdo —dijo Saloni—. Tú, Geeta, pondrás el dinero que falta. Y después arreglarás las cuentas con Farah. —Era una afirmación, no una pregunta.

Con el opresivo sello de aprobación de Saloni, las otras no osaron protestar. El peso de esa mujer en la sociedad hacía juego con el de su físico. Su suegro era el jefe del *panchayat*, el consejo de la aldea, y, por eso, cuando cinco años atrás el gobierno les había exigido que revisaran el sistema de reservas y eligieran a una mujer para ocupar uno de los cinco puestos del consejo, ella fue la opción obvia. De hecho, lo habitual era que esas reuniones por el préstamo se llevaran a cabo en su casa, pero esa semana habían elegido la casa vacía de Geeta por razones que nadie se había molestado en explicarle.

Las gemelas miraron a Geeta con recelo, como si fuese Kali, la diosa de la muerte, y la escoba fuese una hoz. Geeta sabía que estaban pensando en Ramesh y en qué habría sido de él a manos de ella. De repente, dejó de formar parte de la manada; las mujeres evitaron mirarla y tocarla mientras le entregaban el dinero antes de marcharse. Saloni fue la única que la miró a los ojos y Geeta pensó que era una forma de reconocimiento, a pesar del desdén con que lo había hecho. Aunque negativa, al menos era una respuesta al espacio que ella ocupaba en el mundo, en la aldea, en esa comunidad.

Cuando las tres salieron, Geeta cerró dando un portazo.

—No, no. Gracias a vosotras —murmuró para sí misma de manera efusiva.

Farah apareció esa noche, asustada y muy desanimada. Llevaba un calabacín a modo de regalo y tenía el ojo izquierdo tan hinchado que no podía abrirlo; parecía un pistilo apretado en medio de una flor

púrpura. Geeta se propuso no mirarla fijamente mientras le extendía el brazo para ofrecerle la hortaliza larga y verde.

—¿Qué es esto?

Farah agitó el calabacín hasta que Geeta lo tomó y respondió:

—No es correcto aparecer en la casa de alguien con las manos vacías; todo el mundo lo sabe. Saloni fue a verme y me comentó que tú habías pagado mi parte, así que deseaba agradecértelo. También me explicó que debería acordar contigo algún tipo de interés por…

—Saloni es una perra —dijo Geeta, y Farah pestañeó varias veces sorprendida por esas palabras—. Solo tengo una pregunta.

Aunque era consciente de que lo indicado era invitar a la mujer a entrar, se apoyó en el marco de la puerta y comenzó a golpear un extremo del calabacín contra la palma como si fuese una porra.

—Te pagaré tan pronto como… —comenzó a decir Farah moviéndose con nerviosismo.

—Navratri fue hace poco, así que habrás tenido varios pedidos de vestidos nuevos —apuntó Geeta, y la otra, con la cabeza gacha, asintió —. Y las dos sabemos quién le hizo eso a tu rostro.

—No me estás haciendo ninguna pregunta. —Farah se llevó las manos a los codos opuestos, lo que hizo que su espalda se encorvara aún más.

—¿Qué harás cuando él vuelva a quitarte el dinero?

La mujer cerró los ojos y respondió:

—No lo sé.

—¿Para qué lo usará él?

—Karem —suspiró Farah.

Geeta conocía a Karem, y su marido también. Ese hombre se dedicaba a vender la bisutería increíblemente fea de su esposa muerta en una pequeña tienda, algo que no dejaba muchas ganancias. No obstante, lo que obtenía de la venta de licor ilegal alcanzaba para alimentar a toda la camada de hijos.

—Si algunas de las otras mujeres se quejaran a sus maridos, tal vez ellos se podrían enfrentar al tuyo.

—¡No! —Las cejas gruesas de Farah se elevaron y el ojo sano se abrió aún más por el miedo, lo que hizo que el otro, hinchado,

pareciera todavía más pequeño. La imagen era tan perturbadora que Geeta decidió enfocar la mirada en las clavículas de la mujer—. No, por favor —repitió—. Se enfadará mucho. De todos modos, no creo que puedas convencer a las demás; no les gusto mucho.

Eso sorprendió a Geeta, que pensaba que ella era la única marginada del grupo de crédito. Tras dar un suspiro, preguntó:

—¿No puedes esconder un poco de dinero fuera de casa? ¿O mentirle sobre lo que estás haciendo?

—Pensé en eso la semana pasada, cuando perdí los otros pagos. —Farah tragó, lo que hizo que la nuez de la garganta retrocediera y volviera a su lugar. Luego se señaló el labio partido—. Pero él se enteró. —Entonces se acercó un poco y preguntó—: ¿Puedo pasar?

—¿Para qué? —quiso saber Geeta mientras se hacía a un lado para dejarla entrar. Farah se quitó las sandalias y la dueña de la casa observó cómo los omóplatos de la mujer, que sobresalían de la delgada blusa, parecían alas a punto de desplegarse. No le ofreció asiento ni un vaso de agua, porque, si bien a un invitado había que tratarlo como a los dioses, no consideraba a Farah como tal. Además, pese a que iba al templo tres veces al año, Geeta no era tan devota como su madre.

Las dos mujeres quedaron de pie en medio de la única habitación de la casa. De pronto, Farah se acercó y Geeta, alarmada, dio un paso atrás, pues le molestó esa libertad de considerarla una especie de confidente. No eran amigas; ella había completado el pago por necesidad, no por amabilidad. No obstante, Farah se había aferrado a ese gesto con la desesperación de un perro abandonado.

En ese momento, Geeta quiso decirle que tuviera un poco de orgullo y se recompusiera, porque había muchas personas como su marido esperando para quitarle hasta lo más mínimo. No era típico de Geeta meterse en asuntos ajenos ni dar consejos, pues eso significaría que le importaba y, en realidad, la apatía era su mantra.

Pero, entonces, Farah dijo:

—Tú… Tú debes recordar lo duro que es. Ramesh iba todo el tiempo a lo de Karem antes de…

Eso hizo que cualquier deseo que Geeta tuviera de darle un consejo

desapareciera. Luego, gracias a un poco de tacto tardío, Farah se calló, pero el daño ya estaba hecho, y evitar el tema le pareció cobarde. Los varios finales posibles a la oración inacabada quedaron dando vueltas por la tensa habitación; eran ecos de los cotilleos que habían invadido la aldea cuando Ramesh había desaparecido. «Antes de que le pusiera vidrio molido en la comida; antes de que le chupara toda la sangre con los colmillos; antes de que lo cortara en trocitos y se lo diera a los perros».

—Sí —contestó Geeta finalmente—. Antes.

Era hora de que Farah se marchara y Geeta no veía el momento de cerrar la puerta al ojo hinchado y juzgador y a la supuesta camaradería de la mujer, quien, sin embargo, continuó:

—Necesito tu ayuda. Un favor.

Fue un movimiento audaz que sorprendió a Geeta, pero que también, a regañadientes, le inspiró un poco de respeto.

—Quieres un poco más, ¿eh? Pues no tengo dinero para prestarte.

—No; es que creo que sé cómo detenerlo.

—Bueno, entonces hazlo, así puedes devolverme lo que me debes. —Geeta comenzó a empujar a la visita indeseada hacia la puerta, tal como había hecho antes con la lagartija, excepto que a la mujer no le golpeó los talones agrietados con una escoba.

—¡No, espera! —Farah la esquivó y entró aún más en la habitación. Geeta suspiró, y la otra mujer continuó—: Tú detuviste a Ramesh. Él bebía y te golpeaba, lo sé. Todos lo vimos.

—Todos lo vieron —repitió Geeta—. Pero nadie hizo nada.

—Era un asunto familiar —dijo Farah con la mirada baja, otra vez con timidez.

Geeta asintió con la cabeza.

—Sí, y esto también lo es. Buena suerte, Farahben. —El sufijo de respeto que significaba «hermana» no era necesario, ya que ella era mayor, pero se sintió cómoda con la distancia que creaba.

—¡Solo quiero que me enseñes! —estalló Farah cuando la otra cogió el pomo de la puerta de entrada. Estaba más alterada de lo que Geeta nunca la había visto y su ojo bueno se movía frenéticamente—. Puedo detener a Samir; solo necesito que me expliques cómo lo hiciste y

lograste salirte con la tuya.

—Con «detenerlo» te refieres a…

—¡Asesinarlo! —exclamó Farah en voz demasiado alta mientras se daba un golpe en la palma de la mano con la otra como si fuese un cuchillo—. Deshacerme de él. Eliminarlo. Matarlo como a un perro. —Luego hizo un chasquido con la lengua mientras se pasaba el pulgar por el cuello simulando cortarlo.

Geeta la miró boquiabierta.

—¿Acaso tú también le has estado comprando a Karem?

—¡Claro que no! —Farah se mostró muy indignada, como si lo que le hubiera preguntado fuese moralmente repugnante. Respiraba muy deprisa y con dificultad, tanto que parecía tener hipo.

—Tranquilízate —le indicó Geeta cuando vio que la otra comenzaba a darse aire.

Farah asintió con la cabeza mientras hiperventilaba y luego, en un largo suspiro, murmuró:

—*Kabaddi, kabaddi, kabaddi*…

—¿Qué diablos estás haciendo? —preguntó Geeta mientras la observaba.

—Decir el nombre del juego de esta manera me ayuda a respirar mejor —respondió Farah ya estabilizada—. Me calma cuando estoy estresada o asustada. Es mi mantra.

—¿Tu mantra es *kabaddi*?

—Sé que es un poco raro, pero…

—No, tú eres un poco rara; lo otro es extraño. —Geeta dio un suspiro profundo. Ese encuentro, que debería haber sido para que Farah le diera las gracias y nada más, se había transformado en una insensatez, y que ella hubiera permitido que llegara hasta ahí indicaba una inusual pérdida de control. ¿De verdad estaba tan necesitada de compañía que permitía la locura de esa mujer? Se alisó los mechones de cabello rebeldes contra la coronilla y, con calma, continuó—: No tienes idea de lo que estás diciendo. ¿Acaso crees que eres la Reina de los Bandidos como para andar matando hombres a tu antojo? Vete a casa y piensa en otra cosa.

—¡Ya lo he pensado! —exclamó Farah con los puños cerrados y los

pulgares metidos dentro, lo que los hacía parecer pequeñas tortugas. Era como una niña al borde de un berrinche, adorable pero desconectada de la realidad—. Si no me deshago de él, perderé el crédito y el negocio. O, que Alá no lo permita, podría acabar como Runi. —La mujer se estremeció, e incluso Geeta tragó saliva por instinto ante la mención de la desafortunada compañera que una vez había sido parte del grupo de crédito.

—¡Es el padre de tus hijos! Piensa en lo que sería para los niños.

—¡Lo hago por ellos! No sabes de lo que es capaz. Él… —Exhaló y siguió—. Creo que, si estuviese solo yo, podría aguantarlo. Pero no puedo estar en todas partes al mismo tiempo; ellos son tres, y yo a veces… No es que me esté quejando —explicó pestañeando varias veces.

—No, claro que no.

—Por supuesto que amo…

—Ser madre —completó Geeta.

—Es tan gratificante —afirmó Farah con los ojos cerrados, como si estuviera recibiendo una bendición—. Pero mira, todos estaremos mejor sin él: yo, los niños, nuestro grupo de crédito. Por favor —rogó con las palmas juntas—. Quítame el arete de la nariz.

A pesar de ser una metáfora que hacía años que Geeta no escuchaba, comprendió lo que Farah le estaba pidiendo: «conviérteme en viuda».

—El hecho de que dos hombres desaparezcan en una misma aldea no pasará desapercibido —dijo Geeta con los brazos cruzados—. ¿Qué le dirás a la policía?

Farah comenzó a dar saltitos. Parecía que iba a salir volando por la ilusión, y tanto entusiasmo resultaba patético.

—Dejaremos el cuerpo para que ellos lo encuentren. Parecerá un accidente. Además, lo de Ramesh pasó hace más o menos cinco años, ¿no?

—¿Un accidente? —preguntó Geeta—. ¿En qué estás pensando? ¿Qué parezca que se tropezó y cayó un par de veces sobre un cuchillo? ¿O que se disparó con un arma que no tiene?

—Bueno, tienes razón, aún no lo tengo todo bien planeado, y por

eso te necesito a ti. Repetiremos lo que tú hiciste, pero haremos que parezca un accidente.

—¿Por qué hablas en plural? —Geeta levantó las manos con las palmas hacia delante y dio un paso atrás—. Yo no participaré en esto.

—Sí, sí que lo harás. —Una calma extraña se apoderó del rostro magullado de Farah, quien relajó los hombros y bajó la voz. La dignidad hizo que se irguiera más y que sus miembros parecieran más largos. Toda esa transformación inquietó a Geeta—. Las otras esperarán que tú cubras mi parte si Samir vuelve a robarme. Piénsalo. Eres la única que no tiene una familia a la que cuidar, pero, si perdemos el préstamo, también eres la única que no tiene a nadie que se haga cargo de ella. —Se acercó un poco y añadió—: Así que me ayudarás.

Su lógica no tenía fallas; solo había dicho la pura verdad. Sin embargo, ese coraje repentino y astuto provocó resentimiento en Geeta.

—Guárdate esos diálogos de película y lárgate de mi casa.

Entonces Farah, ya cansada, volvió a desanimarse y a ser la misma del principio.

—Por favor, Geeta.

—No.

Al final, Farah se fue tal como había llegado: con la cabeza gacha y la espalda encorvada, como si el aire vespertino fuese una carga demasiado pesada. Mientras la veía marcharse, Geeta sintió el impulso de llamarla, no para seguir hablando del alocado plan, sino para beber té y conversar sobre la aterradora soledad y el aborrecimiento que acompañaban los ojos amoratados y las costillas rotas. No obstante, enseguida recordó que Farah estaba volviendo a casa con su familia, y el impulso desapareció.

2

Aunque Geeta se consideraba una mujer artífice de su propio éxito, no lo era de su propia viudez. Al contrario de lo que se comentaba en el vecindario, ella no había logrado «quitarse el arete de la nariz» matando a Ramesh, pues jamás había tenido deseos de destruirlo a él, sino solo algunas partes: la que estaba siempre bebiendo; la que se enfadaba con rapidez, pero era lenta para perdonar; la que la culpaba por no haber tenido hijos, algo que bien podría haber sido un problema de él. Pero nada era blanco o negro en el matrimonio y tampoco en el abuso, puesto que había otras partes que ella había amado; partes que, cuando se descuidaba, aún le generaban una ternura involuntaria.

Sin embargo, extrañar a Ramesh era más hábito que compulsión, y los recuerdos que tenía de él parecían pertenecer a otra persona o haber sido sacados de una película; por ejemplo, aquella ocasión en que los padres de su marido habían ido por primera vez para comprobar su idoneidad como futura esposa y él le había salvado el pellejo al tostar el *papadam* por ella. O cómo, durante el primer año de casados, él solía dormir con una mano apoyada en el hombro, la cadera o el estómago de ella. También la vez que él había intentado enseñarle a silbar con los dedos y luego, al verla fallar, se había echado a reír con los ojos entrecerrados mientras a ella le brillaban las manos y el mentón llenos de saliva.

No obstante, había otras cosas que Geeta había aprendido de su marido: a no interrumpirlo, a no poner sal de más en la comida, a disculparse de la manera correcta cuando fallaba en lo antes mencionado («Tienes razón; yo me equivoqué; lo siento»), a no llorar cuando la golpeaba y a cocinar con la mitad del presupuesto porque él, a pesar de haberse gastado todo el dinero en lo de Karem, exigía una cena decente.

Geeta ya no necesitaba ese tipo de lecciones. Tras la partida de Ramesh, se había culpado a sí misma y luego a Karem, a quien asociaba con el olor a alcohol de contrabando que solía tener su marido: una fetidez dulce y repugnante que inundaba la cama, la casa e incluso a su propio ser hasta el hartazgo. Se preguntó si Farah también se sentiría sofocada por el hedor y si, como ella, habría aprendido a respirar por la boca. Volvió a surgir ese impulso molesto, el deseo de compartir y escuchar, de comparar las historias de sobrevivientes con Farah.

«Si está tan sola, que consiga un perro», se reprendió a sí misma.

Ramesh no había tenido la decencia de irse después de una gran discusión, sino que había huido una noche despejada de martes en la que Geeta no lo había interrumpido ni una vez, el *undhiyu* no estaba salado y ella se había dormido sonriendo como una idiota después de que él le llenara de besos el mentón. Y su golpe de gracia: escabullirse y dejarle solo deudas y el vientre polvoriento, de modo que todos se turnaran para cuchichear qué terrible vicio de ella lo habría alejado. Eso hicieron hasta que vieron que él no mandaba a buscar el resto de sus pertenencias ni reclamaba la casa. Ni siquiera el hermano mayor de su marido, que vivía en un bungalow en una ciudad cercana y cuidaba de sus padres, había podido contactarlo. Luego, los cuchicheos habían comenzado a hablar de asesinato. Para ellos, estaba claro que Ramesh estaba muerto; no había otra explicación.

La policía había aparecido con algunas preguntas e insinuaciones poco sutiles de que podían concentrarse en otro caso si se les pagaba, pero se habían desvanecido en cuanto se dieron cuenta de que Geeta tenía poco, tanto a nombre de casada como de soltera. Sin embargo, el pueblo seguía sin estar convencido de su inocencia y le daba la espalda como a cualquier paria de la sociedad. Corrían rumores de que era una *churel*: una bruja que caminaba con los pies al revés buscando a los hombres para vengarse y, con sus huellas torcidas, se aseguraba de que estos fueran hacia ella en lugar de alejarse.

Para el pueblo, ella se había convertido en una peste y su nombre, en un insulto. En resumen, la habían manchado. Sería mentira decir, después de cinco años en los que había logrado aclimatarse, que no

había sido humillante. En una ocasión, cuando aún era lo bastante ingenua para creer que no todo había cambiado tras la huida de Ramesh, había ido a visitar a su tía segunda favorita, que era una solterona. Una vez allí, había tocado la puerta, cuya pintura verde se estaba desprendiendo poco a poco, y una lluvia de pieles de patatas podridas, trozos de tomate y cáscaras de huevo, entre otros desechos húmedos, había caído sobre ella. Al mirar hacia arriba, había visto las arrugas y la aversión de su tía Deepa enmarcadas por la ventana del segundo piso. La mujer, con un cubo vacío en las manos, le había indicado a Geeta que se fuera y se llevara su vergüenza con ella.

Geeta había obedecido y, mientras los vecinos se reían, se había marchado con el cabello lleno de restos de té. De camino a casa, para darse coraje, se había puesto a pensar en la Reina de los Bandidos y en la información que había recopilado de su vida a través de la radio y los periódicos, aunque los relatos a menudo se contradecían. Se llamaba Phoolan Mallah, había nacido en 1963 en un pueblo pequeño y era una *dalit*, es decir, pertenecía a la casta más pobre y discriminada de la India. A los once años había protestado con vehemencia contra el robo de las tierras de la familia por parte de su primo, quien, como respuesta, la había golpeado con un ladrillo hasta dejarla inconsciente. Con el fin de evitar problemas, sus padres la casaron con un hombre de treinta y tres años. Ella acabó huyendo debido a que este la golpeaba y la violaba, pero la gente del pueblo la envió de vuelta con él y su abusiva segunda esposa. Cuando tenía dieciséis años, el mismo primo diabólico hizo que la metieran en la cárcel por primera —pero no última— vez, y pasó allí tres días, en los que le dieron palizas y la violaron por orden de él. Había distintas versiones de lo que sucedió poco después: según algunos, ella se marchó con una banda de ladrones armados conocidos como *dacoits* y, según otros, ellos la raptaron. Si Phoolan había podido no solo sobrevivir, sino escapar y vengarse salvajemente de sus torturadores, entonces ella podía volver a casa caminando mientras la gente miraba las cáscaras rancias que le colgaban del cuello.

Con el tiempo, había aprendido a disfrutar las ventajas de la marginación, tal como imaginó que Phoolan hubiese hecho. Había

varios aspectos positivos de ser una *churel* asesina sin hijos: los niños ruidosos nunca jugaban *kabaddi* cerca de su casa («¡Te devorará como a una banana pelada!»), los vendedores rara vez regateaban con ella («Puede llevarte a la bancarrota en un abrir y cerrar de ojos») e incluso algunos de los acreedores a los que Ramesh les debía dinero la habían dejado en paz («¡Echará una maldición sobre tu esposa para que solo dé a luz a bebés muertos!»). Luego habían aparecido las microfinancieras, que ofrecían préstamos con intereses bajos, pues los de la ciudad se empeñaban en ayudarlos —en realidad, solo a las mujeres— a conseguir independencia e ingresos.

«¡Por supuesto que sí!», había pensado Geeta mientras firmaba. Primero había vivido de su padre y más tarde de su marido; era hora de valerse por sí misma. Tras la partida de Ramesh, la necesidad de dinero de repente había comenzado a competir con la de oxígeno. Con el primer pago en mano, había caminado tres horas hasta Kohra para comprar una gran cantidad de cuentas, mostacillas e hilo. Al regresar a casa, había hurgado en un escritorio tambaleante hasta encontrar lo que buscaba: la fotografía borrosa de la Reina de los Bandidos, que luego había colgado sobre su lugar de trabajo para que le recordara que, a pesar de ser humillada, por lo menos estaba en buena compañía.

Al principio, no había obtenido ganancias. Resultaba ser que a las novias supersticiosas no les gustaba llevar collares de boda realizados con magia negra y maldecidos por una mujer que había provocado su propia viudez. Sin embargo, tras dos matrimonios efímeros en los que las novias fueron devueltas a sus hogares natales, las supersticiones del pueblo se decantaron a su favor. Si alguien no compraba un *mangalsutra* de Los Diseños de Geeta para su boda, el matrimonio duraría lo mismo que lo que tardaba en desaparecer la henna nupcial.

Allí no la respetaban, pero la temían, y el miedo le había servido de mucho. Las cosas iban bien y la libertad le parecía maravillosa; no obstante, Geeta era consciente de que la supervivencia dependía de dos reglas estrictas: 1) pedir solo un crédito y 2) invertirlo en el trabajo. Era fácil caer en la trampa de pedir varios microcréditos y comprarse una casa o un televisor. Runi, que además de pobre era

corta de miras, había solicitado tres para un negocio de elaboración de cigarros puros, pero luego había usado esos préstamos para la educación de su hijo. Más adelante, cuando tanto el dinero como su hijo se fueron, Runi quedó en la quiebra.

La visita inesperada de Farah había hecho que Geeta se retrasara para hacer las compras y, cuando salió de su casa, ya estaba oscureciendo. Sin embargo, necesitaba algunas verduras y unos granos para moler. La bolsa de yute que llevaba, vacía excepto por restos de cebolla blancos y morados en el fondo, arañaba la parte de piel que quedaba expuesta entre la blusa del sari y la enagua. Mientras caminaba, la sacudió boca abajo, lo que hizo que las cáscaras crujientes comenzaran a caer tras ella y se unieran a lo que quedaba de la decoración del festival, ya convertida en basura sobre el polvo: oropel, palos de *dandiya* rotos de varios colores y envoltorios brillantes.

El festival de Navratri había terminado a finales de septiembre; durante nueve noches de baile, el pueblo había celebrado a varias diosas. Aunque nunca había asistido a ninguna fiesta de baile *garba*, la historia preferida de Geeta era la del triunfo de la diosa Durga sobre Majishásura, un demonio embriagado de poder con cabeza de búfalo que poseía el don de que ningún hombre, dios o animal pudiera matarlo. Varios dioses habían intentado derrotarlo en vano, por lo que, desesperados, habían combinado sus poderes para crear a Durga, quien había partido montada en su tigre para enfrentarse a Majishásura. El demonio, con arrogancia, le había ofrecido matrimonio, pero, después de quince días de lucha, la diosa había logrado decapitarlo. A Geeta le gustaba eso de que no se debía enviar a un dios a hacer el trabajo de una diosa.

Pasó caminando por la escuela local; cuando ella asistía allí, era de color naranja, pero el sol la había descolorado hasta ser de un amarillo pálido. También había manchas de tabaco que teñían las paredes de un color óxido, producto de los concursos de escupitajos que niños y hombres llevaban a cabo detrás del edificio. Varios eslóganes del gobierno que promovían una India limpia o incentivaban a tener solo dos niños por familia estaban pintados en

pulcras letras de burbuja sobre los muros. A su vez, había otros menos oficiales: advertencias en letras rojas y descuidadas contra los seguidores de la yihad y de los inmigrantes biharíes que iban a robarles el trabajo. En una aldea con solo dos familias musulmanas y ningún trabajador inmigrante, Geeta consideraba que esas advertencias eran absurdas.

En ese momento, algunos niños estaban jugando *kabaddi* en el patio de tierra, lo que hizo que Geeta recordara a Farah otra vez. El atacante de uno de los equipos inspiró profundamente antes de invadir la otra mitad de la cancha improvisada cantando «*Kabaddi, kabaddi, kabaddi*». Se suponía que el atacante debía capturar a uno o varios defensores del otro equipo y regresar a su sector antes de que estos lo detuvieran, todo en el lapso de una sola respiración. Geeta iba con retraso, pero se paró cuando surgió una disputa.

—¡Has respirado! —le gritó una niña al atacante. Ella y los otros defensores estaban cogidos de la mano formando una uve doble. En ese pueblecito tan pequeño, Geeta debería haber sabido quiénes eran la niña y su madre, pero no lograba recordar los nombres. Si ella hubiese sido madre, una de esas que se ven arrastradas hacia esos tontos eventos deportivos y reuniones con maestros, habría memorizado qué retoño pertenecía a cada mujer.

—¡No!

—¡Que sí! —Acto seguido, la jovencita rompió la cadena que formaban y empujó al atacante, que cayó al suelo. La niña era más alta que el resto y, debido a su comportamiento, Geeta vio a una Saloni en potencia.

Como consecuencia de esa situación, en vez de seguir su camino para hacer las compras, Geeta gritó a través de la verja:

—¡Ey!

—¿Qué? —contestó la niña tras girar la cabeza. Los otros jugadores, bastante nerviosos, repartieron las miradas entre la *churel* y la matona.

—Déjalo en paz.

—¿O qué? ¿Usará mis huesos para hacer sopa? Me encantaría ver cómo lo intenta.

Geeta arqueó las cejas, ya que estaba acostumbrada a que los

pequeños mostraran un miedo respetuoso frente a ella, no ese descaro. Como consecuencia, antes de irse, murmuró los nombres de algunas frutas en sánscrito, lo que sonó lo bastante aterrador como para provocar algunos gritos, aunque no de la matona.

Lejos de la escuela, la noche era inusualmente tranquila. No se encontró con ninguno de los cuatro niños Amin, quienes solían escapar de los calurosos confines de su chabola para jugar *kabaddi* o hacer repartos por unas pocas monedas. Geeta pasó frente a su casa, un cubo hecho de chapa, con tres ladrillos y una gran piedra sobre el techo para impedir que este se volara, y entonces recordó un rumor que había oído la semana anterior: que los Amin estaban construyendo una casa con cuatro habitaciones.

Geeta respetaba a la viuda Amin, quien, al igual que ella, era de esas mujeres que se dedicaban a trabajar. El marido de la señora Amin había sido granjero; cuando las lluvias empezaron a escasear, había acudido a unos usureros para comprar semillas y fertilizante. Sin embargo, la lluvia no había llegado el año siguiente ni el otro, así que una mañana había colocado pesticidas en el té con especias que su esposa le había preparado, pues creía, equivocadamente, que el gobierno le daría a ella una indemnización. Lo único que la mujer recibió fueron sus deudas; así que, tras quitarse el arete de la nariz, usó un microcrédito para comenzar a vender dulces caseros. Después de un tiempo, no llegaba a cocinar o freír con suficiente rapidez, y tuvo que hacer que su hija mayor dejara la escuela para ayudarla a cubrir la demanda.

Geeta hubiese preferido estar en el grupo de crédito de la señora Amin, con otras mujeres que se dedicaran más a mover las manos que las bocas y que fueran diferentes a Saloni, quien solo se había unido al suyo porque no soportaba no ser el núcleo de algo, aunque se tratara de un círculo de trabajo. Había sido ese mismo cóctel de ansiedad y arrogancia el que había impulsado a Saloni a darle la espalda cuando su familia arregló el matrimonio con la de Ramesh.

Se habría atrevido a apostar cinco meses de pago del préstamo a que Saloni, en realidad, nunca había querido a Ramesh. Desear ser deseada era simplemente su naturaleza. No obstante, el hombre —que

no era demasiado guapo y tenía la piel marcada y los dientes apiñados — no la había querido a ella y, en cambio, se había casado con Geeta. Después de que él se hubiera marchado, Saloni no le había ofrecido ni siquiera una palabra o una comida de contención; al contrario, se había asegurado de que los rumores siguieran circulando: «Para Geeta debe de haber sido muy fácil poner un poco de veneno para ratas en el té de su marido, ¿no? ¿Qué más pudo haber sido? Estaban los dos solos en esa casa. Además, sé que ella miente muy bien, porque solía copiarme en los exámenes».

¿Por qué tanto veneno de parte de una muchacha que había sido como su hermana durante los primeros diecinueve años de su vida? Habían sido inseparables: compartían comida, ropa y secretos, se copiaban en las pruebas y mentían al unísono. Entonces, el padre de Geeta, con indiferencia, había dicho: «*Nakal ko bhi akal ki zarurat hai*» («Incluso para copiar se necesita un poco de inteligencia»). Saloni prefería estar en la pequeña casa de su amiga, cuyos padres siempre estaban cansados, antes que en su propia casa, también pequeña y con padres también cansados. Aun así, Geeta no era la que mandaba. La hermosa Saloni, cuyo atractivo enmascaraba su crueldad, era mucho más apta para los enredos infantiles; su capricho determinaba a qué niña marginarían y harían llorar esa semana, qué muchachos eran guapos, qué héroe de película estaba de moda y qué canción dejaba de estarlo. Geeta estaba feliz de seguirla y se conformaba en su papel secundario, seguro y poco demandante. Eso había sido así hasta que se había anunciado el compromiso con Ramesh, momento en el que Saloni, rápida como un rayo, había cambiado las reglas y apuntado el cañón de su arma de popularidad hacia la cabeza de su anonadada mejor amiga.

Geeta esquivó una vaca que estaba tumbada. La mandíbula del animal daba vueltas a un ritmo desganado y la cola imitaba el movimiento, aunque no alcanzaba para disuadir las moscas que se posaban en sus ancas. Cuando llegó a las tiendas, era demasiado tarde. Las entradas estaban cubiertas de chapa de varios colores y cerradas con candados cerca del suelo. «Maldita Farah», pensó mientras daba la vuelta.

De pronto, escuchó voces y se detuvo; luego cerró los ojos para oír mejor y se percató de que había dos hombres hablando dentro de la última tienda, el almacén de Karem. Se acercó un poco —por instinto, no demasiado— y notó que la entrada estaba abierta de par en par. A pesar de que soplaba una brisa, la ansiedad hizo que comenzara a sentir calor y pinchazos en las axilas.

Contuvo el aliento cuando escuchó a Karem; un momento después, pudo reconocer la segunda voz, baja, rasposa por el tabaco y enardecida: era la de Samir, el marido de Farah.

—No te daré más hasta que pagues la cuenta —dijo Karem con una impaciencia que se notaba desde afuera. Geeta apretó la espalda contra la pared de la tienda vecina, que vendía artículos varios—. Esto no es una boda donde se puede beber gratis. Además, tengo niños que alimentar.

La mujer no veía a ninguno de los dos, pero podía imaginarse a Karem, con el cabello grueso, la frente estrecha y el pendiente en la oreja derecha, y también a Samir, con la cabellera encrespada como la de un polluelo.

—¡Ayer te di cien!

—Sí, pero me debes quinientos.

—Los conseguiré pronto. Solo dame algo esta noche.

—No.

Samir maldijo y, acto seguido, se escuchó un ruido seco, lo que hizo que Geeta diera un salto y tropezara con el candado de la tienda. Supuso que el hombre había dado un golpe sobre la mesa. En ese instante, se le contrajo todo el cuerpo, desde la mandíbula hasta el ano, y esperó para ver si la habían oído.

—Conseguiré el dinero pronto —dijo Samir con más calma.

—Sí, claro.

—Lo digo en serio. Mi esposa tiene una amiga que la ha estado ayudando, y que me ayudará a mí también.

Un hilo de sudor recorrió la columna de Geeta.

—¿Por qué haría eso?

—Porque, si no, haré que lo lamente.

—Como sea. Paga la cuenta y entonces podrás tener tu alcohol.

—Asegúrate de contar con algo decente, pues tu *tharra* puede dejar bizco a un caballo.

Geeta, con el corazón latiendo a toda prisa, decidió marcharse. Tocándose el lóbulo de la oreja, caminó por el callejón lleno de basura de detrás de las tiendas, que, aunque no era la ruta más directa hasta su casa, era la más segura en esas circunstancias; de otra manera, si Samir salía de lo de Karem, la vería de inmediato. Ese pensamiento hizo que echara a correr, algo a lo que no estaba acostumbrada, y la bolsa vacía comenzó a rebotar contra ella como si fuese una extremidad entumecida. Con cada paso que daba, las amenazas de Samir resonaban en su mente. ¿Solo la golpearía y le robaría, o también la mataría? ¿Acaso iba a violarla? Cuando la conmoción dio paso a la ira cerca de la chabola de los Amin, hubo un cambio físico y mental en ella.

Ese *chutiya* borracho creía que el esfuerzo de Geeta, así como su vida de soledad cuidadosamente preservada, era un tesoro abierto que él podía usar para beneficio propio. La Reina de los Bandidos no lo hubiese aceptado; es más, ella había matado a los hombres que la habían maltratado, comenzando por su primer marido. Después de haberse unido a la banda, había vuelto a su pueblo y les había dado una paliza a él y a su segunda esposa, quienes antes la habían hostigado y humillado. Luego había arrastrado al hombre hacia fuera y, dependiendo de las diferentes historias que Geeta había escuchado, lo había apuñalado o le había roto manos y piernas. Por último, Phoolan había dejado el cuerpo con una nota en la que advertía a los hombres mayores que no se casaran con jovencitas. Eso último pudo no haber sido cierto, ya que Phoolan Mallah era analfabeta y solo sabía firmar, pero, como era una leyenda excelente, daba igual. El punto era: si la Reina de los Bandidos se hubiese enterado de una traición incipiente, no hubiese esperado a que le hicieran daño. Un gramo de prevención valía más que un kilo de venganza.

Cuando Geeta llegó a la casa de Farah, tenía la garganta seca y necesitaba una ducha fría con urgencia. No obstante, estaba segura de que había llegado allí antes que Samir, así que golpeó la puerta. Mientras esperaba, se colocó las manos en las rodillas y respiró

entrecortadamente. Los grillos cantaban, y su pulso latía al ritmo del irritante *kabaddi, kabaddi, kabaddi*.

—¿Geeta?

—Te ayudaré —respondió ella tras tomar dos bocanadas de aire.

3

Ya eran más de las diez cuando Geeta oyó que alguien se acercaba. Con la linterna solar en mano, abrió la puerta antes de que Farah pudiera llamar. Sin esa linterna estaba tan oscuro dentro como fuera, ya que se encontraban en medio de uno de los cortes de electricidad programados —llamados «vacaciones de energía», como si fuesen unas fiestas divertidas para andar a tientas en la oscuridad y golpearse las rodillas con los muebles—, que cada vez eran más extensos y menos programados. Todos ellos habían crecido con lámparas de queroseno y velas, pero, tras varios incendios, las ONG llegaron al pueblo llenas de preocupación y regalos, como linternas y lámparas solares que instalaron en los lugares más transitados de la aldea.

Farah estaba quieta en la oscuridad, con el codo en ángulo recto y la mano todavía levantada.

—¡Hola! —dijo en tono alegre como si se hubiesen encontrado por casualidad en el mercado. Geeta notó que la mujer tenía un hábito poco agradable de encontrar diversión en todo, incluso en el asesinato premeditado. Farah se frotó las manos y un sonido áspero llenó la habitación—. Bueno, ¿cuál es el plan?

Esa era la misma pregunta que había ocupado la mente de Geeta durante las últimas horas. Farah confiaba en la supuesta experiencia que ella tenía en el asunto del asesinato, pues hacía tiempo que Geeta había dejado de proclamar su inocencia: decirle la verdad a alguien era pedirle que la creyera, y ella ya se había hartado de pedirle cosas a la gente de ese pueblo. Como no veía razón para revelar la verdad en ese momento —¿qué difícil podía ser, en realidad?—, contestó con voz segura:

—Tendría que ser de noche y parecer que hubiese muerto mientras duerme. Pero sin derramar sangre; es muy engorroso.

Farah se sentó en el suelo frente a Geeta, quien estaba ubicada en su

catre.

—¿Cómo lo hiciste antes? Con Ramesh.

—No es de tu incumbencia.

—Está bien —suspiró Farah—. Entonces, ¿vendrás tú a mi casa o…?

Geeta entrecerró los ojos y respondió:

—Dije que te ayudaría, no que lo llevaría a cabo por ti.

—Pero tú eres más lista que yo y sé que lo harás bien. Yo lo arruinaría.

—Si endulzaras así las comidas, no serías tan escuálida —se burló la dueña de casa.

—Ay, no me refiero a eso, sino a que, como ya has matado a uno, otro no habrá ninguna diferencia.

—Tu marido de mierda, tu crimen.

Farah volvió a sentirse avergonzada frente al lenguaje que utilizaba Geeta, pero la siguió y se adentró en la noche junto a ella y su linterna. Evitando los canales de aguas abiertas, caminaron a los lados de los caminos comunes, donde la basura se había ido acumulando. Farah se cubrió la nariz y la boca con la punta libre del sari y, con voz amortiguada y abatida, preguntó:

—¿Qué estamos haciendo aquí?

Geeta se inclinó, acercó la cabeza al suelo y entrecerró los ojos.

—Buscando una bolsa de plástico.

—¿Por qué?

—Le atarás las manos y los pies mientras duerme y luego le pondrás la bolsa en la cabeza para asfixiarlo. —La mujer había cambiado el tono de voz para indicar algo que era obvio—. Una vez muerto, tú podrás quitarte el arete de la nariz y yo, mantener mi dinero. Todas quedamos contentas.

—Muy inteligente.

La forma en que Farah la miraba era algo dulce, como si sus ideas fuesen brillantes y lo hiciera todo bien. Muy a su pesar, esa adoración hizo que deseara probar que merecía esa fe que ponía en ella y hacer las cosas lo mejor posible. Imaginó que eso era lo que se sentía al tener un hijo.

—Lo sé.

—Y… ¿así es como lo hiciste tú?

—Si quieres mi ayuda, debes dejar de hacerme esas preguntas —respondió Geeta, que se había puesto rígida y había enderezado los hombros para parecer más imponente—. Lo que hiciera no es asunto tuyo.

Farah reaccionó como si la hubiesen regañado y, tras chasquear la lengua, dijo con tono de queja:

—Bueno, está bien. Y después de eso, ¿qué le digo a la gente?

—Que fue un paro cardíaco o que bebió hasta morir. Lo que se te ocurra. Pero no dejes que le hagan una autopsia.

—De acuerdo —pronunció despacio—. Pero, cuando asfixiaste a Ramesh, ¿por qué no usaste una almohada? Hacerlo con una bolsa de plástico parece mucho más difícil, ¿no?

Geeta parpadeó y maldijo para sí misma, pues eso no se le había ocurrido. Decidió cubrir su ignorancia con ira y respondió:

—Yo no dije que hubiera asfixiado a mi marido.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí? ¿Por qué no hacer lo que sabemos que funciona? —preguntó Farah alzando las manos.

—¡Ey! «Incluso para copiar se necesita un poco de inteligencia». ¿Quieres mi ayuda o no?

—Lo que quiero es tu experiencia, no un experimento —explicó Farah enfurruñada.

—Olvídalo. ¿Por qué tengo que romperme yo la cabeza para resolver tus problemas?

—¡No! Perdóname. —La mujer se tocó los lóbulos de las orejas, un gesto típico para mostrar arrepentimiento—. Sigamos buscando, ¿vale?

Las mujeres caminaron por las áreas más transitadas, donde el compost y la basura era más abundante; allí, Geeta fue moviendo con el pie paquetes rotos de *mukhwas* y de obleas. A unos metros se encontraban los baños públicos que el gobierno había instalado hacía poco; eran dos y estaban diferenciados por unos dibujos amarillos y azules de un rey y una reina de una baraja de cartas. Aunque ella usaba las letrinas todos los días, hasta ese momento no se había dado cuenta de lo tontos que eran esos dibujos.

Geeta no tenía letrina de pozo. Ella veía que los hombres seguían yendo a hacer sus necesidades a los campos, algo que, a pesar de todo el clamor de los últimos tiempos sobre la defecación al aire libre y los problemas de saneamiento, a ella no le molestaba, ya que, como todos los demás, había crecido haciendo eso. Incluso aquellos que sí tenían letrinas se negaban a usarlas, porque, después de todo, alguien tendría que vaciarlas, y los hindúes eran bastante susceptibles de contaminarse a la hora de manipular sus propios desechos. Algunos trataban de obligar a los *dalits* locales a llevar a cabo esa tarea; aunque era una opresión técnicamente ilegal, las autoridades no solían ir por esos lugares a aplicar la ley.

Para las mujeres, en cambio, las nuevas instalaciones, ya fueran públicas o privadas, eran muy bienvenidas. Mientras que los hombres podían ir a los campos a su antojo —Geeta había oído que, en el oeste, donde había instalaciones limpias en abundancia, ellos igualmente hacían sus necesidades en cualquier lado por su naturaleza salvaje o porque sí—, las mujeres solo podían ir al amanecer o al atardecer, pues, de otra manera, corrían el riesgo de ser violadas. Por lo tanto, aguantaban; era mejor enfrentarse a los escorpiones que a los granjeros excitados.

Allí, donde se encontraban las dos mujeres, el canto de los grillos se iba intensificando, lo que hacía que Geeta no lograra escuchar bien a Farah, quien deambulaba por otra fila de basura con poco entusiasmo. Después de recoger una bolsa de patatas fritas y soltarla de inmediato porque tenía hormigas carpinteras dentro, Farah preguntó con voz casual y despreocupada:

—¿Cómo es que nunca encontraron el cuerpo de Ramesh?

El aire nocturno estaba lleno de humo acre debido a que estaban quemando basura en toda la aldea, y el calor amplificaba el hedor.

—Estás empezando a sonar como esas zorras chismosas del grupo de crédito.

—¿Por qué hablas tan mal? —preguntó Farah después de sentir un escalofrío, no por la pestilencia.

—Porque preguntas demasiado.

—No está bien que una mujer diga tantas palabrotas y, además, no

te sienta bien. —Un momento después continuó—: Tú y Ramesh… ¿os casasteis por amor o fue un matrimonio arreglado?

—¿Por qué lo preguntas?

—No hay necesidad de ser tan desconfiada. Estamos en el mismo bando. —Dio un suspiro y añadió—: No quieres hablar del final, así que pensé que tal vez el inicio era algo menos doloroso. En mi caso, fue por amor. Como mis padres no lo aprobaban, nos escapamos y nos mudamos aquí. —Acto seguido, mostró una sonrisa soñadora.

—Tal vez deberías haberles hecho caso —indicó Geeta, lo que hizo que la sonrisa de la mujer se borrara. En ese momento, aparecieron de golpe unos inoportunos recuerdos de su marido: el calor del brazo a su lado cuando ella había quemado el *papadam* y la forma amable en que la había hecho a un lado para reparar ese error—. El mío fue arreglado.

—Ah. —Farah se sorbió la nariz y luego se la limpió con el dorso de la mano, movimiento que elevó los orificios nasales y le permitió a Geeta ver la parte interna del arete que allí tenía—. Lo siento.

—No pasa nada. Al menos yo puedo culpar a mis padres; tu situación es culpa tuya.

—Supongo que sí. Mira, ¿qué tal esta? —La mujer había cogido una bolsa rosa con letras rojas a un lado, pero, cuando se la colocó en la cabeza, la nariz se asomó por una rotura.

Geeta gruñó por el disgusto y se dio una palmadita en la frente.

—¡Ay! En la India una ni siquiera puede contar con la basura.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó otra voz, que Geeta reconoció inmediatamente como la de Saloni.

Era lógico que la mujer hubiese aparecido allí, ya que su radar para rumores —y, por lo tanto, también para el poder— siempre estaba encendido. Geeta se dio la vuelta mientras inspiraba profundamente y le dio la espalda a Farah, quien estaba tirando de la bolsa para sacársela de la cabeza.

—Ah, ¡hola! —saludó Geeta con falso encanto.

—*Kabaddi, kabaddi, kabaddi* —comenzó a murmurar Farah con la respiración agitada y gimoteando; al verla, Geeta estuvo a punto de soltar un gemido.

—Hola. —Saloni se había parado a unos metros con su propia linterna solar en la mano—. ¿Y bien?

—*Kabaddi, kabaddi, kabaddi.*

—¡Ahora no, Farah! —exclamó Geeta ya furiosa.

—¿Qué…? —Saloni entornó los ojos—. ¿Está diciendo *kabaddi*? ¿Acaso están jugando?

—Eh… —comenzó Geeta, pero no encontraba ninguna excusa creíble.

En ese instante, Farah, a quien parecía haberle funcionado el mantra, dijo con voz calma:

—Estábamos buscando la bolsa de Geeta; cree que se le cayó por acá.

—¿Esa cosa? —preguntó Saloni mientras señalaba con la cabeza la bolsa rosada y rota que Farah sostenía en la mano.

Geeta se aclaró la garganta para luego coger la bolsa y presionarla contra el pecho.

—Sí. Eh… Tiene valor sentimental.

—Tan rara como siempre. —Saloni puso los ojos en blanco—. Que hayan ensuciado tu nombre no significa que literalmente tengas que estar entre la basura, ¿sabes?

Geeta sintió que la invadía la rabia; que la tildaran de «rara» a los treinta y cinco años ya no debería herirla, pero imaginó que Saloni no podía dejar pasar una oportunidad, no cuando eso significaba clavar más el cuchillo. Esa mujer se alimentaba del rencor; siempre lo había hecho. Acto seguido, Geeta, con voz acusadora, le preguntó:

—¿Y qué haces tú aquí tan tarde?

—No es de su incumbencia, pero mi hijo se dejó el cuaderno en la escuela —explicó Saloni después de trasladar su peso al otro pie—. Y, por supuesto, soy yo quien tiene que ir caminando de noche a buscarlo. —Parpadeó varias veces y continuó—: Pero estoy encantada de hacerlo; es un pequeño precio que hay que pagar.

—¡Es una bendición tan grande! —aseguró Farah asintiendo con la cabeza.

—La felicidad de ser madre —añadió Saloni de forma automática con los ojos hacia el cielo—. Soy afortunada, pero también es

agotador. A veces pienso: «¿Cómo me las arreglo para criar a esos niños y además dirigir un negocio?».

—Sí, eres prácticamente una divinidad —la halagó Farah con entusiasmo.

—Ay, por favor —murmuró Geeta.

—Bah. —Saloni primero rechazó los elogios, pero luego asintió con solemnidad—. Sí, supongo que lo soy, pero vale la pena. Siempre digo: «Hasta que no has traído una vida al mundo, no estás completa». —Ante ese comentario, Geeta soltó una carcajada y luego, cuando vio que Saloni abría la boca al igual que una víbora venenosa, se preparó para recibir una mordida; sin embargo, la mujer miró a Farah con los ojos entrecerrados y dijo—: No sabía que erais amigas.

—Como hermanas —contestó Geeta—. Por eso, cuando menciono su nombre, añado el sufijo *ben*.

—Tú llamas *ben* a todas las mujeres —replicó la otra con el ceño fruncido.

—No a todas, Saloni.

La mujer la fulminó con la mirada ante la obvia ausencia del sufijo. Justo en ese instante, el viento llevó un envoltorio pequeño de galletas hasta sus pies y ella le dio una patada.

—Si fuese tú —le aconsejó a Farah—, pasaría menos tiempo rebuscando en la basura y más tratando de resolver cómo harás para pagar tu parte de esta semana, además de lo que le debes a Geetaben, por supuesto.

Farah bajó la mirada y Saloni, sintiendo que su trabajo estaba hecho, se marchó. Hasta ese momento, Geeta había estado muy ocupada con su propia condición de marginada como para notar la de Farah.

Aplastó la bolsa de plástico imaginando que era la gran cabeza de Saloni y, un segundo después, vio que Farah se había dado la vuelta con la mano en el corazón.

—¿Tú me consideras una hermana? —preguntó con los ojos y la voz llenos de esperanza.

Geeta soltó un gruñido.

—A quien tendríamos que matar es a ella —murmuró después—.

Qué zorra entrometida. «¿Cómo me las arreglo para criar a esos niños y además dirigir un negocio?». Ay, no sé, tal vez gracias a tu adinerado marido.

—Pero ¿cuál es la situación?

—¿Qué quieres decir?

—Vosotras dos os odiáis.

—¿Y qué? Nadie quiere a Saloni; solo fingen que sí porque la temen.

—Yo no le tengo miedo.

—Bueno, es que tú tienes a un matón más grande con el que lidiar.

—No, tú no eres tan mala una vez que…

—No me refiero a mí, sino a tu marido —explicó Geeta de mala manera.

—Ah, sí, claro. —Farah se aclaró la garganta—. Lo que quise decir es que existe un odio normal, ¿no? Algo que en realidad es más como antipatía o desagrado, y que desaparece cuando no estás con esa persona, porque tienes otras cosas que hacer. Pero tú y Saloni en verdad os odiáis.

—¿Adónde quieres llegar?

—Por mi experiencia, esa clase de odio viene con una buena historia.

—¿Y?

—Y… a mí me gustan las buenas historias.

—Yo no estoy aquí para entretenerte, Farah. Nuestro objetivo es uno solo.

La mujer suspiró y dijo:

—No soy tu enemiga, Geetaben, así que no tienes que tratarme como si lo fuese. Tú me estás haciendo un favor enorme, el más grande de todos, y solo trato de que sea más ameno. La amistad puede hacer las cosas más fáciles, ¿sabes?

—Hace mucho tiempo, Saloni y yo fuimos amigas —admitió Geeta.

—¿Qué sucedió? ¿Fue por un muchacho? Casi siempre lo es. —La expresión de Farah se había vuelto comprensiva, lo que alentó a Geeta a continuar.

—No te lo estoy contando para cotillear, sino para corregirte: la amistad no hace necesariamente las cosas más fáciles.

—No dije que siempre fuera así. No lo fue en el caso de Saloni, lo entiendo. Pero entonces, ¿nunca más tendrás amigas? Eso no está bien.

—Ay, vete al infierno, ¿vale? ¿Acaso estabas interesada en ser mi amiga antes de necesitarme?

—Yo…

—Después de lo de Ramesh, nadie me miraba a la cara, y mucho menos me hablaba. No hay ningún problema con ello, pero no cantes un *bhajan* sobre la importancia de la amistad. —Geeta dejó caer la bolsa sobre la basura y añadió—: Olvídalo. Nos vamos.

Sin embargo, Farah no se movió.

—¿Y el plan?

—Saloni nos ha visto, por lo que sospechará si lo matamos esta noche. Será una zorra entrometida, pero no es estúpida.

—¡Sin palabrotas! —exclamó Farah tras soltar un ruidito como reprimenda.

—Dime que no piensas que es una zorra entrometida. —Cuando vio que la otra estaba a punto de hablar, añadió—: Recuerda que mentir es un pecado mayor que maldecir.

Acto seguido, Farah cerró la boca.

4

«¿Fue por un muchacho? Casi siempre lo es». La perspicacia de Farah era tan poco bienvenida como la ordinariez de Geeta.

Sí, había sido por un muchacho, si se podía considerar a Ramesh como tal: con bigote a los quince, cuando su familia se había mudado desde un pueblo vecino, y con barba completa a los veintidós. Al igual que Geeta, no era particularmente atractivo ni sociable; si lo hubiese sido, a ella le habría resultado sospechosa su atención o él habría preferido a Saloni. Sin embargo, mientras todos los muchachos estaban enloquecidos por saber qué tenía su amiga debajo de la ropa interior, a los padres de estos solo les interesaba saber cuál era la dote de la bella muchacha, la cual consistía en cero rupias y cero paisas. Cuando iban a la escuela, en una de las primeras clases, el profesor de economía les había explicado la costumbre de la dote, y Saloni había intentado corregirlo diciéndole que era la familia del novio quien pagaba para llevarse a la novia, ya que, después de todo, tendrían una persona más para ayudar con las tareas del hogar. Como respuesta, el profesor había reído para luego aclararle que al novio le pagaban para que se llevara a la novia porque, en realidad, ella era una carga y una boca más que alimentar, y que, además, no se podía comprar a una persona, ya que eso hubiese sido esclavitud. Entonces, Saloni había preguntado: «Pero, si vendes a una, ¿es tradición?», lo que había hecho que tuviera que quedarse el resto de la clase en la postura de gallo.

Saloni había crecido en la pobreza extrema. Mientras que la familia de Geeta no tenía tantas carencias —comían arroz con verduras o *chapatis*—, la familia de la otra hacía rotaciones: comían día sí día no, aunque siempre favoreciendo a los varones. Es más, a ella la enviaban a la escuela solo por el plan estatal que les daba el almuerzo gratis. La mayoría de las tardes iban a casa de Geeta. Una vez, su padre había

traído unas manzanas que habían descartado en el trabajo porque estaban a punto de pudrirse. Ya tenían unas manchas oscuras, por lo que la madre fue hasta la cocina a buscar un cuchillo para quitarlas; no obstante, cuando regresó, Saloni ya se había comido su manzana, incluidos el corazón, las semillas y el tallo. Los padres de Geeta se comieron sus manzanas sin decir nada, pero cuando fueron dejando los trozos evidentemente incomibles, Saloni se ruborizó. Más tarde, le insistieron a la joven para que esa noche se quedara a cenar. En casi dos décadas de amistad, Saloni nunca había invitado a Geeta a su casa, y ella nunca se lo había pedido.

En cualquier otra parte del mundo, la pobreza de Saloni hubiese hecho que fuese víctima de acoso, pero no en ese pueblo, donde casi todos practicaban un leve ascetismo: la mayoría solo poseía prendas sencillas y dos pares de zapatos. No solía haber chocolates ni pasteles, aunque en Diwali solían circular dulces caseros. Por otro lado, aunque Saloni anduviera descalza, poseía muchos otros atributos: era ingeniosa, divertida, de casta alta y, sobre todo, hermosa. Tenía ojos de color dorado verdoso —lo que había dejado perplejos a sus padres —, pómulos marcados y labios con forma de corazón sobre un mentón apenas puntiagudo. Esa niña preciosa luego se había transformado en una adolescente muy guapa que no desperdiciaba tiempo con el acné o la torpeza. Sus compañeros la obedecían y su popularidad era tal que todos querían estar cerca de ella y se sentían favorecidos por su presencia.

A pesar de ello, debido a que era pobre e imprudente, había recibido muy pocas ofertas de matrimonio. A sus hermanas mayores las habían casado con hombres de más edad de pueblos lejanos que habían perdido a sus primeras esposas y no requerían dotes, tal como había sucedido con la premenárquica Phoolan, a quien habían entregado a un pervertido de treinta y tres años.

No era ningún secreto ni una sorpresa que la aspiración principal de Saloni era tener dinero, pero ella era ambiciosa, no codiciosa, y su sueño era algo sensato. No deseaba un chalé, un coche y vivir en una gran ciudad, sino que aspiraba a escapar de la miseria y llevar una vida normal, algo que el resto de la aldea no parecía apreciar. Ellos

suspiraban cuando el arroz aumentaba de precio, pero de cualquier forma podían seguir comprándolo y comiéndolo. Ella quería el tipo de dinero que le permitiera rechazar una comida en función del gusto o el estado de ánimo y la clase de comodidad en la que no había que preguntar el precio de los alimentos básicos.

Todas las mañanas, su padre caminaba hasta su lugar de trabajo, donde él y otros siete hombres pasaban el día llenando de rocas un camión a cambio de veinte rupias. Durante las noches calurosas en las que solía quedarse a dormir bajo las estrellas en la terraza de Geeta, solía decirle a esta que su futuro marido no necesitaba ser rico como los Ambani ni tener millones de rupias, sino que debía contar con algo para empezar, o al menos tener fácil acceso a ello. Mientras Geeta estaba luchando con sumas básicas en el banco escolar que compartían en la tercera fila, Saloni se había dado cuenta de que una ventaja inicial marcaba la diferencia. Uno podía ser inteligente —como ella y su padre— y, aun así, no tener medios para avanzar ni siquiera medio paso en la vida. Se podía ser inteligente y, sin embargo, también tener que deslomarse para conseguir unas monedas que desaparecían de inmediato al poner comida en los platos de los hijos.

Por esa razón, Saloni había dedicado los primeros años de la adolescencia a idear un plan. Los obsequios que los muchachos le daban —chucherías baratas que dejaba tiradas dentro de la mochila o gomas con forma de fruta que no borraban nada y mucho menos su hambre— eran inútiles. Lo que ella necesitaba era un poco de dinero para asegurarse una dote y, como consecuencia, un marido.

—Tienes que invertir dinero para poder ganarlo —le había dicho a Geeta, quien tenía una opinión diferente.

—Todos los muchachos te aman, pero sabrás que ha llegado el indicado cuando él esté dispuesto a pedirles a sus padres que no acepten una dote. Estoy segura de que al menos uno lo hará. Solo tienes que pedírselo.

Saloni se había echado a reír y le había dado un empujoncito en el hombro con el suyo.

—No seas ingenua, Geeta.

—¿No piensas que alguno te querrá más a ti que a un poco de dinero?

—Tal vez, pero no lo suficiente como para enfrentarse a su mami y a su papi.

—No creo que sea así —había dicho Geeta mientras hacía girar el arete en el agujero.

—Porque me quieres y me ves de una forma en que nadie más lo hace. —Saloni le había sacado la lengua antes de agregar—: Y también porque eres una tonta.

Los intentos de la joven para alejarse de la indigencia solían involucrar a una reticente Geeta, como la vez en que habían tratado de vender respuestas de exámenes y habían descubierto que necesitaban que fueran correctas para asegurarse de que el negocio se repitiera. O como cuando Saloni hizo un acuerdo con un vendedor de chucherías para poner de moda los horribles productos que este ofrecía y, cuando posaron para la foto de la clase, se podría haber asumido que las horquillas de mariposa de mala calidad que todas las jóvenes llevaban en la cabeza eran parte del uniforme reglamentario.

Con el objetivo de impresionar a las otras chicas, las horquillas se habían transformado en bisutería, y, luego, en lápiz labial y colorete para impresionar a los chicos. En medio de todo ese cambio hormonal, Saloni se había dado cuenta de que había pasado por alto la mitad del mercado disponible: los varones. Eso había dado comienzo a la breve etapa de casamentera, que había terminado con ella abofeteando a varios muchachos y gritándoles: «Yo consigo pareja, idiotas, no soy una ramera».

También hubo una lotería falsa, el delineador de ojos que provocaba conjuntivitis, el servicio de telefonía pública que consistía solo en el móvil barato de Saloni —lo que después le había dado la idea a todo el mundo de comprar sus propios móviles baratos— y las porciones de comida para el almuerzo preparadas de forma comunitaria, algo que había tenido un éxito sorprendente entre las mujeres mayores, al menos hasta que se percataron de que podían arreglarse solas y la dejaron a un lado.

Geeta no lograba recordar bien la cronología de esos eventos —a

qué edad o en qué año, pues en aquel momento no les preocupaba demasiado el tiempo—, pero sí que fue más o menos a los diecinueve cuando sus padres le informaron de que un joven iría a visitarla con sus padres para conocerla. El entusiasmo y el terror se mezclaron hasta provocarle náuseas cuando le contó a Saloni que se casaría. Sabía que, si él era en verdad repugnante o un anciano de treinta y tres años, ella podía decir que no, ya que sus padres eran amables e indulgentes. Además, era su única hija y le daban todo lo que podían, incluso una educación.

Cuando vio que era Ramesh quien cruzaba el umbral de su casa —con el pie derecho pues, como ella pronto descubriría, era bastante supersticioso—, para Geeta no fue una sorpresa agradable ni desagradable; solo fue una sorpresa. Ella lo había visto por ahí; se dedicaba a fabricar sillas de mimbre y reparar objetos. Y en ese momento se encontraba allí, en su sala, cogiendo una galleta de la bandeja y luchando por el contacto visual en un intento de tranquilizarla. No obstante, ella se negaba a mirarlo, pues la tradición y los valores —*sanskaar*— no se podían ignorar, y, además, porque los padres del joven la estaban observando para estudiar, en ese momento, cómo servía el té y, media hora después, cómo preparaba el *papadam*.

Sus propios padres se habían comprometido después de que su madre no hubiese quemado el *papadam*. Sus abuelos paternos habían oído sobre una joven de casta y color adecuados, y le habían pedido a la familia de la madre de Geeta que demostraran esas cualidades. Una vez en su casa, habían compartido el ritual del té con galletas, pero el verdadero motivo de la visita había sido, por supuesto, observar el desempeño de la joven con el *papadam*.

Mientras el padre de Geeta estaba allí sentado, con el plato lleno y una almohada colocada incómodamente en la parte baja de la espalda, su madre estaba fuera, sin poder beber el té que había preparado ni comer las galletas que había seleccionado esa mañana. Luego, los padres de él habían analizado cómo ella, encaramada en dos ladrillos, había rotado y girado el disco sobre la cocina *chulha* de barro, cuidando de sacrificar las puntas de los dedos antes que el *papadam*.

Los bordes se habían ondulado y tostado como una carta de amor a la que prendieran fuego. Al ver que no había quemado ni una sola semilla o grano, el asunto se había resuelto, y entonces habían asentido por encima de la cabeza inclinada de la muchacha: tenía la paciencia suficiente para ser una buena nuera.

Décadas después, fue el turno de Geeta. Le alcanzaron un *papadam* crudo y le dieron un empujoncito para que se acercara a la cocina *sigri* de metal. Un momento después, Ramesh entró en la cocina para buscar más galletas, ya que sus padres ya se habían comido un paquete entero, y se la encontró allí, con la trenza larga y gruesa como la cuerda de una campana. Llevaba puesto el mejor sari de su madre, lo cual permitió al joven ver la parte baja de su espalda. Ella sintió su mirada que, aunque no hizo que se volviera loca de deseo, la puso lo bastante nerviosa como para quemar el *papadam*. Sin embargo, antes de siquiera llegar a descartarlo, él se acercó, lo tiró a la basura, colocó uno nuevo y comenzó a tostarlo, todo mientras los padres estaban todavía en la sala.

Él trabajó metódicamente, tal como hubiese hecho ella si él no le hubiese clavado la mirada. Pero ahora el muchacho tenía la vista enfocada en la tarea y ella pudo aprovechar para observarlo y descubrir si el rostro le resultaba atractivo o aterrador o, lo que era peor, no le provocaba nada. Los bordes del disco se ondularon y se fueron formando burbujas mientras él lo rotaba, pero no se quemó. Luego él lo puso sobre un plato, apagó el fuego y salió de la cocina.

Y así, después de que el *papadam* saliera bien, Geeta se comprometió.

La amabilidad de Ramesh la seducía, al igual que la historia que habían creado en la cocina, diferente a cualquier otra. Hasta ese momento, ella no se había percatado de que tenía el mismo deseo universal e imposible que las otras mujeres: ser única. Ramesh había seguido el recorrido de la trenza, una gruesa cuerda que se hacía cada vez más estrecha, hasta una franja prohibida de piel y supo, con la clase de humildad firme y obstinada que aparecía en las novelas románticas clandestinas y hacía suspirar a las mujeres modernas, que la deseaba.

Jamás se le había ocurrido a Geeta que su amiga y su prometido se llevarían mal, pero, a medida que se acercaba la boda, ella se convirtió en un territorio en el que cada uno quería plantar bandera. Si a Saloni le gustaba cómo le quedaba el rojo, Ramesh prefería el naranja; si la amiga sugería caléndulas, él insistía con las rosas; si ella creía que el aro en la nariz, típico en las novias de la India, era esencial, el hombre pensaba que era demasiado provinciano.

—Nunca vi un novio con tantas opiniones para su boda —se quejó Saloni.

—Pero es muy dulce que se involucre, ¿no? Y que le importe.

Algo que Geeta olvidaba, pero Ramesh no, era que ella iba a casarse, mientras que su amiga seguía haciendo planes para asegurar su propio futuro.

—Esta no es tu boda, Saloni —le dijo él.

—Ya lo sé, Ramesh. Pero la conozco y sé que el naranja no le queda bien; al ser morena, el rojo le queda mejor.

—¿Ves a lo que me refiero? — preguntó Ramesh a Geeta, quien observó con terror cómo los ojos verdes de su amiga se entrecerraban al darse cuenta de que habían discutido eso en privado—. ¿Notas cómo te habla? Y tú, Saloni, deja de menospreciarla.

—¡Es que a ella ni siquiera le gusta el naranja!

—Me gusta a mí. Además, se supone que ella no debe diseñar su vestido; da mala suerte.

—¡A nadie le importa! Al igual que con los gatos negros o eso de cortarse las uñas después de la puesta del sol. Son tonterías anticuadas.

—¿Ves cómo me habla?

—¿Qué tal esta? —quiso saber Geeta mientras alzaba una seda—. Es roja y también naranja, dependiendo de la luz.

Sin embargo, ambos la ignoraron.

Cuando quedaron solos, la mujer le preguntó a su prometido:

—¿Ha pasado algo entre vosotros dos?

—¿Ella te ha dicho eso?

—No, yo solo… ¿Por qué no te gusta?

—Es que odio cómo te habla. Como si fueras inferior. Y no lo eres,

Geeta. Sin ti como amiga, ella no sería nada, y encima tiene el coraje de decir que el naranja te queda mal.

—¿Sí? Yo pensé…

—Así fue, ¿recuerdas? Dijo que tenías la piel demasiado oscura para lucir un color tan bello. Me enferma.

—Así es ella. Es grosera, lo sé, pero tiene buenas intenciones.

—¿Te das cuenta de cómo inventas excusas para defenderla? No se lo merece. Los amigos deberían ser amables.

—Ella ha pasado por muchas cosas.

—¿Y tú no?

—No las mismas; pero tú no creciste aquí, así que no lo sabes.

—Lo siento por esperar más de ti —dijo Ramesh enfadado—. Y siento no poder quedarme parado sin hacer nada cuando alguien te maltrata y tú lo permites.

—¿Qué? —preguntó Geeta riendo—. ¡Saloni no me maltrata!

—Solo porque no te golpee no significa que no sea maltrato. Uno puede herir a alguien con cosas que dice o que no dice o… —Luego hizo un gesto con la mano que indicaba que había perdido fuelle.

—Ella no…

—Sí. Porque está celosa. —Entonces, en ese momento oportuno, el hombre desvió la mirada, lo que lo hizo parecer modesto y sincero, como si su confesión inminente no fuera egocéntrica, presuntuosa ni ridícula y en verdad lamentara tener que contarle eso—. Veo cómo me mira. Ella… me desea.

Por supuesto, Geeta no le creyó, pues ella y Saloni no solo estaban en el mismo equipo, sino que eran el mismo jugador. Sus victorias se duplicaban y sus derrotas se dividían; para ellas, la lealtad era un hecho tan indiscutible como la gravedad. Por otro lado, era innegable que Saloni era deslumbrante, tanto que algunas estrellas de cine querrían arañarle la cara. Si Geeta y Ramesh eran tan ordinarios como el mango en ese país, Saloni era tan especial como la exclusiva anona silvestre.

Sin embargo, Geeta no cometió el error de burlarse y tampoco mencionó el gracioso proverbio que le vino a la mente —el de un hombre feo que atrapaba a una mujer preciosa: «*Langoor ke hath me*

angoor» («uvas en manos de un mono»)—, sino que se limitó a responderle con diplomacia y ternura:

—Saloni no me haría eso.

Aun así, intuyó cómo sería su vida si no desenterraba y destruía la raíz de esa hostilidad. Quedaría dividida entre su marido y su mejor amiga, y nunca tendría paz. Ella los necesitaba a los dos: uno le daría hijos, pero la otra la ayudaría a criarlos; uno la haría llorar y la otra la consolaría. Entonces, le preguntó a Saloni:

—¿Pasó algo entre vosotros dos?

—¿Él ha dicho eso?

Geeta tenía los ojos vendados, tal vez por un instinto de preservación, y, por eso, ni siquiera pensó en investigar las respuestas idénticas que ambos le habían dado. Eso ponía en peligro sus planes y también el ideal que había creado en la cocina cuando Ramesh había tostado el *papadam*. En cambio, interpretó su papel y le preguntó a su amiga exactamente lo mismo que a su prometido.

—¿Por qué no te gusta?

—Yo no dije que no… —La falsedad en el tono de la mujer era tan evidente que Geeta ni siquiera tuvo que presionar para que cediera. Se quedó mirando a Saloni hasta que esta suspiró y continuó—: Bueno, no me cae bien, y punto. Acapara todo tu tiempo y casi ni te permite verme.

—¿Qué prefieres? ¿Que no me case y así puedo estar siempre contigo?

—No, por supuesto que no. Cásate, pero no con él.

—¿Por qué? —Geeta no obtuvo respuesta, y eso llevó a que tuviera la terrible sensación de que tal vez Ramesh estuviera en lo correcto—. ¿Acaso estás… celosa?

—¿Qué? ¡Ay, por favor! ¡Mírame! Claro que no.

Eso le dolió. «Como si fueras inferior. Como si fueras fea. Los amigos deberían ser amables».

—Saloni, ¿tú lo deseas? —preguntó Geeta. Acto seguido, Saloni no mostró la diplomacia ni la ternura que ella había tenido con Ramesh, sino que se rio. De inmediato, Geeta se sintió arrastrada del equipo de su amiga al de su prometido. A pesar de que ella había tenido la

misma reacción, puesto que Saloni era una diosa y Ramesh, un simple mortal, verla subrayar ese hecho con una risa encantadora y cruel planteó otra cuestión: ¿cuánta estima le tenía Saloni? Entonces, añadió—: Muy bien. Qué bonito.

La otra tosió y dijo:

—No, Geeta, vamos. Es que no lo veo de esa manera.

—Porque él no es suficiente.

—No lo es —contestó Saloni después de encogerse de hombros.

—¿Por qué? ¿Porque eres hermosa? —El dolor de la joven se había transformado rápidamente en rabia—. Eso desaparecerá, ¿sabes? Algún día serás vieja, tendrás arrugas y el pelo se te pondrá gris. ¡Tal vez seas calva o gorda! Y nada cambiará el hecho de que no tienes dote para casarte, así que no importa si Ramesh no es suficiente para ti, porque él, de cualquier forma, no se quedaría contigo. Me quiere a mí.

Saloni parpadeó y, con calma, aclaró:

—Quise decir que no es suficiente para ti.

Tal vez fuese cierto; tal vez no. Pero ya era demasiado tarde: ella se había reído y, a ojos de Geeta, todo lo que siguió fue una forma deliberada, elaborada y poco genuina de resarcirse.

Más tarde, mientras Ramesh le acariciaba el brazo, ella reconoció llorando:

—Tenías razón. No es mi amiga. Quizá nunca lo fue.

—Estabas equivocada.

—Sí.

—Dilo —le ordenó abandonando las caricias.

Geeta lo miró a través de las pestañas llenas de lágrimas.

—Acabo de hacerlo.

—Dilo otra vez. Me debes una disculpa, pues hiciste que sintiera que estaba loco, cuando, en realidad, el problema entre nosotros era Saloni.

—Lo siento; no debería haberte hecho sentir que estabas loco.

A pesar de la suavidad de los dedos del hombre, así como también la calidez de él y del sol, se le puso la piel de gallina.

—Dilo —repitió Ramesh—. «Tienes razón; yo me equivoqué; lo

siento».

Como solo eran palabras y ella ya había perdido mucho ese día, y, además, porque era más fácil que discutir, la joven dijo:

—Tienes razón; yo me equivoqué; lo siento.

5

La tarde siguiente, Farah subió los dos escalones de cemento que llevaban a la puerta de Geeta con una sonrisa orgullosa. Se escuchaban los *bhajans* vespertinos de los templos del pueblo, con el sonido nasal del *shehnai* flotando por encima del retumbar de los tambores. Pasó por delante de la dueña de la casa y entró antes de que esta terminara de abrir la puerta.

—Ya me ocupé del asunto —dijo y, en lugar de sentarse en el suelo, lo hizo sobre la cama.

Geeta alzó las cejas ante esa libertad, pero la curiosidad superó la ofensa.

—¿Cómo?

—Coloqué todas sus pastillas para dormir en la última botella de alcohol —respondió mientras hacía el gesto de limpiarse las manos. El ojo, antes negro, ahora estaba de un color violáceo y el *bindi*, pequeño y marrón, no estaba en el lugar correspondiente de la frente, sino que se había descentrado—. Se va a morir en cualquier momento.

—Estoy impresionada —dijo Geeta aliviada—. ¿Qué tipo de pastillas para dormir se consiguen por aquí? ¿Tienes el envase? —Farah le entregó un blíster destrozado del tamaño de una baraja de cartas, en el que cada burbuja estaba vacía y aplastada. Geeta entrecerró los ojos para leer lo que estaba escrito en la lámina de aluminio rota y después miró a la mujer, que estaba recostada en el catre como una maharaní en un diván—. Esto es Fincar; es para el crecimiento del cabello. Obviamente no morirá, pero tal vez esté un poco más apuesto.

—¿Qué? —preguntó Farah parándose de golpe. Acto seguido, le arrebató el blíster a Geeta y se quedó mirándolo—. ¡Dijo que se lo recetó el médico! ¡Que realmente lo necesitaba! ¿He estado pagando diez rupias al día para su cabello? —Luego aplastó el blíster con el puño y exclamó—: ¡Ay, lo mataría ahora mismo!

—No me digas. —Geeta negó con la cabeza—. ¿Cómo no te has dado cuenta? ¿No lo revisaste?

El rostro de Farah se desfiguró por la desesperación, lo que hizo que el *bindi* se descentrara aún más. No estaba claro si estaba al borde de las lágrimas o de un ataque de ira.

—¡No sé leer! —reconoció al final con un lamento. Después arrojó el envase tan fuerte como pudo, pero, a pesar del impulso, este era muy liviano y cayó revoloteando con una facilidad que reavivó el abatimiento de la mujer. Entonces le dio un golpe a la almohada, como si la culpa fuese de esta—. ¡Ahora se preguntará dónde están todas las pastillas!

—¿Por qué lo hiciste? —gritó Geeta—. ¿Por qué no esperaste?

—¿Esperar qué? ¿La bolsa de plástico perfecta? Mientras tanto, él sigue robándome el dinero. No estamos haciendo nada, Geetaben, y, además, cada vez que te pregunto cómo mataste a Ramesh, me ladras —dijo Farah al tiempo que formaba una garra con la mano—. ¿Es esto una especie de clase sobre asesinato o algo así? Porque creo que no he aprendido nada.

—Está bien. Suficiente. Pensaremos en otra cosa.

—¿Como qué?

—Lo del veneno es una buena idea. Fácil y limpio.

—¿Mi idea es buena? —A Farah se le dibujó una sonrisa y el corte que tenía en la boca comenzó a sangrarle otra vez, lo que le provocó un gemido. Geeta le dio un pañuelo, y ella se tocó un poco para comprobar cómo estaba la herida antes de lamerse el labio inferior.

—Sí —contestó Geeta en un raro momento de generosidad, pero enseguida se contuvo y señaló el blíster en el suelo—. Aunque tu plan requiere mejoras.

—¿Y ahora qué?

Geeta se quedó pensando un momento y preguntó:

—¿Qué le gusta beber?

—Alcohol —dijo lentamente mientras la miraba como si esta fuese tonta—. Ese es el problema principal.

—No, idiota. ¿Qué otra cosa? ¿Leche?

—La odia.

—¿Zumo?

—Dice que tiene mucho azúcar —respondió Farah negando con la cabeza—. La diabetes es una epidemia que crece cada vez más, ¿lo sabías?

—El hígado está a punto de caérsele a pedazos y a él le preocupa la diabetes. —Geeta caminaba de un lado a otro cavilando—. Supongo que no hay otra solución: tendremos que comprarle más alcohol.

Farah soltó un grito ahogado.

—Pero tú ¿de qué lado estás?

Sin embargo, Geeta continuó hablando, más para sí misma que otra cosa.

—Sería más barato envenenarle la comida, pero mejor si está borracho. Así, no notará o no le importará el sabor.

—Bien pensado. Entonces, ¿eso es lo que funcionó? ¿Con Ramesh? —preguntó Farah con voz inocente.

—Buen intento. Vayamos a lo de Karem.

—Mmm —dijo la mujer alargando el sonido—. Puedes hacer eso tú sola, ¿no? No es que me necesites allí.

La insinuación de que no podría sin ayuda le molestó.

—Por supuesto que sí, pero…

—Es que… nadie puede verme comprando alcohol. ¿Qué pensará la gente?

—¿Pero a mí sí? —quiso saber Geeta con el ceño fruncido.

—Piénsalo: yo soy madre y, encima, musulmana. El pueblo… Tú sabes lo que todos piensan de ti; además, no te importan los chismes, algo por lo que, de hecho, siempre te he admirado. Así que, ¿cuál es el problema?

—Está bien. —Había sido tonto por su parte suponer que la acompañaría. ¿No había insistido ella misma en que no hablaran en plural y en que era la necesidad, no la amistad, la que las había unido de manera temporal? Además, Geeta concluyó que no sería conveniente que la vieran otra vez con Farah la noche anterior a la muerte de Samir, ya que levantaría sospechas—. Iré a comprarlo; vuelvo en un rato.

—¿Podrías pasar a dejarlo por casa? Para mí será más fácil, por los

niños y todo eso —dijo Farah, y Geeta comenzó a rechinar los dientes. Esa mujer era una experta en pedir favores—. ¡Ay, eres la mejor! Por cierto, ¿con qué lo envenenaremos?

Ella ya había pensado en eso.

—Algo sencillo y barato, como veneno para ratas.

—De acuerdo. Yo me encargo de eso.

—No podemos comprarlo aquí —dijo Geeta después de dar un suspiro—. Si hacen preguntas, te descubrirán. Tendremos que ir a buscarlo a la ciudad.

Farah mostró estima asintiendo lentamente con la cabeza y luego se dio unos golpecitos en la sien.

—Tú sí que eres lista.

—Lo sé.

—Bueno, no es que quiera apurarte, pero deberías ir saliendo, ¿no? Para llegar antes de que Karem cierre.

Geeta se la quedó mirando.

—¿Cómo puede ser que tu marido esté arruinando tanto mi vida?

Farah se fue tan animada que ella se quedó con la incómoda sensación de que la habían afinado como a un instrumento resistente, y pensó que era posible que la falta de juicio de la mujer fuese una actuación conveniente. Mientras se colocaba las sandalias, Geeta se dijo a sí misma: «Olvídalo. Consigue el alcohol y termina con toda esta mierda».

Recorrió la misma ruta que el día anterior. Había niños jugando al críquet en el patio de la escuela, en el que una pila de rocas formaba la portería, aunque esa vez no había señales de la tiránica mini-Saloni.

En el puesto de té con especias cerca de la esquina había solo tres clientes. En ese momento del día, la mayoría de los hombres, al terminar la hora del templo, se quedaban fumando narguile y jugando a las cartas junto a la oficina del *panchayat*. Dos de los clientes estaban sentados en sillas de plástico y bebían de pequeños vasos de vidrio mientras leían periódicos. El tercero era un *dalit* que iba descalzo; sentado en cuclillas a una distancia prudente de los otros dos, tenía las sandalias metidas en la cintura y soplaba el té que le habían servido, al igual que a todos los *dalits*, en un vaso desechable de plástico.

Geeta se acercó a la tienda de Karem y, antes de entrar, respiró hondo. En lugar de sorprendido, el hombre parecía encantado de verla, algo que a ella le resultó extraño. A nadie le gustaba encontrarse con ella, ni siquiera a sus clientes, que consideraban que sus mercancías traían buena suerte.

—¡Geetaben! ¿En qué puedo ayudarte?

Las cajas de plástico de bisutería estaban alineadas en la vitrina de manera que formaban un arcoíris polvoriento, lo que indicaba que no las habían tocado en mucho tiempo. Incluso a través del vidrio, la mujer pudo detectar la mano de obra asimétrica y de mala calidad. Deliberó un momento sobre cuál sería la forma correcta de comprar algo de contrabando, es decir, si habría alguna contraseña o frase clandestina. Luego levantó el dedo índice y dijo:

—Una botella de alcohol, por favor.

Karem la miró boquiabierto y después, con duda.

—¿Tú quieres alcohol?

—Sí.

—¿Tienes un invitado o algo así?

—No —respondió ella de inmediato—. Es para mí. Me gusta embriagarme.

—De acuerdo. —El hombre sonrió—. ¿Cuál quieres?

—Mmm…

—Tengo *desi daru* y mi *tharra*.

—¿Cómo es el *tharra* hoy en día?

—¿Hoy en día? —repitió él levantando las cejas confundido y, a la vez, divertido—. Supongo que igual que siempre. Tosco, pero cumple su función.

—Ya veo. —La mujer asintió con lo que esperaba que pareciera autoridad casual—. ¿Y el *desi daru*?

Karem extrajo una botella achaparrada con un líquido claro de detrás del mostrador, con una etiqueta llena de inscripciones en inglés y en hindi. Las únicas imágenes que Geeta pudo reconocer al inicio fueron un dibujo de una palmera y el conocido símbolo que aseguraba que algo era puramente vegetariano: un punto verde dentro de un cuadrado del mismo color. Cuando agudizó un poco más la vista, pudo

observar que había sido fabricado en Bareilly, una ciudad del estado de Uttar Pradesh, en el norte de la India, famoso por el Taj Mahal, las artesanías y el aumento del consumo de drogas. La Reina de los Bandidos también era originaria de ese estado.

—Es un ron de origen local —contestó Karem mientras presentaba la botella como si fuese un sumiller—. No es ninguna mezcla; está fabricado íntegramente en la India.

—¿Dónde lo consigues?

—En Kohra.

—Ah. Iré allí mañana. ¿Cuánto cuesta?

—Sesenta y cinco. Aunque allí debe de ser más barato.

—¿Y el *tharra*?

—Veinte. —Él sonrió y agregó—: Es incluso más local que el otro.

—Entonces me llevo el *tharra*.

—Bueno, pero bébelo con calma. Esta cosa puede dejar bizco a un caballo. —Karem se rio de su chiste reciclado sin saber que ella había oído la conversación con Samir. Cuando vio que ella no se reía, se sintió incómodo y transformó la risa en tos. Sin la suavidad con la que había tratado a la botella, dejó caer una bolsita con el líquido claro sobre el mostrador; era más pequeña que una bolsa de leche y estaba cerrada con un nudo en la parte superior. Era difícil de creer que algo tan pequeño pudiera ser tan fuerte.

—¿Eso es todo?

—Es suficiente para lograr tu cometido. —El hombre hizo rebotar la bolsita con la palma de la mano, lo que provocó un sonido placentero —. Incluso dos veces.

—Me llevaré dos.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¿Quieres el dinero o no? —preguntó Geeta de mala manera—. Si le hubieses hecho esta misma advertencia a Ramesh, yo aún tendría sensibilidad en estos dos dedos. —La mujer levantó la mano izquierda, que su marido le había fracturado en su cuarto año de casados y no había sanado bien. La lesión había extendido su alcance, pero, como no era un talento que a ella le resultara muy útil en su trabajo (quizá si hubiese sido pianista), su gratitud era limitada.

Karem se quedó callado un momento y luego dijo:

—No lo sabía. Quiero decir, no hasta después de lo que pasó. Lo juro. —Mientras hablaba, y ante la expresión de incredulidad de Geeta, el hombre se pellizcó la piel sobre la nuez de Adán, signo de que estaba diciendo la verdad—. ¿Cómo iba a saberlo? Nunca te veía, y obviamente tú nunca viniste aquí.

—Todos estaban al corriente.

—¡Las mujeres sí! Pero yo me enteré después de la partida de Ramesh, cuando todos empezaron a hablar. Te lo juro.

Sin embargo, Geeta ya no quería seguir hablando de eso. Se arrepintió de haber mencionado sus heridas frente a él, no para ahorrarle el momento, sino porque ella no era una víctima y no necesitaba que fuera condescendiente con ella. De pronto, se enfureció por su propia estupidez.

—Guárdate tus palabras y dame las dos bolsas.

Karem obedeció una de sus órdenes y le dio una bolsita más, pero luego dijo:

—De verdad que lo siento.

—Vete a la mierda.

—Al menos él recibió su merecido, pues la ceguera es un karma bastante evidente.

Geeta se detuvo de golpe.

—¿Qué has dicho?

Karem la miró con los ojos entrecerrados. Se había quedado helado y tenía la expresión de quien sabe que ha metido la pata.

—¿Qué?

—¿Qué has dicho de la ceguera?

—Nada. Tú lo has mencionado.

—No. Has sido tú —replicó ella lentamente.

—Fue un cumplido. Quise decir que él tenía que estar ciego por haber dejado a una mujer como tú.

El hombre estaba mintiendo, y muy mal, lo que de alguna forma resultaba adorable: un criminal incapaz de decir una mentira. Era tan tierno como un cachorrito. No obstante, ella había conseguido lo que había ido a buscar y tenía problemas mucho más grandes que los

enigmas mediocres de Karem: al día siguiente tendría que caminar tres horas para comprar algún veneno barato en Kohra. Antes de irse, colocó cuatro billetes de diez rupias sobre el mostrador.

—No, no es necesario —dijo Karem negando con la cabeza.

Geeta le clavó los ojos durante tanto tiempo que él no tuvo más opción que, a regañadientes, devolverle la mirada hostil.

—No. No quiero que pienses que estás libre de culpa. Jamás.

6

Cuando Geeta regresó a casa, dejó las sandalias junto a la puerta y se lavó los pies polvorientos en el cubículo pequeño que usaba para bañarse. Quedaba poca agua en los cubos, pero decidió que los llenaría al otro día. Luego, inquieta y con los pies húmedos, se paseó de un lado a otro con un hastío inusual. Normalmente, ella estaba contenta en su hogar, pues había aprendido a arreglárselas muy bien sola, pero en ese momento, después de deambular entre la mesa de trabajo y la cocina, colocó las dos bolsas de *tharra* sobre un rincón de la encimera y se puso a juguetear con el nudo de una de ellas. Al otro lado de la puerta trasera había una cocina de barro vieja; todavía la usaba, ya que el estiércol de vaca era un combustible mucho menos costoso que el gas.

A la derecha, contra la pared, donde siempre se encontraba la lagartija —en ese momento, en reposo y con la garganta hinchada—, era donde quería colocar una nevera. Geeta había estado ahorrando para comprarse una desde que se había unido al grupo de crédito. Le sería muy conveniente cocinar unas cuantas comidas de una vez y guardarlas, ya que muchas veces, mientras trabajaba, le entraba tanta hambre que comenzaba a sentirse mareada, pero, al no poder cocinar nada, solo podía optar por comer galletas hasta dejar de sentirse débil.

Además, finalmente podría comprar y guardar alimentos perecederos, así como también zumos y encurtidos que las familias consumían en una sola comida, pero una mujer sola no. El pan no se llenaría de moho tan rápido y la leche sobreviviría sin importar la estación; quizá hasta podría guardar huevos. Una nevera lo cambiaría todo, incluso cómo la veían los demás. Su madre solía decirle: «Cuando el elefante va al bazar, los perros comienzan a ladrar». A pesar de que Geeta estaba acostumbrada al desprecio de la aldea, le preocupaba la renovada atención, la envidia, el rencor y los nuevos

susurros, y, aunque se dijera a sí misma que no le importaba y que podía con eso, imaginarse las burlas le hacía sentir un nudo en el estómago.

Pero no habría sonrisas burlonas ni nevera a menos que se pusiera a trabajar, así que abandonó la cocina y se dirigió a su espacio de trabajo. Los frascos con abalorios negros formaban una fila sobre la mesa como soldados esperando órdenes. Ver el escritorio ordenado le producía una gran tranquilidad; solo quedaba poner un poco de música y comenzar a diseñar. Empezaría con un *mangalsutra* nupcial, pero, si ese proyecto no se ajustaba a su estado de ánimo, se pondría a convertir otro collar en una pulsera, ya que esa era la tendencia entre las novias modernas: un brazalete matrimonial era mucho más fácil de combinar con un par de vaqueros que el collar tradicional. Eso le venía bien, pues así tenía el doble de trabajo y de ingresos: crear un collar antes de la ceremonia y una pulsera después.

Geeta abrió el armario de metal. En el estante superior había un joyero color granate y una pequeña caja con candado donde guardaba hilo de oro y abalorios. La mujer ignoró la cajita y sacó el joyero; tenía las esquinas ennegrecidas por el paso del tiempo, pero el fieltro seguía siendo suave. Luego levantó la tapa, lo que hizo emanar un débil olor a azafrán. Dentro estaba su propio collar de bodas y, bajo un fondo falso, sus ahorros: diecinueve mil rupias con doce paisas.

Durante el segundo año de matrimonio, habían muerto sus padres; primero la madre y, unos meses después, el padre. La escasa bondad del destino quiso que ellos la vieran feliz y no atemorizada. El padre, a pesar de haber sido muchas cosas —divertido, amable, cariñoso—, no poseía mucho dinero, un secreto que solo había salido a la luz después de su muerte, cuando ya no había podido seguir escondiendo el verdadero estado de sus finanzas. Parecía ser que habían perdido la casa familiar hacía bastante tiempo a manos del banco, y luego habían ido pidiendo préstamo tras préstamo para pagar los anteriores. Ante esa situación, Ramesh había negado con la cabeza y le había dicho a su esposa que todo era un completo desastre, pero la insensible crítica hacia su padre muerto apenas había penetrado a través del dolor de la mujer. Después, el hombre había añadido que la familia de Geeta

había tenido suerte de que sus propios padres no hubiesen querido aceptar la dote por ser algo arcaico, pero que en ese momento tendrían que vender las joyas de su boda, ya que, después de todo, la deuda provenía del lado de ella. Geeta pensaba que su marido tenía razón, pero deseaba que él hubiese mantenido ese asunto en privado. Por el contrario, Ramesh había criticado por todos lados a su suegro y los errores cometidos, y también se había quejado de que no le hubiesen demostrado agradecimiento por no haber exigido una dote. Como consecuencia, el apellido de Geeta había muerto con el padre, y tal vez había sido lo mejor, ya que su marido se había asegurado de que lo asociaran con la vergüenza.

Cuando Ramesh se fue, le legó una deuda aún mayor, y solo el *mangalsutra* de la boda había sobrevivido a los esfuerzos por mantenerse a flote. Había estado tentada varias veces de venderlo, pues era probable que valiera alrededor de veinte mil rupias, con lo que podría comprarse una nevera, e incluso le sobraría algo de dinero. Sin embargo, no quería obtenerla de esa manera, pues siempre estaría asociada a su marido. No quería nada que no pudiese conseguir por sus propios medios.

La mujer se quedó jugueteando con el collar —elegido por Ramesh — y probando la resistencia a la tensión.

Tal vez fuera patético haberlo conservado y, por ende, haber perdido el tiempo extrañando a su marido, pero, durante un tiempo, él fue todo lo que conocía. Al principio, la nueva soledad la había asustado. Si hubiese tenido alguna amiga, la transición hubiese sido mucho más fácil, pero, al igual que la nevera, era un lujo que no tenía, así que se las había arreglado sola.

Con el tiempo, mediante el descubrimiento de su talento para la fabricación de joyas, algunas verdades emergieron: que había una Geeta antes de Ramesh, y que esa Geeta aún estaba viva. Aunque nadie estuviera interesado en conocerla, ella sí. Descubrió que la sal extra le agradaba y no se disculpó por ello. Le gustaba bailar y escuchar música en la radio vieja para empezar el día, por lo menos hasta que se topó con información interesante sobre las orcas, y entonces comenzó a sintonizar el programa sobre naturaleza de Gyan

Vani. Comprendió que, algunas noches, unas galletas Lay's de tomate eran una cena perfectamente aceptable. Tal vez por la magia de convertir una imposibilidad en la ilusión de que, en realidad, fue algo que eligió, se dio cuenta de que no le hubiese ido bien con los bebés, sobre todo porque no le gustaban demasiado. Así era ella, con sus cosas buenas y malas.

Había sido el condicionamiento, y no el deseo real, lo que la había convencido de que quería niños, y Ramesh, después de lo cruel que había sido con ese tema, al menos la había liberado de esa atadura.

Geeta colocó el *mangalsutra* otra vez en el joyero y se puso a pensar en cuánto se identificaba con la decepcionante revelación de la Reina de los Bandidos sobre el matrimonio: esos collares que los hombres les ataban las privaban de la libertad igual que una soga ataba una cabra a un árbol.

Pero la libertad, según había escuchado o leído en algún lado, era lo que una persona hacía con las cosas que le habían sucedido. Geeta había usado la suya para comenzar un negocio que, aunque daba por sentado que nunca sería demasiado grande, existía gracias a su visión y su talento, algo que, según su prestamista, la convertía en empresaria.

Sin embargo, nada cambiaba el hecho de que ella solo podía ser tan exitosa como se lo permitieran los hombres a su alrededor. Samir demostraba que un hombre ni siquiera necesita ser tu marido para oprimirte. Las microfinancieras se interesaban por convertir a mujeres desamparadas en personas empoderadas, lo que, si bien era una meta admirable, también era algo inútil, pues estas organizaciones iban y venían, y las mujeres se quedaban allí haciendo lo mismo de siempre: obedecer. Sin importar si eran débiles o poderosas, nunca dejaban de ser mujeres.

Geeta volvió al lugar donde estaban las bolsas con el *tharra*. Nunca había probado el alcohol, pero se preguntaba a qué venía tanto alboroto. Ramesh lo había elegido en vez de a ella y, por el placer que encerraban esas bolsitas, Samir estaba dispuesto a lastimarla.

Al amenazar su orgullo y sus ganancias, Samir le había recordado su vulnerabilidad. En ese instante, golpearon la puerta, lo que provocó

que Geeta diera un salto y dejara caer el *tharra* sobre la encimera.

Quien estaba parado sobre la tierra frente a los escalones de la entrada no era Farah ni Samir, sino Karem. Después de llamar a la puerta, en lugar de quedarse en la escalera, había regresado al suelo, y, aunque Geeta no lo demostró, apreció que él reconociera su espacio.

—¿Qué? —preguntó ella de mala manera.

—Yo… Mañana tengo que ir a Kohra bien temprano por… cosas del inventario.

—Por alcohol.

—Sí —reconoció él tras dar un suspiro—. ¿Quieres venir?

—¿Por qué?

—Porque mencionaste que irías, y así no tendrías que pagar el viaje. Me llevarán en un camión —explicó Karem. Geeta reprimió el instinto de rechazarlo y consideró la oferta. Estaba claro que él intentaba resarcirse, algo en lo cual no estaba interesada, pero un viaje en camión le haría ahorrar tiempo, incluso suficiente para poder ir a ver neveras. Antes de que ella pudiera responder, el hombre mostró una sonrisa torcida y nerviosa y añadió—: Será divertido.

—¿Divertido?

—De acuerdo, Geetaben, no será divertido; serán solo negocios. Pero ven, ¿vale? Ahórrate un día de caminata bajo el sol. Incluso las *adarsh nari* deben descansar.

—No soy para nada una mujer ideal.

Karem dirigió la mirada hacia la puerta, que ella había abierto solo lo suficiente para acomodar el cuerpo.

—¿Estás sola? —preguntó, pero de inmediato se dio cuenta de que, cuando un hombre usaba esas palabras con una mujer, independientemente del tono y la intención, sonaba amenazante. Acto seguido, dio un paso atrás y comenzó a titubear—. No fue mi intención… Solo quería saber si tenías compañía, porque eso explicaría el licor.

—Ya te dije que es para mí.

Él entrecerró los ojos y, por un momento, ella pensó que seguiría presionando, pero luego relajó la expresión.

—¿Lo has probado?

—No.

—Bueno, después dime qué te parece. Recomiendo que lo bebas frío. —Karem metió las manos en los bolsillos del pantalón marrón y añadió—: Salimos a las ocho y media, así que no te emborraches demasiado.

—Está bien.

—Buenas noches, Geetaben.

—Lo que tú digas.

Al día siguiente, se encontró con Karem en la tienda de este porque estaba más próxima a la carretera que su casa. Mientras iban caminando hacia el camino pavimentado, Geeta se sorprendió de ser ella quien no podía tolerar el silencio, así que preguntó:

—¿Los niños se las arreglarán bien mientras tú no estás?

—Estarán en la escuela. Dios sabe que no aprenden nada, pero por lo menos los cuidan y es gratuito.

—¿Cuántos años tienen?

—Once, nueve, seis y cinco. No, espera… Siete y cinco.

Geeta estaba demasiado sorprendida como para bromear sobre lo de ser un padre atento.

—¡Guau!

—Sí, lo sé, la planificación familiar y eso de tener solo dos hijos. Pero Sarita y yo queríamos una niña, así que seguimos, y al final llegó.

Geeta empezó a sacar cuentas y dijo:

—Recuerdo que tu esposa falleció en…

—Hace cinco años. Más o menos cuando Ramesh…

—Desapareció.

—Sí.

—No debe de ser fácil hacerlo todo solo.

—También es difícil con alguien —dijo Karem encogiéndose de hombros—. Así es el matrimonio.

Un llamativo camión marca Tata con guardabarros en el que se leía atención toque bocina comenzó a disminuir la velocidad al acercarse a ellos. La parte delantera era plana y, en su mayoría, roja, pero en el resto del vehículo se agolpaban salpicaduras de amarillo, azul y todos

los colores intermedios. Aunque era chillón, también era bonito. Tras saludar a su amigo, Karem se subió a la parte de atrás, que estaba cubierta de balas de heno, y le ofreció una mano a Geeta; no obstante, esta lo ignoró, recogió la falda del sari con una mano y se aferró al heno hasta que logró enderezarse con gran satisfacción, pero poca dignidad.

Un búfalo que estaba allí atado soltó un gemido al verlos para luego enterrar la cabeza en un cubo de acero lleno de recortes de hierba. Acto seguido, se sentaron con las espaldas contra los lados opuestos del camión, uno frente al otro; Karem apoyó las muñecas en las rodillas dobladas mientras que Geeta, a pesar de que le crujía la rodilla derecha, se acomodó con las piernas cruzadas y colocó la bolsa de yute en el regazo.

—Tienes… —dijo él mientras se señalaba la cabeza.

—¿Qué?

—Paja.

—Ah. —La mujer se palpó hasta que encontró a la culpable.

Se dirigieron al sur y pasaron por las afueras del pueblo, donde vivían los *dalits* locales en espacios muy reducidos. Los techos de paja de las chozas eran demasiado bajos para divisarlos a través de los árboles que rodeaban la zona, pero las casas más altas, hechas de barro y cemento, sí eran visibles. Geeta reconoció el árbol de los ahorcados; ese no era su nombre oficial, pero ella había oído la historia de pequeña y, desde entonces, lo llamaba así, aunque no en voz alta.

Una madrugada, mucho antes de que Geeta hubiera nacido, dos niñas de casta inferior —de doce y trece años— habían aparecido colgadas con sus propias ropas; tenían los pantalones por los tobillos y el rocío les goteaba de las puntas de los dedos. Los policías habían pedido a los padres de las niñas, que eran analfabetos, que firmaran una denuncia para que se pudiera investigar ese caso de violación y asesinato. No obstante, lo que en realidad habían firmado era una confesión falsa —redactada previamente por la policía— en la que ellos reconocían que, tras descubrir que sus hijas eran promiscuas, y para preservar el honor familiar, las habían colgado. En consecuencia,

habían ido a parar a prisión y la familia había quedado arruinada.

Geeta desvió la mirada del árbol. No estaba segura de que la historia fuese cierta, pero sí sabía que, últimamente, el *panchayat* de la aldea había recibido quejas de que un hombre desconocido con un pasamontañas había estado atacando jovencitas *dalits* de madrugada, cuando estas iban a los campos para hacer sus necesidades; primero las estrangulaba y después las manoseaba. Los cinco miembros del *panchayat* habían sido elegidos por los habitantes del pueblo en unas elecciones destinadas a permitir el autogobierno de ese lugar. Pese a ello, en este caso, lo único que el consejo podía hacer era llevar las condolencias a las familias, ya que era difícil hacer justicia cuando no había forma de identificar o atrapar al culpable.

Los campos, algunos verdes, otros marrones o dorados, pasaban borrosos a ambos lados de la carretera. Una vez, el camión frenó de golpe para dejar pasar una manada de búfalos que parecía no terminar nunca. Karem se sostuvo con fuerza y se balanceó a un lado antes de poder enderezarse; Geeta, sin embargo, no logró estabilizarse a tiempo y cayó sobre la paja, pero él tuvo la decencia de simular que no lo había visto. Más adelante, se detuvieron cerca de un sitio en construcción. Unas muchachas, que caminaban formando una fila, llevaban uno o dos ladrillos sobre la cabeza cada una y los iban depositando en una pila. Rodeando el lugar, había cabras y vacas junto a pastores con turbantes rojos, que empuñaban largos cayados. A veces, Geeta olvidaba lo verdes que eran esas tierras.

Después de veinte minutos —que parecieron cuarenta—, pararon en un pueblecito vecino, donde el amigo de Karem cargó unas cañas de azúcar, que colocó alrededor de ellos y del imperturbable búfalo. Un instante después, el motor rugió y partieron otra vez. Karem cogió una caña larga del montón y se la ofreció a la mujer, pero, como ella negó con la cabeza, él masticó un extremo para extraer el jugo y luego escupió las fibras secas en el camino.

Sin buscarlo, Geeta comenzó a imaginárselo borracho. ¿Sería de los que se reían, de los que hablaban sin parar, de los que se ponían violentos o de los que se volvían apasionados? Esto último la sorprendió e hizo que se diera la vuelta, y luego, como no se atrevía a

mirarlo. Se quedó así, de cara al sol con los ojos entrecerrados, mientras él se sacaba un filamento de caña que le había quedado en la lengua. Obviamente fue el sol lo que le puso rojas las mejillas, ya que ella, a diferencia de Saloni, no tenía el tipo de piel que se ruborizaba. Esa debió de haber sido la única vez en la historia de la India que una mujer haya sentido gratitud por ser de tez oscura.

Cuando llegaron a Kohra, Geeta intentó hablar con Karem para elegir un punto donde encontrarse en unas horas, pero él tenía otra idea.

—Vamos.

—¿Qué? No, tengo recados que hacer.

—Será rápido, y después haremos tus recados.

—Ahorraré tiempo si voy sola.

—¿Ahorrar tiempo? ¿Para qué? Mi amigo no volverá a recogernos hasta las cinco y media. —El hombre, al ver que ella abría la boca para protestar, suspiró y añadió—: Geetaben, si quieres ir sola, no hay problema, pero déjame mostrarte algo antes; luego podrás hacer lo que tú quieras. Lo prometo —dijo mientras se pellizcaba la piel de la garganta.

Ella también dio un suspiro y se rindió.

—De acuerdo. Acabemos con esto.

La mujer estaba desconcertada, pues, en vez de dirigirse al bazar cercano, fueron hacia el área residencial y se detuvieron frente a una casa de dos pisos, en la que una intrincada baranda delimitaba una terraza. Vio que había niños jugando junto a una valla baja que bloqueaba un camino corto y rodeado de flores, que llevaba a unas puertas dobles de color azul, y también oyó perros ladrando, pero no los divisó.

En cuanto abrieron el pestillo de la valla, un hombre de unos cuarenta y tantos salió con los brazos abiertos para saludar a Karem. En el porche había una hamaca con las bisagras oxidadas pero las cadenas pulidas y flanqueada por grandes plantas.

—¡Karembhai! —Los dos hombres se abrazaron mientras Geeta quedó atrás. Por encima del hombro de Karem, ella pudo ver la coronilla pálida y calva del otro. Los dos eran más o menos de la

misma altura, pero el mayor tenía una barriga que ponía a prueba los límites de su camiseta polo.

—Geetaben, este es Bada-Bhai.

El hombre juntó las palmas en un saludo namasté que ella devolvió.

—¿Tu hermana mayor?

—No, es una amiga —respondió Karem mientras Geeta sentía cada una de sus canas y arrugas—. Ha venido a Kohra por un asunto de negocios.

—¿Ella también tiene una receta secreta para *tharra* de primera calidad? —bromeó Bada-Bhai, y luego los condujo adentro. En el momento en que se estaban quitando el calzado, Geeta vio el limón con chiles verdes que colgaba cerca de la puerta y recordó que Ramesh le hacía guardar una decoración similar debajo de la cama para alejar el mal de ojo, como si él no hubiese sido su mismísima encarnación—. Si es tan bueno como el tuyo, Karembhai, tendré que cambiar de proveedor.

—No, no —dijo Karem riendo. Acto seguido, Bada-Bhai los guio a una sala de estar donde había tres sofás y un televisor; allí, una mujer que llevaba manga larga y zapatillas se acercó con una bandeja de vasos con agua. Geeta se bebió uno, devolvió el vaso a la bandeja y notó que la mujer tenía tatuajes de la tribu *rabari* en las manos; entonces trató de establecer contacto visual con ella para poder mencionarle que su aldea alojaba pastores *rabaris* todos los inviernos. ¿Ella sería de Rajastán o de Kutch? Sin embargo, la mirada de la mujer estaba fija en el suelo, y Geeta se dio cuenta, con creciente inquietud, de que algo iba mal. Era bastante extraño que un miembro de una tribu nómada, en especial una mujer, tuviera un trabajo en la ciudad como ayudante. Karem también tomó un vaso y comentó—: Geetaben hace joyas.

—¡Ah, como Sarita!

Ese comentario, sumado al de su edad, hizo que se sintiera molesta. Decir que las joyas que fabricaba eran como las de Sarita era comparar arte con carpintería, pero la esposa de Karem estaba muerta, y además ese tonto era un desconocido, por lo que corregirlo sería una pedante pérdida de tiempo y ego.

Karem negó con la cabeza.

—Me refería a joyería de lujo, no un pasatiempo. Tiene su propio negocio: Los Diseños de Geeta. Yo quería mostrarle a ella tu tienda porque, dependiendo de cómo vayan los microcréditos, busca expandirse más allá de la aldea.

Esa era una noticia que la dueña del negocio oía por primera vez.

—¡Qué bien! Si Kohra no tiene cuidado, en cualquier momento su pueblo superará al nuestro. —Aunque algo condescendiente, no dejaba de ser un cumplido; sin embargo, venía acompañado de una gran reserva, y Geeta sintió que, más que un halago, era una amenaza. Luego, Bada-Bhai continuó—: Karem tiene el mejor *tharra* que he probado en mi vida. No sé qué hace con las cañas de azúcar, pero el suyo podría ser ron de verdad.

—Bah, no lo creo —dijo Karem mientras rechazaba los elogios con un gesto de la mano—. Este hombre me dio una oportunidad hace unos años, cuando Sarita murió. Yo no tenía contactos ni capital inicial, pero él aseguró que había un mercado para mi receta de *tharra* y, al poco tiempo, ¡fuimos un éxito!

Bada-Bhai palmeó al otro en la espalda.

—Hace que parezca que le ofrecí estiércol a un vaquero. ¡Es muy fácil vender alcohol casero en este estado! Hablando de eso, ¿tienes algo para mí?

—Sí —respondió Karem asintiendo con la cabeza. Acto seguido, le dio la bolsa de yute a Bada-Bhai, quien echó un vistazo al contenido antes de llamar a otro hombre que estaba quieto en una esquina, cuya presencia Geeta no había notado. Este tomó la bolsa y, antes de irse, le entregó un sobre a Bada-Bhai.

—No debo olvidarme de esto. —Este último buscó en el bolsillo hasta que encontró una moneda de una rupia y la metió en el sobre—. Para la buena suerte. —Añadir una rupia a cualquier suma que se regalaba era considerado auspicioso, aunque Geeta siempre lo relacionaba con cumpleaños y bodas, y no con los negocios—. Cuéntalo.

Sin embargo, Karem lo guardó de inmediato en el bolsillo.

—Confío en ti.

—En los negocios siempre hay lugar para la duda.

—Pero, cuando hay amistad, no hay ninguna —contestó Karem sonriendo.

Geeta, quien aún sentía curiosidad por la mujer *rabari*, preguntó si podía ir al baño, y le indicaron que fuera a uno que se encontraba cerca de la entrada a la cocina, donde pudo oír fragmentos de una discusión.

—… algo totalmente inapropiado, Lakha, que el hijo de un sirviente se coma…

—Pero no es el hijo de un sirviente, ¿no?

Geeta pasó por allí a toda velocidad justo cuando una mujer de su misma edad y muy bien vestida le daba una bofetada a la mujer *rabari*. Ardiendo de indignación por Lakha, Geeta se distrajo y, de pronto, se encontró afuera, donde una valla de alambre acordonaba un pedazo de tierra vacía; lo que resultaba tan feo como hermoso era el jardín delantero. Como en el exterior no había letrina, puesto que en lugares grandes como Kohra el uso de fontanería interior estaba muy extendido, se dio la vuelta para volver a entrar, pero, en ese momento, unos perros ladraron tan cerca de ella que se sobresaltó.

No había visto a los cuatro canes encadenados a la valla, cuyas correas eran demasiado cortas para que las patas quedaran apoyadas sobre la tierra con comodidad. En vez de estar atados bajo el árbol que se encontraba en la esquina más alejada, estaban apiñados al sol, y no se veía ningún recipiente con agua en todo el árido terreno. Estaba a punto de entrar para recordarle a Bada-Bhai que esa tarde la temperatura ascendería a cuarenta y un grados cuando vio al perro más pequeño curvando y enderezando la columna, como si estuviese haciendo un baile extraño que se parecía a la postura de yoga del gato y la vaca. Primero pensó que tal vez estuviera estirándose, pero luego, cuando el animal abrió el hocico y comenzó a hacer arcadas, Geeta se dio cuenta de que estaba por vomitar; un segundo después, el líquido cayó sobre la tierra. Los otros perros intentaron evitar el vómito; sin embargo, como estaban atados al mismo eslabón de la valla, fue imposible.

La mujer dio un paso hacia la casa, pero luego se detuvo. La Reina

de los Bandidos no esperaba la ayuda, sino que era la ayuda. Con eso en mente, se acercó a los perros con vacilación, pues lo último que necesitaba era contagiarse de rabia. A diferencia de Saloni, no temía a los animales, pero tampoco estaba tan embobada como solía verse en algunas películas en las que la gente rica vivía en mansiones con perros esponjosos que comían mejor que los sirvientes. No obstante, estaba claro que esos cuatro canes provenían de la calle y ella no sabía si acabarían mordiéndola y atacándola. De pronto, notó que estaba respirando demasiado rápido y se sintió mareada debido al sol.

—*Kabaddi, kabaddi, kabaddi* —susurró con un poco de reticencia mientras examinaba las correas de los animales. Estaban atadas a la valla con un simple mosquetón, por lo que, en cuanto presionó la parte accionada por resorte, salió corriendo por si los perros la perseguían—. *Kabaddi, kabaddi, kabaddi.* —Esperaba que eso funcionara de inmediato. Al recitar ese mantra, acabó expulsando más aire del que hubiera exhalado normalmente, lo que hizo que la respiración se profundizara.

Farah nunca se callaría si se enteraba.

A Geeta se le aclaró la mente y miró hacia atrás para ver la reacción de los canes. Aunque los agarres alrededor de sus gargantas se aflojaron —lo que les permitió pararse bien sobre el suelo—, no se movieron ni exploraron la nueva libertad, sino que se quedaron quietos, evaluándola. Acto seguido, uno de ellos avanzó unos pasos hacia la sombra arrastrando la correa, y luego otro hizo lo mismo. El perro enfermo, en cambio, se desplomó de costado; el pecho marrón subía y bajaba y la cola era una cuerda flácida y sucia. Necesitaba agua, y tal vez asistencia veterinaria.

La mujer caminó a lo largo del perímetro de la valla hasta que encontró el portón, que no tenía candado. Los animales la observaron probar el pestillo, que ella giró un par de veces antes de ponerlo en su lugar. Después, volvió sobre sus pasos y entró en la casa —para entonces ya se había olvidado de que necesitaba ir al baño—, pero la sala estaba vacía. Entonces escuchó unas voces y las siguió hasta un dormitorio que había sido modificado para convertirlo en un lugar de trabajo. Una vez allí, se quedó al otro lado de la puerta, estirando el

cuello para poder mirar.

Sobre distintas mesas había tubos y recipientes, tanto de arcilla como de metal, y varios hombres iban y venían entre estas. Karem y Bada-Bhai estaban parados junto a la pared que estaba frente a ella mirando cómo uno de los sujetos vertía la mitad del *tharra* de Karem en una vasija de arcilla y dejaba la otra mitad.

—¿Es necesario todo esto? Pensé que mi receta te gustaba tal cual es.

Bada-Bhai rio, pero Karem no.

—Por supuesto que me gusta; si tengo alguna queja, es que es demasiado bueno.

—No entiendo.

—Debemos diluirlo con algo. Es un buen negocio, ya que duplicamos las ganancias. —El hombre le dio una palmadita a Karem en el hombro—. Así es como podemos pagarte tan bien.

—¿Qué es eso? ¿Otro *tharra*? —preguntó Karem señalando un líquido claro que uno de los trabajadores estaba poniendo en el recipiente, pero Bada-Bhai no contestó—. ¿Etanol? —Tras una pausa, afirmó con voz plana—: Es metanol.

—Solo son negocios. No te preocupes.

—Pero podría matar a alguien.

Bada-Bhai entrecerró los ojos y mostró una sonrisa tensa tras el bigote.

—Al final has conseguido dejar lugar para las dudas —dijo, y se encogió de hombros—. Nadie ha muerto; lo probamos antes.

En ese instante, Geeta apareció por la puerta.

—¿En los perros? —preguntó. Karem se dio la vuelta y la miró inquisitivo—. Hay perros atados en el patio de atrás —añadió ladeando la cabeza.

Bada-Bhai suspiró, como si se sintiera muy agraviado.

—Sí, los perros lo beben y así, después de dos días, sabemos que se puede vender.

—Si viven —aclaró la mujer.

—La mayoría lo hace —contestó él encogiéndose de hombros.

Karem se quedó mirándolo como si acabaran de contarle que su

padre era un eunuco.

—Eso… Eso es cruel.

—¿Cómo hacemos si no? ¿Estás dispuesto tú a probarlo? —le preguntó; luego, le sonrió a Geeta al igual que lo haría con un aliado y la puso al tanto—: Él no bebe; algo irónico, ¿no?

—Creo que es una reacción natural, dada la línea de trabajo —explicó Karem después de hacer una mueca.

—¿Tú sí bebes? —quiso saber ella.

Bada-Bhai respiró profundo y se bajó el dobladillo de la camisa granate.

—Me consiento cada tanto; no es ningún crimen. —Hizo una pausa y añadió—: Bueno, al menos no es un pecado.

—Quizá deberías ser tú quien beba ese veneno que les estás metiendo por la garganta a esos pobres perros —opinó Geeta enseñando los dientes con una sonrisa—. Ya que te gusta consentirte.

—Escúchame, *budi* —dijo Bada-Bhai con un dedo levantado—. Guárdate ese sermón. Son solo perros callejeros. Si lo estuviese probando con niños, entonces sí podrías llamarme «monstruo».

No había tiempo de ofenderse porque la hubiera llamado «vieja».

—¿Esa es tu mejor defensa? ¿Que no son niños a quienes estás envenenando? ¡Y pensar que nominaron a Gandhi al premio Nobel en vez de a ti!

—¡Ey! Yo acogí a esos animales, que estaban abandonados y enfermos. Pagué para que les pusieran inyecciones, los desparasitaran y los esterilizaran. Tienen comida y agua…

—Y veneno.

—Oye, no tengo por qué soportar las quejas de una ama de casa vieja y aburrida que se dedica a hacer accesorios baratos. Karem, hazte cargo.

—Mis joyas son de primera calidad —replicó Geeta de mala manera.

—Y no es una ama de casa aburrida.

La mujer trató de no sentirse dolida porque él no hubiera discutido lo de ser vieja. Bada-Bhai, irritado, soltó un gruñido y avanzó hacia Karem, quien instintivamente dio unos pasos atrás; luego, los sacó de la habitación.

—Este es mi negocio y, si quieres seguir recibiendo tu pago, no te metas.

—Libera a los perros —ordenó Geeta.

—No.

—Suéltalos o llamaré a la policía.

—Geetaben. —La advertencia provenía de Karem, cuyo repentino cambio de lealtad consternó a la mujer.

—¿Qué?

—No podemos llamar a la policía —explicó mientras señalaba el laboratorio improvisado—. Me arrestarán, y tal vez a ti también.

—Oh.

—Escúchalo. Al menos él tiene algo de cerebro —dijo Bada-Bhai con petulancia.

—No llamaremos a la policía, pero esto termina aquí. Este es el último lote que te vendo.

—Está bien —aceptó el hombre encogiéndose de hombros—. Pero no esperes venderle a nadie más en Kohra, pues me aseguraré de que todos sepan que tu producto es letal y que fue por eso que, con gran pesar, no pude seguir haciendo negocios contigo. —Antes de continuar, se llevó una mano al pecho y miró hacia arriba—. Mi conciencia no me dejaba arriesgar la vida de mis leales clientes con algo tan sórdido como el metanol. Por suerte para ellos, habré encontrado un nuevo *tharra* de calidad.

—Al cual seguirás agregándole metanol.

—Por supuesto, pero ¿a quién creerán? ¿A un granjero de vaya uno a saber dónde que se la pasa machacando cañas de azúcar o a un empresario de verdad? —Bada-Bhai miró a Karem, quien apretaba la mandíbula con fuerza, y negó con la cabeza—. Has cometido un gran error. ¿Cómo alimentarás a esos niños ahora? Asegúrate de contarles que están pasando hambre por la simple razón de que el idiota de su padre eligió a unos perros callejeros antes que a ellos.

—No es un idiota —aclaró Geeta.

—Lo es si piensa que cualquier otro hubiese hecho algo distinto. Estos son negocios, Karem, de los que tú y esta Madre Teresa no sabéis nada.

Geeta parpadeó varias veces. ¿Cuántos años creía este *chutiya* que tenía?

—No —le contestó Karem—. El negocio era satisfacer una demanda, no envenenar a las personas por unas pocas rupias.

—¡Unas pocas rupias! —exclamó Bada-Bhai riendo—. Se nota que eres un aldeano y que no tienes idea.

—Ven, Geeta. Nos vamos.

—De acuerdo. Pero… —En vez de continuar, levantó el dedo meñique, que era el símbolo para *su-su*, es decir, orinar.

—¿¡Otra vez!? —preguntó Karem.

—Mi madre tiene problemas similares. Es algo de la edad —explicó Bada-Bhai.

—Te veo fuera —dijo Geeta apretando los dientes.

El hombre fue pisándole los talones todo el camino. De pronto, en el pasillo, se encontraron con la mujer que había abofeteado a Lakha, quien se dirigió a él y le dijo:

—Chintu, no la toleraré mucho más.

—Tendrás que hacerlo, y sabes bien por qué. Ahora no puedo hablar; estoy ocupado —contestó él con voz despectiva.

Cuando llegaron al baño, Geeta giró y casi le golpeó la barriga.

—¿Vienes conmigo? —preguntó ella con sarcasmo.

El hombre parecía consternado, lo que era doblemente insultante.

—Por supuesto que no.

—Entonces, ¿me das un poco de privacidad? —Cuando él se negó, ella añadió—: ¿Qué piensas que voy a hacer? —Acto seguido, se señaló a sí misma para mostrar lo aparentemente vieja e inofensiva que era, armada solo con un sari y una bolsa de yute.

Bada-Bhai dudó, pero luego pareció estar de acuerdo con el autodesprecio que Geeta mostró, lo que exteriorizó poniendo los ojos en blanco.

—¿Señor? —lo llamó un niño.

El hombre caminó por el pasillo y colocó una mano en el hombro del muchacho.

—Papá —lo corrigió con tono amable para después guiarlo a la cocina.

Geeta aprovechó el momento, cerró la puerta del baño y volvió sobre sus pasos hasta el patio. Allí corrió derecho hacia el pestillo y abrió el portón.

—Vamos, ¡salid! —les susurró a los perros. Tres de ellos hicieron caso y echaron a correr, pero el que estaba enfermo cojeó, ansioso por complacer, y, con torpeza, giró en círculo—. Por aquí. Sigue mi voz. —El animal se dirigió hacia ella de manera prometedora; sin embargo, golpeó la valla con el hocico y cayó de costado—. ¡Maldición! —Ella no tenía tiempo para eso. Si dejaba al cachorro fuera de la valla, este no llegaría muy lejos y lo encontrarían de inmediato, por lo que, después de acariciarlo un par de veces y dejar que le oliera la mano con la nariz oscura, lo recogió. El cuerpo del perro era marrón y delgado y, aunque tenía un torso largo, las patas eran regordetas. El rasgo más destacado que poseía eran las orejas: demasiado grandes para el pequeño rostro, similares a las de un zorro y con el interior rosado. Por otra parte, el pelaje estaba sucio y la cola parecía una soga asquerosa. Mientras lo colocaba en la bolsa vacía, pudo sentir la piel cálida entre las costillas. Él gimió con la lengua fuera y no ofreció resistencia a ese contacto extraño, acurrucándose sobre sí mismo con una derrota que, de inmediato, despertó en ella tanta ira como compasión.

Ya de vuelta a la casa, echó un vistazo al pasillo y, silenciosamente, se encerró en el baño. «*Kabaddi*, *kabaddi*, *kabaddi*». Apenas tuvo tiempo para que el corazón se calmara un poco antes de que Bada-Bhai comenzara a golpear la puerta.

—¡Ey! ¿Qué sucede? ¿Te has caído?

Geeta, furiosa, se observó en el espejo que había encima del lavabo rosa. ¿En verdad parecía tan frágil como una anciana? Reconocía que tenía algunas arrugas alrededor de los ojos, pero ¿no era así en todos los que habían pasado la juventud sonriendo? Por otro lado, aunque tenía treinta y tantos y algunas canas, la mayoría del cabello todavía era negro. También pensó, mientras saboreaba el rencor, que, al menos, ella sí tenía pelo.

En casa de Geeta había un solo espejo y ella no solía usarlo, pues su superficie deformada no dejaba lugar a la vanidad. Además, ella ya no

llevaba *bindi* ni joyas, y sabía cómo la hacía lucir la ropa que usaba: una mujer práctica. Incluso sabía arreglarse el cabello sin mirar; era peinar, peinar, peinar, hacer el rodete y atar. En ese momento fue consciente de que su aspecto no la favorecía en nada. Notó que el pelo de la frente y de las sienes estaba tan tirante que parecía una de esas caricaturas de colegialas. Igualmente, ¿a quién diablos le importaba cómo se veía? No era como si ella estuviese buscando que las personas la miraran; era mucho más seguro ser invisible. Aun así, ¿cuántos años creía Karem que tenía?

Ante esa curiosidad no bienvenida, Geeta tiró de la cadena y abrió la puerta esperando que Bada-Bhai no notara el nuevo bulto en la bolsa que antes estaba vacía.

—Al fin —gruñó el hombre—. ¿Podéis marcharos ahora? —En ese instante, el perro, cuya tibieza atravesaba la bolsa y llegaba hasta el abdomen de la mujer, gimoteó. No fue un sonido fuerte, pero la casa estaba en silencio. Entonces, él preguntó—: ¿Qué ha sido eso?

—Indigestión —respondió Geeta mientras apoyaba una mano sobre el vientre—. Viene con la edad.

7

Karem la esperó fuera de la valla con actitud sombría mientras jugueteaba pateando una piedra.

—¿Todo bien?

—Sí. Pero deberíamos irnos —dijo Geeta.

—Tienes recados que hacer, ¿no? ¿Adónde vamos?

Ella miró hacia atrás. ¿Cuánto tardarían Bada-Bhai o sus hombres en ir al jardín? Acto seguido, cogió el antebrazo de Karem y tironeó; ese contacto lo sorprendió, lo que hizo que dirigiera la mirada hacia la mano de la mujer.

—Mmm… Deberíamos correr.

—¿Qué?

Se escuchó un grito de indignación proveniente de la casa.

—Corre. ¡Ahora!

Aunque ninguno de los dos era demasiado ágil, salieron a toda velocidad hacia el final de la calle; luego, doblaron en la esquina y se metieron en el concurrido bazar. Geeta serpenteó a través de la multitud en vez de rodearla con la esperanza de perder a quienes los estuvieran persiguiendo y, aunque temía que los empujones lastimaran al perro, no se atrevió a ir más despacio. Karem le seguía el paso, probablemente pensando que estaba loca. Allí había algunos comerciantes apáticos que, sentados sobre lonas con las piernas cruzadas, espantaban moscas con pañuelos atados a unos palos. Los vendedores ambulantes más enérgicos estaban de pie y colocaban de todo frente a los rostros que pasaban, desde zapatos hasta ramos de flores de hinojo. Al llegar al final del bazar, se encontraron en una calle llena de tiendas, donde, por acuerdo tácito, dejaron de correr.

—¿Qué…? —Karem, quien estaba respirando con dificultad, se inclinó y colocó las manos sobre las rodillas—. ¿Qué ha sido todo eso?

—Solté a los perros. Tenía que hacerlo.

—¿¡Qué!? —exclamó él. Sin embargo, Geeta conocía la ira y notó que el hombre no estaba enfadado, sino perplejo. En ese momento tuvieron que dar un paso atrás porque un camión, cuyo parabrisas estaba cubierto de guirnaldas de caléndulas, atravesó el mercado en dirección al templo que se encontraba en el otro extremo. Sobre el techo del vehículo había unas pancartas políticas y dos bocinas; de pronto, estas sonaron, pero a Geeta le latía el corazón tan fuerte que no las oyó. Un instante después, él se enderezó y dijo—: Bueno, muy bien.

—¿No estás enfadado? ¿Y si Bada-Bhai va a por ti?

—Ya no hará negocios conmigo —respondió Karem encogiéndose de hombros—. Con eso es suficiente; me dio donde más me dolía.

Geeta tragó con dificultad, pues se dio cuenta de que, al matar a Samir, dejarían que la deuda con Karem muriera con él; eso sería como estar robándole, y se suponía que era un plan sin ninguna otra víctima.

—Encontrarás a alguien más.

—No, aquí no.

Geeta volvió a sentir miedo de las represalias, ya que, desde ese momento, estaría en la mira de dos hombres.

—¿En verdad Bada-Bhai es un jefe mafioso con tanto poder?

Karem rio por la nariz.

—No es un jefe mafioso; solo aspira a serlo. Se llama de esa manera a sí mismo para parecer duro, pero, en realidad, está atrapado entre su esposa y… —El hombre tosió y después se quedó callado.

—¿Lakha? ¿La mujer *rabari*?

—Eres muy observadora —dijo él mientras asentía con la cabeza—. A mí me llevó unas cuantas visitas darme cuenta de que es la madre de su hijo.

—¿Es un bastardo?

—Sí, pero como es su único hijo, Bada-Bhai nunca lo rechazaría. Además, aunque no diría que es amor, él tiene como una obsesión con ella. Es difícil decir cuál de las dos cosas molesta más a su esposa.

Geeta quería seguir indagando sobre el tema, pero, en cambio, preguntó:

—Si él no es tan peligroso, ¿por qué no puedes buscar otro vendedor aquí?

—Este lugar es muy pequeño y él es la única alternativa que hay. Tendré que empezar de cero en otro lado: hacer contactos, dejarlos probar el *tharra* y construirme una reputación. Hasta entonces… —explicó él y luego se encogió de hombros.

—Podemos buscar ayuda. El prestamista…

—Geetaben, sabes que los préstamos son solo para mujeres. Por otra parte, dudo que hagan fila para financiar un negocio de *tharra* en un estado donde no se permite el alcohol.

—Solo haces lo que en otros estados sí se puede. ¿Acaso una línea trazada al azar en un mapa decide si eres un criminal o no? ¡Qué disparate! —Cuando vio que él se había quedado mirándola, le preguntó—: ¿Qué?

—Nada. Es solo que tu apoyo me sorprende, dado lo que sucedió con Ramesh.

—Bueno. —Geeta hizo una pausa. Después de lo que le había dicho la noche anterior en su tienda, tenía que estar segura de que cualquier arrepentimiento fuese sincero. Decidió que no sabía quién había sido él antes, pero el hombre que estaba con ella en ese momento, el que se había negado a envenenar a personas para obtener ganancias, merecía una segunda oportunidad—. Ramesh tomó decisiones.

—Sí, eso sí —coincidió Karem. El contacto visual entre ellos puso nerviosa a la mujer; como consecuencia, esta comenzó a tironearse el lóbulo de la oreja y el brazo rozó la bolsa de yute, lo que hizo que el perrito gimiera. Él, asombrado, dijo—: ¿Eso es…?

—¡Oh! —Se había olvidado del animal, y la culpa hizo que lo sacara de la bolsa con mucha suavidad. Las orejas zorrunas eran la única parte medianamente alegre que tenía, pues la cola manchada estaba hundida y su propio vómito se había secado sobre el pelaje—. Este estaba enfermo. No podía correr, y creo que ni siquiera puede ver.

—Consigámosle un poco de agua —propuso él mientras lo acariciaba.

—¿Y qué tal un veterinario?

—¿Aquí? Esto es Kohra, no Mumbai. —Caminaron hasta que

encontraron un grifo público; allí le ofrecieron agua al can, quien, antes de beberla, la olfateó aleteando las fosas nasales negras. Luego bebió durante dos minutos, hasta que se detuvo jadeando—. Se ve un poco mejor —opinó el hombre.

Geeta evaluó con duda al cachorro que tenía en brazos, que temblaba por el esfuerzo de lamer. El pelo de las patas era blanco, pero estaba sucio; el resto del cuerpo era marrón claro excepto por una franja oscura que le envolvía el largo torso como si fuese un cinturón y una oreja negra.

—¿Tú crees?

—No, en verdad no.

—¿Qué piensas? ¿Morirá?

—Si logra retener el agua y algo de comida, supongo que es una buena señal.

—¿Y qué comen los perros? —En el programa de radio de Gyan Vani habían hablado sobre los perros salvajes y no habían dado ningún consejo sobre cómo domesticar a los callejeros. La mujer intentó dejar al cachorro sobre el suelo, pero, como este se puso a lloriquear, lo alzó otra vez. El peso y la calidez del animal en su propio abdomen, por más mínimos que fueran, resultaban tranquilizadores. Además, sintió un instinto maternal, y eso de que alguien la necesitara no le pareció del todo repugnante.

—¿Los perros callejeros? Cualquier cosa que no esté amarrada y fija en algún lugar. —Luego fueron a un estanco donde compraron un paquete grande de galletas Parle-G y, cuando salieron, Karem preguntó—: ¿Cuáles son los recados que tienes que hacer?

Geeta tosió. Había ido allí para envenenar a un hombre, pero había acabado castigando a otro por hacerle lo mismo a un perro. Sabía que no era lo mismo, pero no podía explicar cómo ni por qué.

—Necesito abalorios e hilo. También unas argollas, terminales para cadenas y… ¡Ah! Cierres de collar.

—Fingiré que entiendo qué es todo eso. Vamos.

Mientras caminaban, Geeta se dio cuenta de que daban una imagen bastante peculiar, sobre todo por el perro mugriento que llevaba como a un bebé y al que las personas se quedaban mirando. Quería

aclararles que ella no era una de esas idiotas de las películas que tenían más dinero que sentido común, y que obviamente el cachorro no era uno de esos mimados y esponjosos cuyas patas eran demasiado inmaculadas para tocar el suelo.

El lugar de suministros al que solía ir se encontraba entre una tienda donde tomaban fotos para pasaportes y una hilera de sastres musulmanes. Una escalera de caracol hecha de hierro llevaba al segundo piso, donde vivía el vendedor. En la acera irregular, dos hombres se habían quitado las sandalias y bebían té; uno de ellos hablaba sobre la búsqueda de un pretendiente para su hija:

—Ese idiota me dice: «Mi hijo está graduado, así que tendrán que darle un coche y un millón de rupias». Y yo le contesté: «¿Has visto a tu hijo? ¡Tiene veintitrés y ya está completamente calvo! Incluso una motocicleta y cien mil rupias es demasiado».

Los hombres comenzaron a reír justo cuando Geeta y Karem pasaron junto a ellos para entrar al lugar.

—Dotes. ¡Qué bárbaro! —dijo ella. Entonces se dio cuenta de que él no decía nada y solo asentía con la cabeza, así que le preguntó—. ¿Tú aceptaste una? ¿Por Sarita?

—Se podría decir que sí. Sus padres nos dieron la tienda como regalo de bodas. Estaba a nombre de ella, pero era para los dos.

—Eso no…

—Namasté, Geetaben —saludó el dueño para luego poner una expresión de asco—. ¿Qué es esa cosa?

—Un cachorro.

—No quiero un perro aquí dentro.

—Míralo: no tiene fuerzas ni para caminar, mucho menos para romper algo.

Cuando él no respondió nada, ella supo que había ganado la batalla. Era un hombre delgado con manos delicadas y un bigote que le recordaba a un suricato. La mujer indicó la cantidad de hilo y de cuentas negras y doradas que necesitaba.

—Es el doble de la última vez, ¿no? ¡Las ventas deben de estar yendo muy bien! —dijo el comerciante. Normalmente, ella hubiera conversado con él, pues en Kohra ella no era bruja ni viuda, sino una

mujer de negocios; sin embargo, en ese momento solo murmuró una evasiva, ya que no le parecía bien jactarse de su éxito cuando no hacía ni una hora que le había hecho perder a Karem su fuente de ingresos —. En poco tiempo podrás comprar la nevera.

Geeta quiso llenarle la boca de suricato con abalorios, pero, en realidad, la culpa era de ella por haberle contado eso. Ajeno al pánico que la mujer sentía, Karem no parecía interesado en eso y, en cambio, se puso a deambular por la estrecha tienda con respetuoso interés. A pesar de su evasiva, cuando salieron del lugar, ella quiso explicarle:

—Estoy pensando en comprar una nevera; si logro ahorrar lo suficiente, claro. —Luego se encogió de hombros y añadió—: Es algo estúpido.

—No, no lo es. Está muy bien. Siéntete orgullosa de tus logros, pues no ha sido fácil.

—No, no ha sido fácil —repitió ella. Y después añadió con firmeza —: Para nada.

—Geetaben…

La mujer lo interrumpió con mayor hostilidad que la deseada.

—¿Por qué me llamas *ben*?

—Eh… No sé. Nunca lo pensé. Supongo que por respeto. ¿Por qué?

—¿Cuántos años crees que tengo?

—Mmm… —Él parpadeó varias veces—. ¿Mi edad? —Ante la cara de enfado de Geeta, se corrigió—: ¡No, mucho menor! Quiero decir, no eres una tía solterona ni nada por el estilo. —No obstante, teniendo en cuenta a sus pares y sus progenies, ella pensó que eso era exactamente lo que era, y así se lo dijo. Como respuesta, el hombre aclaró—: Bueno, al menos no pareces mi tía. —Luego adoptó un semblante de fingida indignación para aflojar la tensión en Geeta—. Y, por cierto, solo tengo treinta y nueve.

—No es culpa tuya —dijo con calma—. Tienes un montón de niños, y eso te hace envejecer bastante.

—Ah, bueno, gracias. Aunque no eres una gran comerciante si piensas que cuatro es un montón, Geeta… —sonrió y añadió—: *ben*.

La mujer frunció el ceño en broma.

—Eres un tonto.

Pasaron caminando frente a un templo cuya escalera de entrada estaba llena de sandalias y zapatillas deportivas. La pintura dorada de las estatuas hacía parecer que estas guiñaban los ojos.

—¿Tú y Ramesh no queríais niños? —preguntó Karem.

Geeta pensó que era bastante considerado por su parte no asumir, al igual que el resto, que ella no podía tener hijos. Aun así, era más fácil hablar de esos temas con las manos ocupadas, así que le ofreció otra galleta al perro y después respondió:

—Yo creía que sí, pero no ocurrió.

A pesar de la diplomacia previa del hombre, Geeta se preparó para lo que seguía, pues todo el mundo pensaba que no había cosa más triste que una mujer sin hijos. Las personas se compadecían de esa situación, es decir, de una mujer que, a su modo de ver, no estaba completa. Para ellos era más fácil tener lástima que tratar de entender por qué alguien elegiría eso; ella, al contrario, creía que una madre con niños que no deseaba era mucho más triste y un verdadero desperdicio.

—¿Eso creías? ¿Es decir que ahora no?

Geeta dudó: una mujer sin hijos era desafortunada, pero una sin hijos y feliz era algo antinatural.

—Creo que no —respondió al final.

—Me parece bien. Hacer lo que quieres tú, no los demás.

—Pero ¿no es un privilegio ser padres? ¿Con todo eso de «la alegría y las recompensas»?

Karem, divertido, resopló.

—¿Qué? No. Es decir, a veces sí, pero también es un trabajo ingrato. Amo a mis hijos y no me imagino sin ellos, aunque algunas veces sí pienso cómo sería sin ellos. —El hombre rio y continuó—: Es extraño. Debes estar seguro de que quieres tenerlos para que valga la pena; si no, no lo hagas.

—Bueno, eso es discutible.

—No lo sé —dijo él encogiéndose de hombros—. Yo era el más pequeño de doce. Mi madre tuvo hijos hasta bien entrados los cuarenta.

—Tu padre no le sacaba las manos de encima, ¿no?

—Es que no había televisores en esa época.

—Yo no tengo ese problema —dijo ella riendo.

—Podrías tenerlo. Si eso quisieras —comentó él, y Geeta entró en calor—. ¿Y tú? ¿Tienes hermanos?

—No —respondió aprovechando el prosaico giro de la conversación —. Soy hija única. —Aunque, en realidad, siempre había considerado a Saloni una hermana—. Creo que mi madre estuvo embarazada cuando yo tenía seis años, pero después no lo estuvo más. Jamás hablamos de eso —explicó mientras se encogía de hombros.

En ese momento, al compartir eso con Karem, cayó en la cuenta de que tal vez su madre también hubiera sufrido abortos espontáneos antes de que ella naciera, pero, aparte de la historia del *papadam*, nunca se le había ocurrido imaginar cómo había sido su vida antes de la maternidad. Incluso después de que falleciera, cuando Geeta pensaba en ella, solo lo hacía teniendo en cuenta la época posterior a su nacimiento. Si extrapolaba esas reglas, su propia vida sin hijos se evaporaría después de su muerte. Quizá esa fuese la razón para tener niños: ser recordada.

Por otro lado, la Reina de los Bandidos no había tenido hijos y todos la recordaban. Cuando estaba en prisión por haber matado a veintidós hombres en un solo día, habían tenido que llevarla al hospital para una histerectomía de emergencia, donde parecía ser que los doctores habían dicho en tono jocoso: «No queremos a Phoolan Devi dando a luz a más como ella». A Geeta no se le escapó que el plural «queremos» no significaba civiles ni policías, sino hombres.

Karem asintió.

—Nadie lo hace. Sarita también pasó por eso. Creo que la mayoría no quiere arriesgarse a decir algo inapropiado, así que no dicen nada, lo que no estoy seguro de que sea mejor.

—Lo siento —contestó Geeta. Para ella, Karem nunca decía algo inadecuado. O tal vez sí, de vez en cuando, pero su sinceridad lo salvaba de sonar trivial, insensible o, peor, apaciguador.

—Yo también.

Sería ofensivo permitir que él creyera que compartían ese dolor particular, así que aclaró:

—Yo no… Es decir… No he tenido ninguno.

El hombre asintió de forma lenta y amable.

—Me alegro.

Habían estado deambulando por las calles; ninguno de los dos guiaba, ni tampoco seguía al otro. Geeta se enfocó en el perrito que tenía en brazos y dijo:

—No ha vomitado las galletas. ¿Quiere decir que estará bien?

—Me parece que significa que se irá a casa contigo.

—¿Cómo?

—Bueno, ya confía en ti —dijo él mientras acariciaba el pelo enmarañado detrás de las orejas del perro—. Con un poco de comida y descanso, será una buena mascota.

—No necesito una mascota.

—¡Claro que sí! —exclamó Karem muy animado—. Si vives sola.

—Y me gusta así.

—Es la compañía perfecta para ti.

—¿Por qué lo dices? —No es que Geeta tuviera curiosidad, sino que estaba segura de que había un orgulloso remate esperando detrás de la sonrisa petulante del hombre, y se sentía generosa.

—Porque es apuesto pero mudo.

El rostro de la mujer se mantuvo estoico.

—Muy gracioso.

—¿Cómo lo llamarás?

—Nada.

—Nada. Na-da. —Karem lo pronunció como si fuese el nombre de una comida desconocida—. *Kuch nahin*, *kuch-nay*. —Luego negó con la cabeza como si estuviera apenado—. No creo que le quede bien. Además, el pobrecito ya debe de tener la autoestima baja sin ese nombre.

Ella se lo quedó mirando.

—¿Acaso tus hijos te dicen que eres gracioso? ¿Por eso eres así?

Karem se encogió de hombros con un gesto bobalicón.

—Sí que soy gracioso.

—Escucha, no me lo quedaré. No quería que muriera, pero eso no significa que se quede conmigo.

—Ya veremos. —El hombre miró al cielo y dijo—: Tenemos más o menos una hora antes de que vengan a buscarnos. ¿Cuáles eran los otros recados?

Geeta se había olvidado del veneno para ratas.

—Eh… Lo haré rápido y después nos encontramos.

—Voy contigo.

—No. Es… una cosa de mujeres.

En lugar de echarse atrás, Karem se puso serio.

—No debes tener vergüenza si lo que necesitas son compresas. Aquí a la izquierda hay una farmacia —indicó él, y Geeta no supo qué decir: al igual que las demás mujeres del pueblo, nunca usaba toallas sanitarias, pues los precios eran exorbitantes. Ni siquiera ella, que tenía pocos gastos, podía permitirse pagar seis rupias por compresa. Lo que todas hacían era usar y lavar telas y pañuelos viejos. Y ahora tendría que comprar toallas sanitarias frente a Karem, ¿y todo para justificar su comportamiento extraño? No; aunque su orgullo pudiera soportarlo, el bolsillo no. Después, el hombre añadió—: Está por…

—¡No!

—Pero las envuelven bien para que nadie las vea, si es eso lo que te preocupa.

—Es que…

—¿Qué?

—¡No necesito compresas! —chilló Geeta.

Karem dio un paso atrás, pestañeando por la sorpresa.

—¡Aaah! —exclamó prolongando el sonido, lo que hizo que pareciera una sirena, y ella esperó con temor la epifanía que se acercaba—. ¿Es por eso que dijiste que era algo discutible? ¿Porque ya no tienes el periodo?

La mujer se protegió el vientre con el perro para evitar la mirada del hombre y, con voz fría, contestó:

—El periodo está bien, muchas gracias.

Acto seguido, le dio el cachorro a Karem, quien le rascó detrás de las orejas para que dejara de gruñirle. Una vez que el animalito se acomodó en sus brazos, ella entró en la farmacia, pero, como allí no tenían veneno para ratas, acabó comprando unas pastillas Pudin Hara

que no necesitaba y se fue.

—¡Ah! Pero la diarrea no es un problema solo de mujeres, sino de todo el mundo —dijo él de la misma manera exasperante cuando vio lo que había comprado.

—No tengo diarrea —respondió ella con enojo.

—¿Y entonces?

—Las compré por si acaso. ¿Qué pasa? ¿Acaso eres policía?

—No, solo soy entrometido —contestó él de forma cautivadora y con buen humor. Un momento después pasaron por una tienda de electrodomésticos, donde una estrella de cine congelada sonreía mostrando todos los dientes en señal de aprobación de que los clientes eligieran ese comercio. Entonces, él la tomó de la mano y le dijo—: Tenemos que entrar.

De pronto, Geeta se convirtió en una pasajera, a quien llevaron a través de la puerta hacia el silencio climatizado.

Allí, a diferencia de la tienda de abalorios, Karem no se puso a mirar y deambular, sino que marchó hasta la pared del fondo, en la que diferentes modelos de neveras se alzaban sobre las lavadoras y las cocinas. Un empleado que llevaba una camisa con cuello y mangas cortas se acercó a ellos cuando estaban junto a una gran nevera LG, cuya puerta tenía pintadas flores púrpuras. El joven parecía nervioso, pero no hizo ningún comentario sobre el perro.

—Buenas tardes, señor —saludó, y Geeta notó que los dos bolígrafos que el muchacho tenía en el bolsillo azul de la camisa estaban destapados—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Solo estamos mirando —respondió ella. Por la forma lúgubre en que el vendedor observó su sari desgastado y los pantalones polvorientos de Karem, la mujer comprendió que el joven trabajaba a comisión.

—¿Hacen entregas a domicilio? —quiso saber Karem.

—Sí, señor. —Cuando Karem le dio la distancia aproximada a la que quedaba el pueblo, el empleado afirmó—: Sí, allí también podemos entregarla.

—¿Gratis? —preguntó Geeta.

—Eso depende de qué nevera quiera, señora.

—Esta. —La mujer tocó una con la puerta de acero.

El muchacho trató de sonreír, pero, debido a que probablemente era nuevo en ese trabajo, pareció que estaba a punto de echarse a reír. Luego levantó las cejas y dijo:

—¡Ah! Su esposa tiene buen gusto.

—Él no es…

—Esa es la nueva Samsung, que cuesta cincuenta y cinco mil rupias —explicó el vendedor, lo que hizo que Geeta quitara la mano como si la puerta se hubiese convertido en un hombre—. Así que tiene el envío gratis, pero… —Les hizo un gesto con la mano y, al darse cuenta de su descortesía, la bajó de inmediato.

—Claro.

—De cualquier forma, tenemos modelos nacionales que son, por supuesto, menos costosos.

—Desde luego —dijo Karem.

—¿Qué tal esta? —Geeta señaló la que tenía las horribles flores púrpuras.

En ese instante, Karem rio y se dirigió al empleado:

—¿Aún piensa que tiene buen gusto?

De pronto, todo en él la exasperó: su tranquilidad, la seguridad en sí mismo, la manera de bromear. Sintió que era una mujer sin gracia y que, claramente, para Karem era tan absurdo que ella le gustara que no había riesgo de que malinterpretara sus intenciones. Que para él todo fuese una broma —coquetear y actuar como si fuesen un matrimonio feliz, con el desprecio jovial de una vida doméstica compartida— era insultante. Era un chiste, pero ella no se sentía cómplice. La broma era para ella, no para ese vendedor novato cuyos bolígrafos estaban empezando a manchar la costura del bolsillo con tinta. Los puntos nítidos todavía eran pequeños, pero pronto crecerían.

—Por supuesto que no —respondió Geeta de mala manera—. Después de todo, mire con quién me «casé».

Ante la sorpresa de Karem, la mujer sonrió mostrando los dientes. El hombre arrugó la frente, y, para ella, ver que la confianza en sí mismo desaparecía fue tan satisfactorio como comerse cuatro barritas de *kulfi*: maravilloso hasta que llegaba el dolor de barriga. El empleado

los miró a los dos sin estar seguro de a cuál ser leal.

—Si no tiene que guardar muchas cosas, tal vez sea mejor una mininevera. ¿Hay niños en la casa, señor? —preguntó el joven tratando de llenar el silencio. En la fantasía de Geeta, la nevera era más alta que ella y más parecida a la que tenía puerta de acero. La de flores púrpuras era más baja y fea, pero al menos era una nevera de verdad, no como ese cubo pequeño al que el muchacho se dirigía. Incluso tuvo que agacharse para abrir la puerta. Lejos de representar una victoria, el artefacto era una proclama de resignación—. Esta es Samsung y tiene un precio de nueve mil cinco rupias, señor. Pero esta otra, un modelo nacional, solo cuesta siete mil rupias.

En ese momento, Karem, con mucha calma, aclaró:

—Escuche. Ella, en realidad, no es mi esposa, sino una amiga, quien comprará la nevera que ella escoja con dinero que ha ganado sola. —El empleado asintió como si eso fuera interesante en vez de muy incómodo; luego los dejó solos, supuestamente para atender una llamada telefónica, y Geeta deseó poder hacer lo mismo. Acto seguido, salió de la tienda con Karem pisándole los talones; una vez fuera, el calor hizo que le desapareciera la piel de gallina de los brazos. Él le devolvió el perro, metió las manos en los bolsillos y dijo—: Perdón. Me pareció divertido fingir y me dejé llevar. No quise que él diera por sentado que yo podía pagarla.

Geeta sabía que había momentos en la vida en que uno se enfrentaba a su propia imbecilidad. Después del día horrible que Karem había tenido, causado en gran parte por acciones de ella, no había permitido que él tuviera ni una pequeña fantasía. A veces mostraba la peor versión de sí misma; como lo usual era que estuviera sola, eso pasaba desapercibido, pero cuando estaba con alguien… bueno, podía sabotear las cosas como si fuera un trabajo bien pagado.

—No, no —dijo ella con una intensidad tan inusual que notó que Karem le creía, y luego mintió—: Lo siento. No pensé que sería tan cara y me desquité contigo.

Él sonrió en son de paz, y ella le devolvió la sonrisa.

—Bueno, tal vez te lleve un poco más de tiempo, pero acabarás comprándola.

Ya más distendidos, siguieron caminando hasta que Karem —y no Geeta— se dio cuenta de que era hora de regresar. Mientras esperaban al camión cerca de la carretera, el increíble peso del fracaso cayó sobre Geeta. Todo lo de ese día —Karem, el perro y las compras— había sido una distracción de la vida y las tareas que le esperaban, es decir, la solución al problema con Samir. Tal como Karem había expresado, había sido divertido fingir y dejarse llevar. Aunque ella apreciaba el anonimato en Kohra, no estaba hecha para la vida en la ciudad y, cada vez que iba allí, sentía una leve ansiedad hasta que regresaba a casa. Pero, ese día, le ocurría lo contrario. Era como faltar a la escuela sin permiso: no había consecuencias hasta que uno volvía a casa y recibía un castigo.

Tal vez Karem sintió lo mismo, porque dio un suspiro y comentó:

—Ha sido un buen día.

Geeta lo observó desde el otro lado del camión mientras el sol se escondía y teñía el cielo de rosa.

—¿Incluso con lo de Bada-Bhai? —preguntó, y luego pensó: «¿Y también con mi arrogancia?».

Él se encogió de hombros.

—No sé. Siento que todo saldrá bien; no sé cómo ni por qué, pero me gusta. Y no durará mucho, así que me dejaré llevar.

—¿Por qué no puede durar?

—Así es con la mayoría de los sentimientos.

—Eso es triste.

Él sonrió apenas de forma inquisitiva.

—¿Sí? Yo siempre pensé que era tranquilizador, pues saber que algo es temporal hace que disminuya lo que está en juego. Puedes dejarte llevar hasta el límite, porque, total, pasará.

—¿Y el amor? ¿No permanece? ¿Qué tal tus hijos?

—El amor puede seguir existiendo, pero porque no es un sentimiento.

Geeta, a pesar de ya estar en desacuerdo, igualmente le preguntó:

—¿Qué es entonces?

—Es un compromiso.

—¿Una obligación?

—No, lo digo en el buen sentido. Me refiero a que es una elección que renuevas todos los días.

La mujer pensó en las orcas sobre las que había oído en el programa de radio, y también en Lakha, atrapada en la horrible casa de Bada-Bhai por el bien de su hijo ilegítimo.

—No sé. Creo que uno no elige amar a sus hijos. Simplemente lo hace. Es como si algo te impulsara a hacerlo; la biología, la naturaleza o lo que sea.

—Sí, por supuesto, el amor parental es algo primitivo, pero el amor que te lleva a hacer sacrificios, el que te hace anteponer su felicidad y sus necesidades a las propias, es una elección que se repite a diario. —El hombre entrecerró los ojos. Geeta ya sabía reconocer que, cuando él hacía eso, estaba pensando, y que las palabras le llegaban más rápido cuando tenía los ojos cerrados—. Es algo que yo elijo. Para mí es importante reconocer eso, pues, si no, aparece el resentimiento.

—¿Te sientes solo? —La mujer se dio cuenta de que era una pregunta tonta que ponía de relieve su propia situación.

—A veces, demasiado —respondió él con los ojos aún cerrados.

—Es más difícil para ti, ¿no? Lo tienes que hacer todo y sin ayuda.

—Bueno, ellos se cuidan unos a otros. El mayor es casi como un padre también. Incluso me recuerda que debo comer.

—Eso es bonito.

—En realidad, no. No debe de ser así en la infancia.

Geeta volvió a sentirse incompetente. No era buena consolando a las personas; parecía como si hubiese un músculo para eso que ella había dejado atrofiar, ya que sí lo había sido antes, con Saloni. «Porque me quieres y me ves de una forma en que nadie más lo hace. Y también porque eres una tonta».

Si Karem estaba en lo cierto, entonces ella y Saloni se habían elegido la una a la otra, habían elegido quererse la una a la otra, hasta que ya no lo hicieron más. Era extraño cómo esos días sus pensamientos volvían a su amiga como si fuesen palomas mensajeras.

Y ella, ¿había elegido amar a Ramesh? Suponía que sí. ¿Hubiera seguido eligiendo amarlo si se hubiese quedado? ¿Le hubiese perdonado los golpes y los insultos? ¿Hubiese renovado su

compromiso de sacrificar parte de sí misma por las necesidades de él: comida, sexo, desahogo, validación?

Era un camino que no valía la pena recorrer. Cuando llegaron a destino, ambos bajaron del camión y se despidieron mientras el cielo del atardecer iba perdiendo su tono rojizo y se volvía gris.

El hombre señaló el perro y dijo:

—Piensa un buen nombre para él.

—¿Un nombre? —La mujer tuvo que mirarse los brazos, pues se había acostumbrado tanto al peso y el calor del cachorro que se había olvidado de él—. Es que no soy de querer mucho a los animales.

—No hay problema. Ellos lo hacen por ti.

Geeta aún no había decidido qué le diría a Farah, es decir, cómo le explicaría su fracaso, pero supuso que tenía un poco de tiempo. Sin embargo, cuando estaba llegando a su casa, vio a Farah sentada en el escalón. Estaba replegada sobre sí misma: el mentón, apoyado en los brazos, y estos, apoyados en las rodillas. Cuando divisó a Geeta, desplegándose como una nube lenta. Todavía había un poco de luz en el crepúsculo, lo que le permitió a Geeta ver una nueva magulladura, el labio hinchado y un corte en la mejilla; entonces pensó que su negligencia, su falta a clase ese día, tenía consecuencias más allá de ella.

8

—¿Dónde diablos has estado? —preguntó Farah.

Geeta dejó el perro junto a la cama y se dio la vuelta hacia la mujer. La bombilla sin lámpara que había en el techo no favorecía a ninguna de las dos. Farah estaba hecha polvo y ella, desaliñada, con el pelo encrespado y la cara grasienta. Tanto a ella como al perro les vendría bien un baño. La mujer había llevado otro calabacín, que Geeta aceptó.

—¿Qué le ha pasado a tu cara?

—¿Dónde has estado? ¿Y qué tienes en el cabello? ¿Heno?

—¿Eso lo hizo Samir? —Era una pregunta tonta, pero necesitaba ganar tiempo.

—¿Dónde estuviste todo el día? ¿Y por qué traes un perro?

—Estaba en Kohra.

Los hombros de Farah se relajaron.

—Ah, claro. Perdón. ¡Entonces has conseguido las cosas!

—En parte.

—¿Qué quieres decir?

—Tengo el alcohol en la cocina. Cógelo. Pero no pude comprar el veneno.

—¡Geetaben! ¡Eso es lo más importante! —Ante la ira de Farah, el perro levantó la cabeza para gruñirle con los dientes al descubierto y las orejas puntiagudas hacia atrás. Luego olfateó el aire moviendo la nariz oscura. Farah se sobresaltó con el sonido y Geeta vio cómo el cuerpo se le tensaba; parecía tan incómoda con los perros como Saloni cuando era niña. El animal se puso a cuatro patas, algo que Geeta hubiese tomado como signo de mejoría, de no ser porque después chocó el hocico contra una de las patas de la cama, se desplomó y se quedó olisqueando el suelo. Acto seguido, enroscó la cola sucia alrededor de sí mismo formando una valla débil. Farah frunció el ceño

y lo miró escéptica—. ¿Qué le pasa?

—Está ciego.

—Ah. ¿Y por qué no conseguiste el veneno?

—Ese tonto de Karem no me dejó sola ni un segundo y, por supuesto, no podía comprarlo con él delante.

—¿Karembhai? ¿Por qué estabas con él?

—Él tenía a alguien que podía llevarnos hasta la ciudad.

—¿No podías deshacerte de él por, no sé, dos minutos?

Geeta se estremeció. Estaba a la defensiva porque se sentía culpable: había estado dando vueltas por la ciudad con Karem como si fuese una adolescente mientras Samir molía a golpes a Farah. Luego, recordó que el hombre vendría por ella y su dinero.

—¿No crees que, de haber podido, lo hubiese hecho? ¿Piensas que me gustó andar todo el día con él siguiéndome como un perrito faldero? Pues no, fue muy molesto.

—Bueno, está bien.

—Lo digo en serio —insistió Geeta sin poder dejar de hablar, aunque era consciente de que era más creíble no hacerlo. Incluso las niñas pequeñas sabían que protestar más solo empeoraba las cosas—. Muy molesto.

—Geetaben —dijo la otra poniendo los ojos en blanco—. No tienes que demostrarme nada, ¿vale? Seré analfabeta, pero no soy idiota. Sé que no hay nada entre tú y… —En ese momento, Farah comenzó a reír, y Geeta se sintió insultada, igual que en la tienda de electrodomésticos—, Karembhai.

—¿Y por qué no?

—El hombre no es muy santo y es bastante apuesto. Es un donjuán.

—¿Qué?

—Ya sabes. —Farah hizo un gesto pícaro con la mano—. Con las mujeres. Tiene cabello abundante, algo que Samir menciona todo el tiempo. Está tan celoso que resulta patético, y yo digo: «¿Qué esperabas? Si tu padre era completamente calvo». No se lo menciono a él, por supuesto. ¿Te lo imaginas? En fin. Karembhai va a la ciudad para… satisfacer sus necesidades. Pero tú… Tú no eres así, Geetaben. Tú te dedicas a los negocios, no a mezclarte en ese tipo de cosas. Eres

recta y vas siempre por el buen camino, ¿entiendes? —Al notar el disgusto de Geeta, Farah suspiró y explicó—: Para que sepas, te estoy halagando.

—Está bien —respondió Geeta bruscamente, más para sí misma que para Farah. La ráfaga de dolor que había experimentado al enterarse de las aventuras de Karem se debía únicamente a que, por encima de todo, odiaba sentirse como una tonta. Decidió que no le importaba si los rumores la consideraban una opción viable para Karem porque, en realidad, daba lo mismo. Se dijo a sí misma que abrazar el ego era tan inútil como echar agua al mar—. No podemos seguir esperando. Tendremos que improvisar un veneno.

—¿Cómo?

—Dame un minuto. —Geeta se sentó en el colchón y, mientras Farah caminaba de un lado a otro, se quedó pensando al tiempo que se tocaba el lóbulo de la oreja. Dejó que el perro le lamiera los dedos de la mano que tenía libre, pero este se detenía cada vez que Farah pasaba frente a él para curvar los labios y gruñir.

—¿No debería estar fuera?

—No puede ver.

—Entonces, ¿se quedará a vivir contigo?

—No dije eso. Pero hoy sí dormirá aquí.

—Creo que no le caigo bien.

—Solo es un poco protector. Acarícialo; tal vez ayude.

La aversión de Farah era evidente.

—¿Eso es seguro? Tal vez tenga pulgas. O rabia. —Luego miró al animal con los ojos entrecerrados—. ¡Ey! Podría funcionar. Es decir, que muerda a Samir y…

—¡Eso es! —Geeta chasqueó los dedos y se dirigió a la puerta—. Ven.

—Espera. ¿No lo necesitamos? —preguntó la otra señalando al perro.

—No tiene rabia, Farah. Además, míralo: no puede mantenerse en pie, mucho menos morder a alguien. Vamos.

—¿Adónde?

—A la escuela.

—¿Qué? Oye, no creo que sea el mejor momento para enseñarme a leer.

Como Geeta no dijo nada, Farah se dio por vencida, y entonces salieron caminando en silencio: la primera empuñando una linterna y la segunda siguiéndole el ritmo. Unos minutos más tarde, llegaron a la escuela y se pararon frente a la verja que una vez había sido blanca. La pintura se había salido más en unas barras que en otras y revelaba el hierro oscuro que había debajo, lo que la hacía parecer una cebra. Detrás de la verja se encontraba un edificio largo y de una sola planta; había unas vigas delgadas y blancas que enmarcaban cada puerta marrón y un cartel encima que decía «Escuela moderna»; debajo de eso estaba escrito «Inglés medio», pero Geeta recordaba que todas las clases se impartían en guyaratí, incluso las de inglés.

Farah se frotó las manos y dijo:

—Déjame a mí. —Acto seguido, puso un pie en el peldaño, se empujó dando un gruñido y se subió a horcajadas. Mientras se colocaba el sari alrededor de las rodillas para pasar al otro lado, vio que Geeta empujaba la verja, que estaba sin llave y se abrió sin problemas—. ¡Oh! —exclamó entonces; luego, con los pliegues del sari metidos entre las piernas, se balanceó en un arco junto a la puerta.

Caminaron por el pasillo, en cuyas paredes había varios tableros de anuncios donde se publicaban las calificaciones de los estudiantes.

Frente a ellas, la linterna proyectaba un charco de luz que parecía una luna brillante, más nítida en el centro y rodeada por un anillo tenue y pálido. A Geeta también le recordó a la orina, pero era probable que esa comparación se debiera al olor que había.

Mientras iban de puerta en puerta, Farah preguntó:

—¿Qué estamos buscando?

—Cállate —ordenó Geeta entre dientes.

Farah miró por encima de ambos hombros y bajó la voz.

—Ah, claro, para que no nos atrapen.

—No, es porque eres muy molesta.

—Ah. Perdón. —Los ojos de la mujer se veían hundidos y amoratados a la luz tenue, lo que la hacía parecer un panda bebé. De pronto, encontraron una puerta con el cerrojo abierto. Entraron y

Geeta alumbró con la linterna hacia las esquinas húmedas y oscuras del aula. Los daños causados por el agua marrón, omnipresentes e inocuos a la luz del día, se cernían con una nueva amenaza. Geeta hizo una seña a Farah y se pararon junto a una espiral repelente de mosquitos apagada; allí pudieron ver que solo quedaba un trocito de la espiral de incienso gris y la ceniza alrededor del soporte—. ¿Qué? —preguntó esta.

—Necesitamos otra espiral.

—¿Por qué? —Se quedó mirando a Geeta y luego dijo—: Creo que estás muy cansada. Vamos.

—Son tóxicas si las comes.

—Está bien. —Farah parpadeó varias veces y después exclamó—: ¡Ah, entiendo! —Aplaudió y se le dibujó una sonrisa. Esta no era perversa, sino dulce, pero, con el rostro magullado y la luz amarillenta, la hacía parecer algo contradictorio, como un cigoto a punto de convertirse en un monstruo. Debido a las heridas nuevas, Geeta no había prestado atención a las que ya iban sanando, y entonces notó que el ojo que antes estaba morado ya solo estaba rodeado por un círculo del color de la cúrcuma diluida—. ¡Es una idea genial! —Un segundo después, dejó de aplaudir y colocó las manos en las caderas—. ¿Fue así como lo hiciste?

—¿No te he dicho ya que ese no es asunto tuyo?

—Solo pregunto porque quiero saber si funciona, así no perdemos otro día más.

—Soy consciente de lo que está en juego, Farah. En mi caso, es mi maldito dinero. Si estás tan ansiosa, ¿por qué no le coses la boca a Samir como haces con esos vestidos elegantes? Así no podrá beber y no seréis tan pobres.

Farah no se ofendió, sino que se encogió de hombros y dijo:

—Igualmente seríamos pobres.

—Lo sé —reconoció Geeta después de soltar un fuerte suspiro. Luego cerró los ojos y dijo—. Vamos, ayúdame a buscar una espiral nueva.

Bajo la ventana, encontraron unos cajones que contenían, en su mayoría, reglas, lápices y cuadernos con lomos débiles. Farah se

agachó y, mostrando los dientes por el esfuerzo, tiró de un cajón atascado. A medida que seguía tironeando, los bíceps se le iban endureciendo cada vez más. Cuando Geeta vio que no cedía, le alcanzó una regla de madera a Farah, pero esta negó con la cabeza y dijo:

—Hazlo tú.

—¿Por qué?

—Porque me duele y, además, mis manos son mis herramientas de trabajo —respondió Farah mientras se masajeaba las palmas con los pulgares.

—¿Y cómo te crees que gano dinero yo? —preguntó Geeta de mala manera—. ¿Bailando?

—Tú pones cuentas en un hilo. Hasta un mono puede hacer eso. En cambio, lo mío es artesanía fina.

—¡Ay, por favor! Eres una modista —dijo Geeta poniendo los ojos en blanco.

Farah elevó las palmas como en una oración islámica y replicó:

—No, es arte, Geetaben.

La otra se quedó mirándola.

—Nunca he entendido a Samir tanto como ahora.

—Él me golpea, pero nunca en las manos. Sabe el valor que tienen.

Para Geeta hubiese resultado muy satisfactorio abandonarla en ese momento y arrojarle la ingratitud en el rostro ya golpeado, pero estaban en eso juntas, unidas como páginas húmedas en un libro que Farah ni siquiera podía leer. Entonces, con la voz más cruel de la que era capaz, comentó:

—Lástima que no seas tan buena madre como artista. —A Farah se le desencajó el rostro, pero ella no tenía deseos de detenerse—. Todos saben que los golpea a ellos también, sobre todo cuando tiene que evitar tus manos porque son muy «valiosas».

—¡Sí lo soy! Hago todo esto para protegerlos.

Geeta se encogió de hombros simulando hacerlo con indiferencia.

—A mí me parece que una buena madre nunca hubiese dejado que llegara tan lejos.

—¿Y tú qué sabes de la maternidad? ¿Eh?

—Bastante, gracias a ti. Un bebé inútil. —Hizo un gesto hacia Farah y levantó un dedo para empezar a contar—. Hecho. Una mujer exhausta que debe limpiar constantemente el trasero del bebé inútil. Hecho.

—No es lo mismo. ¡Tú no sabes nada!

—Me alegro de que así sea. Son demasiados problemas para que valga la pena.

—Eso no es verdad —dijo Farah después de lanzar un grito ahogado —. La felicidad…

—Y las recompensas. Sí, claro. Vamos, muévete.

Acto seguido, Geeta le dio un empujoncito con la cadera, introdujo la regla en la hendidura y dio un tirón hacia abajo con todas sus fuerzas, lo que hizo que saltaran astillas tanto de la regla como del cajón. Allí dentro, encontraron cerillas y una pila de espirales verdes.

Mientras Geeta dejaba la regla en otro cajón, Farah seleccionó una espiral, y luego abandonaron la escuela sin decir nada. Sin embargo, cuando pasaron por el portón, Farah intentó hacer las paces.

—Geetaben… —comenzó a decir mientras se tocaba ambos lóbulos en señal de disculpa.

—No. No quiero oírlo. No somos amigas, y nunca lo fuimos. Yo digo muchas cosas sobre la víbora de Saloni, pero al menos ella es sincera. Tú, en cambio, tienes miel en la lengua y una navaja en el bolsillo.

—¡No! Yo…

—Y no tengo que defender mi trabajo frente a ti. Todo lo que tengo lo consigo yo sola, y todo estaba bien hasta que tú y el borracho de porquería que tienes como marido empezasteis a fastidiarme. Me pediste que te salvara porque no puedes hacerlo tú misma. Parece que, en realidad, no sabes hacer nada.

Farah comenzó a llorar, pero era un llanto tranquilo y sincero, no las habituales lágrimas exageradas.

—Por favor, perdóname. No quise decir nada de eso. Yo sí te considero mi amiga. —De pronto, se lanzó hacia Geeta, y el impacto hizo que esta diera un paso atrás. Fue un abrazo intenso, pues los brazos delgados de Farah eran mucho más fuertes de lo que parecían. Esto también permitió que Geeta sintiera el aroma a aceite de coco en

el cabello de la mujer y el miedo y el arrepentimiento que emanaba de su piel. No estaba acostumbrada a los abrazos, así que no le devolvió el gesto, pero tampoco se apartó. Solo le palmeó el hombro dos veces antes de, al fin, poder librarse. Farah juntó la piel de la garganta con el pulgar y el índice en señal de promesa y dijo—: Juro que esta vez no lo arruinaré. Te lo prometo, Geetaben. Puedes confiar en mí.

9

El perro era, obviamente, una excusa. Incluso él parecía darse cuenta de ello, ya que, de camino a lo de Karem, se dedicó a olisquear basura y neumáticos como si pudiera oler las intenciones de Geeta y se hubiese empeñado en perder tiempo. De ser así, esa perspicacia la impresionaba, ya que ni ella misma sabía muy bien qué estaba buscando. Lo llamó en varias ocasiones hasta que al final, ya exasperada, lo llevó en brazos el resto del camino. El cachorro olía a pies sucios y sudor rancio, y esa pestilencia había empeorado desde el viaje en camión desde Kohra.

—Mañana será día de baño, Bandido. —No era que ella hubiera elegido el nombre, sino que surgió como algo inevitable. Cuando llegaron, el animal se retorció, trepó por su pecho intentando establecer contacto visual y le tocó el mentón con el hocico frío. Ella se movió para esquivar su rostro maloliente y tocó la puerta. Tal vez Bandido reconocía lo que ella se negaba a admitir: que estaba buscándose un problema.

Después de la discusión con Farah, Geeta no había querido estar sola. Al abrir la puerta de entrada, Bandido había saltado hacia ella de inmediato con la lengua rosada fuera. Entonces, ella había festejado la visión aparentemente recuperada del animal y le había acariciado las orejas. Se había olvidado de él, por lo que le resultaba agradable la compañía, sobre todo porque no tenía la obligación de conversar.

Luego había ido a la cocina y había cocinado lentejas y arroz para preparar un *khichdi* que ninguno de los dos había tocado. Esa había sido la comida reconfortante de Geeta desde pequeña. Cada vez que le dolía el estómago, su madre se la preparaba, y después ella siempre le agregaba unas cucharadas de encurtido picante de mango que hacía que la mujer la regañara, pues argumentaba que, de esa manera, no servía a su propósito. No obstante, sus padres tenían almacenada en la

despensa una gran cantidad de encurtidos —de zanahorias, uvas espinas y pimientos verdes— para ella y Saloni, un gesto de amor tan pequeño que su ausencia no debería llenarle los ojos de lágrimas, pero lo hacía.

El cuerpo de Bandido, cálido y vibrante, resultaba ser una panacea para la crueldad displicente de Farah. Geeta se había endurecido frente a la basura habitual: que podía poner bizcos a los niños y dejar cojos a los hombres. Pero Farah había atacado algo que ella había olvidado proteger: el orgullo por su trabajo.

Geeta acarició el vientre del perro y este extendió las patas traseras en un hedonismo excesivo hasta que se quedó dormido en su regazo. Al parecer, el cariño de la mujer era adictivo, pues el cachorro se despertaba cada vez que ella detenía la mano y, hasta que no volvía a acariciarlo, él se quedaba mirándola tan fijamente que resultaba increíble que hubiese estado ciego unas horas antes. Geeta se quejó de que ya fuese tan mimado, pero siguió acariciando el pelaje, y también aprovechó para ir desenredándoselo.

El amor desenfrenado que él había mostrado por ella tan rápido y a cambio de tan poco era muy gratificante, pero, después de unos minutos, la inquietud de Geeta no fue rival para él. El espejo reveló que el sari que tenía puesto estaba lleno de pelo del perro. Intentó quitárselos, pero, como fue inútil, se cambió y se puso uno negro. Aunque era bastante sencillo, tenía un pequeño bordado azul que indicaba que se estaba esforzando demasiado, así que se cambió otra vez y se colocó uno granate, el cual mostraba que tenía el sentido estético del calabacín que estaba en la encimera. Como consecuencia, sacudió el sari original lo mejor que pudo y volvió a ponérselo. Mientras se peinaba las cejas y el cabello, Bandido la observaba con complicidad.

—Me gustaba más cuando estabas ciego.

En ese momento, afortunadamente, fue Karem y no uno de sus hijos quien abrió la puerta.

—¡Geeta! ¿Está todo bien?

—Sí, perdón. Es por Bandido. Toma, es para ti —dijo ella mientras le daba el calabacín de Farah.

—Eh… Gracias. ¿Bandido? —preguntó él, y Geeta levantó los brazos para mostrarle el apestoso perro—. Buen nombre. Has elegido rápido.

La mujer frunció el ceño ante la sonrisa del hombre.

—No quiero comentarios.

—¿Cuál es el problema?

—Le preparé un poco de *khichdi*, pero no se lo come.

—¿Estás segura de que no es porque eres mala cocinera? —Se rio y añadió—: Estoy bromeando. Ven, pasa.

Geeta miró detrás de él, pero no cruzó el umbral.

—No quiero molestar.

—No hay problema. Los dos más pequeños están durmiendo, pero podemos hablar atrás, ¿te parece bien?

Ella se quitó las sandalias y las dejó afuera.

—Claro.

Acto seguido, el hombre frotó el pelo entre los ojos del cachorro y estos se cerraron con placer.

—¡Oh! ¡Puede verme!

La mujer observó que Karem no tenía el pendiente pequeño de la oreja. ¿Cuándo se lo habría quitado? Al igual que ella, él no llevaba joyas; solo se alcanzaba a ver el agujerito en el lóbulo.

Enseguida se puso a mirar todo con atención sin que pareciera que lo estaba haciendo. En realidad, todo lo que había en la casa se podía ver de inmediato. El espacio cercano a la puerta de entrada era también la sala, donde había juguetes improvisados esparcidos sobre la delgada alfombra y el suelo de cemento. En un rincón alejado había una pila de platos y cubiertos de acero y, a ambos lados de donde ella estaba de pie, dos puertas cerradas que daban a los dormitorios. Geeta se imaginó que los dos pequeños estaban durmiendo en uno, mientras que los mayores ocupaban el otro. Luego vio una cama *charpoy* apoyada en la pared de la sala, cuyas patas sobresalían como las de un insecto. Como muchas otras personas, era probable que Karem durmiera en la terraza bajo las estrellas.

Pensar en él acostado en la cama no era la mejor idea, pero tampoco lo era aparecer en su casa de noche por sorpresa.

—¿Papá? —Un niño con pantalones cortos y una camiseta roja y

rasgada que decía «Nike» salió de uno de los dormitorios.

—Shh. Está todo bien. Vuelve a dormir.

El pequeño se frotó los ojos y dijo:

—Tengo sed.

—No es verdad. —Luego, Karem se dirigió a Geeta—: Él es Raees.

—¡Ey! Usted es la señora del patio de la escuela.

Después de un momento, ella lo reconoció.

—¿Eres el niño que estaba jugando al *kabaddi*?

—Sí.

—¿Ganasteis?

Ya más despierto, el jovencito sonrió, y Geeta pudo ver que le faltaban dos dientes inferiores.

—Sí. Ella dijo que usted no la había asustado, pero es mentira, pues todos saben que, si se enfada con alguien, puede hacer que los dulces sepan a estiércol.

—Yo… Eh… ¿Cuántos años tienes, Raees?

—Siete. Los cumplí la semana pasada.

Geeta se dio cuenta de que esa era la razón por la que Karem se había confundido al mencionar las edades de sus hijos de camino a Kohra.

—En ese caso, muchas felicidades atrasadas.

—Gracias. ¿Quiere ver mis globos de cumpleaños?

—No molestemos a Geeta con eso. Puede verlos otro día. Además, tú debes ir a dormir.

—¿Y eso?

—Este es Bandido.

—¿Muerde?

—Que yo sepa, no. Es muy tranquilo. Pero deja que antes te huela. —La mujer colocó al perro en el suelo y Raees se sentó a su lado con las piernas cruzadas. En ese instante, el cachorro rodó sobre la espalda, dobló las patas delanteras y expuso el vientre, lo que era tanto una invitación como una demanda.

—¿Qué clase de perro es?

—Es una muy buena pregunta. No lo sé bien, pero creo que es una mezcla de varias razas. Me parece que eso es lo que lo hace tan

adorable.

—¿Este es al que le dio de comer lo que quedó de su marido?

—¡Raees! —exclamó Karem consternado—. Discúlpate ya mismo. Lo siento mucho, Geeta.

—Está bien —dijo ella. Ese comentario le había dolido más que el de los dulces. Se había olvidado de que los niños la temían, y también de que ella prefería que fuera así—. No es culpa suya oír esa clase de cosas.

—En esta casa no lo ha escuchado. —Acto seguido, Karem, sin apartar la mirada de su hijo, le ordenó—: Discúlpate.

—Lo siento, Geeta.

—Disculpas aceptadas, Raees. Y no, no alimenté a Bandido con mi marido.

—¿Qué pasó con él entonces?

—Otra buena pregunta. ¿Puedes guardar un secreto? —Cuando el niño asintió con expresión sombría, ella se inclinó hacia delante y dobló un dedo para que él se acercara—. No sé qué le pasó.

—¡Eso no es un secreto!

—¿No?

—No. Un secreto es como cuando rompes el reloj de tu padre, pero le echas la culpa a tu hermana porque ella nunca se mete en problemas. —En ese instante, el pequeño se tapó la boca con la mano —. Perdón, papá.

Karem negó con la cabeza. A pesar de que la coronilla y las sienes estaban llenas de canas, Farah tenía razón: el hombre tenía el cabello bien grueso.

—Fingiré que no he escuchado eso, pero vete a la cama ahora mismo.

Sin embargo, Raees era hábil para entrometerse, y colmó a la invitada de atenciones, siempre evitando la mirada malhumorada de su padre.

—Geeta, por favor, ¿puedo mostrarle mis globos? Papá los trajo desde Kohra.

La mujer también ignoró a Karem y respondió:

—Me encantaría verlos.

Mientras el niño se metía en su habitación, Karem le susurró:

—No despiertes a tu hermana.

—Es un buen muchacho —comentó ella.

—Se ha enamorado —dijo el hombre sonriendo.

Ella se tocó el rodete con recato.

—Bueno, yo no lo llamaría un…

—Le ha encantado Bandido.

—Ah, sí. —Geeta bajó la mano—. El perro. —Raees regresó sosteniendo cinco cuerdas. Los globos moteados seguían flotando cerca del techo bajo, pero estaban empezando a desinflarse. El látex de color pastel ya no estaba tenso, sino arrugado, y, por alguna razón horrible, espantosa e inoportuna, Geeta pensó en sus pechos y en que algo así era lo que debía esperar. Luego, dando un pequeño aplauso al pequeño, exclamó—: ¡Preciosos!

—A la cama —indicó Karem.

Raees pidió un poco de agua, lo que no consiguió, y luego se fue a su habitación, con la cabeza cómicamente baja y los globos a rastras.

Un momento después, ella siguió al hombre a través de la casa y salieron a la pequeña parcela de tierra sin vallar que era el patio trasero. Sobre el suelo había una bicicleta con la pata de cabra rota y, en un rincón del fondo, un búfalo durmiendo, atado cerca de la cocina de barro y de un revoltijo de latas y tarros.

—Perdón por todo eso.

—No hay problema. —Por un breve instante, no había pensado ni una sola vez en sus problemas ni en Farah. La pelea con ella, de pronto, dejó de importarle. Esa noche, cuando Farah volviera a echar las cosas a perder, aparecería en su puerta, y entonces ella la perdonaría e idearía un nuevo plan para eliminar a Samir.

—Y dime, ¿lo envenenaste o qué?

Geeta vaciló.

—¿Qué?

—Lo que hablamos sobre Bandido y lo que le diste de comer, ¿recuerdas? Era un chiste.

—Ah, sí. —La mujer forzó una risa que salió como un resuello—. No, quise decir. No quiere comer el *khichdi*.

Esa era la verdad. Ella suponía que el poco interés del perro en el arroz y las lentejas se debía a que había comido demasiadas galletas Parle-G. Acto seguido, sentó al cachorro en el suelo y Karem se agachó para inspeccionarlo. Geeta no sabía qué hacer con los brazos vacíos, así que comenzó a tocarse la oreja y a mirar la parte posterior de la cabeza del hombre con todo ese cabello oscuro.

—Parece estar muy bien, por lo cual yo no me preocuparía demasiado. ¿Ya ha hecho popó?

—¿Qué? —farfulló la mujer. La pregunta no la escandalizó, sino que le sorprendió que él usara esa palabra inocente e infantil.

Karem suspiró a modo de autocrítica. Por su parte, Bandido se puso a dar saltitos junto a los tobillos del hombre como forma de pedir atención.

—Perdón, es la costumbre. En esta casa olvido cómo hablarles a los adultos. Tal vez en un rato te recuerde que debes hacer pipí.

En ese momento, el perro saltó hacia las pantorrillas de Karem, y subió cada vez más alto.

—¡Bandido! ¡No! ¡Basta! —Geeta le dio un golpecito en el hocico y el animal gimoteó, pero se detuvo. Como recompensa, ella le rascó la parte posterior del lomo, algo que él disfrutó—. ¡Uf! ¿Te ha lastimado?

—No, si apenas es del tamaño del calabacín —respondió Karem riendo—. Y feo. —Entrecerró los ojos y añadió—: Tan feo que resulta tierno.

—¡Eh! Muestra un poco de respeto. Este perro es un héroe y un superviviente de abuso.

Karem siguió riendo por lo bajo.

—Bueno, tú también, e igualmente te las arreglas para estar muy bien.

Geeta no pudo evitar reírse. No porque no le creyera —y no lo hacía, que quede claro—, sino por lo audaz que era: decir algo de manera suave a la vez que abordaba su marcada historia. Era preferible mencionar a Ramesh como una nota al pie y no como tema principal. Una vez más, admiró cómo Karem lo manejaba: siempre diciendo cosas que a ella le gustaba oír y casi nunca ofendiendo a

alguien tan irritable como ella.

A cambio, ella le ofreció un obsequio escaso: la verdad.

—Qué amable. Gracias.

—De nada.

En ese instante, él le apoyó la palma de la mano en la mejilla. Hacía siglos que nadie la tocaba con intención y no por accidente. Geeta no se sentía acariciada incluso desde antes de que ella y Ramesh, más por el paso del tiempo que por los hechos, se convirtieran en extraños. Todo se había vuelto una danza superficial y, después de tanto tiempo, el contacto se había convertido en una parodia vacía de sí mismo. Sin embargo, era una necesidad humana básica. Se dio cuenta de que no soportaba que la tocaran, pero a la vez lo deseaba con la misma desesperación que lleva a los alcohólicos a comer su propio vómito y a los adictos a inhalar o fumar escorpiones muertos. Su mente no dejaba de gritar a medida que se inclinaba hacia la mano de Karem como un girasol hacia el sol.

Y no era que estuviera loca de deseo o que la excitación le atravesara el abdomen. Era peor que solo tener que enfrentarse a su sexualidad después de cinco años en estado latente. Al contacto ligero e inocente de la palma de Karem, Geeta descubrió unas cuantas cosas horribles: que había pasado años asumiendo que ya no era una criatura de deseo; que, a pesar de este primer hecho, todo ese tiempo había estado muriéndose de ganas por algún contacto, y que, pese a esos dos primeros hechos, no había nada que pudiera hacer, no en ese pueblo donde su nombre estaba manchado.

Por eso, nadie se sorprendió más que ella cuando se despegó de la mano de Karem y lo besó.

Él sabía a tabaco, aunque era lo suficientemente fresco como para que no resultara desagradable. El beso fue íntimo y con la boca abierta, y también prolijo. La técnica del hombre era mucho más firme, diferente a la de ella, que había pasado un largo tiempo sin haber besado; no obstante, la mujer se sorprendió de lo rápido que se adaptó a su estilo y lo emuló.

Karem le acarició con la nariz el espacio entre el cuello y la oreja y dijo:

—Es un tonto. Un ciego tonto.

El beso era excelente, pero ella no estaba tan abstraída como para no querer saber.

—¿Quién?

—Ramesh.

—¿Por qué estás pensando en él? —preguntó después de inclinarse un poco hacia atrás.

—No lo hago. Bueno, antes sí, pero ahora no.

Geeta ya estaba siendo irritante otra vez y arruinando las cosas antes incluso de que empezaran. Antes habían mencionado a Ramesh y ahora Karem le hacía otro cumplido; ella se reprochó a sí misma, ya que eso era lo que hacía la gente común, es decir, aquellos que no estaban ocupados aplastando su libido.

—No importa —dijo ella, y volvió a la boca del hombre.

A Geeta no le importaba que la excitación que sentía fuese resultado directo de la experiencia de Karem y del coqueteo con las mujeres que Farah había mencionado antes, pues era precisamente por eso que estaba ahí, algo que, con la lengua de Karem tocando la suya, ya podía admitir. Ella no poseía más que su propio placer.

A menudo se preguntaba cómo Phoolan Mallah había tolerado tener amantes tras haber sido sometida a un abuso sexual sistemático. Había huido de una niñez horrible y de un marido peor para unirse a una pandilla cuyo líder, un hombre de casta superior, de inmediato planeó violarla. Entonces, Vikram Mallah, un hombre de la misma casta que ella, mató al líder y se convirtió en el amante y marido de Phoolan. Luego ella se unió a esos bandidos de distintos grupos sociales, pero, incluso entre ladrones, la casta polarizaba. Como consecuencia, las castas superiores se volvieron contra Vikram y lo asesinaron; a continuación, atraparon a Phoolan, que en ese momento tenía diecisiete años, y fueron alternando entre los golpes y la violación. Luego la exhibieron, atada y desnuda, por los pueblos vecinos, donde alentaban a los lugareños para que también abusaran de ella.

Tres semanas más tarde logró escapar con la ayuda de unos hombres de su misma casta, uno de los cuales se volvió su amante. Crearon una nueva pandilla compuesta solo por miembros de la casta

mallah y, el día de San Valentín, ella regresó a ese pueblo y lo tiñó de rojo con la sangre de veintidós hombres de casta superior. Esa venganza resultó en un encarcelamiento interminable, pero Ummed Singh ayudó a conseguir su liberación y luego se casaron.

Geeta había asumido que, cuando Phoolan se embarcaba en una nueva relación, no era por amor, sino solo un movimiento estratégico para obtener protección, ya que cada hombre nuevo la escudaba de las consecuencias del pasado. Esas circunstancias dejaban poco lugar a la elección. En un mundo donde su vagina era un lastre, ¿había lugar para cosas insignificantes como el amor? Aunque, tal vez, Phoolan hubiera logrado separar a Vikram de los anteriores y confiar en él. Quizá, a fin de cuentas, no se tratase de poder, sino de compañerismo.

Geeta creía que se había quedado congelada, pero el tiempo la había ido erosionando. Ya no era lo que había sido una vez; sin embargo, quedaba bastante para derretir, lo suficiente para entender cómo y por qué Phoolan lo había logrado.

Aun así, la discreción era esencial para su supervivencia. Mientras se esperaba que el viudo Karem satisficiera sus necesidades fuera del pueblo, a Geeta no se le concedía tal cosa. Si las personas descubrían que era una mujer y no una virago, sería una desgracia: las mujeres cotillearían todavía más y los hombres le harían invitaciones lascivas. Buscando que él comprendiera, ella hizo la petición en medio de besos embriagadores:

—Nadie puede enterarse.

Él se detuvo.

—¿Qué?

—Quiero decir… Ya sabes, el pueblo es muy pequeño y tú…

De forma amable pero firme, Karem la alejó.

—¿Yo qué?

Le resultaba difícil enfrentarse a él después de lo que habían compartido. Geeta, deseando volver a los besos para no tener que sufrir la intimidad del contacto visual, se acercó para abrazarlo de nuevo, pero él la rechazó.

—Mira, a nadie le importan tus indiscreciones, que son naturales debido a que eres hombre, pero para mí…

—¿Mis indiscreciones?

—Lo que haces en Kohra, o donde sea —explicó ella mientras hacía un gesto vago con la mano.

—¿Qué es lo que hago en Kohra?

—Ya lo sabes.

—¿Trabajar?

—Sí. Y también andar en amoríos y esas cosas. Mira, no te estoy juzgando; a eso me refiero. Tú y yo lo entendemos, pero ellos no. Por esa razón…

—Nadie puede saberlo.

—Exacto —dijo Geeta con alivio.

Karem asintió tocándose la mandíbula, donde tenía una barba incipiente, y luego desvió la mirada hacia un punto detrás de ella.

—¿Acaso no te das cuenta de lo insultante que eres, Geetaben? ¿O es que no te importa?

La distancia de su formalidad fue apabullante. Intentó comprenderlo para recuperar el control; si sabía dónde estaba, podría protegerse. Parpadeó tratando de asimilarlo, pero no tenía idea de cómo habían terminado así.

—Debería marcharme —dijo ella con la esperanza de que él la contradijera.

—Sí.

El recorrido a través de la casa hasta llegar a la puerta de entrada fue largo y mortificante. Geeta caminó enardecida con Bandido siguiéndole los pasos, tan contento y ajeno a la situación que hizo que ella quisiera gritar de celos. A pesar de que Karem la hubiese acusado de ser insultante, era ella quien se sentía terriblemente insultada, y también rechazada, por no mencionar estúpida. Mientras se cerraba la puerta tras ella, pensó que nunca podría volver a mirarlo a la cara, algo que era probable, ya que, antes de que comenzara todo ese club de asesinato con Farah, casi nunca se lo encontraba por ahí.

Sosteniendo al perro como consuelo, Geeta consideró que tal vez no fuese Farah la del problema, sino ella. No podía conservar ni mantener ninguna relación. Era imposible llevarse bien con ella, o incluso estar cerca, y su toxicidad era tal que resultaba horrible aun cuando creía

que estaba siendo agradable. Había alejado a todo el mundo, desde Saloni hasta Ramesh, solo para sentarse en una casa vacía, desconcertada por su soledad. Hasta Karem —el paciente y respetuoso Karem—, cuyo imperturbable buen humor podía resistir cuatro niños agotadores, tenía un límite para su mal genio.

Debería haber tenido un hijo después de todo, así habría alguien obligado a quedarse. Un día de estos, Bandido se espabilaría y huiría, algo para lo que la mujer le daba un permiso tácito al mantenerlo desatado. Él era libre; nunca sería una cabra atada a un árbol o una novia con un *mangalsutra*. Geeta estaba tan absorta en la autocompasión que no se dio cuenta de que estaba llorando hasta que el cachorro le lamió la cara.

—Maldición —dijo Geeta mientras le acariciaba el hediondo pelaje.

10

La mañana siguiente, mientras trataba de curar la resaca de la humillación, los *bhajans* del templo comenzaron a sonar y Bandido finalmente se comió el *khichdi* ya rancio. Ella lo observó con cautela, pues tenía miedo de que se enfermara, pero después él se puso a perseguir la lagartija con gran alegría, hurgando con las patas alrededor del escritorio últimamente poco usado. Además de todos sus otros fracasos, también había descuidado su negocio.

Volvió a tumbarse sobre la cama pensando en que la situación no era la ideal. Se había despertado con dolor de cabeza por haber llorado hasta dormirse como si fuese una adolescente sedienta de amor, pero, al menos, su pena era privada. No podía mirarse al espejo: los ojos y la boca hinchados resumían de manera perfecta la dualidad de la noche anterior. Entonces, examinó los hechos a la luz del nuevo día. Se habían besado y luego habían discutido, por lo que no había nada de qué avergonzarse. Ella había soportado humillaciones mucho mayores que el rechazo. Hubiese sido mucho peor si hubiera intentado besarlo y él la hubiera apartado. No obstante, la sola idea de mirar a Karem a la cara hacía que quisiera esconderse bajo la cama con Bandido, quien jugueteaba por allí con una alegría tan descarada que a ella ya le resultaba un poco grosero.

—Tú —le dijo al perro—, necesitas un baño. —Una vez fuera, él comenzó a esquivarla como si intuyera sus intenciones. Cuando acabaron, ambos estaban empapados y habían gastado el agua de dos días. Todos los cubos estaban vacíos, pero Bandido olía bien y las patas se veían blancas otra vez. Luego, mientras ella se escurría el camisón, él arrojó un reguero de gotas. Todavía no eran las diez, pero ya hacía bastante calor y no se observaba ni una nube. El cachorro jadeaba y meneaba la cola limpia, la cual, con el pelo ya esponjoso, se curvó en un atractivo signo de interrogación—. ¡Mírate! ¿Quién

hubiera pensado que serías un diablillo tan apuesto?

Un momento después, ella se cambió y colgó la ropa en el tendedero. El tiempo comenzó a pasar y Geeta se puso ansiosa por el hecho de que Farah aún no hubiese aparecido lamentándose por algún nuevo paso en falso. O había cambiado de idea sobre el plan o en verdad lo había logrado. Cualquiera de las dos teorías le producía un poco de alivio y un poco de terror. «A menos que Samir la haya encontrado con las manos en la masa y la haya castigado», pensó Geeta con miedo.

Bandido sucumbió a una siesta feliz en una esquina en la que daba el sol, con la nariz metida en las patas limpias y la flamante cola a un lado. Como no lograba concentrarse en su trabajo, Geeta decidió ir a investigar con el pretexto de buscar más agua, ya que todos los asuntos importantes se comentaban junto a la bomba. Incluso Saloni, que tenía una bomba manual en su patio, a veces extraía del pozo comunal para no perderse ningún chisme valioso.

Además, para asegurarse, Geeta fue por un camino que no llevaba directamente a la bomba, pero que pasaba por la casa de Farah. Con un cubo en cada mano y a metros de distancia, divisó a las personas de luto. Ya había varias vestidas de blanco; algunas lloraban, otras consolaban y también estaban las que susurraban entre ellas. Cuando se acercó, no vio a Farah, pero sí a los niños, acurrucados en un núcleo de dolor. La hija más grande llevaba al bebé, haciendo sobresalir la inexistente cadera para crear un saliente en el que apoyarlo. Las otras dos hermanas pequeñas lloraban, pero ella permanecía con los ojos secos y el rostro inexpresivo, y Geeta la reconoció. Era la joven del patio de la escuela, la que, con la misma expresión vacía que en ese momento, había empujado al hijo de Karem.

Después de absorber el cuadro, una isla de recientes huérfanos de padre, Geeta se alejó a toda prisa. Los cubos vacíos le tintineaban contra las pantorrillas y los dejó caer. Apenas logró llegar a tiempo a una lila de la India y, con una palma apoyada en el tronco, vomitó sobre las raíces secas. Encorvada y con la respiración agitada, se quedó mirando el vómito; tenía la boca avinagrada y recubierta de

bilis.

Para cuando pudo enderezarse, ya había aceptado dos verdades notables: que eran asesinas y que, si ella estaba así de conmocionada, Farah debía estar desquiciada. No había forma de que Geeta se uniera a esas personas de luto, fingiera horror ante la noticia ni se enfrentara a los niños a los que les había quitado el padre.

Geeta juntó los cubos con torpeza y se dirigió con dificultad hacia su casa, sintiendo que los oídos internos y la garganta le quemaban.

Una vez allí, Bandido sintió de inmediato la angustia de la mujer y le lamió la cara para consolarla. Por un instante, ella lo permitió, pero después lo apartó para ponerse a caminar de un lado a otro y tratar, en vano, de respirar adecuadamente —*kabaddi*, *kabaddi*, *kabaddi*—, hasta que se mareó por girar dentro de los confines de esa celda imaginaria. Con una histeria cada vez mayor, pensó que debía acostumbrarse a eso, pues era su futuro. Había estado tan ocupada buscando la forma de que Farah pudiera quitarse el arete de la nariz que no se había dado cuenta de que había dejado gran parte de su propio porvenir en las manos ineptas de esa mujer, la cual no era meticulosa ni prudente, y que probablemente hubiera dejado miles de pistas que apuntaban hacia ellas.

El día avanzó con lentitud y fue arrastrando a Geeta a las fauces de la ansiedad. Su estado era contagioso, pues Bandido estaba todo el rato bajo sus pies, demandante y disgustado. Al rato, Geeta encendió la radio y trató de escuchar el programa sobre hienas en el programa de Gyan Vani, pero estaba demasiado distraída. Había solo una persona en el mundo que deseaba ver, la única que podía entender esa horrible situación. No se le escapaba la ironía: aquella a la que había espantado como a un mosquito molesto era a quien, en ese momento, ansiaba tanto como a una bebida fresca.

Farah apareció esa tardecita con el usual calabacín. Vestía un *salwar-kameez* blanco y no llevaba ninguna joya. Un pañuelo blanco le cubría la cabeza, pero el cabello negro era visible a través de la tela diáfana. Estaba sonriendo y, en cuanto entró, se bajó el pañuelo hasta los hombros y dio una vuelta.

—Me queda bien el estilo de viuda afligida, ¿no? —Acto seguido, se

puso a bailar cantando una canción improvisada—. ¡Ya no tengo arete! ¡Ya no tengo arete! —Estaba de tan buen humor que incluso aceptaba a Bandido. Se agachó para rascarle el cuello y le dijo—: Hola, perrito. —El cachorro no le gruñó, pero tampoco sucumbió a la caricia con la típica súplica descarada—. ¡Ey, puede ver! —Luego, cuando notó la cara de pánico de Geeta, su actitud cambió—. ¿Qué sucede? ¿Te duele el estómago? Ven, siéntate. —Entonces tomó a Geeta de la mano y la guio a la cama.

—Estamos jodidas. Realmente jodidas —afirmó Geeta mientras se llevaba las manos a la cabeza y se presionaba las sienes. Con todo el mundo pensando en ella como una asesina durante tanto tiempo, había olvidado que en realidad no lo era. No había forma de que se libraran de eso, pues dos pueblerinas no eran rivales para las autoridades con recursos.

Farah se arrodilló y, con los dedos fríos, tomó las muñecas de Geeta para quitarle las manos del rostro. Esta se resistió, pero Farah ganó. Luego, se apoderó de la mirada de Geeta y se mantuvo firme. Los cortes en la mejilla y el labio todavía tenían líneas de sangre seca; sin embargo, el ojo ya estaba verde amarillento, lo que significaba que se estaba recuperando.

—No, no es así. Todo salió perfecto. Se terminó. —Farah se paró, y las ropas de luto susurraron con el roce. Después se puso a caminar de un lado a otro, al igual que Geeta había hecho la mayor parte de ese día horrible, excepto que la mente de Farah voló hacia asuntos más triviales—. Ya se llevaron el cuerpo.

—¿Quién?

—Un *dom* —respondió haciendo un gesto de desdén con la mano—. Realmente parece una intoxicación por alcohol, ya que Samir vomitó antes de morir, aunque, por las dudas, lo incineraré lo antes posible.

Geeta pestañeó sorprendida y dijo algo que, hasta ese momento, no se le había ocurrido.

—Pero vosotros sois musulmanes.

—¿Y qué? —Farah se encogió de hombros—. ¿Acaso crees que ese borracho era un musulmán estricto? Mira, si no entra al Yanna, no será porque lo han incinerado. Además, se merece arder.

Geeta no era muy religiosa; iba al templo en las grandes festividades y celebraciones, pero en su casa no había rincón de oración y, aún más importante, tampoco había invitados que la juzgaran por no tener ese espacio. Su madre, por otro lado, sí había sido creyente. O tal vez solo había sido la costumbre lo que la había llevado a encender algodón empapado en *ghee* todos los días y recitar los innumerables nombres de dioses —uno por cada cuenta— en el *japamala*.

No obstante, en ese momento, Geeta estaba muy preocupada, no por agraviar a cualquier poder superior que la estuviera esperando para castigarla, sino por pasarse de la raya. Por creerse más de lo que era. No solo habían jugado a ser Dios, sino que también corromperían los últimos ritos. Esto último parecía peor que lo primero, lo cual, desde un punto de vista moral, se podía justificar debido a las amenazas, los vicios y el abuso de Samir.

—Pero ¿qué pensará la gente?

—No podemos arriesgarnos a que desentierren el cuerpo si después empiezan a sospechar. —Farah se quitó la pelusa de la parte superior de la ropa—. Eso se ve todo el tiempo en la serie *CID*, cuando los policías se dan cuenta de que el cónyuge los está engañando y piensan que se perdieron todas las pruebas, pero después hay un giro: la víctima es musulmana; al final, atrapan al culpable gracias a que pudieron desenterrar el cadáver.

—Exhumar —la corrigió Geeta de forma automática.

—Sí, como sea. Además, él no tiene otros familiares y en este pueblo hay, como mucho, tres musulmanes. Dudo que Karem venga a decirme algo por arruinar el entierro de Samir. ¡Ya lo sé! —exclamó mientras chasqueaba los dedos—. Puedo decir que hubo una confusión en los papeles o que el *dom* metió la pata. ¿Ves? Esta es la parte fácil. Tú ya hiciste la más difícil.

—No deberíamos haberlo hecho.

Geeta notó que Farah tenía algunas canas cerca de las sienes y se dio cuenta de que tal vez no fuera tan joven como había creído.

—Claro que sí. —La mujer frunció el ceño—. Escucha, ya está hecho. ¿Qué sentido tiene llorar sobre la leche derramada?

—¿Y tus hijos? Ellos…

—Ahora están tristes, pero luego se alegrarán por ello. Todos lo haremos. —Farah le dio una palmadita en la cabeza a Geeta—. No lo olvides: ahora que él no está, las dos podremos quedarnos con nuestro dinero.

—No es por el dinero —dijo Geeta. La parte de atrás del cuello se le arrugó cuando levantó la vista para mirar a Farah; vestida de blanco, resplandecía como una deidad. Luego continuó, ya sin llorar, pero con los ojos humedecidos—. ¿De qué nos servirá si pasamos el resto de nuestras vidas en prisión?

Farah le dirigió una mirada extraña desde arriba. Era una mirada rara y curiosa.

—Por supuesto que es por el dinero, Geetaben. Siempre lo fue. Descansa un poco y verás. —Acto seguido, se dirigió a la salida pasando por encima de Bandido mientras Geeta permanecía inmóvil en la cama.

Las autoridades no tardaron en llegar; más rápido de lo que Geeta esperaba, pero más lento de lo que deseaba. La ansiedad era persistente y la carcomía, como si hubiese cientos de mosquitos después de una lluvia monzónica. Se había enterado, a través del cotilleo junto a la bomba de agua, de que Farah había rechazado un informe médico, pero que había solicitado que le «devolvieran» a Samir dentro de las veinticuatro horas para el entierro, según el ritual islámico. Sin embargo, parecía ser que el *dalit* encargado de manipular a los muertos —quien era un marginado a la vez que de casta inferior y, por lo tanto, el único que podía acercarse a la contaminación de un cadáver— había confundido a Samir con un hombre hindú (a pesar de la circuncisión), así que este último ahora se encontraba en una urna bajo tres montones de tierra que una valiente Farah, ya sin el arete en la nariz, había echado con mucho amor.

El policía llegó en medio de la reunión semanal con el prestamista y su presencia despertó la curiosidad de las mujeres. El hombre esperó respetuosamente fuera de la casa de Saloni, que estaba llena de gente, pues ahí era donde llevaban a cabo los encuentros desde hacía un tiempo. Antes, hasta la muerte de Runi, estos se celebraban en su porche. Incluso con la hamaca en el centro, el porche delantero de

Saloni era espacioso y tenía buena acústica, lo que resultaba ideal para reuniones grandes.

Varun, el prestamista, estaba encaramado en el grueso parapeto que bordeaba el porche de Saloni y tenía la caja de recolección a un lado, mientras que las mujeres estaban sentadas con las piernas cruzadas en un círculo desordenado. Cuando Varun dio comienzo a la reunión, todas guardaron silencio.

Geeta apretó el dinero del grupo, pero, en cuanto se dio cuenta, aflojó las manos y alisó los billetes. Trataba de no mirar a Farah, todavía vestida con la ropa blanca de luto, ni al policía, pero, cada tanto, los ojos se desviaban hacia ellos. El miedo la tenía atenazada como un yugo y, sin duda, el agente podía oler la culpabilidad a través de su copioso sudor.

Que los seis grupos de crédito más pequeños estuvieran reunidos allí indicaba que había pasado solo una semana desde que Farah había aparecido rogando, con el ojo hinchado y el tímido arrastrar de pies. Para Geeta, habían pasado meses. Aquel día, la súplica de Farah había sido morbosa, pero también un poco tierna. Sin embargo, últimamente esa Farah había desaparecido. La que estaba ahí, sentada en el círculo, apagada pero segura de sí misma, tenía un rostro que estaba sanando y un *bindi* perfectamente centrado. Geeta miró hacia abajo y vio que estaba arrugando el dinero otra vez. ¿Cómo era posible que Farah, la que podría decirse que era la más culpable de las dos, no mostrara temor a las consecuencias?

Después de pasar lista, Varun llamó a cada una de las líderes para que se acercaran con el pago semanal del grupo. La señora Amin fue primero, quien bromeó con él, como siempre hacía, sobre la concesión de un préstamo más grande. El hombre, riendo, le contestó que eso dependía de personas que estaban por encima de él. Las mujeres lo llamaban Varunbhai por respeto, a pesar de que era más joven que la mayoría de ellas. Era oriundo de Deli, pero a menudo buscaba la palabra correcta en guyaratí y, como tenía buen sentido del humor, se unía a las risas de las mujeres ante su pronunciación. Saloni en particular estaba encantada con él y, cada vez que el hombre se acercaba, ella batía las pestañas como una turbina. Lo que a Geeta

más le llamaba la atención era su calzado de ciudad: mientras que allí casi todos usaban sandalias abiertas o zapatillas deportivas, Varun llevaba zapatos de vestir negros, los cuales llegaban pulidos y se iban polvorientos.

La mayoría de las mujeres estaban con su grupo, sentadas con las rodillas superpuestas unas sobre otras para que cupieran las treinta. No obstante, el grupo de Geeta estaba disperso: Farah estaba frente a ella; Saloni, como era de esperar, había pillado el sitio más cercano a Varun, y las gemelas Preity y Priya estaban sentadas cerca de Saloni. Cuando estas tenían dieciséis años, el pretendiente al que Priya había rechazado le arrojó ácido a la hermana equivocada. El rostro de Preity había sanado con la ayuda de una ONG que se ocupaba de ese tipo de ataques, pero las quemaduras le habían arrugado la piel y formaban islas oscuras en la cara y el cuello; además, una oreja había sufrido el daño suficiente como para impedirle usar pendientes. Dos años más tarde, ese hombre se casó con Preity con el consentimiento del padre de esta, pues ¿quién más lo haría?

Geeta no tenía idea de cómo o por qué vivían todos en la misma casa: Preity, su esposo y atacante, la hermana ilesa y su marido. Sorprendentemente, parecía ser que Darshan era un esposo complaciente, y se decía que Preity tenía el control total de sus pelotas y su cartera.

La mitad de las mujeres había llevado a sus hijos, y habían recibido distintas chucherías como soborno. Geeta observó a un niño pequeño agitar, con un tremendo esfuerzo, una campana de bronce en miniatura, que no emitió sonido alguno debido a que su badajo había desaparecido hacía tiempo y la carcasa estaba oxidada. Los hoyuelos de sus nudillos eran adorables y le hicieron recordar a Raees. Ese pensamiento era tan apacible y tan inoportuno que Geeta no oyó que estaban diciendo su nombre.

Entonces pestañeó y miró a Saloni, quien la observaba con los ojos bien abiertos y la mandíbula floja.

—Los demás tenemos cosas que hacer, Geetaben. Dale el dinero al pobre Varunbhai.

Las gemelas soltaron unas risitas nerviosas y luego Geeta entregó los

billetes maltratados. Mientras tanto, el policía observaba. Las manos de la mujer estaban muy húmedas; trató de secárselas con el sari, pero el sudor volvió a brotar de inmediato.

—Perdón —le dijo a Varun en voz baja, y en ese instante oyó a Saloni resoplar tras ella.

El hombre, cortés como siempre, le dio las gracias. Acto seguido, contó los billetes húmedos con una marcada templanza para después acomodarlos en la caja de recolección y anotarlos en el libro de contabilidad. Antes, Geeta se enorgullecía de ser eficiente, pero en ese momento, gracias a Farah y a ese policía entrometido, estaba hecha un desastre sudoroso y caótico.

Después de juntar los seis pagos, Varun las dirigió para recitar la misma promesa que repetían cada semana. Cuando comenzaron los microcréditos, él había distribuido unos papeles con el juramento en guyaratí, pero las mujeres ya lo habían memorizado. Al empezar, una idea descabellada asaltó a Geeta: Farah no había podido leer el suyo.

—«Estamos aquí para ayudar a nuestras compañeras y a nosotras mismas. Pagaremos las cuotas del préstamo en tiempo y forma». —Después de esa segunda afirmación, Saloni dejó en claro lo que pensaba al mirar fijamente a Farah, y Geeta vio cómo esta última respondía a esa desaprobación con una sonrisa serena. En el siguiente juramento, Saloni apartó los ojos—. «Ayudaremos a las hermanas de nuestro centro en tiempos de crisis».

Geeta no paraba de sudar y mojar la blusa del sari. Era un día caluroso y sin viento, y todas las mujeres tenían manchas oscuras bajo los brazos; incluso la camisa planchada de Varun se estaba marchitando.

Cuando la reunión terminó, Geeta deseó poder irse pronto a casa y refugiarse. Las mujeres se agolparon en la angosta entrada, por lo que había cientos de dedos avanzando poco a poco hacia las sandalias. A todas les llamó la atención el policía con el uniforme caqui, pues era un espectáculo curioso en ese pueblo aburrido. A medida que se iban yendo en pares o en grupos, especulaban sin rodeos sobre el policía, a pesar de que este estaba lo bastante cerca como para escucharlas. Geeta se escondió detrás de Preity y Priya y caminó pegada a ellas,

como si fuese parte de ese grupito.

—Sunil Shetty —susurró Preity.

—No, no. Se parece a Ajay Devgn —la contradijo Priya.

—Eso es insultante.

Entonces, Geeta rio demasiado fuerte y comentó:

—Sí, ¿verdad? ¿Y dónde deberíamos comprar?

Preity se dio la vuelta y, confundida, miró a Geeta.

—¿Eh? ¿Qué estás…?

En ese instante, el policía se interpuso entre Geeta y las gemelas y ordenó:

—Usted. Pare.

11

Geeta se detuvo, al igual que su corazón.

—¿Farahben? —preguntó el agente, y ella suspiró de manera poco elegante. El sol se eclipsó tras la cabeza del hombre. Las gemelas se marcharon.

—Soy yo —dijo Farah desde el porche, quien luego se tomó su tiempo para localizar las sandalias y ponérselas. Mientras tanto, Geeta había envejecido una década.

—*Namaskar* —saludó el policía con la libreta entre las palmas de las manos.

—*Salaam* —contestó Farah acercando una mano ahuecada a la frente.

Él miró a Geeta y después a la libreta.

—¿Y usted quién es?

—Geeta. —La mujer saludó juntando las palmas húmedas—. *Ram Ram*.

—*Jai Shree Krishna* —dijo él—. Usted prestó dinero a Farahben y su marido, ¿no?

—Bueno, en realidad solo a Farah —respondió ella jugueteando con la oreja—. Para nuestro préstamo, es decir, del grupo.

—Ya veo —dijo el agente después de asentir con la cabeza. Acto seguido, anotó algo que Geeta sabía que podía ser su perdición, pero después la ignoró y se dirigió a Farah—. Tengo algunas preguntas para usted. ¿Podemos hablar en privado?

Ellos se alejaron, y Geeta quedó allí, respirando con dificultad. Sola y con el corazón alterado, miró alrededor: los niños jugaban y los adultos que habían terminado con sus tareas bebían té y leían periódicos, jugaban a las cartas o fumaban narguile. Aunque estaba inquieta, caminó despacio, deteniéndose a ratos.

Pasó junto a una mujer que estaba metiendo ramitas de lila de la

India en una cesta para limpiarse los dientes y, ya llegando a su casa, vio a dos muchachitos cerniéndose sobre un perro muerto. Lo que debería haberle resultado extraño a Geeta era la proximidad de los niños, no la curiosidad, ya que nadie por allí tocaría un cadáver de un animal, sino que llamarían a un *dom* —una subcasta de los *dalits*— de la parte sur del pueblo, que eran los que se llevaban a los animales muertos para curtirlos o transportaban a los cadáveres humanos a las piras funerarias. Sin embargo, sus pensamientos estaban desorganizados. Había estado obsesionándose con lo que el policía le estaría preguntando a Farah hasta que el perro muerto captó su atención. Por un terrible segundo, pensó que se trataba de Bandido, pero este enseguida se acercó, contento y moviendo la cola mientras ladraba. El alivio hizo que la mujer relajara los hombros y el cerebro comenzara a funcionarle otra vez. Entonces se dio cuenta de que los muchachos no estaban inspeccionando el cadáver, sino preparándose para llevárselo, lo que indicaba que sí eran *doms*, a pesar de que eran demasiado jóvenes para estar trabajando.

Bandido corrió hacia los pies de Geeta, dando ladridos y saltando, pero, antes de que ella pudiera acariciarlo, una mujer se acercó para ahuyentarlo.

—¡Fuera! ¡Fuera! —exclamó esta después de dar una palmada haciendo chocar las sandalias. Llevaba puesto un sari, cuyo extremo libre le cubría la cabeza y, aunque tenía arete en la nariz, las muñecas estaban desnudas. Como Bandido no le hizo caso, ella volvió a chocar las *chappals*.

—¡Está bien! —dijo Geeta—. Es mi perro.

La mujer asintió una vez, despacio, mientras escudriñaba al cachorro. Su confusión era entendible, pues nadie adoptaba por voluntad propia una boca extra a la que alimentar. A los animales se les daba de comer a cambio de alguna utilidad.

—Mejor este que aquel otro, supongo —comentó señalando al perro callejero, tendido y lleno de moscas.

—¿Está buscando a alguien? —preguntó Geeta—. Vivo allí, así que conozco a todos.

—No, solo estoy aquí por negocios —respondió la otra sosteniendo

aún las sandalias.

—Ah. ¿Trabaja por aquí?

La mujer parecía divertida.

—No siempre. Vengo cuando me llaman.

El cachorro dio vueltas para inspeccionar a su compatriota caído y se metió entre las piernas de los jóvenes, lo que les impedía trabajar.

—¡Bandido! —lo llamó su dueña—. ¡Déjalos en paz!

El más pequeño lo acarició.

—¡Eh! ¡No! —lo reprendió la mujer con brusquedad.

—No pasa nada; no los morderá.

—No. Son mis hijos. —Eso significaba que ella también era *dom* y que lo que no quería era contaminar las cosas de Geeta, incluido el perro—. Yadav, ¡he dicho que no!

Cuando Geeta iba a la escuela, la maestra siempre sentaba a los estudiantes *dalits* en el fondo de la clase, los cuales, además, almorzaban aparte. Muchos padres estaban irritados con la resolución del *panchayat* sobre la integración de los *dalits*, pero el consejo insistía en cumplir la ley. Técnicamente, también era ilegal prohibir el acceso de esta casta a los pozos y los templos, pero esa segregación se cumplía a rajatabla. Geeta recordó que, en el tercer curso, había una niña callada con dos trenzas que ella consideraba parte de su grupo de amigos. Después del almuerzo separados, todos jugaban juntos y, cuando la pequeña quería agua, otra de las niñas se la conseguía, ya que todos sabían que no podía tocar la bomba.

A ninguno se le había ocurrido que la chiquilla podía ser inteligente.

Un día, esta niña —Geeta no recordaba su nombre, y eso se sumaba a la culpa que sentía—recibió la calificación más alta en un examen de matemáticas. Eso enojó tanto a un pequeño de casta superior que este insistió en que ella había hecho trampa, una teoría que la maestra estuvo dispuesta a investigar, ya que todos sabían que no estaba en la naturaleza de los *dalits* ser inteligentes. El problema era que no había ninguna prueba de que se hubiera copiado o siquiera de que pudiera hacerlo debido a que en la escuela había pocos libros de texto y a ella, al igual que a otros dos estudiantes de su misma casta, no le habían

dado uno. No obstante, eso no desalentó al niño, quien comenzó a cantar burlándose de ella y todos lo siguieron, incluida Geeta. Debió de haber sido algo relacionado con que olía mal, porque recordaba que todos se tapaban la nariz.

El logro de esa jovencita importaba poco, pues, como Geeta aprendió también más tarde, solo podía tener éxito en la medida en que se lo permitieran los que la rodeaban. En el patio, se sabía que cualquiera que le diera agua a la *chuhra* tramposa sería la siguiente víctima de la ira del niño. Entonces ella se quedaba en el calor, cerca de la bomba, mientras los demás estudiantes pasaban alegremente para beber agua, hasta que volvían a clases. Las cosas volvieron a la normalidad después de unos días, pero, en quinto curso, la niña ya había abandonado la escuela.

Años más tarde, Geeta sabía que no se había unido al canto por odio, pero tampoco había tenido la compasión suficiente para abstenerse. Los espectadores también tenían su cuota de culpa y ahora ella se preguntaba, avergonzada, por qué no había tenido un acto tan pequeño de valentía.

—Pueden jugar —dijo Geeta, con la culpa rasgándole el pecho tal como Bandido arañaba el suelo. Para ser honesta, sentía más remordimiento por cómo había tratado a la niña inteligente que por el hecho de haber ayudado a matar a Samir; uno de ellos no lo merecía —. Le gustan mucho los niños.

La mujer la miró y le dijo al pequeño:

—Está bien, Yadav.

Esta tenía alrededor de diez años más que Geeta, pero los ojos ya presentaban los anillos azules que anunciaban cataratas. No era gorda, pero tenía muchas curvas, algo que el sari no llegaba a ocultar.

—Entonces usted… —Geeta se calló y miró a los jovencitos y a la madre—. Supuse que… Es que nunca había visto a una mujer… Ya sabe.

El negocio de los cadáveres —recolectarlos, prepararlos y quemarlos — estaba reservado para los hombres *dalits*, específicamente los *doms*. Nadie encontraba mujeres *doms* en el pueblo debido a que estas solían estar confinadas en sus casas. Muchas familias *dalits* ocultaban a sus

hijas mediante la práctica del *purdah*, ya que así era más fácil protegerlas de la lujuria de los hombres de castas superiores. Más fácil, pero no del todo eficaz; Geeta recordaba los casos que habían presentado ante el *panchayat* hacía poco, el de esas pobres niñas que habían atacado al amanecer mientras hacían sus necesidades. Históricamente, las mujeres *dom* usaban orinales, cubos u otros recipientes, pero allí, los habitantes del pueblo iban a los campos o usaban la fontanería nueva, así que no había razón para que ellas cruzaran esa línea tácita. Las ciudades más grandes todavía necesitaban a los recolectores manuales de excrementos, algo sobre lo que Geeta no pensaba mucho. Sin embargo, en ese momento, hablando con la mujer, se sintió avergonzada por querer cosas como una nevera.

—Sí, yo también soy la única que he visto hasta ahora. —La mujer no parecía ofendida—. Cuando mi marido murió, me hice cargo del trabajo. Tuve que hacerlo, pues ellos lo seguirán más adelante —explicó mientras señalaba con la cabeza hacia sus hijos—. ¡Yadav! ¿Qué estás haciendo? Es un perro, no un recién nacido. Solo cógelo por los tobillos. ¿vale?

Geeta no se molestó en disimular la admiración.

—¿Cómo se llama usted?

—Khushi.

—Yo soy Geeta.

—¿Esa es su casa, Geetaben? —Cuando esta asintió, una gran sonrisa se dibujó en el rostro de Khushi. Tenía los dientes derechos, excepto por un premolar que se le había salido, pero estos estaban teñidos de rojo: estaba claro que era fanática del *paan*—. ¡La mía es mucho más grande que esa! Cuando dijo que tenía un perro, pensé que era una señora con una de esas casas enormes.

Geeta estaba contenta de que la broma fuera sobre ella.

—Bueno, vivo sola, así que, ¿cuál es la necesidad de un lugar tan grande?

—¿No tiene hijos?

—No.

Khushi vio que Geeta no tenía joyas ni arete en la nariz.

—¿Es viuda?

—Algo así.

—¿Qué sucedió?

—Él… solo se fue.

La mujer asintió y dijo:

—El mío murió en el terremoto.

—Eso es terrible.

—En realidad, no —dijo encogiéndose de hombros—. La vida de viuda es mucho más tranquila que la de casada. Y yo pude quedarme con el negocio y la cremación, aunque a sus padres no les gustó para nada. ¿Usted trabaja?

Una parte tenaz del ego de Geeta deseaba mostrarse como una igual en eso del trabajo.

—Sí, tengo un pequeño negocio de joyería; hago *mangalsutras*. Así que téngame en cuenta cuando sus hijos se casen.

Había sido un chiste, pero Khushi asintió. Luego, la mujer dirigió la vista hacia los jóvenes, que ya habían dejado de jugar con Bandido y estaban sosteniendo dos patas del perro muerto cada uno. Estaban allí parados, esperando con paciencia las instrucciones de la madre. Geeta observó que los pequeños se habían metido las sandalias en la cintura de los pantalones cortos. Una vez que se fueran de esa parte del pueblo y regresaran al sur, donde no había castas superiores, podrían volver a ponérselas en los pies.

—Nos vamos.

Aunque Geeta no podía precisar bien cómo, tenía miedo de haber ofendido a Khushi de alguna manera. ¿Le habría hecho notar, sin quererlo, la diferencia social entre ellas?

—Ah, claro. Bueno, ha sido un placer conocerla. ¿La veré por aquí?

—Espero que no. —Khushi volvió a sonreír y señaló con el mentón a Bandido, que no dejaba de saltar—. Sería una pena perder a ese.

—Bien visto. —Geeta la saludó con la mano antes de cerrar la puerta.

Una vez dentro, llenó el recipiente del perro con agua. Este intentaba mantener los ojos fijos en ella, pero tenía la costumbre de pestañear cada vez que daba un lengüetazo, lo que, al final, resultaba

más seductor que vigilante. Bandido estaba siempre tan deseoso de estar cerca de ella que Geeta no pudo evitar sonreír.

—Aún no te has cansado de mí, ¿eh? Al menos hay alguien que no lo está.

Karem la detestaba, de acuerdo. Una semana antes, ella lo detestaba a él, así que el equilibrio se había restablecido. Ella no había perdido nada. Si tenía que sufrir por algo, debía ser por haber matado a un hombre. O porque moriría de hambre si no se ponía a trabajar otra vez.

Entonces, abrió el armario con la llave y alineó la combinación de la caja de seguridad (era un poco tonto, pero usaba la misma contraseña desde que tenía diez años: 2809, el cumpleaños de Saloni) para sacar un poco de hilo de oro. Por suerte, el colgante *thali* de oro —la parte más costosa de cualquier collar de boda— nunca estaba a su cuidado, sino que, cuando entregaba la cadena a la familia, la unía con el *thali* que habían elegido. Incluso con varias cerraduras, guardar esa cantidad de oro sólido en su casa hubiese sido demasiado estresante.

Acto seguido, intentó seguir un diseño que había esbozado antes, pero su mente vagaba hacia el interrogatorio que le estarían haciendo a Farah. ¿Y si le echaba toda la culpa a ella?

Estaba tan presa de la ansiedad y las manos le temblaban tanto que no lograba insertar las cuentas en el hilo. Impaciente consigo misma, levantó la vista de las manos y vio la fotografía de Phoolan que había colgado.

—Tú mataste a montones de hombres de mierda y no te viniste abajo —dijo y giró para regañar a su taciturno reflejo—. Así que tú contrólate.

Una cuenta tras otra. Geeta esperaba concentrarse en el trabajo como solía hacer; levantar la vista y que ya fuese de noche, darse cuenta de que se había saltado una comida o que necesitaba desesperadamente ir a orinar. En cambio, estaba esperando que Farah regresara, aunque, en realidad, no habían quedado en encontrarse. Mientras trabajaba, cada ruido que provocaba Bandido la hacía correr hacia la puerta, y luego volvía a la mesa, apenada. ¿Cuándo se había convertido Farah en alguien que ella quisiera ver?

Un momento después, encendió la radio. Esa vez, la sección de naturaleza del programa de Gyan Vani era sobre los bonobos, que vivían en África. Las hembras de esta especie debían abandonar su hogar antes de la pubertad y buscar otro grupo, mientras que los machos permanecían bajo la tutela de sus madres toda la vida, las cuales les proveían de comida y parejas. Geeta resopló; parecía que la evolución tenía sus límites. Sin embargo, a diferencia de los simios, que eran el otro pariente más cercano a los humanos, las bonobos hembras, aunque no estuvieran emparentadas, forjaban alianzas para obtener alimentos y ahuyentar a los machos acosadores. En una ocasión, dos hembras en celo habían luchado contra un macho demasiado agresivo, le habían mordido el pene y se lo habían cortado por la mitad.

Eso le recordó la historia de la vez que la Reina de los Bandidos había castrado a un hombre. Había sido después del asesinato de Vikram y las tres semanas en las que había estado cautiva y la habían torturado. Vestida como un hombre policía, estaba haciendo reconocimiento en un pueblo mientras tramaba vengarse de sus violadores. Entonces, el sujeto al que estaba espiando, siempre buen anfitrión, le «había ofrecido» una de las tantas jóvenes *dalits* de las que él ya había abusado. Supuestamente, después de cortárselo, se lo había atado al cuello, pero a él lo había dejado vivo, pues la Reina de los Bandidos afirmaba que nunca mataba sin una razón. Geeta trató de justificarse: ¿no tenían ella y Farah una buena razón para sí hacerlo?

Cuando Farah al fin llegó, el alivio que Geeta sintió le dolió en el orgullo.

—¿Qué quería el policía?

—Solo hacerme algunas preguntas sobre el cuerpo de Samir. —Farah, todavía vestida de blanco, sonrió—. ¡Quería saber si deseaba demandar al que se ocupó del cadáver! ¡Qué locura! La forma en que este país desprecia a las castas inferiores es una vergüenza. A estas pobres personas no les dan un maldito respiro. Mira, en mi pueblo, nuestra mezquita impulsaba a los *dalits* a que se unieran: «Convertíos al islam; en el Corán no hay castas». Entonces, los *bhangis* pensaron: «Bueno, no nos dejan entrar a los templos, así que, ¿por qué no?».

Pero después de convertirse, los musulmanes tuvieron el descaro de decirles: «No, no podéis contaminar nuestra mezquita; construiremos otra para vosotros». ¿Te imaginas un pecado mayor? —preguntó Farah, y a Geeta se le aflojó la mandíbula ante esa ironía inconsciente. No le salían las palabras, pero quería decirle que sí, que podía imaginarse un pecado mayor—. Alá se encargará de ellos, de eso no hay duda.

—Y posiblemente de nosotras también —añadió Geeta con aspereza —. ¿Estás segura de que no se te ha escapado nada? ¿Sospecha algo?

Farah fue a servirse un poco de agua, pero no había. Luego se sentó en la mesa de trabajo de Geeta, lo cual resultaba ser una invasión que esta no podía darse el lujo de corregir.

—Necesitas calmarte, Geetaben. Estabas muy nerviosa con el policía. Si no tienes cuidado, parecerás culpable.

—¡Somos culpables! —exclamó Geeta—. Por eso debemos tener cuidado, tú más que nadie. —Acto seguido negó con la cabeza y se apartó de ella—. No iré a la cárcel por ti.

—Nadie irá a prisión —dijo Farah endureciendo la voz—. Todo saldrá bien. El agente no sospecha nada.

—Que tú sepas. No dejaste ningún rastro, ¿verdad?

—No, ya eliminé todas las pistas. ¿Puedes dejar de estar tan histérica?

—¿Acaso puedes culparme? Tú no eres la persona más capaz; es decir, intentaste envenenarlo con pastillas crecepelo.

Los labios de Farah se torcieron como respuesta a la ofensa.

—Pero al final hice el trabajo, ¿no? Así que déjame en paz.

Sin embargo, Geeta estaba demasiado estresada como para hacerle caso.

—¿Estás segura de que nada puede llevarlos hacia ti? —insistió—. Porque yo no asumiré la culpa. Tú eres la que, de hecho, lo mató, de modo que, si la policía viene a husmear, estarán más interesados en ti que en mí. Tienes más motivos que yo.

—¿Te has vuelto loca? ¿O es una broma? ¡La idea fue tuya!

—Claro. —Curiosamente, Geeta se había tranquilizado a sí misma con sus cavilaciones, pero la que se había puesto nerviosa en ese

momento era Farah—. Ya lo sé. Solo quise decir que, hipotéticamente, si nos atraparan, tú serías más culpable, ya que fuiste la que llevó a cabo la parte de… Ya sabes, del homicidio.

Farah se llevó la mano a un lado de la cara, lo que le distorsionó las facciones por un instante. Luego, mientras Geeta la miraba con miedo sombrío, comenzó a tranquilizarse inspirando y asintiendo. Se masajeó las sienes un rato murmurando «*Kabaddi, kabaddi, kabaddi*» y después dijo con voz serena:

—No caeré yo sola. No me pudriré en prisión mientras mis hijos, huérfanos, se mueren de hambre en las calles. Así que no te atrevas a amenazarme.

Geeta parpadeó y dijo:

—Espera. Yo no…

—¿Qué? ¿No eres culpable? Yo tampoco. —Farah cruzó la habitación para acercar su cara a la de Geeta—. Samir era un maldito hijo de puta que ni siquiera valía esta conversación. Murió como un perro, cubierto de su propio vómito, mierda y orina, y eso fue más digno de lo que se merecía. Ellos no toman todas las decisiones; nosotras también tomamos algunas. He llegado bastante lejos como para que tú lo arruines. —Acto seguido, cogió a Geeta por los brazos y le dio una fuerte sacudida—. ¿Lo entiendes? —El terror, oscuro y untuoso, entumeció las puntas de los dedos de Geeta, y las palabras de Farah le hicieron arder las mejillas como el viento. Aturdida tras un velo de horror, se preguntó si así era como se ponía ella cuando maldecía. Luego, Farah la sacudió otra vez—. Lo hicimos juntas; métete eso en la cabeza. Si, hipotéticamente, nos llegan a atrapar y tú intentas traicionarme, irás a prisión más tiempo que yo, pues eres una asesina en serie. Ramesh, ¿lo recuerdas? —Farah le apretó la piel, que cedió con facilidad bajo la presión, y Geeta pudo sentir las yemas de los dedos contra los huesos. Entonces estalló el dolor. De pronto, se vio ocho años antes, cuando quemó un *chapati* y Ramesh se abalanzó sobre ella echándole su aliento cálido en el cuello—. ¿Ahora entiendes por qué traicionarme sería una muy mala idea?

Finalmente, Geeta se dio cuenta de que la estaba amenazando. Aunque la conversación había sido un malentendido, comprendió que

Farah era tonta y tímida cuando le convenía y que, para garantizar su seguridad, había jugado con el ego de Geeta a la perfección y la había metido en ese lío.

Farah esperaba una respuesta con las cejas levantadas. El instinto de conservación puso en marcha la mente desordenada de Geeta y entendió que la única munición que le quedaba en su agotado arsenal era que Farah creyera que era una asesina experimentada. No le serviría de nada admitir la verdad sobre Ramesh, pues esa mujer no era su aliada. No tuvo más opción que apretar los dientes y contestar:

—Sí.

El semblante y las manos de Farah se relajaron de inmediato, pero a Geeta le siguieron doliendo los brazos.

—Bien. —Al relajar las cejas, el centro amarillo del hematoma que le rodeaba el ojo se expandió, lo que hizo que pareciera una melena leonina. Pronto desaparecería por completo. Geeta no lograba recordar cómo era el rostro de Farah antes de esa semana, es decir, antes de los golpes y los cortes. Ya libre, Geeta sacudió las manos entumecidas, agitándolas como si estuviera eliminando un exceso de agua. El ventilador daba vueltas y vueltas sobre ellas. Un instante después, Farah regresó a la mesa, cogió el *mangalsutra* sin terminar y dijo—: Es muy hermoso. —Luego, mientras jugueteaba con el collar y miraba la fotografía de Phoolan Devi, añadió de forma casual—: Yo también sé un par de cosas sobre la Reina de los Bandidos. ¿Sabes qué le dijo su primer amante, un tal Vikram? «Si vas a matar, mata a veinte, no solo a uno. Si asesinas a veinte, tu fama se expandirá, pero si asesinas solo a uno, te colgarán por homicidio». —Una ira tardía invadió a Geeta. Que esa zorra desagradecida y descerebrada pensara que podía superarla era para morirse de risa. Aun así, necesitaba tiempo para pensar el próximo paso y, para eso, necesitaba que Farah se fuera, así que simplemente se quedó esperando. Farah sonrió y levantó un hombro, como si dijera «y bueno» después de derramar un poco de leche—. Sé que la admiras, Geetaben. ¿Cómo no hacerlo?

»Fue una mujer abusada y engañada, aplastada y humillada, violada y rechazada; eso no es nada nuevo por aquí. Pero siempre se vengó. Cada una de las veces. Nadie intuía de lo que era capaz, y ¿sabes por

qué? Esta es solo mi teoría, por supuesto, pues ¿qué voy a saber yo, si no soy más que una viuda analfabeta? Pero yo creo que era capaz de cualquier cosa porque ya le había pasado de todo. La habían golpeado, violado y traicionado tantas veces y tantas personas que, para entonces, no le tenía miedo a nada. Ya había sufrido lo que el resto de nosotros vivimos temiendo.

»Pienso que puedo entenderlo, a una escala mucho menor, claro. Pero lo que puede molestarte un poco, Geetaben, es esto: tú no te pareces a la Reina de los Bandidos. No eres Phoolan Devi, sino Phoolan Mallah, es decir, antes de escapar de casa, antes de tener a Vikram, la pandilla y el nombre. Eres ella cuando todavía no tenía ningún poder. Un tigre de papel. Y está bien; no todas pueden ser una Devi. Necesitamos algunas acólitas, ¿no? —Luego, Farah se dirigió a la puerta y los hombros de Geeta se relajaron. Sin embargo, antes de salir, se dio la vuelta y dijo—: Somos amigas, ¿no es cierto? Y tú nunca traicionarías a una amiga, ¿verdad?

De repente, la voz de Farah se había vuelto suplicante y mansa. Geeta detectó un breve destello de miedo y luego, mientras asentía con la cabeza, respondió:

—Por supuesto.

—Eso pensé —dijo con una sonrisa beatífica. Acto seguido, la preocupación hizo que frunciera el ceño—. Y come algo. Estos días te están consumiendo.

12

El martes siguiente volvieron a reunirse en la casa de Saloni y Farah pagó su parte del préstamo. No permitieron la entrada de Bandido, pues tanto Saloni como Farah expresaron su disgusto. Preity, por otro lado, le rascó las orejas con ganas y se rio cuando él le lamió las cicatrices. Geeta sintió un poco de celos al ver que su perro iba con tanto entusiasmo con ella. Después de la recaudación, Farah agasajó a las otras cuatro con *samosas* hechas esa mañana como forma de agradecimiento por tener paciencia con ella.

—Pensé que sería una sorpresa agradable antes de que hagamos el ayuno mañana. —Farah bajó la mirada y se tocó la nariz sin adornos —. Es decir, antes de que vosotras lo hagáis —corrigió con tristeza. Geeta observó la actuación con ironía autodespectiva, pues no podía creer que hubiera caído en eso, pero las gemelas corrieron a abrazar a Farah con compasión. Aunque esta era musulmana y el Karva Chauth era una festividad hindú, todas las mujeres casadas ayunaban juntas, desde que amanecía hasta que salía la luna llena, por la larga vida de sus maridos—. Estoy bien. No se preocupen por mí —dijo luego mientras se abanicaba los ojos brillantes. Su reciente condición de viuda había aumentado la comprensión de todos. De pronto, nunca se había planteado la cuestión de que Farah no pagaba o gorroneaba; todas las mujeres podían acreditar su magnífico carácter y siempre habían sabido que saldría adelante. De hecho, ¿no se habían ofrecido todas para cubrir su parte del pago del préstamo? Al final le habían cedido ese honor a Geeta, ya que era la líder del grupo, pero cualquiera de ellas hubiera estado encantada de hacerlo—. Patatas con guisantes extra para ti —le dijo a Geeta mientras le daba un táper de plástico, mientras que los recipientes que les había distribuido a las demás eran de metal—. Tu favorito. Has perdido bastante peso últimamente —anunció en voz alta—. Espero que no estés a punto de

enfermar.

Preity usó la mano libre como plato y dio un mordisco a su *samosa*.

—¡Delicioso!

—Sí, mucho —coincidió Priya—. Pero nosotras deberíamos traerte comida a ti, después de lo que has pasado.

Por su parte, Saloni no abrió su recipiente.

Farah mostró recato y dijo:

—Ha sido difícil, por supuesto, pero nos las arreglamos. Y, aunque no me gusta hablar mal de los muertos… —La mujer hizo una pausa y las demás se inclinaron hacia ella, pues la idea del cotilleo atraía más que el aroma de la comida frita. Luego suspiró, como si estuviera renunciando de mala gana a un tesoro, y añadió—: Samir bebía.

—¡No! —exclamó Preity.

—¡Ay, no! —se lamentó Priya.

—Así es. Era alcohólico, y eso no es todo. —Farah volvió a hacer una pausa y cerró los ojos como para juntar coraje—. Me pegaba. Con frecuencia.

—¡No!

—¡Ay, no!

—Perdón —interrumpió Geeta—. ¿Vamos a fingir que eso es noticia? ¿Que ninguna vio el rostro golpeado la semana pasada? Tenía el ojo más morado que una berenjena.

Excepto Saloni, que miró a Geeta con más desconcierto que enfado, las otras mujeres la ignoraron.

—Y me apena decir que también golpeaba a los niños —dijo Farah con valentía después de dar un respiro hondo.

—¡No!

—¡Ay, no!

—¡Ay, por favor! —murmuró Geeta.

Tal vez debería ser un alivio no ser la única tonta del grupo. Ramesh la había manipulado mucho y le había hecho creer que no lo merecía. Su orgullo le permitía admitirlo porque, en aquel entonces, ella era muy joven y estaba muy enamorada, pero que la engañara una que aparentaba ser idiota dolía y, por eso, Geeta necesitaba un plan que le recordara a Farah su jerarquía.

Esa última semana había sido extrañamente apacible. Geeta se había levantado y había trabajado con la diligencia habitual, y también había comido con el apetito usual. Aparentemente, lo que uno tenía que hacer era acostumbrarse a algo, y entonces era como si no pudiera haber ocurrido de otra forma. Si bien era cierto que los seres humanos tienen una capacidad extraordinaria para adaptarse, ella sentía que le debía haber llevado más tiempo habituarse a ser una asesina. Incluso tres semanas hubiese sido algo más decente. Sin embargo —y esto era vergonzoso admitirlo, más por su inmadurez que por su repugnancia moral—, lo que en verdad le molestaba de la semana anterior era cómo habían quedado las cosas con Karem.

La humillación inicial que le había hecho prometer no volver a ponerle los ojos encima se había disipado y había sido reemplazada por el deseo de reconciliarse. Necesitaba un amigo más que nunca porque, aunque no le confesaría nada, su compañía sería un bálsamo.

Así que, antes de la reunión, ella había cedido y, tras guardarse el orgullo y coger una calabaza apenas reblandecida, había caminado hasta lo de Karem. Se escuchaba la música que provenía de las distintas tiendas, haciendo alardes de ventas que, en realidad, no eran tantas. La mayoría de los vecinos se estaban preparando para el festival del día siguiente y compraban conos de henna, recipientes de arcilla, tamices decorados con oropel y bandejas nuevas para el *thali*. Las celebraciones de Karva Chauth eran una tendencia reciente y las mujeres se dedicaban a asegurar que todo estuviera en su lugar en los platos de oración: el arroz, el bermellón, el vaso con agua, la lámpara *diya* y el incienso. Por qué alguien añadiría otro ayuno voluntario a la lista interminable de ayunos escapaba a la comprensión de Geeta, pero parecía ser que las películas volvían cualquier cosa popular y romántica.

Los participantes también comprobaban que las mujeres tuvieran los dieciséis adornos nupciales: el *solah shringar*. Desde el *bindi* hasta las pulseras de tobillo y desde el brazalete hasta el kohl. El cuello, los brazos, la cintura, los tobillos y los pies, las muñecas y los dedos, las orejas y, por supuesto, la nariz atrapados con oro. Para su propia boda, Geeta había elegido un *haathful*, que constaba de cuatro anillos

ligados a un brazalete por medio de delicadas cadenas de oro. Saloni había insistido en que un *aarsi*, un anillo grueso para el pulgar que tiene un espejo —así la novia, cubierta con el velo, podía darle un vistazo al novio— le quedaría mejor, pero Ramesh se había puesto del lado de Geeta; no obstante, esa lealtad había sonado como cualquier cosa menos eso: «No quedará bien con tu complexión; tienes los dedos muy regordetes». De todos modos, tras la muerte de su padre, Ramesh había vendido todo el *solah shringar*, excepto el collar de bodas, esa cuerda robusta que la ataba al árbol.

La tienda de Karem estaba vacía y las cajas de plástico con las atrocidades de su esposa estaban polvorientas como siempre.

—¿Más *tharra*? —preguntó él sin levantar la vista del libro de contabilidad.

—Mmm, no.

—¿Entonces?

—Quería ver cómo estabas después de…

—¿Después de que viniste a mi casa sin invitación para humillarme e insultarme?

¿Ella había hecho eso? Geeta se sintió aturdida y las palabras salieron a trompicones.

—No, quise decir después de lo de Bada-Bhai y el negocio.

—Estoy bien.

—¿De verdad?

—No, Geeta. Tengo niños que dependen de mí y nada para darles. Ellos son mi prioridad. No tengo tiempo para hacerte sentir mejor por la forma horrible en que tratas a las personas.

Geeta se sintió tan avergonzada que balbuceó una disculpa y huyó, llevándose la calabaza.

En ese momento, durante esa ridícula reunión del grupo de crédito, se puso a pensar en los ahorros que tenía en el armario. Era el colmo de la estupidez, pero sintió la tentación de dárselos a Karem, no para comprar su perdón, sino el del universo. Tenía que enmendar las cosas. Había quitado una vida, pero podía ayudar a otras cinco. Él nunca aceptaría el dinero si se lo daba ella; por lo tanto, era mejor que no conociera la fuente. Podía retrasar un poco la compra de la nevera;

después de todo, ya había llegado hasta allí y, aunque ese gesto no le aseguraría la entrada al cielo en el que apenas creía, podría darle paz por las noches. De pronto, recordó una frase que su madre solía decirle: «Después de comer novecientos ratones, el gato hace la peregrinación a La Meca».

Por su parte, Farah seguía hablando.

—Estoy tratando de ser fuerte por ellos. No me quiero concentrar en lo negativo; solo deseo recordar los buenos momentos con Samir…

—¿Como cuando él estaba durmiendo? —murmuró Geeta.

—Y seguir adelante para proveer a mis hijos. Lo que es un privilegio.

—Sí, es tan gratificante.

—Las recompensas de ser madre.

—Eres muy valiente —dijo Preity moviendo la cabeza, lo que hizo que el cabello se corriera y dejara ver la pequeña protuberancia que le quedaba de la oreja.

—Sí, ¡tan valiente! —añadió Priya. Geeta había notado hacía un tiempo que, tal vez en un gesto de solidaridad, esta hermana también había dejado de usar pendientes.

—¿Ella es valiente? —Geeta las miró boquiabierta y después hizo un gesto con la mano hacia Preity—. ¿Y qué tal tú?

Preity pestañeó.

—¿Yo qué?

—¿En serio? ¿Os habéis vuelto locas?

Farah tosió y preguntó:

—Geetaben, ¿no vas a comer?

—He perdido el apetito.

—¡Pero las he hecho especialmente para ti! —Farah se mostró alicaída—. Quería agradecerte toda tu ayuda.

Preity rodeó los hombros caídos de Farah y dijo:

—Qué grosera.

—Sí, muy grosera —añadió Priya mirándola con furia.

—¡Ay, por favor! —exclamó Geeta con aspereza—. A ver. —Acto seguido, arrancó la tapa de plástico, cogió una pirámide frita y, mirando fijamente a las gemelas, mordió una punta. Aunque la masa

estaba seca y se adhería a la parte posterior de la garganta, ella emitió fuertes sonidos de disfrute. Luego, mientras se concentraba en tragar, miró otra vez la *samosa* ahora abierta. La cúrcuma y el *masala* habían teñido de amarillo las patatas, pero los guisantes mantenían la cáscara de un color verde vivo. Sin embargo, uno de los guisantes estaba más descolorido, como si fuese un hermano desgastado de los otros; entonces, Geeta entrecerró los ojos y reconoció un pequeño pedacito de una espiral para mosquitos colocado con la dedicación de una modista en su *samosa*. En ese instante se ahogó y, de inmediato, miró a Farah. La mujer, con los ojos marrones curados, serenos y expectantes, se veía segura y tenía una sonrisa pícara. Después le guiñó un ojo, tan rápido que Geeta no pudo estar segura de no haberlo imaginado. Entonces Geeta empezó a toser y Saloni le golpeó la espalda, algo que continuó haciendo incluso después de que pasara la tos—. Ya puedes dejar de pegarme —le dijo respirando con dificultad.

—Está bien —aseguró esta con agrado—. No me molesta hacerlo.

Después de la reunión, Geeta cortó las cuatro *samosas* y encontró pedazos de espiral en todas. Primero Samir, y ahora Farah. Era «huir del fuego para caer en las brasas». Geeta se quedó de pie en un rincón de la cocina, mirando las *samosas* desmontadas y tratando de digerir el nuevo giro de los acontecimientos. En algún lugar había leído o escuchado que, en situaciones de emergencia, las personas solían paralizarse más que entrar en pánico debido a que el cerebro no podía despegarse de alguna experiencia previa similar, y entonces se quedaban adheridas a ese momento horrible, haciendo girar las ruedas en ámbar.

Lo que deseaba era volver a sentir ira. El enojo era algo que la había avivado, al menos durante un tiempo, hasta que la desesperación lo había ahuyentado. Sin embargo, no lo lograba. El cansancio la inmovilizaba. No sentía todos los años que tenía encima tanto como los solitarios. «Haz algo —se ordenó a sí misma—. Haz algo productivo y, con suerte, eso llevará a otra cosa».

Entonces se decidió y fue a quemar la basura, por si Bandido la hurgaba y se comiera los restos de las *samosas*. Mientras el humo se elevaba, Geeta contempló al perro, que estaba investigando la carcasa

de una pelota de críquet rota. Debido al entusiasmo, el animal tropezó con su propia pata y las ancas regordetas se agitaron en el aire. Su cola era una estola extravagante, desperdiciada en un perro de ese tamaño, pero de todos modos agradable. Era un cachorro inofensivo que estaba más preocupado por mendigar afecto físico que por servir a su dueña; aun así, Farah le temía, a él y su mordida. Era la única debilidad que Geeta conocía de ella y, dado que en ese momento estaba quemando veneno destinado a ella, tal vez le convenía hacer uso de eso.

—¡Bandido! —Apenas lo llamó, el perro se acercó trotando y agitando la cola como un plumero. Hacía tiempo que Geeta había descubierto que él respondía a órdenes en inglés. Sin importar cuál había sido su nombre previo, Bandido podía venir, detenerse, sentarse y quedarse quieto. Una vez dentro de la casa, Geeta quitó la funda de la almohada y se la colocó alrededor del brazo. Luego, le dio una palmadita al perro en la cara; él se alejó, pero enseguida regresó. Ella volvió a golpearle el hocico y él echó las orejas hacia atrás, pero permaneció alegre. Con las patas delanteras trató de inmovilizarle el brazo y lamerle la nariz. Ella lo esquivó para golpearle el rostro otra vez y él, ya irritado, se alejó arrastrando la cola por el suelo—. ¡Bandido! ¡Ven! —Cuando el perro obedeció, ella le pegó una vez más y, antes de darse cuenta, él le clavó los colmillos en la muñeca cubierta por la funda. Las puntas de los pequeños dientes le pincharon la piel a través de la tela delgada, pero él tuvo cuidado de solo advertir, no lastimar—. ¡Buen chico! Eso es «ataca», Bandido. «Ataca». ¿Comprendes? —Después, Geeta lo sacudió para que se soltara y repitieron el ejercicio hasta que cayó la noche. Como recompensa, le dio galletas Parle-G y le rascó la barriga. Al final, se quitó la funda maltratada y la colocó en el suelo de la cocina; luego, ella se quedó en la otra punta de la casa, cerca de la mesa de trabajo, y, señalando la tela, indicó—: ¡Ataca, Bandido! ¡Ataca! —No obstante, el perro fue hacia ella contoneando las patas robustas—. No, Bandido. Allá. ¿Ves dónde estoy señalando? Allá. Lamer no es atacar. ¡Ataca! —Él le olfateó la mano para ver si había alguna galleta inmerecida—. No, no hay nada para ti. ¡Perro malo!

Después de varios intentos fallidos, Bandido obedeció y se lanzó hacia la funda. Geeta lo aplaudió cuando inclinó las orejas hacia atrás en señal de agresión y gruñó, pero en cuanto sacudió la funda, encontró la entrada, metió el trasero dentro y se acomodó en la cama improvisada. Un instante después, se durmió.

Ella lo miró, bien acurrucado y contento, y dijo:

—Voy a morir.

13

Geeta observó la conocida puerta y, con las piernas pesadas por el miedo, dio un paso reticente hacia delante. Las manos, tensionadas, apretaron el tierno calabacín que había traído como ofrenda de paz. Se dio cuenta de la ironía de que, después de años aislada por voluntad propia, por segunda vez en un día estaba golpeando una puerta, rogando por compañía a cambio de calabacines no solicitados. Había ido con Bandido, aunque era probable que lo recibieran incluso menos que a ella. Esperaba no parecer tan patética como se sentía. Seguramente la rechazaría y le diría más cosas hirientes con las que después tendría que cargar, pero no contaba con muchas opciones. Si bien el orgullo le importaba mucho, le interesaba más mantenerse con vida. Estaba en desventaja y necesitaba ayuda.

—Quédate —le ordenó a Bandido, quien le prestó atención moviendo la cola. Acto seguido, se acercó a la entrada y tocó el timbre, que emitió ocho notas de una música metálica.

Apenas se abrió la puerta, Geeta oyó niños jugando dentro.

—¿Qué haces aquí?

—Te necesito —soltó ella de manera abrupta mientras empujaba el calabacín hacia delante como si fuese un ramo de flores.

—Me parece que encontrarnos dos veces en un día es el límite.

—Créeme que no vendría si no fuese una emergencia.

Saloni suspiró y dijo:

—Está bien, pero que sea rápido. —Entonces evaluó el presente y puso los ojos en blanco—. Se ve que hay solo un calabacín en todo el pueblo y se lo van pasando unos a otros. —Luego salió con una linterna solar colgando de la muñeca y cerró las puertas dobles. En cuanto se acomodó en la hamaca, abrió los ojos muy grandes, pues Geeta, en lugar de sentarse en el parapeto, lo hizo junto a ella. Saloni tuvo que hacer un gran esfuerzo para poder hacerle un hueco, y la

hamaca se movió hasta que se adaptó al peso de las dos mujeres. Saloni llevaba un vestido de casa largo, con flores y mangas cortas. Tenía los brazos rollizos y blancos y, como se depilaba mucho, la piel era muy suave—. ¿Qué pasa? —preguntó al ver que Geeta se tironeaba el lóbulo de la oreja en lugar de hablar.

—Farah está tratando de matarme. —¿Por qué había quemado la evidencia? Habría podido mostrarle las *samosas* en vez de parecer una lunática. Entonces, enseguida añadió—: Sé que suena disparatado y poco creíble, pero si me escuchas…

—Continúa —dijo Saloni con voz tan calma que hizo que Geeta se pusiera más nerviosa.

—Tú… ¿no crees que suena tonto?

—Es algo totalmente loco. Pero Farah también lo está. Así que sigue.

Geeta se había distraído con ese comentario y sacudió la cabeza como para aclarar las ideas.

—Espera. ¿Tú crees que Farah está…? —Geeta hizo girar un dedo en la sien.

—Esa mujer en verdad tiene ojos de serpiente —respondió Saloni después de resoplar—. Como Dipti, de la escuela. ¿Recuerdas? Le decía a todo el mundo que su padre verdadero era Anil Kapoor.

—Sí, pero éramos niños.

—¿Ves? Por eso los chiflados siempre acuden a ti: porque usas la razón cuando no hay ninguna. Dipti no era loca por mentir, sino porque en realidad se lo creía.

—¿De verdad?

—Sí. ¿Y entonces? ¿Terminarás la historia o qué? No tengo toda la noche. Mañana es Karva Chauth.

Geeta comenzó, esforzándose por ser honesta sobre su culpabilidad en la muerte de Samir, pero omitiendo las partes de Karem.

—Y hoy, puso trozos de espirales para mosquito en mis *samosas*. —Cuando terminó, miró el rostro impasible de Saloni a la luz débil del porche.

—Eso es un poco descuidado, ¿no? Hacerte lo mismo que le hizo a él.

—Pienso que fue más como un mensaje.

—¿Un mensaje? Estamos hablando de Farah. Será una demente, pero también es una idiota. Ni siquiera puede hilvanar dos frases, así que no creo que sea una jefa mafiosa dándote un mensaje.

—¿Por qué no estás más sorprendida?

—Lo estoy. Es decir, no puedo creer que seas una asesina. —La voz de Saloni no mostraba censura, solo asombro. Por el tono que usó, podría estar hablando de «presidenta» en lugar de «asesina».

Pese a ese matiz, Geeta se molestó, pues, si bien era la verdad, oírlo de los labios engreídos de esa mujer era poco grato.

—Bueno, tú también lo eres.

Saloni arqueó las cejas.

—¿Perdón?

—¡Guau! ¿Ya te has olvidado de Runi?

La ira y la culpa inundaron el rostro de la mujer. Luego apretó los labios y Geeta reconoció de inmediato cómo eso arruinaba su hermosura. Era extraño darse cuenta de que, después de dieciséis años, eran las mismas personas de siempre. Los ojos verdes de Saloni se oscurecieron, aunque podría haber sido por la débil bombilla instalada cerca del dintel. Que todavía hubiera electricidad tan tarde era muy inusual.

—Yo no maté a nadie. Runi se colgó sola.

—¿Y por qué se colgó?

—Porque no pudo pagar los préstamos.

—Mira, convéncete a ti misma de lo que necesites, pero recuerdo bien lo que le dijiste; además, como si no bastara con humillarla, llevaste a más personas contigo. ¿Y qué pasó al día siguiente? Encontramos su cuerpo.

—Yo no sabía que ella haría eso —aseguró Saloni con los ojos brillantes—. ¿Cómo iba a imaginarlo? El *panchayat* solo quería que dejara de pedir préstamos a todos los bancos. Estaba en la ruina, y eso nos tenía preocupados.

—¿Preocupada tú? —Geeta, disgustada, negó con la cabeza—. ¡Ni siquiera te importan los préstamos! La cerámica para ti es un pasatiempo, pues «como se llame» gana mucho dinero.

—Saurabh —aclaró Saloni con los puños cerrados—. Y tú no sabes nada. El consejo dijo que tenía que llevar a esas personas conmigo para que entrara en razón. No tenía ni idea de que ella decidiría…

—Ah, qué bien. Ella «decidió». No le diste opción. Fuiste mala porque sí. Porque eres una matona y siempre lo has sido.

—¿Yo soy una matona?

—Claro que sí. ¿O por qué crees que estoy aquí? Necesito que una matona me salve de otra. Necesito que acabes con Farah tal como hiciste con Runi, antes de que me mate.

—¡Yo no «acabé» con Runi! No sabes de qué diablos estás hablando, así que cállate.

—Tal vez no pateaste la silla que tenía debajo, pero yo tampoco fui la que le puso el veneno a Samir. No podemos lavarnos las manos con tecnicismos.

—Serías una pésima detective. Runi se suicidó porque su hijo le robó todo el dinero para comprar heroína, idiota. Así que puedes bajar de ese pedestal y unirte a los mortales.

—¿Qué? —Geeta se mostró reacia.

—Runi pensaba que su hijo iba a la escuela, pero no era así. Luego fue él quien pidió dinero prestado, aunque no a un banco, ¿me entiendes? Si ella no pagaba, iban a matarla, y también al muchacho. Así que discúlpame por tratar de asustarla un poco para que entrara en razón. El hijo se aprovechó de ella, y ella se lo daba todo hasta que eso la mató. —Saloni inclinó la cabeza hacia atrás y clavó la vista en el techo, donde estaban aseguradas las cadenas de la hamaca.

La postura de Geeta se hundió, insegura de cualquier nuevo argumento y sin saber por qué había lanzado acusaciones cuando estaba allí para buscar ayuda. Saloni siempre encontraba la manera de hacerla escupir veneno de forma pavloviana. Y si esta podía despojarse de la culpa, incluso cuando Runi había sido mucho más inocente que Samir, ¿por qué Geeta no?

—No lo sabía. Lo siento.

Saloni sacudió la cabeza una vez y, con voz tensa, dijo:

—Olvídalo.

Los mosquitos formaban una nube sobre ellas. Tras el calor

sofocante del verano, las noches de octubre eran agradables, y así sería durante varias semanas hasta que llegara el invierno, cuando necesitarían chales y pasamontañas. Con un pie, Geeta empujó el suelo y la hamaca comenzó a moverse. Saloni levantó los pies para no impedir el vaivén, lo que la otra reconoció como una tentativa de tregua. Se balancearon en silencio; la brisa artificial espantaba los mosquitos y despeinaba los cabellos grises de las sienes.

La casa de los padres de Geeta tenía una hamaca, o al menos la había tenido. Extrañaba tanto el lugar que siempre tomaba un camino más largo para evitar pasar por delante.

—Ey, ¿sabes si vive alguien en la antigua casa de mis padres? —preguntó de repente.

Saloni asintió.

—La compraron los hermanos Handa.

—¿Los hermanos Handa? —Geeta arrugó la nariz—. ¿No se comían los mocos unos a otros?

—Creo que todavía lo hacen.

Geeta rio.

—¿Alguna idea sobre Farah?

Saloni se dio unos golpecitos en el suave mentón.

—Si logras que aparezca Ramesh, será la prueba de que no lo mataste. Y, si no eres una asesina, nadie creerá que ayudaste a Farah.

Geeta la fulminó con la mirada mientras se balanceaban hacia delante.

—¿Eso es lo mejor que se te ocurre? Nadie lo ha visto en cinco años, ¿y yo tengo que hacer que aparezca? Claro. Y después haré aparecer quinientas mil rupias. O la cura para el cáncer. O tal vez un Mercedes. O… —Se detuvo de golpe—. Espera. ¿Cómo sabes que está vivo? Es decir, yo asumo que sigue vivo, pero tanto tú como el resto del pueblo cotilleáis sobre…

—¿Que se lo diste de comer a los perros? —dijo Saloni con una sonrisa alegre—. También he oído que le has succionado la vida y que ahora es el viejo senil del pueblo vecino que deja que las palomas coman de su boca.

—¿Y? —Geeta permanecía seria.

—Geeta, tú no puedes matar ni una lagartija, así que solo un idiota podría pensar que asesinaste a un hombre. —Luego, ladeó la cabeza —. Aunque ahora sí lo has hecho.

—Entonces, ¿por qué los rumores?

Saloni se encogió de hombros.

—Es un pueblo pequeño. No todos tienen televisor, así que crean su propio entretenimiento.

—¿Eso significa que nadie cree que lo haya matado?

—No, la mayoría sí piensa que eres una *churel* asesina. Pero yo te conozco.

—Bueno, muchas gracias por estar de mi lado.

El humor de Saloni se evaporó.

—Que me digas eso con cara seria demuestra la poca idea que tienes. Sobre Runi, sobre Ramesh, sobre todo.

La frágil tregua estaba a punto de romperse, y, aunque Geeta se dijo a sí misma que debía dejarlo pasar, contestó:

—¿Cuántos años han pasado ya? Y tú sigues siendo tan malvada conmigo como entonces, cuando me eligió a mí y no a ti.

—¡Ay, por favor! ¿En serio piensas que yo deseaba a Ramesh? De nuevo, ¡qué buena detective!

—¡Vamos! Desde que me casé, me sacaste de tu vida por completo.

—¿Yo lo hice? —se burló Saloni—. Tú tomaste todas las decisiones, no yo. Un muchacho idiota apareció y le creíste antes que a mí. —La mujer negó con la cabeza y apoyó un pie para detener la hamaca. Las cadenas tintinearon y los lados se sacudieron antes de parar—. Desde el principio supe que iba a ser problemático.

—¿Por qué no dijiste nada?

Saloni rio con sarcasmo.

—¡Lo hice! Pero tú eras muy tonta como para escucharme. Deberías haberte oído hablar todo el tiempo sobre él y esa historia imbécil del *papadam*. Un momento no hace a una persona, Geeta. Él fue amable una vez, pero no por eso lo era siempre, ¿no? Tal vez yo fui mala con Runi en una ocasión, pero eso no me hace mala.

—Conmigo has sido malvada miles de veces.

—Te lo merecías. Eres una traidora. —En ese instante, la luz se

apagó, así que Saloni encendió la linterna y la colocó entre ellas.

—¿Yo soy la traidora? —balbuceó Geeta—. Cuando él cambió… Cuando comenzó a golpearme, ¿dónde estabas tú? Mis padres habían muerto y habían dejado todas esas deudas. Me sentía humillada y aterrada, y no tenía adónde ir. Estaba muy sola, y tú no me hablabas. Ni siquiera me mirabas. No tienes excusa.

Saloni se enderezó, con los hombros hacia atrás y el mentón hacia delante. Geeta hubiese identificado la posición de batalla incluso si no la hubiese conocido de toda la vida.

—¿Cómo? ¡No necesito una excusa! Yo…

—Deberías haberte acercado. Tú tenías una familia, un marido, amigos. Yo no tenía a nadie. Estaba sola. Desde entonces he estado sola.

—¿Cómo iba a saber nadie que no lo querías así? Siempre actuabas como si fueras mejor que los demás.

—Creo que me estás confundiendo contigo.

—¡Como si eso fuese posible! —exclamó con un resoplido altanero.

—Claro. Porque eres el doble de mi tamaño.

Saloni la miró como si estuviese a punto de arrancarle la piel; en cambio, señaló con un dedo imperativo hacia fuera.

—Vete de mi casa.

—No estoy en tu patética casa. Ni siquiera tuviste modales para invitarme a entrar.

Un gorgoteo de indignación salió de la garganta de Saloni.

—¡Siempre fuiste tan pedante! ¡Vete ya mismo!

—¡Claro que sí! —Geeta no se había quitado el calzado, por lo que enseguida recorrió los cuatro escalones hasta llegar a la tierra. Bandido ladró, alarmado por las voces elevadas.

—¿Has traído ese animal mugriento a mi casa? —chilló Saloni.

—¡Ay, por favor! Tus hijos están aún más sucios.

Saloni colocó las manos en las amplias caderas y, dirigiéndole una sonrisa empalagosa, comentó:

—El dúo ideal: un par de perras.

—Es un macho, idiota.

—¿Por qué todavía estás aquí?

—Qué pena que no sea Karva Chauth todos los días, así pierdes un poco de peso.

—¡Intenta tú tener dos niños y mantenerte delgada! —Luego Saloni cerró los ojos y se llevó una mano al corazón—. No es que ser madre no sea…

—Gratificante. Ya, todo el mundo lo sabe.

—Tú no.

La ira de ambas había vuelto el aire irrespirable. Acto seguido, Geeta entrecerró los ojos y dijo:

—Te odio.

—Yo te odio el doble. Y de verdad espero que Farah te mate esta misma noche.

—¡Yo también! Prefiero estar muerta antes que tener que ver tu cara gorda otra vez.

—¡Lo mismo digo!

—¡Bandido! —gruñó Geeta y después señaló a Saloni—. ¡Ataca!

Saloni dio un grito ahogado, aunque no tenía qué temer, pues el perro estaba ocupado mordisqueando sus partes íntimas.

Geeta regresó a su casa enfurecida. Primero Karem; luego Saloni. Fantástico. Otra interacción exitosa. ¿Qué locura transitoria le había hecho pensar que podía contar con ella? El miedo la había debilitado y, desesperada, había ido corriendo a su amiga de la infancia como un perro abandonado tratando de volver a casa.

El pobre Bandido no estaba preparado para la tempestad que se desató en su propia casa cuando Geeta empezó a maldecir a Saloni con insultos prohibidos que incluso ella nunca se había atrevido a pronunciar antes: cerda hija de puta, cara de culo, bola de vello púbico, maldita descendencia de un semen peor, polla de lagartija, pelo púbico de lagartija, culo de lagartija. Solo cuando se quedó sin partes de lagartija se desplomó agotada sobre el colchón.

El perro, que aprendía rápido, se negó a salir de debajo de la cama.

—Está bien —resopló—. ¿Qué importa? Eres tan inútil como ella.

14

La tarde siguiente, Saloni envió a su hijo a buscar a Geeta. Aunque no se conocían, Geeta lo había visto jugando por el pueblo y había reconocido los ojos del muchacho. No eran verdes como los de la madre, sino de color avellana, pero tenían la misma forma y las mismas pestañas; eran tan gruesas que parecía que estaba usando kohl, y ella pensó que era algo que se desperdiciaba en un niño, de la misma manera que la cola glamorosa de Bandido se desaprovechaba en ese perro callejero. Geeta miró al pequeño y le resultó extraño que la progenie de Saloni caminara por este mundo y para ella fuera un desconocido. En un universo paralelo, ese muchachito hubiese crecido llamándola «tía Geeta» y ella hubiese participado en su crianza, pero, en el mundo real, no eran nadie el uno para el otro.

Había desperdiciado gran parte de las últimas horas de la mañana inclinando el mentón frente al espejo del armario, tratando de captar la mayor cantidad de luz solar para cazar y arrancar unos vellos tiesos que habían aparecido de repente en el último año. La mano con la que se estaba depilando actuaba sin piedad mientras ella, furiosa, hacía un monólogo con todas las críticas que debería haberle soltado a Saloni: que podría usar su prestigio social para hacer algún bien, como defenderla a ella y a Runi, en vez de hacer el mal; que era egoísta y cruel, que no era una buena amiga con las mujeres. Geeta estaba tratando de corregir eso a «nadie» mientras se arrancaba un vello oscuro con éxito cuando el niño llamó a la puerta.

—¿Qué? —preguntó de malas maneras al abrir.

El pequeño, receloso, dio un paso atrás.

—¡Por favor, no haga que mis tripas hiervan y me salgan por el trasero!

Geeta hubiese puesto los ojos en blanco, pero eso no lo había escuchado nunca y apreciaba la imaginación.

—De acuerdo. Tus tripas estarán bien.

—Gracias. —El jovencito cerró los ojos con un breve alivio—. Mamá dice que venga rápido.

—No me importa lo que diga tu madre.

—¿Por qué es tan gruñona? —En ese instante, Bandido ladró y el rostro redondo del muchacho se animó—. ¡Ey! ¿Es un cachorro? Me encantan los perros, pero no podemos tener uno porque mamá es alérgica.

Geeta resopló.

—La única cosa a la que tu madre es alérgica es a su propio cerebro.

Él estiró el cuello para echar un vistazo dentro de la casa.

—¿No tiene algún bocadillo?

Vergonzoso. Ojalá hubiera ayudado a criar a ese pagano en pantalones cortos.

—No, no tengo nada, maleducado. Tienes los modales de tu madre. Vete a casa —dijo antes de cerrar la puerta.

Él golpeó otra vez.

—Por favor, tía. Ella se enfadará mucho si no viene conmigo.

Geeta hizo una pausa antes de volver a cerrar.

—¿Te pegará?

—No —respondió el niño mientras la miraba extrañado.

—Qué lástima.

—Dijo que, si se negaba, mencionara que… —Mientras se esforzaba por recordar, apretó los ojos y los labios hacia la nariz, como si estuviera tratando de vencer un estreñimiento prolongado. Luego relajó el cuerpo, derrotado—. No sé. Algo sobre la tía Farah y las *samosas* y…

—Vamos.

Dieron apenas tres pasos en silencio antes de que el niño volviera a hablar con voz aguda por la esperanza:

—¿La tía Farah tiene *samosas*? ¡Me encantan las *samosas*!

—Yo me mantendría lejos de las suyas —murmuró Geeta.

—¿Por qué? —Sin embargo, él no se detuvo ni por respuesta ni por aire—. Mi madre nunca guarda bocadillos en casa, pues siempre está haciendo alguna dieta. Mi padre dice que por eso ella siempre está de

mal humor. ¡Como usted! ¿Usted también está a dieta?

—No.

—Entonces, ¿cuál es su excusa?

—Juguemos a un juego.

—De acuerdo. —El pequeño se detuvo cerca de la chabola de la familia Amin y saludó a la dueña—. ¡*Ram Ram*! —Fuera de la casa había una sábana con pimientos desecados encima, con la piel brillante pero arrugada. La mujer asintió con la cabeza y luego se agachó para separar los chiles—. No es el juego de quedarse callado, ¿no? Los adultos siempre quieren jugar a eso conmigo.

—No imagino por qué.

—Me gustan todos los bocadillos, pero los dulces son mis favoritos.

—Qué raro.

Él le dirigió una peculiar mirada de reojo.

—En realidad, no es nada raro. No debe de conocer a muchos niños.

—Es verdad.

—No importa —dijo él con amabilidad.

El bullicio del pueblo sonaba distinto ese día debido al festival. Muchas mujeres estaban haciendo ayuno y, por lo tanto, estaban exentas de las tareas habituales, así que las que estaban fuera eran muchachas más jóvenes y solteras. Geeta y el niño doblaron la esquina en una calle angosta y una jovencita les pasó al lado con dos ollas de acero sobre la cabeza, las cuales hacían equilibrio apoyadas en una almohadilla redonda de lentejuelas. Detrás de ella, dos adolescentes llevaban los extremos opuestos de un palo grueso, del cual colgaban cubos con agua.

Los hombres decoraban las casas para la fiesta de esa noche, algunos subidos a escaleras de bambú para alcanzar los balcones del segundo piso. Las puertas y las ventanas estaban enmarcadas con guirnaldas de caléndulas y oropel dorado, y casi todas las casas tenían una esvástica hindú pintada con cuatro puntos rojos para el buen augurio. Además, había carros con verduras que circulaban junto a los vendedores de bocadillos anunciando sus mercancías.

—¡Oh! ¡Compremos *pakoras*! —El hijo de Saloni observó la ropa sencilla que ella traía—. Usted no está ayunando hoy, ¿no? Porque no

tiene marido. Bah, sí lo tuvo, pero después enloqueció y se lo dio de comer a los…

—¿Perros?

—Escuché que eran leopardos —contestó él después de fruncir el ceño—. ¿Se lo dio al perro? ¿Al que está en su casa? —Geeta suspiró y él continuó—: Por cierto, ¿cómo se convirtió en una *churel*? Pienso que debe de ser genial convertir personas en cucarachas, llenarlas de forúnculos o hacerles comer gusanos.

—Sí, eso sería muy divertido.

—¿Y qué hizo él para hacerla enfadar tanto?

—Hizo muchas preguntas molestas.

El pequeño asintió con empatía.

—Entiendo; tengo una hermana. Entonces, ¿no está haciendo ayuno?

—No.

—¡Excelente! Mamá no nos dejará entrar en casa con *pakoras*, pero las comeremos rápido aquí.

—¿Tienes dinero?

El niño arrugó la frente.

—Eh… No.

—¿Y entonces?

—¿No podría darme usted?

Geeta ya estaba bastante cansada de que le siguieran pidiendo dinero.

—Veo que vas bien en el camino de convertirte en un hombre.

Balanceándose hacia delante y hacia atrás sobre sus pies, él aventuró:

—Entonces… ¿qué dice de las *pakoras*?

Ella pensó por un momento y respondió:

—Las compraré si tú le das un baño a mi perro.

—Hecho.

Tras estrechar las manos, Geeta compró los buñuelos. El muchachito no esperó y comenzó a moverse entusiasmado por la comida caliente, con el vapor flotando hacia el rostro.

—Tienes el apetito de tu madre, ¿eh?

—Sí —respondió él con la boca llena obsequiándole a la mujer una vista despejada de un *pakora* a medio masticar—. Pero nunca estaré gordo como ella.

—Las cosas cambian. Tú no lo recuerdas, pero antes de que naciera tu hermana, tu madre era delgada —Ante la expresión de incredulidad del niño, añadió—: Es verdad. Cuando íbamos a la escuela, si ella se ponía de lado, desaparecía.

—¿Conocía a mi mamá cuando era pequeña?

—Por supuesto. Las dos nacimos y crecimos aquí. Como tú.

—Espere. —Él se detuvo—. ¿Ustedes también fueron pequeñas? ¿Ya era una *churel* entonces? ¿Una niña *churel*?

—Sí, no y no.

—¿Cómo era mamá en esa época?

—Mandona.

El jovencito puso los ojos en blanco.

—Igual que ahora. ¿Y por qué nunca ha venido a casa?

—Sí lo he hecho. Voy todas las semanas a la reunión con el prestamista.

—A visitar a mamá, quiero decir.

—No tenemos ese tipo de relación.

—Tal vez la tendrían si la visitara.

Cuando iban llegando a la casa, Geeta vio que Saloni había organizado una fiesta de henna. Las mujeres conversaban mientras esperaban su turno con alguna de las dos artistas que Saloni había contratado. Preity estaba en la hamaca y una de ellas estaba pintándole la mano, apoyada sobre un cojín. Con el brazo libre saludó a la recién llegada y dijo:

—¡*Ram Ram*!

A Geeta eso le resultó extraño, ya que no eran amigas. Por otro lado, Farah no estaba presente, algo lógico debido a que habría sido poco respetable que una viuda apareciera entre las mujeres que ayunaban para ahuyentar esa misma desgracia. Sin embargo, a nadie le resultaba raro que Geeta se uniera a los festejos por primera vez. Aunque la habían citado expresamente, parte de ella esperaba que la expulsaran, tal como le había sucedido a la señora Amin en la boda de

su hija: como para entonces ya era viuda, los otros invitados le habían prohibido la entrada argumentando que era poco auspicioso invitar al mal de ojo. La mujer tenía su propio negocio, alimentaba sola a sus hijos y había pagado tanto la dote de su hija como la boda a la que le negaban la entrada. Para Geeta, ese era otro ejemplo de cómo las mujeres estaban obligadas a vivir dentro de los espacios que otros definían. Entonces, recordó las palabras de Farah: «Ellos no toman todas las decisiones; nosotras también tomamos algunas». Era algo conmovedor, pero no era cierto.

—Ve a buscar a tu mamá. —No obstante, en cuanto el niño comenzó a caminar, Geeta lo detuvo y le preguntó—: ¿Cómo te llamas?

—Arhaan.

—Tienes migas, Arhaan. Aquí —dijo ella mientras señalaba su propio labio inferior.

El pequeño se limpió con la lengua.

—Gracias, tía Geeta.

Quizá ese pagano aún pudiera redimirse.

Saloni apareció en la puerta doble. Era difícil creer que ese porche, bañado por el sol y repleto de mujeres charlando, fuese el mismo en el que habían discutido horas antes. Y lo más extraño era que Saloni parecía encantada de verla.

—¡Por fin! —exclamó esta; luego, tomó a Geeta del brazo y la guio dentro. El entusiasmo había transformado el rostro de Saloni y la otra pudo ver que su examiga todavía era encantadora—. He estado pensando en lo de anoche.

—Yo también —dijo Geeta, y vio que era la oportunidad de soltar las críticas—. Tú… —proclamó con lo que esperaba que fuera una censura altiva pero digna—. Tú no eres amiga… Quiero decir… ¡Mierda! No eres aliada de las mujeres. Tú…

—Ah, si quieres hacer eso, lo haremos. —Saloni entornó los ojos—. Yo también me levanté con varias cosas para decirte. Pero no en mi fiesta, y menos cuando estoy tratando de ayudarte, ingrata. No has cambiado nada; sigues regando las malas hierbas y arrancando las flores. Encima quieres hablar de aliados. Tonta.

—¿Para qué me has llamado? ¿Para maltratarme?

—No, eso es algo extra. —Saloni sonrió—. Te pedí que vinieras porque sé cómo encontrar a Ramesh.

Geeta sintió un zumbido en los oídos, como si le hubieran dado unos puñetazos. Luego, con más agresividad de lo previsto, preguntó:

—¿¡Qué!?

—¡Shh! —dijo Saloni entre dientes mientras comprobaba que nadie hubiera escuchado—. ¡Aquí no!

—¿Dónde está? —quiso saber Geeta después de que Saloni la llevara a la cocina, pues, tal como la mujer comentó con mordacidad, ese era el día en que ese lugar estaba más vacío. A pesar de la preocupación, se fijó en la nevera alta y azul que había en una esquina.

—No lo sé exactamente, pero… —Saloni, al percibir el suspiro de la otra, continuó en voz más alta—: Pero sé cómo encontrarlo.

—¿Cómo?

—Ya sabes que el marido de Preity solía jugar al *teen patti* en Kohra, pero, como es pésimo jugando a las cartas, perdía dinero todo el tiempo, así que ella le prohibió seguir yendo, ¿no?

Geeta parpadeó.

—No. ¿Por qué iba a saber todo eso?

—Como sea —dijo Saloni después de resoplar—. Así fue. Ella lo tiene agarrado por las pelotas desde que él se drogó en la boda de los Raval, ¿y a que no sabes con quién?

—¿Ramesh?

Saloni le lanzó una mirada de gran disgusto.

—No. ¿Por qué aparecería Ramesh en la boda de los Raval para drogarse con Darshan? Usa la cabeza. No, se drogó con el hijo de Priya, Sonny. ¿Puede llegar a ser más inapropiado? El muchacho tiene dieciséis años y lo peor es que es su sobrino. Comenzó a alucinar algo sobre que un *punditji* le dijo que pasaría las próximas mil vidas como una viuda negra, pero no una araña hembra, sino un macho, que es realmente la única vez que no quieres ser un…

—¿Sonny alucinó eso?

—No, tonta. Darshan. A causa de su karma de mierda por, ya sabes, todo lo que sucedió. —Saloni hizo la pantomima de echarse algo en el

rostro—. El desastre con el ácido. Desde entonces, Darshan ha estado tratando de expiar las culpas, arrepintiéndose y lamiendo las suelas de los zapatos de Preity de una forma que ni te imaginas. En especial después de drogarse, pues algo sucedió con una de las jóvenes Amin y las gemelas estaban furiosas. Pero no me sorprende, pues ella está siempre encima de él.

—¿De Darshan? —preguntó Geeta con un escalofrío.

—¡No! De Sonny, obviamente.

—Ah. ¿Y eso qué tiene…?

—Ya llegaré. ¡Dios! Hay una construcción natural en estas cosas, Geeta. Nunca apreciaste una buena historia. En fin, Darshan está con esa historia de la viuda negra y el canibalismo, o como quieras llamarle, y obedece cada capricho de Preity. Entonces, ella decide que quiere jugar al *teen patti*. ¿Por qué a las cartas? No sé, pero siempre ha sido una fanática de las apuestas. Priya no sabe mentir ni para salvar su propia vida, pero si Preity dice que el cielo es verde, tú sales para comprobarlo.

—¿Qué…?

—¡Espera un poco! Se supone que en el juego en Kohra son todos hombres, pero Darshan hace un *hera pheri* y consigue que ella entre. Bueno, para resumir…

—¿En serio esto es corto?

Saloni la fulminó con la mirada.

—Para resumir: ¡no creerás quién suele ir a jugar!

—¡Ramesh!

—¿Qué? ¡No! ¿Por qué habría de…? No. —El disgusto de la mujer se transformó en una sonrisa—. ¡Varun!

—¿Quién diablos es Varun? —Geeta se detuvo un momento—. Espera. ¿Nuestro prestamista?

—El mismo. —Saloni suspiró—. Es un joven muy apuesto. De vez en cuando coquetea conmigo; estoy segura de que lo has visto. No es que alguna vez… Ya sabes. Pero es bonito saber que yo todavía…

—¿Y qué demonios tiene que ver esto con Ramesh?

—Esa parte, nada. Solo que es interesante, ¿no? La cosa es que Preity gana bastante dinero, algo sobre lo que bromea porque, por una

vez, le está sacando dinero a Varun en lugar de dárselo. Está bien, no te hace gracia, pero ella lo cuenta mejor que yo. Le diré que te lo cuente. Por cierto, ¿dónde está esa mujer?

—Saloni, juro por Rama que esta porquería de historia es más larga que el sari de Draupadi.

—Sí, sí. Te dije que ya llegaré a eso. No sé por qué estás tan impaciente, si no tienes que ir a ningún otro sitio. ¿Por dónde iba? Ah, sí. Luego Preity decide que quiere despilfarrar y gastar las ganancias en una fuente. ¿Por qué? No lo sé. Ya le he dicho cientos de veces que dan más problemas que disfrute, así que, para mí, no es que de verdad la desee, sino que quiere ver a Darshan retorcerse. Y es justo. Y él acepta por todo lo de…

Esa vez hicieron la pantomima de echarse algo en el rostro al unísono y, para apresurar a Saloni, Geeta dijo:

—Lo del desastre. Ya sé.

—¿Y a que no sabes a quién se encuentran en la tienda? ¡Adivina!

Por un terrible instante, Geeta pensó que alguien la había visto con Karem y sintió el latido del corazón contra las costillas. Esa idea la avergonzó, pero también la entusiasmó, pues llevaría a que el pueblo pensara que era algo más que una bruja sin gracia. Sin embargo, dejando de lado la vanidad, la noticia la mancharía aún más. Si un hombre musulmán andaba enredado con una mujer hindú, el pueblo podría castigarlos por eso. Luego se dio cuenta de que, aunque los hubieran visto juntos en Kohra, nada indecoroso había sucedido hasta que estuvieron en el patio de Karem, así que ella y su sórdido secreto estaban a salvo. Mientras tanto, Saloni esperaba una respuesta.

—¿Sonny? —arriesgó tentativamente.

Saloni parpadeó.

—¿En serio? ¿Por qué perdería el tiempo contándote una historia sobre Sonny? Eres muy mala para esto.

Preity entró en la cocina a toda prisa. El chal delgado que se había colocado sobre los hombros se cayó de un lado. Con las manos todavía húmedas por la henna, levantó un brazo para tratar de acomodarlo, pero, como no lo logró, Saloni lo hizo y después le ató los extremos detrás de la espalda de la mujer. Acto seguido, esta se sopló las palmas

y preguntó:

—¿Ya se lo has dicho?

—¿Decirme qué?

—Justo iba a hacerlo.

—¿De qué estáis hablando?

—Pensé que ya lo habrías hecho.

—Ya te dije que estaba a punto.

—¿¡Decirme qué!?

—Ramesh —contestó Saloni con una sonrisa—. Era él quien estaba en la tienda.

—¿Por qué estaría comprando una fuente? —Aunque todo era muy absurdo, eso fue lo que Geeta tuvo para decir de la historia.

Saloni se dio una palmada en la frente.

—¿A quién le importa? ¡Esto es tu billete de salida!

Preity sonrió y dijo:

—¿No es un alivio? ¡Tú no lo has matado!

—Entiendes que yo ya lo sabía, ¿no? —contestó Geeta con los ojos entrecerrados.

Preity le dio un golpecito con el codo a Saloni.

—¿Y la otra parte?

Saloni exhaló.

—Preity estará encantada de contar que lo vio y de limpiar tu nombre.

—¡Maravilloso! Muchas gracias. Eso solucionaría…

—Sin embargo —interrumpió Saloni—, antes quiere un pequeño favor.

—¿Cuál?

Preity, impaciente y exultante, se acercó a Geeta.

—Ayúdame como lo hiciste con Farahben. Ayúdame a quitarme el arete de la nariz.

Geeta se atragantó y comenzó a respirar con dificultad.

—¿¡Qué!? ¿Le has contado?

—¡Tuve que hacerlo! —respondió Saloni mientras movía las manos a la defensiva.

En ese momento, la hija de Preity corrió hacia ellas con una de las

trenzas caída.

—Cuidado con el *mehndi* de mamá, Pihu.

—Tengo hambre.

—Pídele algo a Arhaan; siempre tiene bocadillos guardados por ahí.

Saloni echó un vistazo a toda la cocina como si fuera a salir algún culpable y preguntó:

—¿En serio?

—Come tú también, mamá.

—Mamá no puede. Tiene que ayunar para que papá tenga una vida larga, ¿recuerdas? Ahora vete. —Luego se dirigió a Geeta—. Bueno, ¿lo matarás o no?

—En primer lugar, eso no es un «pequeño favor». Segundo, tenéis que mejorar vuestras habilidades para extorsionar, pues ya me habéis dicho dónde encontrar a Ramesh. Kohra. ¿Por qué necesitaría que me apoyaseis cuando puedo encontrarlo yo misma?

—Espera. ¿Esto es extorsión? En *CID*, es chantaje.

—No, creo que sería chantaje si, por ejemplo, amenazo con decir que ella sí mató a Ramesh.

—Entonces es como un chantaje inverso.

—¿Eso no es soborno? Porque sería ofrecer una cosa buena, no amenazar con algo malo.

—Mmm. Está bien. Entonces es extorsión. —Saloni señaló a Geeta con un refinado movimiento de muñeca—. Tenías razón.

—¿Gracias?

—Aunque estás equivocada en algo —añadió Preity con una sonrisa, lo que provocó que las cicatrices se fruncieran alrededor de los labios y la piel pareciera suelta y tirante a la vez—. Porque lo vimos en Kohra, pero no es allí donde se encuentra.

Geeta agitó las manos.

—Volvamos atrás. ¿Por qué quieres deshacerte de Darshan? Saloni acaba de pasar media hora contándome que lo tienes comiendo de tu mano, así que, tal como lo oigo, tienes al mejor marido de todos. Es más, me sorprende que no esté él ayunando por ti.

—¿El mejor marido? —La sonrisa de Preity desapareció y la mirada se le endureció—. Mira mi rostro.

Geeta no pudo hacerlo. Avergonzada, fijó la vista en el suelo inmaculado de Saloni.

—Yo… Lo siento —tartamudeó—. Pensé, no sé, que vosotros, de alguna forma, habíais hecho las paces con eso.

—No, Geetaben, no he «hecho las paces con eso». Tal vez en la próxima vida, pero, en esta, quiero ver a ese *chutiya* muerto. —La mujer hizo una pausa—. Y, si es posible, que sufra. Pero, más que nada, que muera.

—Mira, tienes todo el derecho a estar enfadada. Aun así, yo…

—Mi maldito nombre es «Preity». Como «bella» en inglés. ¿Sabes lo que es tener que presentarme?

—¿Tú entiendes lo que estás pidiendo? —preguntó Geeta entre dientes—. Quieres que mate a alguien para probar que no he asesinado a nadie antes.

En ese momento, llegó Priya.

—¡*Ram Ram*! ¡Uh! ¿Qué me he perdido? ¿Al final lo hará? —Luego miró las manos de su hermana y exclamó—: ¡Qué bello, Preity!

—¡No lo puedo creer! —le gritó Geeta a Saloni—. ¿Ella también? ¿Hay alguien a quien no se lo hayas contado?

La mujer se encogió de hombros y contestó:

—Cuentan como una sola persona.

Acto seguido, Preity le suplicó a Geeta:

—Todos los días veo a mi hermana y sé con exactitud cómo sería si no fuese por ese maldito con el que tengo que dormir cada noche. —Priya tragó con dificultad y también se quedó mirando el suelo de la cocina—. Cuyos hijos tengo que criar. —Preity tosió y luego añadió—: No es que no sean una bendición.

Saloni asintió con la cabeza.

—Tan gratificante.

—Sí, muy gratificante.

—Pero quiero que él desaparezca.

—¿Y has pensado en la vida después de eso? Farah es musulmana, así que puede volver a casarse, pero tú no. No podrás usar ropa de colores y tendrás que afeitarte la cabeza. Todos pensarán que traes mala suerte. Y no habrá más fiestas ni bodas, ni siquiera las de tus

propios hijos.

Preity puso los ojos en blanco.

—¿Quién se sigue afeitando la cabeza? No estamos en 1921, Geetaben. Eres muy dramática.

—Sí, ¡muy dramática! —coincidió Priya.

—¡Ah, tenéis razón! —dijo Geeta—. Disculpadme; olvidé que vivimos en Londres y que, dos semanas después de quitarte el arete de la nariz, te pintarás los labios y saldrás a bailar.

—Estará de luto el tiempo apropiado y luego, al igual que Farah, seguirá con su vida —explicó Saloni.

Priya hizo una mueca y comentó:

—Mi hermana es una gran embustera y puede fingir mejor que Farah.

—¿No creísteis que estaba apenada? —preguntó Geeta. Un nuevo pánico la invadió, pues, si estas tontas no se habían creído lo de Farah, ¿lo habría hecho alguien en el pueblo?

—¡Ay, por favor! —exclamó Saloni después de resoplar—. He visto a esa mujer llorar con más convicción por una sandalia rota. Bueno, cuando termine todo, seguiremos invitando a Preity a los eventos y las ceremonias. Los otros harán lo mismo y los hombres no lo notarán. Cualquiera que cotillee o le dé problemas se las tendrá que ver con nosotras. Además, ella ya ha sufrido suficiente, por lo que nadie la culpará por usar rojo en la boda de su hija.

Preity le dirigió un mohín a Geeta.

—Vamos, sé una buena amiga.

—¡No somos amigas! Vosotras sois desagradables conmigo todo el tiempo.

—No es cierto. Eres tú la que siempre eres arrogante y rechaza las invitaciones.

La incredulidad hizo que Geeta elevara el tono de voz.

—¿Qué invitaciones?

—Yo te invité para Navratri —dijo Preity levantando la mano pintada.

—Tampoco viniste a nuestra fiesta de Holi. —Priya se encogió de hombros—. Con el tiempo, dejamos de intentarlo, ya que estaba claro

que no te caíamos bien. —Geeta había asumido que esas invitaciones eran, en el mejor de los casos, una convención social superficial y, en el peor de los casos, una trampa para humillarla. El recuerdo de ella al regresar de la casa de la tía Deepa, sola y cubierta de basura, la había hecho esconderse incluso bastante tiempo después de que Ramesh desapareciera. Era la misma razón por la que ese día se había negado a creer a Arhaan cuando insistía en que su madre la quería en la fiesta. ¿Se había encerrado en sí misma mientras alimentaba una triste ira y se engañaba pensando que lo prefería así? Acto seguido, Priya chasqueó la lengua y dijo—: Vamos, solo hazlo. ¿De acuerdo?

—¿Solo hazlo? Esto no es algo pequeño. —Geeta miró hacia el techo —. Lo único que deseo es hacer los *mangalsutras* en paz. Lo de Samir fue un error, no una nueva profesión.

Priya rio y luego, en broma, le dio un empujoncito a Preity en el hombro con el suyo.

—No es una mala idea. *Mangalsutras* para la boda; asesinato para el matrimonio.

Preity se unió con una risa infantil y le devolvió el golpecito.

—Retención de clientes.

—Te lo dije —le susurró Saloni a Geeta después de dar un suspiro frente a la broma privada de las gemelas—. Cuentan como una sola.

Geeta miró furiosa a Priya y preguntó:

—¿Y tú? ¿También quieres lo mismo?

—Yo estoy bien —respondió la mujer mientras extendía las palmas desnudas en señal de rechazo—. Es decir, Zubin ronca, pero aprendí a vivir con eso.

15

«¿Cómo es que estos pedidos siguen acumulándose?», se preguntó Geeta de camino a casa. Le resultaba inquietante que todas parecieran ser mejores Reinas de los Bandidos que ella. ¿Por qué era ella la única tonta que tenía reparos y escrúpulos ante este nuevo pasatiempo del pueblo? Sus sandalias castigaban la tierra y la rabia la impulsaba a tal velocidad que resultaba incómodo.

Mientras que ninguna de las mujeres parecía preocupada por lo sospechoso que se vería que hubiera dos maridos muertos en pocas semanas en el mismo pueblo, ella supuso que la policía pensaría distinto. Geeta concluyó que esas mujeres, además de ser unas malditas miopes, también eran unas criminales desvergonzadas, por lo que no hubiese servido de nada intentar razonar con ellas y explicarles que esa situación era totalmente distinta al fiasco de Samir. En ese caso, si Geeta no hubiese actuado, ¿quién sabía qué le habría hecho él? Por otro lado, aunque Darshan se había comportado de manera imperdonable con Preity, no era una amenaza inminente para Geeta ni para nadie. No obstante, allí estaba, forzada a participar en otro poco preparado plan de asesinato.

—No lo hagas de la misma manera y estarás bien —le había aconsejado Priya en la cocina de Saloni, y Geeta le había dado las gracias por esa perspicacia.

Luego se habían empecinado en que se quedara para que le decoraran las manos; ella se había negado, pero entonces Saloni la había sentado en la hamaca a la fuerza y le había dicho:

—De cualquier forma, tendré que pagarles, así que, ¿por qué no? Si, total, no eres viuda. —Antes de empezar, las artistas de henna le habían preguntado las iniciales de su marido para esconderlas en el diseño. Geeta había comenzado a tartamudear, así que Saloni, con calma, había respondido por ella—: G. P. K. —Eran las iniciales del

nombre de soltera de Geeta.

Como consecuencia, en ese momento se encontraba volviendo a casa con las manos pintadas e inutilizadas, tratando de evitar que se corriera la pasta. Había olvidado cuánto impedía el *mehndi* húmedo que una se moviera y cómo, desde el momento en que ya no se podían usar las manos, te picaba la nariz o necesitabas ir al baño.

Geeta se había marchado en cuanto las artistas terminaron. Le habían insistido para que esperara hasta que se secara para que pudieran frotarle las palmas con bolas de algodón empapadas en limón.

—Cuanto más oscura la henna, más fuerte el amor —le habían dicho.

Repugnante.

En la India, las supersticiones estaban tan integradas en la religión y en las bendiciones que era difícil separar la estupidez de la tradición. Ramesh estaba lleno de expectativas —y, por lo tanto, de decepciones — para el día de la boda. No había llovido y, por ende, tampoco había habido tierra húmeda en la que clavar un cuchillo; además, las velas se habían consumido y, en cierto momento, la leche se había hervido. Con el arrebato que le había dado, cualquiera diría que alguien le había prendido fuego al pelo.

Geeta nunca había ayunado por Ramesh, pues el Karva Chauth se había vuelto popular después de su desaparición. Era una costumbre más del norte de la India, pero ella sabía algunas cosas de los rituales gracias a las películas. Le causaba gracia ese revuelo ridículo para desear largas vidas a los hombres que acortaban las suyas.

Mientras caminaba, Geeta se puso a pensar en que no se debía tanto a que las mujeres amaran a sus maridos y no pudieran vivir sin ellos, sino que el mundo exterior hacía que la vida sin ellos fuera una porquería; se necesitaba un hombre en casa para que las dejaran en paz. En realidad, no hacían gran cosa, pero el simple hecho de que estuvieran allí era una forma de protección. Como si fuesen proxenetas. Tal vez esas bonobos hembras estaban en lo cierto. Más débiles en solitario, pero más poderosas en grupo, podrían…

—Porque tienes que hacerlo. Si no, la *churel* te llevará.

—Pero no quiero.

Tan inmersa estaba Geeta en su diatriba interna que casi pasó por alto los dos niños que estaban discutiendo. Entrecerró los ojos, pues el crepúsculo no le permitía ver a los pequeños, pero las voces la guiaron.

—¿Qué importa? Ve a buscarme algunos brazaletes, que ya casi sale la luna.

—¡Uf! —se quejó el niño—. Si no somos hindúes ni estamos casados.

La niña dejó el plato de acero en el que había un *ladoo* y una caléndula que se estaba marchitando bastante rápido y después golpeó el suelo con un pie, enfadada con el muchachito. Este estaba sentado en una pila de ladrillos rotos, con los codos apoyados en las rodillas y la frente hundida entre los brazos, por lo que Geeta no podía verlo. Sin embargo, sí la reconoció a ella: era la hija de Farah.

—Pero lo estaremos. Somos los únicos musulmanes aquí, así que sabes que nuestros padres arreglarán un *rishtaa*.

—¡Tú tienes como cien años más que yo!

—¿Cien? Presta más atención en las clases de matemáticas. Ahora ve a buscar los brazaletes.

—¿Y dónde voy a conseguirlos?

—En la tienda de tu padre.

—¡No!

Acto seguido, ella le dio un empujón. Como él tenía la cabeza gacha, no lo vio venir, y, al no conseguir sujetarse, cayó desde los ladrillos al suelo.

—¡Ey! —exclamó Geeta—. ¡Detente!

Estaba preparada para ser amable con la niña, quien, gracias a ella, se había quedado sin padre, pero la pequeña maleducada le contestó:

—Ocúpese de sus asuntos. —Después, sin darse la vuelta hacia el niño caído, añadió—: ¿Ves? Te dije que la *churel* te llevaría.

—No debe de haber retratos de los mayores en tu casa —soltó Geeta de mala manera. Quiso darle una bofetada, pero eso arruinaría la henna, algo que había comenzado a gustarle—. Si no, no serías tan grosera. ¡Vete!

—¿O si no qué? ¿Me hará infértil? Adelante; total, no quiero tener hijos.

—¿Y qué tal si te doy diez?

La arrogancia de la pequeña flaqueó; sin embargo, enseguida resopló y dijo:

—Como quiera.

—Yo… Mis condolencias por tu padre —farfulló Geeta, lo que provocó que la muchacha frunciera el rostro y se quebrara. No obstante, la mujer no estaba segura de que estuviera llorando. Acto seguido, la jovencita abandonó el plato y se fue corriendo por el callejón con los extremos del pañuelo volando tras ella como si fueran serpentinas—. ¿Estás bien? —le preguntó Geeta al niño; luego, cuando esta se dio la vuelta, lo reconoció—. ¡Raees!

—Hola, tía Geeta. —Él sonaba tan cansado como su padre.

—¿Qué es todo esto? Vamos, te acompañaré a casa.

—Estábamos jugando a la casita y ella quería hacer eso de la luna, lo de Karwa Chauth.

—¿Y tú no?

—No, pero debo hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque es mi novia —respondió Raees abatido—. Y los novios tienen que hacer todo lo que las novias les dicen. Es la regla.

—Ella no parece ser muy amable contigo.

—Las novias no necesitan serlo.

—¿Esa es otra regla?

—Sí.

—Creo —dijo ella con cuidado— que tú eres demasiado amable.

—¿Eso es algo malo?

Ella se puso a meditar sobre eso y pensó en las invitaciones que había ignorado porque había sido más fácil esconderse que arriesgarse a la censura. Tal vez los hombres y los niños hubiesen seguido divulgando historias, pero si ella hubiese usado el grupo de crédito como medio para conectar en vez de aislarse, quizá los rumores se habrían debilitado. Todo ese tiempo había asumido que era una paria cuando, en realidad, era más una ermitaña. En ese momento, recordó

las palabras que Saloni había pronunciado con tanta seguridad: «Cualquiera que cotillee o le dé problemas se las tendrá que ver con nosotras».

—No, creo que no —respondió Geeta después de decidirse—. Aunque tampoco puedes dejarte pisotear, por lo que debes ser amable, pero también juicioso. No todos merecen tu bondad, así que no se la ofrezcas a quien demuestre que no la merece.

—Pero ella tiene razón. Somos los únicos niños musulmanes aquí.

—¿Y quién dice que tienes que casarte con una musulmana? —Debía actuar con cautela, pues, aunque dudaba que Karem fuera partidario de la lealtad al grupo étnico, el niño no era hijo de ella y, por ende, no podía adoctrinarlo.

—¿No? —Él la miró con un asombro repentino y genuino, algo que dejó a Geeta un poco celosa: que las simples palabras de un adulto de confianza abrieran la oscuridad como a una nuez era algo que ella probablemente no volvería a sentir. Supuso que así era en la infancia.

—No. Y, de todos modos, si decides casarte con una musulmana, estoy segura de que hay muchas en otros pueblos. Algunas incluso pueden ser amables contigo.

—Supongo que sí. Pero ella dice que es nuestro destino, porque yo solo tengo padre y ella, solo madre —explicó el pequeño, y Geeta deseó que la oscuridad escondiera su mueca de pena—. ¿Está Bandido con usted?

—No, *beta*. Quedó en casa.

—¿Podemos ir a verlo?

—Tal vez en otro momento. Tu padre debe de estar muy preocupado.

—No. No soy un bebé.

Geeta había planeado dejar al muchacho en la puerta, pero Karem abrió de inmediato.

—¡Eh! ¿Dónde están tus hermanos? ¡Se supone que están cuidándote!

—No lo sé.

—Pensé que lo mejor era acompañarlo hasta aquí. —Geeta le sonrió a Raees, ya que era más fácil que enfrentar al padre—. Aunque ya no

eres un bebé.

—Gracias —dijo Karem.

—De nada. Buenas noches. ¡Ah! Y *Eid Mubarak*. No te lo había deseado antes.

—Geetaben, espera. Raees, vete adentro.

—¿Por qué no puedo quedarme?

—Ahora —ordenó Karem y el niño se fue, intimidado. El hombre negó con la cabeza y salió afuera—. Un nuevo enamoramiento, supongo.

—¿Eh? —La temperatura de Geeta se había elevado.

—Raees.

—Claro —dijo ella, y después repitió—: ¿Eh?

—Le gustas. Es algo tierno —explicó él. Geeta rio para evitar responder, ya que se conocía lo suficiente como para saber que más tarde se arrepentiría de la mayoría de lo que dijera y consideraría sus palabras como demasiado estúpidas e inseguras o no lo suficientemente divertidas o casuales. Luego, Karem continuó—: Escucha, te debo una disculpa, pues el otro día viniste a la tienda de manera amable, y yo no lo fui. Había estado ayunando, ya sabes, por Ramadán, y estaba de mal humor. Fui grosero sin razón. Me llevó un tiempo, pero creo que comprendo lo que quisiste decir… aquella noche. Tú eres mujer y no es lo mismo, lo que es algo injusto. Por eso, tratabas de protegerte, y tienes todo el derecho a hacerlo. Me enojé porque estaba pensando en mis sentimientos y no en los tuyos.

Geeta no estaba acostumbrada a que los hombres pidieran perdón. Su padre nunca lo había hecho, ni con ella ni con su madre, y no porque hubiese sido un tirano, sino porque no era algo que se esperara de él. *Sorry* era una palabra en inglés que se usaba para cubrir todo tipo de pecados. Con el aumento de la popularidad de las películas en ese idioma, ese término, al igual que *thanks*, se utilizaba cada vez más. Era más casual que el equivalente en hindi, que solo se desempolvaba para las ofensas realmente grandes, no para cuando uno tropezaba con alguien o llegaba tarde. Ramesh, a pesar de todo por lo que debería haberle pedido disculpas, nunca le había ofrecido una. En ese momento, Geeta quiso abrazar a Karem, pero reprimió el impulso para

no pasar aún más vergüenza.

—Yo también lo siento. Tú no creíste los rumores sobre mí y yo no devolví el favor.

El hombre extendió la mano para estrechársela y dijo:

—¿Amigos?

Ella alzó las manos pintadas, pero respondió:

—Sí, amigos.

—¡Oh! ¿Fuiste a una fiesta hoy?

—Sí, a la de Saloni.

—¡Qué bien!

—¿En serio?

—Por supuesto. Siempre viene bien tener más amigos.

—Pero el problema es que piden favores.

Karem se encogió de hombros.

—Si se puede, uno siempre debe ayudar a los amigos.

—¿Incluso si lo que piden es algo malo? Es decir, que no está bien.

El hombre metió los labios hacia dentro mientras pensaba.

—Supongo que la intención es lo que importa. A veces, para hacer lo correcto, primero tienes que hacer algo incorrecto. —Acto seguido, levantó el índice y dijo—. Si no puedes levantar la manteca con un dedo derecho…

Geeta sonrió mientras él doblaba el dedo y completó la frase:

—… entonces usa uno torcido.

Esa tregua era algo nuevo y preciado, así que se apresuró a desearle las buenas noches antes de arruinarlo. Sobre ella, la luna grande dominaba el cielo, y la vuelta a casa fue tranquila. Mientras caminaba, se frotó las manos, y fue dejando un camino de restos de henna seca tras ella. Si bien era cierto que tenía varios problemas en la mente —la muerte de Samir, las amenazas de Farah y el pedido de Preity—, Karem no la odiaba, y eso la hizo sentir mejor.

Cuando Geeta estaba llegando a su casa, vio a Saloni caminando de un lado a otro frente a esta. No, caminando no, sino marchando, con los codos en ángulo recto y moviéndolos de manera rítmica. Además, levantaba las rodillas bastante más alto de lo que Geeta pensaba que el sari permitía. Saloni la vio, pero continuó con lo que estaba

haciendo.

—Hola —dijo Saloni al dar la vuelta. Se notaba que ya le faltaba un poco el aliento—. Estaba haciendo un poco de ejercicio mientras esperaba. Aguarda; solo un par más.

Geeta había tenido más visitas el último mes que las que había tenido los cinco años anteriores.

—¿Qué haces aquí? ¿Y tu fiesta?

—Ya terminó. Comimos y después, cuando cortaron la electricidad, a todos les dio sueño. Tú no te llevaste el cuenco con regalos.

—¿Eh?

—Todos mis invitados se llevan algunas cositas, como brazaletes, dulces y demás. Tú te olvidaste el tuyo.

Entonces, Geeta vio el recipiente de barro en la entrada, junto al tazón de agua vacío de Bandido. Por su parte, Saloni seguía marchando.

—Bueno, detente ya, que me estoy mareando. ¿Quieres entrar?

Saloni dudó.

—Debería regresar.

—Está bien. —Geeta se sintió tonta por exponerse a un rechazo seguro, pero el regalo parecía una excusa y ella, entonces, había respondido de igual modo. Lo recogió y vio que la mujer lo había pintado de rojo con esvásticas amarillas.

—Bueno —Saloni dio un soplido que alborotó un mechón de cabello —, un poco de agua me vendría bien.

Geeta giró la llave en la puerta y, de inmediato, Bandido corrió por la calle hacia ellas. Cuando Arhaan había ido a buscarla, ella había dejado el perro afuera, lo que había sido sensato considerando todo el tiempo que se había ausentado. Habían instalado una luz solar en ese callejón, pero Geeta podría haber reconocido el contorno de las grandes orejas del animal solo con la abundante luz de la luna. Acto seguido, se agachó para rascarle la oreja a rayas, y él le lamió la muñeca. Entonces, ella le preguntó:

—¿Te has divertido hoy?

Por su parte, Saloni echó el cuerpo hacia atrás.

—Él… eh… ¿también entrará?

—Puede quedarse fuera, ya veremos. —Después abrió la puerta y Saloni entró. El perro quiso seguirla, pero Geeta lo detuvo—. Bandido —dijo mientras señalaba a Saloni—. ¡Ataca!

—¡Geeta! ¡No! ¿Qué…? Ah, eh… Él hace eso a menudo. —La mujer se ruborizó y se dio la vuelta, avergonzada por sus obscenos lametones.

—Sí, me parece que piensa que «ataca» significa satisfacerse a sí mismo.

—¿Y por qué sigues intentando hacer que tu perro me ataque?

—Como práctica. —Geeta accionó el interruptor de la luz, pero el lugar permaneció oscuro, así que tuvo que usar una linterna para llevarle un vaso de acero con agua a Saloni, quien se lo bebió de un tirón—. Estoy tratando de entrenarlo. Para que me proteja.

—¿De Farah?

—Sí.

Las mujeres observaron a Bandido, que estaba con las patas traseras abiertas y muy concentrado en sus genitales.

—En tu lugar, tendría un plan B.

—¡Tú lo eras, tonta! Solo que, en vez de solucionar el problema, ¡trajiste más! —Mirándola con furia, Geeta volvió a llenar el vaso, que Saloni bebió igual de rápido que el primero—. ¿Puedo preguntarte algo? ¿Por qué el ejercicio?

Saloni ladeó la cabeza y la cadera.

—¡Ay! No me hagas decirlo. Estuviste más que feliz mencionándolo anoche.

—Perdón por llamarte «gorda». Estuvo de más. —Geeta le trajo un tercer vaso con agua, que Saloni, esa vez, bebió a sorbos.

—Está bien. —La mujer se encogió de hombros—. No es nada que mi suegra no me diga todo el tiempo. «Saloni, estás más ancha, ¿no?». A mí me dan ganas de responderle: «Suegrita, tú estás más fea, ¿no?». —Luego soltó un gruñido de exasperación y preguntó—: ¿Y tú? ¿Dónde has estado?

—¿Eh?

—Te fuiste de mi casa hace mucho y recién has llegado aquí.

—¡Ah! Unos niños estaban peleando y los separé. Les dije que, si no,

les contaría a sus madres.

Saloni asintió en señal de aprobación.

—¿Quiénes eran los mocosos? —preguntó, y luego se enderezó—. No era mi Arhaan, ¿verdad? No, ese muchachito está demasiado ocupado buscando bocadillos como para pelear. —Entonces chasqueó los dedos y dijo—: ¿La hija de Farah? Esa pequeña *mukkabaaz* siempre está en alguna pelea. Debe de haber nacido con los puños en guardia.

—No me sorprende, teniendo en cuenta a su padre.

—Bueno, él ya no puede pegarle más, gracias a ti. Ahora esa muchacha podrá dejar de golpear a los niños y hacer algún amigo. —Saloni tosió—. En cuanto a lo de anoche: aunque estás equivocada en un montón de cosas, supongo que tienes razón en que soy un poco controladora.

—¿Un poco? En sexto curso, hiciste que esa niña, Sonali, se cambiara el nombre porque era demasiado parecido al tuyo.

—¡Ey! Yo ayudé a Radha, ¿o no? Encontró a ese muchacho, Krishna, y se mudó a un chalé en Ahmedabad. Yo conseguí eso. Sin embargo, no me invitaron a la boda, y mucho menos me dieron las gracias.

Geeta puso los ojos en blanco.

—Eres una guerrillera de los sentimientos ajenos, sí, pero al menos no eres como esa *mukkabaaz*, pues nunca has golpeado a nadie, ¿verdad?

—¡No! Ni siquiera puedo darle unos azotes a Arhaan cuando se hace el listo. Hablando de guerrillas emocionales, con esos ojos grandes y tiernos.

—Me pregunto de quién los habrá sacado.

—Sí, sí. Pero podría haber heredado además mi firmeza. Y pasar un poco de hambre tampoco le haría daño. Es muy blando.

—Creí que las personas siempre querían lo mejor para sus hijos.

Saloni pasó el dedo índice por el borde del vaso.

—Así es, pero también queremos que aprendan. Del sufrimiento es de donde sacas tu fuego. Aunque no deseo que padezca de verdad, él debería, no sé, sufrir alguna carencia.

—Entonces, hazlo.

La mujer dejó escapar una burla oclusiva.

—¿Con la suegra del infierno detrás? Ni hablar. Su pequeño *yuvraj* consigue lo que quiere, cuando quiere. ¿Sabías que contrató un payaso para su cumpleaños? Mientras que la pobre Aparna apenas tuvo una fiesta. En fin, ¿de qué estábamos hablando?

—De cómo tú y tus lacayas me estáis extorsionando para que mate a un hombre.

—Ah, sí. Por eso vine.

—¡No! —Geeta fingió sorpresa—. ¿No era para entregarme un recipiente de barro con porquerías?

—¡Ey! Esos son brazaletes de calidad.

—¡Saloni!

—Sé que estás preocupada por lo de Darshan.

—¿Por qué no lo estás tú? ¿En qué momento todos en este pueblo han empezado a tomarse el asesinato tan a la ligera?

—En todo el mundo y todo el tiempo, ellos nos hacen millones de cosas peores que el asesinato, y nadie se inmuta.

—No somos el *gram panchayat* como para decidir el destino de alguien.

—Ah, ¿no? No estamos siendo crueles ni arbitrarias. Es un castigo sensato basado en sus crímenes. —Saloni extendió majestuosamente los brazos hacia el cielo, con la cabeza inclinada hacia atrás—. Somos facilitadoras del karma.

—El karma es para la próxima vida, no para esta.

—Siempre tan quisquillosa —dijo la otra después de bajar los brazos.

Sin embargo, Geeta estaba demasiado sumida en sus pensamientos para contraatacar.

—¿Sabías que las bonobos hembras se unen para protegerse de los machos? Eso no es el karma, sino la naturaleza, ¿no?

—¿Qué? —preguntó Saloni mientras parpadeaba—. Geeta, deja de joder. Debemos apresurarnos si queremos mantener a las gemelas de nuestro lado. Darshan no bebe como Samir, así que necesitamos otro plan.

—¿No lo entiendes? Es demasiado pronto después de Samir; no podemos matarlo sin levantar sospechas.

—Este hombre consume mantequilla como si fuese una verdura, por lo que sería normal que tuviera un ataque cardíaco.

—Bueno, entonces dile a Preity que le dé mantequilla hasta que muera.

—¿Sabes lo que sucedió en Kerala el año pasado? —Saloni comenzó a pasearse por la casa. Pasó un dedo por el escritorio y luego recolocó un tarro de cuentas negras—. Un grupo de muchachas hizo un pacto suicida debido a que estaban demasiado avergonzadas porque el profesor de matemáticas las había reprobado. Dejaron una nota y se envenenaron a sí mismas con frutas del árbol del suicidio.

—Eso es terrible, pero…

Saloni dio un trago de agua y continuó:

—Algunas personas no se lo creen; piensan que, en realidad, las asesinaron para que no contaran que ese profesor abusaba de ellas, y que la nota es falsa.

Geeta se sentó en la cama.

—¡Qué horrible!

—Ay, sí. Cuatro jovencitas de catorce años que murieron de un paro cardíaco. Al menos, eso es lo que pareció, ya que el veneno de ese árbol no puede detectarse, ni siquiera en una autopsia. Un simple ataque al corazón. Lo único sospechoso era la cantidad de muertes. Y la nota, por supuesto. De otra manera, solo se veía como un común y aburrido infarto.

—Saloni, juro que tus historias…

—Mira, la familia de Samir es dueña de la casa de Farah desde que tengo uso de razón. Cuando éramos niños, su hermano una vez me invitó a estudiar. Bueno, «estudiar». Ese pervertido trató de besarme, al igual que lo hacen todos, pero le di una bofetada y entendió el mensaje. Después jugamos en el patio, que estaba bordeado por un seto muy bonito. Yo nunca había visto uno. De hecho, tampoco había visto jamás un jardín o un patio decente, pues mis padres eran muy pobres, pero ese seto tenía unas hermosas flores blancas y frutas que parecían mangos. Ahora bien. —Antes de continuar, la mujer rio—. ¿Recuerdas que en esa época yo comía cualquier cosa? Siempre tenía hambre. Pero él me detuvo y me dijo que esas frutas eran venenosas.

Llamó a la planta *pong pong*. Adorable, ¿no? Por aquí no hay muchas, pero Kerala está lleno. Allí se llaman…

—Árboles del suicidio.

Saloni chasqueó la lengua e hizo un gesto con el dedo como si disparara un arma hacia Geeta.

—¡Sí que eres lenta!

Geeta, sin embargo, estaba demasiado ocupada maldiciéndose a sí misma como para seguir argumentando que no deberían asesinar a un hombre. Pensó en todas las molestias innecesarias que se había tomado para ayudar a Farah —rebuscar en la basura, hacer autostop hasta Kohra, irrumpir en una escuela—, cuando el veneno perfecto siempre había estado en su maldito patio trasero. Normalmente era lista, pero esa vez lo había estropeado. El orgullo le dolía más que la moral.

—No puedo creer que estuviera perdiendo el tiempo con el *tharra* y las espirales para mosquitos cuando eso estaba frente a mis ojos. ¡Maldita sea!

Saloni se examinó las cutículas y dijo:

—«Cien golpes de orfebre, un solo golpe de herrero».

—Espera. —Geeta frunció el ceño—. Farah vive allí, así que debe de saber algo sobre el *pong pong*. ¿Por qué no se encargó ella entonces? ¿Por qué pedírmelo a mí y arriesgarse a que alguien más lo sepa?

—Me he estado preguntando exactamente lo mismo desde que me lo contaste. Hay algo sospechoso. O es demasiado estúpida o es más inteligente que el resto de nosotras juntas. De cualquier forma, no podemos confiar en ella.

—Sí, me di cuenta de eso cuando trató de envenenarme. —A Geeta se le aceleró la respiración y se sintió mareada—. No puedo hacerlo, Saloni. De verdad que no puedo. No otra vez. Hablas de facilitar el karma, pero ¿qué pasará con el mío si mato a Darshan? Él no es como Samir; no me ha amenazado. En realidad, a nadie. Últimamente, quiero decir. Tendré que encontrar otra manera de probar que Ramesh está vivo. —Luego colocó la cabeza entre las rodillas—. *Kabaddi, kabaddi, kabaddi*.

—¿Qué haces?

—Eso me calma.

—Escucha. —Saloni suspiró—. Te ayudaré con Darshan, así tu karma no deberá soportarlo solo, ¿está bien?

Geeta la miró llena de esperanza.

—Pero ¿por qué?

—No estoy diciendo que tengas razón sobre lo de Runi. Rama sabe que estás equivocada en casi todo. Tienes un instinto de porquería; siempre ha sido así. Y tampoco tienes razón al decir que no me siento mal por lo que pasó. No fue mi culpa, pues ella tomó la decisión, pero soy humana y tengo remordimientos. Por eso te ayudaré. Como esas bonobos o lo que sea.

—¿Cómo es que no tienes miedo? ¿Y si la policía nos descubre? ¡Podríamos ir presas!

—Nadie irá a prisión. Preity, Priya, Farah y yo no tenemos miedo porque sabemos eso.

—¿Cómo?

—Porque somos amas de casa de mediana edad, y no hay nadie más invisible que nosotras. Podemos salirnos con la nuestra, incluso si es un asesinato. Cuando te des cuenta de eso, dejarás de andar quejándote como un lobo bebé.

Para Geeta, lo último fue algo innecesario.

—Lobato —corrigió, distraída.

—¿Eh? —Saloni rebuscó en la cocina y se sirvió unas galletas.

—Que los lobos bebés se llaman lobatos.

—Bueno… Esos datos curiosos sobre la naturaleza son muy interesantes, pero ¿tienes algo para beber?

—Hay agua en el vaso.

Saloni hizo una mueca.

—No, me refiero a algo más… Ya sabes.

—¿Bebes? —preguntó Geeta con las cejas levantadas por la sorpresa.

—¿Tú no?

—No. Pero ¿podemos concentrarnos? ¿Cuál es tu plan?

—Debemos colarnos en el patio de Farah. Esa es la única parte complicada. Después, será muy fácil. Pondré las semillas en alguna

comida para él.

—¿Y para conseguir las semillas?

—Creo que sería sospechoso si yo la visitara, pues está claro que no somos amigas, pero vosotras dos tenéis ahora un vínculo extraño, así que mañana irás a su casa, serás amable y le dirás que no piensas entregarla, que tu ataque de histeria ha pasado y que estáis en el mismo bando. Sé convincente. Ella no es idiota, pero sí me parece que está muy sola. Y, mientras tú estás dentro distrayéndola, yo consigo la fruta fuera.

—Ese plan es una porquería.

—No hace falta que seas grosera. —Saloni partió una galleta en dos con los dientes frontales—. Tener modales no cuesta nada.

En ese instante, volvió la electricidad, y ellas pestañearon varias veces hasta que sus ojos se adaptaron. Luego, Saloni encendió la radio y bajó el volumen.

—La parte de la fruta suena muy bien —reconoció Geeta—. Pero las otras, no. Por ejemplo, ¿cómo harás para entrar en el patio sin que la *mukkabaaz* se dé cuenta?

—Los niños estarán en clase.

—Mañana es domingo y, además, la *mukkabaaz* dejó de ir a la escuela para ayudar a Farah en casa. —Mientras lo decía, a Geeta se le ocurrió cómo distraer a la hija de Farah. Sin embargo, era reacia a involucrar en su crimen a Raees y, por ende, a Karem, aunque fuera de forma tangencial. De pronto, en la radio, la canción de una película terminó y comenzó un anuncio, que ella reconoció de inmediato: era la melodía del jabón en polvo Nirma—. El pequeño con el que la *mukkabaaz* estaba peleando es muy bueno, y podríamos hacer que él consiga sacarla de la casa mientras tú entras a buscar el *pong pong*.

—«Jabón en polvo Nirma, jabón en polvo Nirma» —Saloni tarareó por lo bajo, y luego preguntó—: ¿Quién?

Geeta seguía pensando y, al mismo tiempo, se unió al canto, distraída:

—«Vuelve al blanco original». Raees, el hijo de Karem.

—«¡Incluso los colores brillan!». ¿Desde cuándo eres amiga de los niños? ¡Si los odias!

—No los odio. Es solo que no entiendo por qué tanto alboroto, pues, para mí, son medio aburridos y tontos. Pero Raees tiene buen corazón y jugará con la *mukkabaaz* si se lo pido.

—Muy bien. «Más blanco al menor coste». —La cabeza de Saloni se movía al ritmo de la canción—. O tal vez ellos podrían jugar en el patio y él podría tomar una fruta.

—¡No! —dijo Geeta con tono cortante—. Claro que no. No lo meteremos en esto. «Una pizca de polvo, montones de espuma». Piensa si fuese Arhaan.

—Sí, tienes razón.

—«Jabón en polvo Nirma, jabón en polvo Nirma» —ambas cantaron el final de la canción.

—¿Recuerdas cuando usamos toda la caja que tenía tu mamá con tu ropa interior? —preguntó Saloni.

Geeta rio.

—No habría tenido que hacerlo si ella me hubiese contado sobre la menstruación. —A los doce años, Geeta había quedado impactada por eso. Saloni no había sido de ninguna ayuda, pues, debido a la desnutrición y el bajo peso, no tuvo el periodo hasta los dieciséis, así que se había limitado a escuchar con seriedad la historia de su amiga sobre la masacre en su ropa interior. Luego, ambas habían coincidido en que fregar el síntoma curaría el mal. La madre de Geeta las había encontrado con la espuma hasta el cuello. Habían gastado el suministro de varios meses de jabón en polvo, y la espuma había acabado escapando del cubículo de lavado e invadiendo el dormitorio.

—Estaba muy enfadada. —La nostalgia ablandó la expresión de Saloni.

—Lo sé. Me dijo que los dolores menstruales serían mejores o peores según cómo me comportara yo ese mes.

—A mí me dijo que una podía quedar embarazada si usaba el baño después de un varón.

—¡No!

—¡Sí!

—¿Y le creíste?

—Solo un día. —Saloni hizo una pausa y sonrió—. En realidad,

fueron dos años. —Ambas rieron y después la mujer echó un vistazo por la sala—. ¿De verdad no tienes nada para beber?

—¡Saloni!

—¿Qué? Me relaja. A ti también te vendría bien un poco. Mañana pasaré por lo de Karembhai.

—¿Se lo compras a Karem? —La reacción inicial de Geeta fue de alegría, pues eso significaba que él tendría clientes e ingresos para su familia. No obstante, lo había llamado de forma demasiado familiar, y trató de enmendar eso agregando, tardíamente, el sufijo—. Bhai.

Pero Saloni ya lo había oído, y Geeta se dio cuenta de ello por la forma en que la otra inclinó la cabeza, como archivando el chisme, aunque no dijo nada.

—Sí, todos lo hacen. Es el único que vende por aquí. No compro *tharra*, por supuesto, ya que esa cosa podría hacerte crecer pelo en el pecho, sino alcohol de calidad. Lo que de verdad me gustaría probar es eso con clase que beben en las películas. —Saloni arqueó una mano en el aire como una marquesina—. Vino. —Acto seguido, se encogió de hombros—. Pero solo se consigue en las ciudades grandes.

—¿Cuándo comenzaste? A beber, me refiero.

—Después de casarme. A Saurabh le gusta el whisky, y yo lo acompaño de vez en cuando. ¿En serio nunca has probado ni un trago?

—No. Ramesh cambió tanto cuando se volvió alcohólico que yo… —Geeta encogió los hombros.

Saloni apartó la mirada.

—Sí. Con eso es suficiente. Hombres.

—Arhaan me cayó muy bien. Creo que no debes preocuparte por él, se nota que es un buen muchacho. Hablador y pedigüeño, pero decente.

—¿Sí? —Saloni apenas mostró una sonrisa, pero el orgullo le iluminó el rostro.

—Estaba sorprendido de que nosotras nos conociéramos.

—No les cuento mucho sobre mi niñez. Debería hacerlo, así se dan cuenta de todo lo que tienen, pero la verdad es que no me gusta recordar esa época.

Geeta se sintió dolida, aunque sabía que no se refería a ella, sino a que prefería olvidar todo el hambre que había pasado. Aun así, intentó sonsacarle algo más:

—También hubo algunas cosas buenas.

—Por supuesto —dijo Saloni asintiendo con la cabeza—. Pero, cuando elegiste a Ramesh en vez de a mí, esos recuerdos quedaron manchados. Estuviste de mi lado hasta que llegó algo mejor.

—Tú fuiste la que dejó de estar de mi lado.

Saloni le dirigió una mirada tan intensa que Geeta tuvo que apartar la suya.

—No fue así. De cualquier forma, me sentí estúpida, y te odié por hacerme sentir así.

El dolor de Geeta empeoró porque la voz de la mujer, por una vez, no era acusadora, sino resignada y directa, lo que hizo que quisiera consolarla en lugar de seguir discutiendo.

—No eres estúpida.

—Ya lo sé —resopló Saloni con el mentón elevado.

—En serio. Tu aspecto no es lo más interesante de ti.

—Especialmente ahora —dijo la mujer mientras se señalaba el cuerpo regordete y soltaba un fuerte suspiro—. El pobre Saurabh debe de pensar que lo he engatusado, ya que me casé sin nada más que mi aspecto y ahora…

Geeta inclinó la cabeza y la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Eso es lo que te dijo tu suegra? Olvídate de ella. Todavía tienes pintura en el tubo.

Saloni se rio a carcajadas, pero después se contuvo, y, al tiempo que se quitaba los restos de galleta de las manos, aclaró:

—Ey. Que te esté ayudando no significa que seamos amigas o que te haya perdonado. Lo hago porque no me quiero sentir culpable si Farah te mata; no tengo tiempo para esos disparates.

—Entiendo. Gracias —dijo Geeta asintiendo con la cabeza.

16

El domingo por la mañana, Geeta estaba a punto de salir con Bandido para convencer a Raees cuando Arhaan llegó para bañarlo. Sin embargo, ella no podía retrasarse, pues Saloni iría a lo de Farah cerca de las once.

—¿Recuerda? —le preguntó Arhaan por encima de los estridentes *bhajans* y luego se dejó caer en el escalón de cemento para rascar las largas orejas del perro. Este rodó sobre su espalda; después abrió las patas y las dobló para exponer más el vientre. Vergonzoso—. ¿Por las *pakoras*?

—Ah, cierto. Mira, Bandido aún no está tan sucio, así que mejor lo bañas otro día.

—Oh. —Arhaan continuó acariciando al cachorro, quien se retorció de entusiasmo y volcó su cuenco con agua. El muchacho colocó el recipiente en el escalón y añadió—: ¿Está segura? No me molesta, de verdad.

—Le prometí a otro niño que hoy podría jugar con él, así que…

—¡Podemos jugar juntos! ¿Dónde es?

—¿Conoces a Raees?

—Sí, aunque es pequeño. —Las manos de Arhaan se detuvieron; como consecuencia, Bandido abrió los ojos con disgusto y, con la pata, tocó al niño en la muñeca para solicitar más atención—. Y yo no juego con niños pequeños.

Geeta se encogió de hombros.

—Entonces no lo hagas.

—Bueno, está bien.

Acto seguido, Geeta cogió un calabacín tierno y cerró la puerta con llave. Ella y Arhaan tuvieron cuidado de evitar el canal de aguas que dividía la mayoría de las calles de la aldea. Esta agua corría clara; en cambio, los desagües de aguas residuales, menos numerosos y con un

trazado diferente, se acumulaban en la parte sur del pueblo, donde vivían Khushi y los otros *dalits*. Los dos caminaron casi pegados por el lado izquierdo del callejón, saludando a las personas que conocían. Por la derecha, un pastor guiaba unas cabras, con el cayado de adorno, ya que los animales conocían bien el camino hacia el estanque.

Alguna deidad estaría de su parte, porque no habían llegado ni a la mitad del camino a casa de Karem cuando se encontraron con Raees, pateando una pelota medio desinflada; esta parecía ser de un color rojo oscuro, pero tenía tanta tierra que era difícil saberlo.

—¡Tía Geeta! ¡Bandido!

—Hola, Raees. ¿Todavía quieres jugar con mi perro? Arhaan quiere jugar con vosotros dos.

Arhaan saludó a regañadientes con la mano.

—¡Sí! —respondió Raees.

—Muy bien. Pero necesito que me hagáis un favor, ¿de acuerdo?

Los niños se miraron y contestaron:

—¡Bueno!

No obstante, Raees siguió hablando con una voz que indicaba sospecha:

—¿Por qué tiene un calabacín? ¿Irá a ver a mi padre? Porque tuvimos que comer el último que trajo, y yo los odio.

—En realidad, yo también. —Geeta sonrió—. Este es para Farahben. Necesito hablar con ella. —Los pequeños asintieron con la cabeza a la vez que, ocupados, acariciaban el pelaje leonado del animal—. Y, mientras hablo, vosotros jugaréis afuera con la *muk*… eh… la hija de Farahben.

Ambos se enderezaron de inmediato.

—¿¡Qué!? —exclamó Arhaan. El perro, despojado de las caricias, colocó la pata en la pierna del niño, pero este estaba demasiado consternado para prestarle atención—. ¡No con Irem!

Bandido cambió de táctica y le imploró a Raees, quien también miraba a Geeta con un pavor que la sumió en la culpa.

—Pero usted dijo que…

Arhaan, echando humo, habló para sí mismo:

—¡Es que ella está siempre tan… enfadada!

—Lo sé, Raees, y lo que dije anoche es verdad. Por eso esto es un favor, porque sé que no quieres hacerlo. Yo lo apreciaré mucho y quedaré debiéndote un favor.

Eso le levantó el ánimo.

—¿En serio? ¿A mí?

—Sí. Además, apuesto a que ella será más amable si Arhaan está allí. Y Bandido.

Tal era la reputación de Irem que Arhaan ni siquiera preguntó por qué Raees necesitaba protección. En cambio, con astucia, preguntó:

—¿Cuánto tiempo debemos jugar con ella?

—Una hora. Afuera, pero no en el patio.

Raees estaba a punto de asentir cuando Arhaan se paró delante de él con los brazos cruzados y, con los ojos iguales a los de su madre entrecerrados, miró a Geeta.

—Veinte minutos.

—Cuarenta y cinco.

—Treinta. Y podremos jugar con Bandido hasta la hora de la cena. ¡Ah! Y quedamos en paz con lo de las *pakoras*.

—Hecho. —Estrecharon las manos y Geeta murmuró—: Saloni tiene razón: eres un pequeño guerrillero.

Acto seguido, se dirigieron hacia la casa de la infancia del difunto Samir. Ya eran las once y Saloni se estaría preguntando la razón de la demora. Rama sabía lo que ella pensaría al ver que Arhaan formaba parte del escuadrón cada vez más numeroso de niños. Entonces, Geeta recordó la época en que los niños le temían en vez de negociar con ella.

—¡Bandido! —exclamó con tono brusco cuando el perro se acercó a olfatear la comida de un hombre que estaba sentado. Este, irritado, giró el torso y alejó la comida; sin embargo, tuvo que pararse porque Bandido siguió rogándole—. Déjalo.

Detrás de ella, los niños iban charlando. Nada incentivaba la conversación como un enemigo en común.

—Entonces, ¿cuál es la situación con Irem?

Raees quiso patear una botella de plástico, pero falló con sombría

indiferencia.

—Es mi novia.

Arhaan quedó impresionado y, a la vez, consternado.

—¿Ya tienes novia?

—Sí.

—¿Y es Irem?

—Espero que no por mucho tiempo.

—Es mucho mayor que tú.

—¡Lo sé! Siempre le digo eso. ¡Ey! ¿Cuántos años tienes tú?

—Once.

—¿No quieres una novia?

—Claro, pero no Irem.

—No seáis malos; el padre de la niña acaba de morir.

—¿Y cuál era su excusa antes? —le susurró Arhaan a Raees, quien rio, y Geeta lo dejó pasar. Un instante después, se detuvo en seco junto a una casa de adobe, lo que hizo que los niños casi chocaran con ella, cuando un tractor retrocedió en el callejón. Los enormes neumáticos se hundieron en el desagüe y salpicaron agua antes de continuar.

Delante de la casa de Farah, Irem se paseaba al sol, meciendo a un bebé que lloraba. Aunque era domingo, llevaba el uniforme de la escuela, con una *dupatta* cerúlea prendida en el pecho plano. Cuando reconoció a Geeta, abrió los ojos con sorpresa.

—¡Ay, maldición! ¿Ha venido a delatarme? ¿No tiene nada mejor que hacer, como hacerle crecer pelo en la nariz a alguien hasta que se le meta en el cerebro?

Las personas de verdad necesitaban más pasatiempos en ese pueblo.

—Necesito hablar con tu madre, pero no sobre ti. Y los muchachos vinieron a jugar.

—No puedo. Debo cuidar a mi hermano. —La niña hizo un gesto hacia el bebé.

Como ya era demasiado tarde para buscar otra vía, Geeta extendió los brazos a regañadientes.

—Yo lo haré. ¿Tu madre está dentro?

—Sí, está planchando unos vestidos —respondió Irem mientras le

pasaba a su hermanito. Aunque este era muy pequeño y debía tener menos de diez meses, era más fornido de lo que Geeta había anticipado, y ella sintió el peso en sus brazos inexpertos—. Cuidado con la cabeza. ¡*Offo*! ¿Acaso nunca ha sostenido un bebé antes?

—Lo tengo. Id a divertiros.

Arhaan se dio unos golpecitos en la muñeca desnuda y gesticuló con la boca:

—Treinta.

Geeta se mordió el labio y levantó una mano hacia atrás en una falsa amenaza. Enseguida, cuando sintió que el bebé cambiaba de posición, lo sostuvo con ambas manos.

—Ah, ¿Irem? —Geeta mantuvo un tono de voz amable mientras sonreía—. Sé que crees que eres una bravucona fuerte, pero, como mires mal a mi perro, te cortaré en pedacitos y se los daré a él, tal como hice con mi marido. ¿Entendido?

La muchacha abrió la boca para esparcir veneno, pero luego la cerró y asintió. Geeta entró a toda prisa al patio de Farah, llamándola. La casa de cemento seguía la distribución abierta de la mayoría del pueblo. Había varias puertas azules, la ropa lavada colgaba de lo alto y la cocina estaba vacía, excepto por un saco de arroz apoyado en una esquina.

—Irem, ¿conseguiste el cereal en el molino? Espero que le hayas dicho que no lo hiciera tan grueso esta vez.

—Hola —saludó Geeta.

—¿Geetaben? ¿Eres tú? —Farah, con las mejillas enrojecidas, emergió del espacio triangular escondido bajo las escaleras que subían a la terraza, donde había una banqueta y una cocina *chulha* de barro. El calor le había encrespado el cabello alrededor de la frente y las sienes, y el sudor le salpicaba el labio superior—. ¡Qué buena sorpresa!

—¿Tienes un momentito para hablar? Aquí. —Geeta le ofreció el bebé a Farah, pero esta solo le besó la cabeza, como si la otra quisiera que admirara al pequeño en vez de alzarlo. Tras coger el calabacín, Farah se abanicó las mejillas sudadas con las manos. Detrás de ella, las ventanas de la cocina estaban abiertas, lo que dejaba ver el patio a

través de las rejas de hierro. Allí, un búfalo atado masticaba aburrido. Bordeando los setos verdes se alzaba un muro de piedra con cemento descuidado, cuya parte superior estaba decorada con cristales rotos como elemento disuasorio. Sin embargo, Saloni estaba pasando el brazo por la verja para abrir el pestillo.

—Por supuesto. ¿Quieres un poco de té o agua? —preguntó Farah y se dio la vuelta.

—¡No! —exclamó Geeta, y luego se calmó—. No quiero nada. Estoy bien. Ven, siéntate. Parece que necesitas un descanso.

—¡Sí, gracias! Vayamos atrás, que está más fresco. Por cierto, ¡qué bonito *mehndi*!

—¡No! Eh, quedémonos aquí.

—Es estupendo que hayas venido, pues yo iba a pasar más tarde. —Farah, con un gran suspiro, se sentó en un *charpoy* y le hizo un gesto a Geeta para que también lo hiciera. Esta eligió una silla de plástico y la arrastró para poder ver parte del patio a través de la ventana. Después, Farah cogió dos nueces con la mano y las preparó para cascarlas.

—¿En serio? —Era una pregunta que hizo distraída mientras miraba cómo el extremo libre del sari de seda de Saloni se agitaba y quedaba enganchado en el vidrio roto. Ella no se dio cuenta y caminó confiada hacia el jardín hasta que fue retenida hacia atrás, como si la hubieran atrapado. Como un acto reflejo, Geeta sujetó al bebé con más fuerza, lo que hizo que este se echara a llorar. Acto seguido, Farah dejó los trozos de nuez en un plato que estaba cerca y cogió a su hijo.

—Tiene cólicos —explicó, y luego sonrió—. O tal vez extraña a su padre.

Geeta cerró los ojos mientras Saloni se daba la vuelta para ver qué la había capturado. Se parecía a Bandido cuando intentaba atrapar su propia cola.

—Escucha, vine porque he pensado lo que dijiste y tenías razón. Estamos juntas en esto. Al principio estaba abrumada, ya sabes, por el policía que apareció, pero ya está todo bien.

Saloni dio un fuerte tirón, lo que provocó que la seda se rasgara y volviera hacia ella. Geeta vio cómo la mujer soltaba un reguero de

malas palabras mientras contemplaba el *pallu* desgarrado. El bebé, como si fuera un cómplice atento, chilló, y eso ocultó los insultos.

Farah, con expresión amistosa, hizo que el pequeño diera unos saltitos sobre su regazo.

—Me alegro de oír eso. Sabía que vendrías; eres muy inteligente.

—Bueno, las *samosas* ayudaron a aclarar las ideas.

Farah sonrió, sin ningún remordimiento.

—¿No fue divertido? —preguntó. Luego, cogió una nuez y se la ofreció a Geeta, quien la rechazó. Saloni saludó desde el patio como si el hecho de que ambas estuvieran allí fuese una grata sorpresa.

—Graciosísimo —contestó Geeta mientras asentía con la cabeza y veía a Saloni inspeccionar al alto *pong pong*.

Farah abrió otras dos nueces y, de nuevo, le ofreció a la otra.

—No tiene veneno. Lo juro —bromeó.

—Ya sabes cómo es: «El que se quema con leche ve una vaca y llora» —dijo Geeta tratando de sonreír.

La mujer soltó una carcajada.

—Siempre tienes los mejores refranes.

—Lo intento. Entonces, ¿todo bien?

—Todo perfecto. Solo tengo que pedirte un pequeño favor.

Geeta apretó los dientes. ¿Qué les pasaba a estas mujeres con los «pequeños favores»?

—La última vez que me pediste uno, alguien murió.

Farah volvió a reír. Por otro lado, mientras el búfalo observaba con un leve interés, Saloni dobló las rodillas y saltó hacia una de las frutas verdes, pero falló y, en cambio, acabó molestando a dos cuervos. Estos, indignados, se lanzaron hacia el rostro de la mujer con unos graznidos que sonaban más fuerte que el llanto del bebé, y ella tuvo que agacharse.

—No es nada de eso. Es algo mucho más sencillo.

Geeta entrecerró los ojos y le dijo:

—¿Estás segura? «Si alguien no dice la verdad, un cuervo ha de graznar».

Farah suspiró.

—No puedo decir que extraño a Samir, pero sí extraño sus ingresos.

Ahora tenemos un solo salario. Si hasta tengo que cocinar con estiércol en lugar de gas.

—Yo también. Tú, por lo menos, tienes un búfalo, así que es gratis. Pero ¿no pensaste esto de antemano?

—Ay, ya me conoces. Soy muy espontánea. ¿No somos artistas? —Farah se encogió de hombros—. Pensé que podríamos arreglárnoslas, pero resulta que él no tenía mucho dinero ahorrado.

—¿Que él te robara el dinero para comprar *tharra* no era un indicio de eso?

La mujer asintió con la cabeza y dijo:

—Por eso, pensé que podrías ayudarnos.

Al mismo tiempo que la madre cuervo defecaba sobre la cabeza de Saloni, Geeta sintió que, a pesar del día cálido, el miedo le helaba los dedos de los pies.

—Pero ya te he ayudado. Muchísimo.

—Un poco más vendría bien. Digamos doscientas rupias por semana.

—Entonces, ¿lo que necesitas es otro préstamo?

—Ja. ¡No, claro que no! En un préstamo, tienes que devolver el dinero. Esto sería más como un regalo. Yo te daré otro a cambio.

—¿Qué sería?

—Mi silencio. Sobre tus crímenes.

—Eres una maldita saqueadora. —Geeta estaba furiosa e ignoró los pulgares arriba que Saloni le mostraba desde el patio. El cabello de la mujer se parecía al nido que había perturbado, con excremento blanco que le chorreaba en la coronilla. Además, tenía rasguños en los brazos y en el rostro. Sudada, exhibió hacia Geeta la fruta conseguida como si fuese un trofeo—. Y eres tan culpable como yo, o incluso más: tú le diste de comer la espiral.

—Como yo lo veo, es más probable que piensen que actuaste sola. Yo no era la estudiante más lista, y ciertamente no soy instruida. Dudo que la policía piense que soy capaz de tramar un plan tan elaborado. Pero tú… —Farah se inclinó y dejó que el bebé gateara—. Tú eres muy inteligente. Nadie te subestimaría.

—¿Debería darte las gracias?

—Entonces, ¿está bien así? ¿Doscientas rupias comenzando la próxima semana? De hecho, empecemos esta. Creo que la mejor forma es que cubras mi cuota semanal del préstamo. Menos molestia para las dos.

Saloni, cojeando, abandonó el patio.

—Lo pensaré —dijo Geeta.

—¿Qué tienes que pensar? Es una decisión obvia.

—Lo dudo.

—Geetaben, ¿no lo has entendido? Ay, espero haber sido clara. Te estoy chantajeando.

—Esa parte la comprendí.

—Bien. A veces no soy clara cuando hablo. Samir siempre se quejaba de eso.

—Esta vez lo has sido.

Farah sonrió.

—Gracias, *yaar*.

—No creo que puedas llamarme «amiga» cuando me estás chantajeando.

—No, no. Aún eres mi mejor amiga. No veo por qué un pequeño asunto de negocios debería interponerse en eso.

La mujer no se estaba pasando de lista; Geeta notaba que estaba siendo honesta. Era increíble. ¿Eso habría sido siempre parte del plan de Farah, o había visto la oportunidad y la había aprovechado?

—Entonces me iré.

—¿Estás segura? Puedo preparar un poco de té.

—¿Con o sin veneno?

—Bueno, eso ahora depende de ti, ¿no? —dijo Farah rompiendo otras dos nueces.

17

—No lo entiendo.

—Bienvenida al club.

—¿Por qué Farah te chantajearía?

—Por la misma razón por la que vamos a una cena envenenada en casa de las gemelas. Porque este pueblo se ha convertido en un manicomio.

—Ya te dije que solo la comida de Darshan está envenenada. —Mientras caminaban, Saloni levantó el plato de curri picante de verduras que había preparado con las semillas. El color burdeos oscuro se arremolinaba en las manos; la henna le había quedado muy bien. El de Geeta, en cambio, era de un naranja poco atractivo—. Está nerviosa, ¿entiendes? Vamos para darle apoyo moral. —Saloni le lanzó una mirada penetrante—. Eso es lo que hacen las mujeres. Cuidado. Estiércol.

Geeta esquivó el excremento fresco de vaca que había en la tierra. Además, una pila de estiércol seco estaba apoyada contra la vivienda de la derecha, que luego se usaría como combustible.

—¿No está Priya ahí para eso? Aunque, en realidad, no sería apoyo moral, sino inmoral.

—Mira, nadie sospechará que lo envenenaron si parece que todos comimos la misma comida. ¿Nunca viste un episodio de *CID*?

Era la hora de la cena y las calles estaban casi vacías, excepto por algunos hombres en *dhotis* agachados fuera de sus casas, que estaban montando y fumando los *beedis* de la comida. El olor a tabaco impregnaba el aire. Sin quererlo, Geeta pensó en Karem y en cómo sabía a tabaco, aunque nunca lo había visto con un cigarrillo. «Concéntrate», se dijo a sí misma. El curri de Saloni olía tan bien que los hombres que estaban fumando hicieron unos chistes sobre compartir un poco.

—Oh, les aseguro que no quieren esto —bromeó Saloni—. Engorda mucho y los matará. —Todos rieron, excepto Geeta.

Parecía que Saloni no tenía escrúpulos en cuanto a lo que llevaba. Encima de ellas, hileras de oropel brillante, restos de la decoración de las celebraciones, iban de un edificio a otro. Estaban tendidas perpendicularmente a las líneas eléctricas y formaban una red aérea.

—Pero no quiero estar ahí cuando… Ya sabes —susurró Geeta.

—¿Crees que yo sí? No estaremos allí cuando eso suceda. No morirá hasta uno o dos días después.

—Ah, bueno —dijo Geeta de manera inexpresiva—. Qué alivio.

—Trazar un plan está muy bien, pero es difícil ejecutar sola este tipo de cosas.

—Farah lo hizo —se quejó la mujer.

—¿Ahora ella es el modelo de referencia? ¿Farah, la que ha seguido los pasos de su marido borracho para arrebatarte el dinero?

Geeta lanzó un gemido funesto.

—Una mujer me chantajea para que asesine a su marido y otra porque maté al suyo. Dios sabe bajo qué mala estrella nací.

—Te dije que los locos acuden a ti.

—¿Por qué no van contigo?

Saloni sostuvo el plato con una mano para poder flexionar un bíceps.

—Si ellos son uno, yo soy uno y un cuarto.

—Qué humilde. —Geeta soltó un resoplido—. Bueno, terminemos con esto. He tenido un día horrible.

—No eres la única. Esos cuervos me atacaron y me cagaron encima. Y el sari que se rompió era uno de mis favoritos. Farah dijo que no había forma de arreglarlo, pero que lo convertirá en *kurtas* a juego para los niños.

—¿Se lo llevaste a ella? —Geeta la miró boquiabierta.

—¿Qué? —Saloni se encogió de hombros—. Es la mejor modista del pueblo.

Geeta se masajeó la frente al notar que estaban llegando a la casa de Preity y Priya. Luego, Saloni golpeó la puerta. Aún había decoraciones de Karva Chauth: banderines escarlatas alineados en la entrada; dos

diyas apagadas, colocadas en el suelo junto a una montaña de sandalias; y unas lámparas con forma de lágrima y la mecha apoyada en el pico. ¿Cómo nunca se había dado cuenta de que las *diyas* se parecían a las vulvas? Geeta sacudió la pervertida cabeza. ¡Uf! Un beso y, de repente, era una libidinosa…

Preity abrió la puerta, con Priya detrás.

—Está durmiendo. Entrad en silencio.

Mientras las gemelas guiaban a Saloni por el pasillo en penumbras, Geeta quedó atrás, mirando la casa. El lugar era muy grande, aunque supuso que era para alojar a las dos familias. Pasó por un comedor y una sala común para unirse a las otras en la cocina, donde estaban examinando la comida. Las gemelas habían preparado una cantidad considerable de curri picante de verduras, y Saloni había hecho la misma receta, pero le había agregado *kajus* y, por supuesto, *pong pong*.

—Todos los niños comieron antes con los padres de Zubin, así que solo seremos nosotros seis para cenar. —Preity, a modo de invitación, extendió las manos decoradas con henna. Priya sujetó una y Saloni la otra. Estas, a su vez, extendieron las que tenían libres para que Geeta las tomara y completara el círculo. Ella no quería hacerlo, pero los brazos se levantaron como por voluntad propia.

Preity exhaló con seriedad.

—Solo quiero daros las gracias, hermanas. Vosotras sois mi fuerza cuando la mía flaquea.

—«Estamos aquí para ayudar a nuestras compañeras y a nosotras mismas» —pronunció Priya.

El resto se unió para recitar la promesa del grupo de crédito, incluso Geeta.

—«Ayudaremos a las hermanas de nuestro centro en tiempos de crisis».

Cuando Geeta intentó soltar las manos, Priya, con fuerza, le retuvo la que ella sostenía. Preity la miró y le dijo:

—Geetaben, Saloni nos contó que Farah está chantajeándote. Es muy deshonesto.

—Sí, muy deshonesto.

—Pero no te preocupes. En cuanto Darshan parta, Ramesh estará

aquí y Farah no podrá valerse de eso.

Priya apretó la mano húmeda de Geeta.

—Estamos juntas en esto. No estés nerviosa.

—¿No os preocupa que, cuando Darshan también esté muerto, Farah se dé cuenta de lo que sucede? ¡Nos chantajeará a todas!

Saloni negó con la cabeza.

—Nosotras somos más. Si tienta a la suerte, la pondremos a raya. Pero cada cosa a su tiempo.

—¡Vayamos a por ese bastardo! —exclamó Preity sonriendo.

Geeta, aturdida, pensó que quizá el pueblo no se había convertido en un manicomio después de todo. Tal vez los demás eran normales y ella, la única loca. ¿Estaría la cordura, al igual que la belleza, en el ojo del que miraba?

Después de que Preity regresara de despertar a Darshan para que se arreglara, las mujeres pusieron la mesa. Para Geeta era una experiencia diferente colocar vasos de agua junto a platos de acero idénticos, pues estaba acostumbrada a comer sola en la mesa de trabajo. La mayoría de las familias comían sentadas en el suelo con las piernas cruzadas; sin embargo, en esta casa había una mesa circular con sillas desparejadas. Geeta recordaba de su visita que en la casa de Saloni también había una, pero había que tener en cuenta que ella también tenía nevera. Las mujeres se sentaron y esperaron a los hombres. Entre ellas, había una bandeja giratoria que tenía una jarra con agua, *papadams* y escabeche de pimientos verdes.

—Espera. ¿Dónde suele sentarse él? —preguntó Geeta.

—Aquí. —Priya señaló una silla, pero Preity indicó otra.

Se miraron unas a otras. Luego, todas se pusieron en pie y se reacomodaron.

—¿Ese es el que tiene los *kajus*?

—Sí, creo que los veo.

—¿¡No estás segura!?

Zubin, el marido de Priya, entró y frustró la conversación. Era más alto que la media y se notaba que era el tipo de hombre que sería delgado toda la vida. Intentó sentarse al lado de su esposa, pero ella lo frenó y lo guio hasta otro plato.

—¿Aún no te has cansado de mí? —bromeó Priya con voz demasiado fina y alta—. ¿No podemos estar separados ni durante una comida? ¡Como si fuese nuestra luna de miel!

El hombre se veía confundido, pero se sentó donde le indicaron, a la izquierda de Geeta y frente a un plato sin veneno. A la derecha de Geeta estaba Saloni.

Darshan se les unió mientras se secaba las manos lavadas en el pantalón. Llevaba dos anillos en cada mano.

—Estáis de suerte, ya que el curri de verduras de mi Preity es legendario. ¿No es así, *jaan*? —dijo el hombre, quien, a pesar de la compañía, no tenía reparos en mostrar afecto. Luego, besó la sien con cicatrices de su esposa.

—Hoy lo hice extrapicante. —La mujer corrió la silla de Darshan hacia atrás—. Siéntate.

—¡Maravilloso! Eres la mejor, *meri jaan*. —Ella soportó un segundo beso con una gran sonrisa. Después, Darshan se sentó y Zubin lo saludó con un gruñido. Preity, por otra parte, se dedicó a ir y venir de la cocina con *rotis* recién hechos y a ubicarlos donde fuera necesario —. Los *rotis* de mi Preity son de primera, ¿verdad? —preguntó él, a pesar de que nadie había empezado a comer, excepto Zubin—. Los de Priya también son buenos, pero uno se hace más fuerte cuando lo alimenta su alma gemela.

Geeta miró a Saloni.

—¿Habla en serio? —le preguntó. Como respuesta, Saloni le dio un pisotón en el pie. Luego, Geeta exploró su *roti* con el dedo índice y dijo—: Preity, debes enseñarme cómo hacer para que queden tan… mantecosos.

—Con manteca —sugirió Zubin mirándola.

—Claro —dijo ella riendo—. ¿Cómo no pensé en eso?

Acto seguido, miró su plato. La cena olía deliciosa, y era en momentos como ese cuando se daba cuenta de que, aunque sabía preparar algunas cosas, no era buena cocinera. No obstante, disfrutar de la comida en ese momento parecía tan factible como que le brotaran alas y volara hacia la libertad. Partió un trozo de su *roti* con una mano y pellizcó un poco de curri. Cuando abrió la boca, se quedó

helada y luego, con un gemido, dejó la comida en el plato. Le dio una patada a Saloni, y esta se la devolvió. A Geeta le quedó doliendo la canilla, así que se inclinó para masajearla, encorvándose sobre el plato con torpeza.

—*Kaju* —gesticuló con la boca detrás de la mano mientras señalaba su plato.

—¿Qué? —Saloni gesticuló también.

—*Kaju* —dijo Geeta entre dientes y tocó el plato dos veces con el índice.

—¿Qué? —susurró la otra.

—¡*Kaju*!

—Salud, Geetaben —dijo Darshan—. Por favor, usa un pañuelo. Estamos comiendo.

—Perdón.

Cuando Preity volvió con otros dos *rotis* humeantes, Saloni la miró frenéticamente. Luego, mientras Priya hablaba sobre las elecciones locales, Saloni miró el plato de Darshan y después el de Geeta. Dos veces. Tres. Preity inclinó la cabeza hacia un lado, confundida, y, de pronto, la comprensión transformó sus facciones. «Sí que eres lenta», pensó Geeta.

—¡Darshan! —exclamó Preity.

—¿Sí, *jaan*?

—Necesito que me traigas el escabeche del estante superior.

—Aquí ya hay escabeche.

—Pero quiero el de zanahorias.

Darshan se paró.

—Lo que mi *jaan* desee. —Con una reverencia servicial, el hombre se fue. Zubin apenas levantó la mirada de su comida cuando Priya y Saloni cambiaron los platos apresuradamente por encima de la bandeja giratoria. Un instante después, Darshan regresó, con las manos vacías y avergonzado—. No encuentro el escabeche de zanahorias, *jaan*.

Preity rio.

—Ah, claro, ¡qué tonta! Si no hice ninguno. Ven, siéntate y come.

Mientras los otros comían, Geeta mordisqueó un *roti* hasta que, de

repente, preguntó:

—¿Puedo usar la letrina?

—Oh, tenemos baño —dijo Preity—. Lo instalamos el año pasado.

Zubin resopló.

—El gobierno dijo «vamos, India Limpia, nosotros pagaremos». Mentira. Solo nos dieron doce mil rupias, y esa cosa costó el triple.

Priya le lanzó una mirada asesina.

—¿La dignidad de las mujeres de esta casa no vale unas míseras treinta y seis mil rupias? ¿Acaso no tienes hija, esposa o madre?

—¿Quién dice que no? El baño está, ¿verdad? Lloran por la dignidad día y noche.

—¿Qué quieres? ¿Un agradecimiento y un desfile? Si la mayor parte se pagó con mi préstamo.

—Eh… Te mostraré dónde está, Geeta —dijo Saloni mientras se paraba.

—¿Estás segura sobre esto? —susurró Geeta cuando estuvieron solas —. ¿Ves cómo él la adora? «Mi Preity esto, mi Preity aquello». Las canciones de amor usan menos la palabra *jaan* que ese hombre.

—¡Geeta! Contrólate. ¿O tengo que abofetearte?

—¿Qué? ¡No! ¿Por qué?

—Porque eso hacen en las películas cuando una mujer está histérica.

—¡No estoy histérica! Es que no podemos matar a un buen hombre que ama a su esposa.

Saloni levantó las cejas.

—¿Necesitas que te recuerde que ese «buen hombre» le arrojó ácido? Además, es demasiado tarde. El veneno ya está en el pudin. O curri. Lo que sea. Tú entiendes. Ya ha comido la mitad del plato. Ahora, allí está el baño; apresúrate. Y, cuando vuelvas, actúa normal; no estés quejándote como un…

—No lo digas.

—Lobo bebé. Es decir, un lobato.

Geeta frunció el ceño y optó por no revelar la mentira sobre el plato con *kaju*. Darshan comería el plato sin veneno y «milagrosamente» sobreviviría; entonces, ella las convencería de que era una clara señal

de que Rama lo quería en este mundo. Mientras tanto, debía esconder su comida ahora envenenada y después tirarla. Había hecho eso unas cuantas veces de pequeña, cuando su madre cocinaba calabacín, algo que ella aborrecía. Sin embargo, había dejado de hacerlo al darse cuenta del hambre que pasaba Saloni.

Como Geeta, en realidad, no necesitaba usar el baño, ignoró el inodoro en cuclillas de la caseta de cemento y, en cambio, merodeó por el patio; luego asomó la cabeza en un dormitorio, pues, antes de volver a la mesa, necesitaba conseguir un trapo o un pañuelo para meter su curri envenenado. Colgado encima del rincón de oración había un tapiz cuadrado de colores con lentejuelas que parpadeaban a la luz que había encendido, pero tendría que desatarlo y metérselo bajo la falda. Además, dejaría un espacio vacío en la pared. Debajo del tapiz había una base de mármol con una estatua de Krishna tocando la flauta y la devota Radha. La habitación olía al incienso que su madre solía encender y Geeta pudo ver las familiares varillas junto a una caja de cerillas. Bajo esos elementos de oración se extendía un paño rojo con borlas, cuya ausencia le pareció menos detectable. No obstante, a pesar de ser agnóstica, pensó que era irrespetuoso esconder el curri en una tela sagrada. Pero bueno. Estaba salvando la vida de un hombre, así que Rama o cualquier deidad que llevara la contabilidad kármica tendría que ser razonable. La semana anterior había sido cómplice de un asesinato, pero ese punto le daría el empate. Además, lo de Samir había sido defensa propia anticipada. También le prometió al universo que, una vez que eso hubiera acabado, ella se resarciría.

—Perdón, amigos —susurró mientras movía el Radha-Krishna de latón para sacar la tela—. Lo entiendes, Radha, ¿verdad?

—¿Necesitas algo? —preguntó Darshan detrás de ella. Geeta dio un salto y giró—. ¿Te asusté? —Él sonrió. A diferencia de la mayoría de los hombres indios que ella conocía, este tenía dificultades para que le creciera todo el vello facial: la barba era bastante hirsuta, pero el bigote era ralo.

—Estoy bien —mintió la mujer—. Solo estaba admirando la estatua, pero deberíamos volver a la mesa.

—Yo estaba admirándote a ti.

—¿Qué?

—Debe de ser muy solitario vivir sin compañía. En especial durante la noche —dijo él, que estaba parado tan cerca que ella pudo oler la cebolla de la comida.

—No. Algunas personas duermen mejor solas —contestó Geeta mientras se alejaba, hasta que la parte trasera de las rodillas chocaron con el estante de oración.

—No me refería a dormir.

—Sí. —Ella suspiró—. Me lo imaginé. —Intentó dar un paso al lado, pero él le rodeó la cintura con los brazos—. ¡Eh, *gadheda*! Estás casado. ¡Compórtate!

—¿Acaso no soy un simple mortal para que se me castigue por admirar la belleza física?

—Deben de estar preguntándose dónde estás.

—Lo dudo —murmuró él—. Les dije que necesitaba ir al baño después de comer tanto curri, algo que pareció hacerlas muy felices. Para que parezca una fiesta de mujeres, supongo. Lo que nos viene muy bien. —Luego acercó el rostro al cuello de Geeta y esta le dio un empujón, pero él le inmovilizó los brazos entre ellos, y la espalda de la mujer golpeó la pared—. Debes admitir que eres mucho más atractiva que mi esposa. —Levantó la cabeza brevemente—. De hecho, la mayoría de las mujeres lo son.

—¿Y quién tiene la culpa de eso?

—Además, está loca. ¿También soy culpable de eso?

Geeta intentó arañarle el rostro poco atractivo.

—Es probable —respondió. Él rio y ella ordenó—: Suéltame.

—Vamos. Sé una niña buena.

—No soy una niña —dijo Geeta mientras se retorcía.

Darshan no la soltó.

—Exacto. Esto es un cumplido para una mujer de tu edad. ¿Por casualidad recibes muchas ofertas hoy en día? Sé que las viudas tienen necesidades.

Geeta logró levantar una mano y alejar la boca del hombre.

—Lo único que necesito es que te apartes de mí ahora mismo. En serio. Si no, juro por Rama que gritaré.

—Eso será muy vergonzoso para ti, porque entonces tendré que decirle a Preity que deseabas tanto que te follaran que viniste a mi casa y te colaste en mi dormitorio para lanzarte sobre mí. Ni siquiera eres amiga de mi esposa. No eres amiga de nadie. —Darshan empujó la pelvis contra la de ella; aunque el frote era violento, la tela áspera del pantalón apenas susurraba contra el sari. Estaban tan cerca que Geeta podía ver las espinillas en la nariz del hombre. La repulsión que sentía era tan grande como su ira—. Si quieres, yo podría ser tu amigo.

Por supuesto, había habido momentos en el matrimonio en los que Geeta no había querido tener sexo, pero Ramesh sí. En esos casos, él se imponía, no a la fuerza, sino a través del reproche —a veces silencioso y otras, no—, como si, al impedir el acceso, estuviera fallando. Pero eso era parte de la vida de casados, y todos conocían las leyes: no era violación si era marital.

No obstante, nunca había experimentado lo que estaba sucediendo con Darshan, quien parecía tener seis brazos, como si fuese un boceto excitado de una deidad, que se movían por todos lados mientras buscaban alguna parte del cuerpo que ella hubiera dejado desprotegida. Los avances iniciales del hombre habían sido tan torpes y faltos de encanto que a ella le llevó un momento largo y absurdo darse cuenta de que era un ataque. Estaba abusando de ella. Él le clavó los dedos en el espacio encima del ombligo, donde tenía metidos los pliegues del sari y, cuando trató de desatarlos, las uñas irregulares rasguñaron la piel de la mujer.

«Ay, no», pensó ella al oír el sonido de la cremallera, y la ira se transformó en miedo. Así era como debió de haberse sentido la Reina de los Bandidos. No, la Reina de los Bandidos, no. No una divinidad o leyenda. Así debió de haberse sentido Phoolan cada una de las veces que sus violadores hacían caso omiso de sus negativas.

Geeta abrió la boca para gritar, pero Darshan presionó los dedos contra la tráquea de la mujer. Ella comenzó a ahogarse y, entonces, le clavó los puños en el abdomen, aunque eso solo hizo que él sintiera más brío y persistiera.

—Ya te dije que mejor no hagas eso. Sé una niña buena. —El

hombre no cedió y, con el rostro en calma, incrementó la presión. Al principio solo era incómodo, pero después Geeta sintió dolor, así que luchó y trató de desprenderse de su agarre; sin embargo, él lo ajustó con facilidad. Debido a que la cara de Darshan ni siquiera se distorsionó o reveló que consideraba a esa situación, y a ella, un problema, y también porque sus manos experimentadas sabían que, en esa parte, era mucho menos esfuerzo estrangularla que taparle la boca, Geeta se dio cuenta de que él ya había hecho eso antes, y que volvería a hacerlo. Las mujeres deshonradas y manchadas como ella se lo buscaban, al igual que cada niña *dalit* que se levantaba al amanecer con una incomodidad que la obligaba a ir a los campos, donde miraba a ambos lados antes de desatarse el cordón, se desnudaba, se ponía en cuclillas y se volvía vulnerable.

«Va a matarme», pensó Geeta mientras todo se oscurecía, como una luz que se iba apagando. Ella, estúpida y débil, le había perdonado la vida, y eso era lo que recibía en agradecimiento.

18

La noche en que Ramesh le había roto los dedos habían tenido una velada agradable. Él se había servido bastante *tharra*, pero no lo suficiente para pasar de impulsivo a cruel, y Geeta ya la había clasificado como una de las «noches buenas». La cena, según Ramesh, había mejorado mucho, sobre todo teniendo en cuenta las habilidades limitadas de su esposa. Incluso había cantado con la radio, aplaudiendo y meciéndose en un baile exagerado mientras ella limpiaba. Geeta había reído mientras se secaba las manos, en parte debido a un disfrute genuino, pero también por él, para mostrarle que estaba disfrutándolo, pues ella amaba los momentos —y se esforzaba por impulsarlos— en que él hacía el tonto para complacerla a ella, como si eso fuese su prioridad. ¿Acaso eso no era amor? ¿Que un hombre estuviera dispuesto a hacer el ridículo por ti?

Su hindi era un poco torpe, pero ¿qué importaba? Entonces, él había cantado una palabra equivocada. Geeta deseaba recordar qué palabra, qué error, como si el contexto fuese importante. Ella, riendo, lo había corregido, y él había gritado:

—¿Qué? ¿Te crees más lista que yo?

—No, yo…

—Terminaste la escuela, ¿y qué? No te ha servido de nada. No trabajas, no haces nada; ni siquiera me das un hijo.

Ella había pensado que tenían una especie de acuerdo tácito: ya que no quedaba embarazada y no podían pagar para investigar si el problema era de uno o de ambos, habían transformado esa circunstancia en una elección mutua, sin reproches. Incluso cuando estaba muy ebrio y mascullaba que ella había subido de peso, que estaba más vieja o que él no le importaba, ese asunto no lo tocaba, y tampoco su esposa. No obstante, esa noche, con la tregua hecha añicos, ella se había defendido con mordacidad:

—¿Quién dice que el problema no lo tienes tú?

Fue entonces cuando él le quebró los dedos anular y meñique.

Otras cosas habían pasado en ese intervalo de tiempo. Por supuesto, estuvo el instante en que ella se percató de lo que había dicho —problema, fracaso, defecto— y el momento en que él la sujetó; también el instante en que los nervios sintieron el dolor, el momento en que ella se dio cuenta de que la seguridad era una suposición falsa y aquel en que ella giró hacia un lado y él hacia otro. Pero nada de eso había sobrevivido al filtro de la memoria. Sí recordaba tener frío. La mano estaba tan helada que ese frío se había extendido por todo el cuerpo.

—¡Ay, Geeta, mira lo que me has hecho hacer! ¿Ves cómo te pasas de la raya?

El dolor tardó en aparecer, pero después estalló. Finalmente cesó —solo para regresar de manera cíclica con los monzones—, aunque los dedos nunca terminaron de curarse. ¿Cómo iban a hacerlo cuando había tantas tareas?

Más adelante, cuando él la observaba luchar con la preparación de la comida y la limpieza, le repetía:

—Es una lección dolorosa para ambos. Pero hemos aprendido.

Y tenía razón.

Porque las heridas de una batalla preparaban para la siguiente.

En el cuarto de Darshan, con la mano del hombre en la garganta, Geeta agitó el brazo tras ella y encontró un pedacito de salvación. Más en concreto, un pedacito de la fría estatua de latón, quizá la flauta de Krishna. Se ordenó a sí misma estirarse, pero la obediencia requería oxígeno, algo que, en ese momento, Darshan estaba robándole. Sin embargo, el meñique izquierdo, quebrado por Ramesh años atrás, llegaba un poco más lejos que su equivalente derecho, así que, con un poco de esfuerzo, logró tumbar la estatua, que cayó de lado sobre el estante, hacia ella. Geeta la tomó y estrelló la parte de la cabeza contra la sien del hombre.

Él la soltó de inmediato y se tambaleó. Ella jadeó y, debido a que tomó aire demasiado rápido, tosió.

—¡Zorra hija de puta! —exclamó él mientras se sostenía la cabeza.

Luego se lanzó hacia ella con el puño levantado, pero Geeta, con la estatua ya en la mano dominante, lo recibió con otro golpe, moviendo el objeto como si fuese un bate de críquet. Esa vez, Radha fue la culpable, cuyo codo de latón cortó el mentón de Darshan. El hombre no maldijo, sino que giró, mareado y desorientado, y se dirigió a la cama, que estaba decorada con cuatro cojines cilíndricos y un cubrecama a juego.

—Darshan —dijo Geeta para detenerlo, no porque le importara que estuviera sangrando mucho, sino porque supuso que Preity no querría que le manchara los cojines. ¿Cómo nadie había ido aún a ver qué había pasado con ellos? ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Por qué no había alboroto? Sin pensarlo, devolvió la estatua a la base y dio un paso adelante—. Ey. —La voz de la mujer era rasposa y sonó extraña en sus propios oídos. A pesar de que la sangre le fluía desde la frente hasta los ojos, él pareció registrar que ella se acercaba, porque se alejó de inmediato y sin cuidado, tratando de mantenerla a distancia con una mano. Geeta se detuvo, pero Darshan, con las prisas, resbaló, cayó hacia delante y se golpeó la cabeza contra la esquina de la cómoda. El sonido fue seco y fuerte. Un instante después, el hombre cayó de lado —. ¡Mierda! —gritó ella y se tapó la boca con las manos. Él estaba inerte; parecía algún tipo de roedor que no había podido cronometrar bien su paso por la autopista—. ¿Darshan? ¡Joder!

Acto seguido, se escucharon manos golpeando las puertas del dormitorio. Al entrar, Darshan, con intención clara y premeditada, había echado el cerrojo. Por un momento, Geeta quedó paralizada. Desde un rincón recóndito de su mente, tuvo el suficiente desapego para preguntarse por su reacción. Había asumido que sentiría pánico, histeria o frenesí, pero, en cambio, estaba lenta y aturdida, y cualquier intento de pensar le resultaba dificultoso. Los golpes en las puertas continuaban. Geeta, con las manos temblando, cogió el largo cerrojo y tuvo que empujarlo varias veces para poder destrabarlo. Un segundo después, las puertas se abrieron y las mujeres entraron casi en estampida.

—¿Qué…?

—¡Oh, por Dios!

—¡*Dhat teri ki*!

Al ver el cuerpo de su marido con una corona de sangre que se expandía alrededor de la cabeza, Preity se inclinó y comenzó a golpearse los muslos con los puños mientras gritaba:

—¡No, no, no, no!

—Puedo explicarlo —dijo Geeta con la voz aún ronca—. Fue un accidente. Él…

—¡Se suponía que iba a ser un ataque cardíaco! ¡Por causas naturales! —Preity estaba furiosa. Sin embargo, mantuvo la voz baja, y Geeta se dio cuenta de que los niños estarían en algún lugar de la casa. Saloni volvió a echar el cerrojo—. ¿Qué parte de esto te parece natural, Geeta?

Tocándose el lóbulo de la oreja, Geeta trató de explicar:

—Él… Yo…

—Espera, ¿estamos seguras de que está muerto? —preguntó Saloni —. Tal vez solo esté inconsciente.

—¡Espero que esté muerto! —dijo Priya—. Con todas las molestias que nos tomamos.

—De cualquier forma, deberíamos comprobarlo, ¿no?

Todas asintieron, pero ninguna se movió.

Preity le lanzó una mirada asesina a Geeta y señaló el cuerpo de Darshan.

—¿Y? ¡Compruébalo, maldita sea!

La idea de tocar a Darshan le producía más rechazo que la de tocar un cadáver, así que Geeta vociferó:

—¿Por qué yo?

—¡Puf! Es lo menos que puedes hacer, teniendo en cuenta lo mal que lo has hecho todo —dijo Priya con indignación.

Saloni extendió las palmas en señal de paz.

—Yo lo haré.

Para no arruinar el sari, la mujer trepó por el otro lado de la cama y se inclinó boca abajo para tomarle el pulso. Después cerró los ojos y esperó un buen tiempo. La respiración colectiva era pesada y la habitación se calentaba cada vez más. Geeta sintió que se ahogaba en su propia adrenalina y que la cabeza le zumbaba como si estuviera

llena de mosquitos. ¿Cómo había dejado que pasara eso?

—*Kabaddi, kabaddi, kabaddi* —susurró para sí misma, frotándose los brazos con las manos.

Saloni se levantó de la cama, y Priya preguntó:

—¿Y bien?

—Definitivamente muerto.

—Estamos jodidas —dijo Preity.

—Sí, muy jodidas —coincidió Priya.

—¡Tuve que hacerlo! Él estaba… Trató de… —Geeta señaló su propio cuerpo, el cuello maltratado, el cadáver de Darshan, pero no le salían las palabras, y se sintió mareada y con náuseas.

—Este no era el trato —chilló Preity—. ¡Este no era nuestro trato!

—Sí. —Priya sujetó a su hermana por los hombros—. Gran trabajo.

—Dejemos que Geeta nos cuente qué sucedió. —Saloni se paró entre ella y las gemelas y le dijo—: Respira, Geeta. Cuéntanos.

En el suelo, la sangre de Darshan se fue acercando a los dobladillos de los saris mientras Geeta les narraba lo ocurrido. Les explicó que él había empezado a tocarla y luego señaló la estatua.

—La tomé y lo golpeé con ella, pero él volvió, así que le pegué otra vez. Entonces él tropezó y cayó allí. Lo siento. —La mujer se percató de que estaba llorando. Era humillante tener que narrarles todo eso, como si estuviera alardeando de su atractivo y de lo que pensaba de sí misma. Se exponía al ridículo con la idea de que, luciendo como lo hacía, podía ser objeto de lujuria. No solo se sentía violada, sino también arrogante. La vergüenza la invadía y ni siquiera podía mirar a las demás. Por eso, cuando Saloni le tocó el hombro, Geeta se lanzó a un abrazo que la otra, en realidad, no había ofrecido—. Por favor, tenéis que creerme.

Preity asintió con la cabeza.

—Por supuesto que te creo. Si es un cerdo. Era. —Luego se alejó de su hermana para acercarse al cadáver de su marido; entonces, con el pie descalzo, en el que un anillo brillaba a la luz del techo, le dio una patada en un costado—. ¡Desgraciado! ¡*Ghelchoido*! Nunca facilitas nada, ni siquiera al morir. ¿No podías comportarte un día más, hasta que el veneno hiciera efecto? ¡*Chutiya* pervertido y asqueroso!

¡Maldito seas! Espero que, en el infierno, los gusanos se coman tu pene pequeño y… ¡Ay, qué asco!

—¿Qué?

—¡Se orinó encima!

Geeta cerró los ojos. Saloni olía a sudor y talco, pero no era algo desagradable, sino lo opuesto. El aroma a piel, jabón y vida resultaba reconfortante. No obstante, el hedor a la orina de la que Preity se había quejado pronto llegó a sus fosas nasales. Acto seguido, soltó un gemido que Saloni comprendió.

—Geeta, él había terminado el plato, por lo que, de todas maneras, iba a morir —dijo Saloni. Geeta no contestó y la otra añadió—: Tú no hiciste nada malo. Trata de respirar, ¿sí?

—*Kabaddi, kabaddi, kabaddi*…

—Esto es tan inoportuno.

—Sí, muy inoportuno.

—¿Qué le diremos a la gente? —preguntó Saloni.

Priya chasqueó los dedos.

—Que es un misterio. Que lo encontramos así. Pensarán que lo atrapó la bruja. —La mujer realizó una lamentable caminata lunar y siguió—: Solo tenemos que pisar la sangre y caminar hacia atrás, y creerán que fue la *churel*.

Todas la miraron con furia, incluso su hermana.

—Esto es el mundo real —indicó Preity mientras movía los brazos para formar un gran arco a su alrededor—. ¿Te unes a nosotras?

—Además, todos creen que Geeta es la *churel*. —Saloni volvió a darle una palmadita en el hombro a Geeta—. Lo siento, *dost*, pero es verdad.

Preity dio un suspiro.

—¿Qué tal esto? Él estaba borracho y, cuando se levantó a mitad de la noche para ir al baño, se cayó, se golpeó la cabeza y murió.

Priya y Saloni negaron con la cabeza, aunque por diferentes razones.

—Zubin se fue a beber con los demás hombres después de cenar, pero Darshan no. Él se dará cuenta de que hay algo raro —explicó Priya.

—Aparte, ¿cómo explica eso las otras dos heridas con la estatua? ¿Y una autopsia no demostrará que estaba sobrio? —preguntó Saloni.

Geeta se secó las mejillas húmedas y, como sentía la necesidad de contribuir, dijo:

—Podríamos contar la verdad, pero que tú lo hiciste.

Preity, encolerizada, contestó:

—¡No voy a decir que yo lo hice! ¡El objetivo era dejarme fuera de esto! ¿Cuál sería mi defensa? «¿Mi marido trató de tener relaciones conmigo y entonces lo maté?». Todos saben que eso no sería… violación. —La mujer bajó la voz en la última palabra, como hacían todos al decir *balatkara*—. No lo es, a menos que la mujer tenga menos de dieciocho. Pero tú, en cambio, no estás casada con él, así que tendrías más argumentos para… Ya sabes.

La idea de contarles esa historia a los demás, a unos completos extraños, una y otra vez, e implorarles todo el tiempo que la creyeran, que creyeran que un hombre la quería para eso… No. Era muy humillante. Geeta sintió aún más náuseas.

Priya se lamió los labios.

—Podría decir que yo lo hice.

—¿Tú?

—Pensadlo. Vivimos en la misma casa, y él ya lo había intentado conmigo años atrás, por lo que la gente se lo creerá, ¿verdad?

—Parece bastante… —comenzó a decir Saloni mientras asentía.

—¡No! Tú no. Se suponía que ella lo solucionaría por nosotras. No te haré pasar por eso.

—Déjame hacerlo. Por ti. Por nosotras. —Priya tomó las manos de su hermana con tanta fuerza que Geeta vio que las puntas de los dedos se ponían blancas—. Debería haber sido yo. Yo fui quien se rio de él, y también se suponía que yo iría a la tienda aquel día. Él te confundió conmigo, y tu vida se arruinó. Déjame hacerlo.

—No fue culpa suya. Él ha sido el único responsable.

—Escúchame. Es la mejor opción. Diré que, después de cenar, Zubin y ellas se fueron. Luego, cuando entré aquí para buscar incienso o lo que sea, Darshan me encontró e intentó forzarme, y entonces lo golpeé con… —Priya miró a Geeta, quien señaló a la radiante figura de

Radha-Krishna.

—La estatua.

—Eso. Con la estatua. Dos veces. Después él se cayó y yo corrí a mi habitación.

—¿Y las huellas? Estarán las de Geeta —dijo Saloni.

—¿Huellas? —Preity resopló—. ¿Acaso estuviste mirando otra maratón de *CID*? Hablamos de la policía de Kohra. Llevan seis años pidiendo un ordenador, así que olvídate de que tengan laboratorio.

—Como siempre le digo a Arhaan: no hagas algo al noventa o noventa y nueve por ciento. Haz el trabajo completo.

Preity puso los ojos en blanco.

—Bueno, está bien. Las dos la tocaremos, para estar seguras.

—¡Pero no la sangre!

—Claro, señora inspectora, la sangre no. ¡Por favor! Un par de episodios de *CID* y ya crees que eres Rajani Pandit.

Las gemelas pasaron los dedos con suavidad por toda la estatua, como si la estuvieran masajeando con pereza.

—¿Suficiente? —le preguntó Priya a Saloni, cuya boca se torció en diligente escrutinio.

—Un poco más.

—Bonobos. —Geeta no se dio cuenta de que había hablado en voz alta. Todas la miraron, las gemelas todavía tocando la estatua.

—¿Qué dijo?

—¿Qué son «bobobos»?

—Creo que son perlas de tapioca.

—Son unos chimpancés de África. Por alguna razón, está obsesionada con ellos —explicó Saloni.

Priya negó con la cabeza.

—No, estoy segura de que son perlas de tapioca.

Saloni frunció el ceño.

—¿Qué es eso?

—Es té de burbujas.

—¿Y cuándo has bebido tú eso?

Priya inspiró.

—*Meri mausi ka chota sala ki saheli* me llevó a Ahmedabad, cuando

fui a visitarla.

Saloni no parecía estar más segura.

—¿La compañera de universidad del cuñado más joven de tu tía materna?

—Sí, somos muy cercanas.

Preity dio un golpe con la estatua como si esta fuera un mazo.

—¿A quién demonios le importa? ¿Podemos seguir con lo otro?

Saloni asintió.

—Todas necesitamos coartadas. Geeta y yo debemos mostrarnos en público; además, tenemos que asegurarnos de que Zubin no vuelva a casa durante un buen rato.

—Karem —dijo Geeta chasqueando los dedos—. Compramos *tharra* en su tienda y se lo damos a los hombres, así nos ven y también se quedan más tiempo allí bebiendo.

Saloni se dio unos golpecitos en el mentón.

—Eso es bueno. Muy bueno, de hecho. ¿Y Preity? Priya entró al dormitorio para buscar incienso, pero ¿por qué Preity no vio el cuerpo cuando se fue a la cama?

—¡Porque me quedé con los niños! Pihu tuvo una pesadilla y tuve que quedarme con ella. Toda la noche. A veces lo hago. Por eso Darshan pensó que era su oportunidad, porque le dije que estaría con ellos.

Geeta levantó la mano.

—¿Y por qué Priya no despertó a Preity después de que él la atacara?

—No sé —respondió Priya encogiéndose de hombros—. Por honor. Por humillación o vergüenza. Cualquiera de esas cosas que ellos siempre quieren hacernos sentir. ¡Ah! Además, porque me preocupaba mi hermana y no quería lastimarla aún más.

Preity asintió.

—No te diste cuenta de que estaba muerto, pues no viste la sangre; solo corriste y te encerraste en tu habitación.

—De acuerdo, creo que eso puede funcionar —dijo Saloni—. Pero tenéis que vendérselo bien a Zubin, ¿entendéis? Cuando vuelva a casa, estará borracho, y vosotras se lo contaréis de inmediato. Debéis

estar…

—Histéricas —añadió Geeta.

—Sí, muy histéricas —coincidió Saloni con sequedad, lo que provocó que Geeta, a su pesar, soltara una carcajada.

Cuando Priya la miró confundida y con un poco de sospecha, Geeta tosió y, mientras contaba con los dedos con renovada eficiencia, dijo:

—Entonces, vosotras dos tenéis vuestras historias, Saloni y yo conseguiremos nuestras coartadas, no hay huellas, tenemos…

Saloni se mordió el labio.

—Esperad. ¿No sería mejor que el rostro de Priya vendiera la historia más que sus palabras?

—¿Es una especie de acertijo? —preguntó esta con el ceño fruncido.

—Escuchad. Cuando entramos aquí, comenzamos a gritarle a Geeta porque se veía bien. Demasiado bien.

Las gemelas tenían sus dudas.

—En realidad, no. Ni siquiera sé por dónde empezar. El cabello…

—Olvídate del cabello. Mira la piel: en algunos lugares seca y en otros, grasa.

—Está bien, yo… —comenzó a decir Geeta mientras se tocaba la nariz.

—Un poco de lápiz labial no le vendría mal.

—¿Y eso es un sari o un trapo?

—¡He dicho que está bien!

—Sí, sí, todo lo que habéis dicho es cierto. Y un poco más también —murmuró Saloni—. Pero lo cierto es que ella siempre se ve mal. Yo me refiero a estar mucho peor.

—¡Ey! —exclamó Geeta.

Saloni le apretó la mano.

—Cuando esto termine, te arreglaremos. Un desastre cada vez, ¿vale?

Antes de que Geeta pudiera comentar algo, Preity habló, dirigiéndose a Saloni, pero sondeando a su hermana.

—Entonces, necesita moretones, ¿no?

Saloni asintió.

—Pienso que eso sería algo, ya sabes, irrefutable.

—Eh, esperad un minuto —dijo Priya levantando un dedo.

Preity reflexionó sobre eso.

—¿Y qué? ¿Tenemos que golpearla?

—Calmémonos un poco —pidió Priya mientras daba un paso atrás.

—Nada alocado —continuó Saloni—. Solo para hacer que le sangre el labio o le quede negro un ojo.

—¿¡Perdón!?

Geeta asintió con la cabeza.

—Como había quedado Farah después de la paliza de Samir.

—¡Exacto! —exclamó Saloni chasqueando los dedos—. Sí. Ese es el aspecto que buscamos.

—¿El aspecto que buscamos? A ver, Lakmé, alejaos.

Saloni miró el reloj de la esquina.

—Se está haciendo tarde, ¿no? Debemos pegarle lo antes posible y marcharnos.

—De ninguna manera. Sin golpes.

—Escucha, Priya —dijo Saloni con las manos en las caderas—. Si tu cara queda un poco arruinada, no tendrás que fingir tanto, y las personas no harán tantas preguntas. ¿O actúas tan bien, Amitabh Bachchan, que no necesitas ningún disfraz?

—Yo… Eh…

—Exacto. Uno o dos *thappads* ahora te ahorrarán lágrimas más adelante.

Saloni era tan persuasiva como había sido en la escuela, donde engatusaba a las niñas para que compraran horquillas malas y feas o se encapricharan con niños malos y feos. Era admirable y, a la vez, intimidante. Geeta recordó cómo era tener a alguien de su lado, defendiéndola no menos de lo que lo haría por sí misma. Había pasado tanto tiempo que se había acostumbrado a quedar abatida bajo el peso de la soledad. El alivio fue inmediato e, incluso, se sintió más grande, como si viera el mundo desde una altura mayor.

Priya exhaló su rendición:

—De acuerdo. Hagámoslo.

Se decidió que sería Preity quien lo llevaría a cabo, ya que, al ser hermanas, había menos probabilidades de que quedara algún tipo de

rencor. La mujer comenzó a quitarse los anillos, pero Saloni la detuvo.

—¿Qué haces?

—Es que los anillos dejarán marcas… Ah, claro.

Priya se quedó allí parada, con los ojos cerrados y el cuerpo tenso. Mantuvo los brazos a los lados del cuerpo con fuerza cuando Preity echó la mano hacia atrás y lanzó el golpe. Fue una bofetada suave, como la que las mujeres les dan a los hijos por faltas leves, y la cabeza de Priya ni siquiera se movió.

—Preity, eso no estuvo bien.

—¿No debería ser un puñetazo en vez de una bofetada?

—¡Ey! ¿Acaso me parezco a la hija de Farah como para golpearla tan fácilmente? ¡Es mi hermana!

—¿Cómo era el nombre de la *mukkabaaz*?

—Miriam.

—No, es Imani.

—Irem —aclaró Geeta.

—Ah, cierto —dijeron las otras al unísono.

—¿Podemos concentrarnos? —preguntó Geeta.

—¡Ya sé! Enójate —propuso Saloni.

—¿Cómo?

Saloni echó los hombros hacia atrás y, como si fuese un acto de campaña, anunció:

—¿Cómo no estás enfadada cuando ella es la hermana bonita y tú, la fea? Por años has estado obligada a tener sexo con un hombre que se la imagina a ella.

Las mujeres ahogaron un grito, y luego Geeta continuó:

—Parecen las fotos del antes y el después.

—Bueno, ahora quiero pegaros a vosotras.

Priya suspiró y dijo:

—¿Recuerdas cuando éramos pequeñas y a ti en verdad te encantaban los *jhumkas* de oro de mamá?

—Sí, claro —Preity frunció el ceño.

—La razón por la que me los dio a mí en lugar de a ti es porque creyó que algo sucedía entre tú y ese niño sij, y nunca lo pudo superar.

—¿Y por qué pensaba eso?

Priya sonrió con vergüenza.

—Probablemente porque algo pasaba entre ese niño y yo, y le dije que eras tú cuando alguien nos vio.

—¿Qué?

—¡Lo siento! Pero tú eras su favorita. A mí nunca me lo hubiese perdonado.

Acto seguido, Preity golpeó a su hermana en el ojo con una precisión increíble y esta se tambaleó.

—¡Me encantaban esos pendientes y pensaba que me casaría con ellos!

—De cualquier forma, no podrías haberlos usado debido a lo del ácido. ¡Ay! —exclamó Priya después de que Preity le diera otro puñetazo. Una gemela se agazapó y la otra se acercó. Con habilidad, ambas esquivaron el cuerpo de Darshan, pero, igualmente, fue una lucha poco elegante: Preity asió una de las muñecas de su hermana para mantenerla al alcance y usó la mano libre para atacarla—. ¡Te los devolveré!

—¿De qué me sirven ahora?

—Bueno —dijo Saloni después de mirar la hora en su reloj—. El último, Preity. Ya está sangrando.

—¡No sé! ¿Tal vez para Pihu? ¡Ay!

Priya se agachó y se protegió el rostro. Preity improvisó con destreza y pellizcó un pequeño pedazo de piel que había quedado descubierto bajo el brazo de la mujer, la cual gritó.

—¡Shh! —regañó Saloni—. ¡Los niños!

—Basta —ordenó Geeta. Y pensar que alguna vez había lamentado la falta de hermanos—. Es suficiente. La última.

Mientras las hermanas seguían peleando con los bordes decorados de los saris revoloteando de un lado a otro, Saloni se dio la vuelta hacia Geeta y comentó:

—Bueno, la verdad es que mintió, se quedó con los pendientes y manchó su nombre.

—¡Ahora todo tiene sentido! Mamá no me habló durante meses y yo pensé que era porque había tenido calificaciones bajas en los

exámenes. Además, me dio un sermón sobre que «nadie se casaba con mujeres fáciles». ¡Cielos! ¡Qué zorra!

—En serio, Preity. ¡La última! —indicó Saloni, pero ella y Geeta tuvieron que intervenir porque la mujer las ignoró. Geeta se llevó a la hermana que estaba sangrando mientras Saloni calmaba a la otra.

—Lo sé, lo sé, a ti ni siquiera te gustaba el muchacho sij. Si te hace sentir mejor, todos sabían que la que era fácil era Priya. Siempre fue así.

—¡Amaba esos pendientes! ¡Y también a mi madre! —Preity estaba furiosa.

Por otro lado, mientras Priya lloraba, Geeta trató de quitarle las manos del rostro para evaluar si el daño era convincente. Luego la hizo callar y le indicó que guardara algo para cuando volviera su marido. Las cuatro mujeres se reunieron junto a los pies de la cama. Desde su posición, Geeta podía ver la estatua tras Saloni. Cerró los ojos y recordó el rostro burlón de Darshan, al igual que sus manos sobre ella, no solo como si fuese su dueño sino como si le estuviera haciendo un favor. «Sé que las viudas tienen necesidades». Abrió los ojos de golpe al caer en la cuenta de que todo eso no había servido de nada. Estaba peor que antes. La rabia y la adrenalina la abandonaron y la dejaron agotada.

—Recuerden: Geeta y yo nos fuimos de inmediato, justo después de Zubin. Preity, ve con los niños. Priya, ve a tu cuarto y espera a Zubin. ¿Todas listas? —Las mujeres asintieron, y Saloni, para beneficio de Geeta, añadió—: Cuando las cosas se tranquilicen con la policía, buscaremos a Ramesh.

Geeta, sintiendo los párpados pesados, exhaló.

—No, no lo haremos.

—No entiendo.

—No podemos encontrarlo porque ellas no saben dónde está. —Geeta miró a Preity, quien, de pronto, encontró el suelo muy interesante—. ¿No?

Preity negó con la cabeza sin levantar la vista.

—Sigo sin entender.

—Él me llamó «viuda» —explicó Geeta—. Cuando me atacó,

pensaba que era viuda, lo que significa que nunca vieron a Ramesh.

El rostro de Preity se arrugó por la culpa.

—Necesitaba tu ayuda —dijo con calma—. Cuando Saloni mencionó… Pensé que era mi oportunidad.

—No dirás nada, ¿no? —susurró Priya—. ¿Sobre Darshan?

—¿Cómo voy a hacerlo? Si yo lo maté. Estamos todas atrapadas en la misma red.

19

—No lo sabía —dijo Saloni en cuanto abandonaron la casa de las gemelas en dirección a la tienda de Karem. Justo en ese momento, otro corte de energía dejó a oscuras toda la fila de casas a ambos lados de la calle. La luz de la luna era intensa y Geeta vio que Saloni se pellizcaba la garganta a modo de promesa—. Juro que no tenía idea.

—Te creo.

—En serio. Yo no…

—Dije que te creía, y así es.

—¿Sabes algo? Tal vez sea mejor que no encontremos a Ramesh.

—¿Por qué?

—Porque hemos estado a la defensiva cuando deberíamos estar aumentando nuestro ataque. Podemos dejar que Farah siga pensando que tú mataste a Ramesh, así, al menos, cree que está tratando con una asesina de verdad. Si la amenazas de forma convincente, ella dará marcha atrás.

—No amenazaré a Farah. Ella también es una asesina. —Geeta, resignada, se encogió de hombros. Mientras que los sucesos en la casa de las gemelas parecían haber pasado como un torbellino, el tiempo ahora era melaza, como si estuviera mirando una película en cámara lenta—. Lo que tenga que ser será. ¿De qué me servirá probar mi inocencia en el asunto de Ramesh cuando tengo otros pecados atados al cuello?

—¿De qué estás hablando?

Sin embargo, Geeta no estaba diciendo ninguna incoherencia; al contrario, se encontraba envuelta en una extraña calma.

—He matado no a uno, sino a dos hombres, así que, si me meten presa, lo tengo bien merecido.

Saloni se detuvo.

—Escúchame. Lo de Darshan casi podría considerarse un suicidio.

No, óyeme, lo digo en serio. Sí, se supone que no debes matar, pero tampoco debes violar, ¿no? Él rompió el acuerdo primero. Gandhi estaba equivocado en algunas cosas. Cuando alguien te amenaza, tienes todo el derecho a protegerte. La *satyagraha* o resistencia pasiva o lo que sea está bien para las marchas de la sal y por la libertad, pero no cuando alguien está intentando violarte. No tienes por qué querer a los malditos que te oprimen, y no dejes que nadie te diga lo contrario.

—¿Por qué no somos nosotras alguna vez las malditas opresoras? ¿Por qué para nosotras todo es una reacción?

—Porque las mujeres están hechas para soportar las reglas de los hombres.

—Pero ¿no podemos elegir nosotras también?

—Tú lo hiciste, con Darshan. Y te defenderás con Farah, ¿me oíste? Le dirás que, si no te deja en paz, le pasará lo mismo que a Ramesh y a Samir, y ¿quién alimentará entonces a sus hijos maleducados?

—Solo quiero que esto acabe.

—Pronto. Hay que enfrentarse a la locura con más locura. «La gente así no entiende con palabras, sino con patadas». —En ese instante, llegaron a la tienda—. ¿Lista?

—¡Geeta! —saludó Karem con una sonrisa, pero se contuvo cuando vio a Saloni, quien lo observó con sagaz interés—. Saloniben. —El hombre tosió—. ¿Cómo están?

—Bien, bien. Queríamos *desi daru*. El bueno.

El hombre levantó una ceja.

—¿Una fiesta de mujeres?

—No, no. —Saloni rio—. Es para los hombres.

Karem asintió y luego les dio dos botellas de vidrio iguales a las que Geeta había visto cuando había comprado *tharra* para Samir. Saloni le pidió que lo agregara a la cuenta de su marido y entonces él hizo una anotación en el libro de contabilidad.

—Aún sigo esperando ese vino, Karembhai.

—¿Y cómo evitaré que se eche a perder? —preguntó él sonriendo—. No todos tenemos nevera. —Después le guiñó un ojo a Geeta, quien, de inmediato, desvió la mirada. A Saloni no se le escapó nada de eso; Geeta lo sabía con seguridad.

—¿Y tú cómo estás, Geetaben?

—Estoy bien. —La mujer respondió de manera tan forzada que resultó sospechoso. Entonces, trató de arreglarlo—: Muchas gracias. —Eso había sonado incluso más formal. La sonrisa de Saloni era más grande que la India. Acto seguido, esta metió las botellas en la bolsa de yute con un tintineo delator.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Saloni apenas salieron—. Te gusta Karem.

—¿¡Qué!? Eso es una locura. No es verdad.

—¡Sí, te gusta! —Saloni le dio un golpecito en el hombro a Geeta con el suyo—. En verdad te gusta. ¡Si hasta estás sonrojada!

Geeta apartó a Saloni.

—No. Además, no puedo sonrojarme porque soy morena. Y tú estás fuera de lugar.

—Bueno, pero, si pudieras, lo estarías. Porque te gusta mucho.

—Aunque así fuera —comenzó a decir Geeta, quien, cuando la otra aplaudió con deleite, levantó la voz—, y no estoy diciendo que me guste, pero si así fuera, ¿qué sentido tendría? No llegaría a nada.

—¿Por qué no? Espera un minuto. Me olvidé las llaves. —Le dio la bolsa a Geeta y, deprisa, regresó a la tienda. Cuando volvió, enganchó el llavero al sari y repitió—: ¿Por qué no? Te daría un poco de felicidad. Rama sabe que te lo mereces.

—¿Cómo haríamos para que funcione? Él es un musulmán viudo con cuatro niños.

—Y tú eres una viuda hindú sin ninguno. Podríamos vender los derechos de la película.

—Cosas así no suceden en los pueblos. La gente de ciudad puede mezclarse, pero nosotros no.

—Tampoco tienes que casarte con él. Solo diviértete un poco. Ten un amorío.

—¿Solo divertirme? Aquí todos saben lo que hacen los demás. Si te tiras un pedo en una esquina, lo huelen en la otra.

Saloni arrugó la nariz.

—¡Qué metáfora más elegante! Gira a la derecha; suelen estar cerca de la torre de agua.

La torre de agua del pueblo era para los hombres ebrios lo que la bomba de agua para las mujeres. De vez en cuando se reunían, se servían licor y se burlaban unos de otros por su escasa capacidad para beber. A veces subían las escaleras a trompicones, con la esperanza de disfrutar de la brisa y de las vistas, pero en ese pueblo no había ni lo uno ni lo otro. Allí había pocos árboles, por lo que las voces de los hombres se oían con facilidad. De pronto, un estallido de risas estridentes guio a las dos mujeres.

Los hombres estaban sentados sobre una manta llena de bocadillos y botellas de alcohol, algunas más llenas y otras no tanto. Alguien estaba agachado junto al fuego improvisado tostando un *papadam*. Cuando la persona se puso de pie temblando, Geeta reconoció al marido de Saloni, Saurabh, quien estaba extremadamente borracho. Este le dio el *papadam* crujiente a Zubin, quien le echó cebolla picada y zumo de lima antes de comerlo, momento en que trocitos quebradizos le cayeron sobre la camisa.

—¡Ah! —exclamó Saurabh al ver a su esposa—. Madre de Arhaan, mis respetos. —El hombre juntó las palmas en la frente en un saludo namasté y se inclinó en señal de deferencia, pero descendió demasiado y perdió el equilibrio.

—Padre de Arhaan, bebe un poco de agua —dijo Saloni riendo.

—¡Puf! ¿Agua? —Él agitó la mano—. Por cierto, ¿cómo fue la cena? —preguntó, aunque enseguida se distrajo con un crujido que indicaba que alguien había abierto una bolsa de bocadillos Haldiram's.

—Aburrida. —Saloni bostezó y, con indiferencia, añadió—: Nos fuimos justo después de ti, Zubin. Uno de los niños tuvo una pesadilla y bla, bla, bla.

Un hombre que Geeta no conocía estaba tendido en la manta, apoyado sobre codos temblorosos.

—¿Invitaste a la *churel* a tu casa? Ten cuidado, Zubin, o te despertarás como un viejo arrugado —dijo el sujeto y luego se desternilló de risa.

Geeta se enfureció, pero, al menos, nadie se unió a las carcajadas. Acto seguido, Saloni, con el ceño fruncido, anunció:

—Fuimos a la tienda de Karembhai y trajimos regalos. Tomad, ¡es

para vosotros!

—No era necesario —le dijo Saurabh a su esposa mientras los demás, felices, liberaban a la mujer de las dos botellas que tenía en las manos—. Podría emborracharme solo con tus ojos.

—¡Ay, cállate! —exclamó Saloni dándole una pequeña bofetada con ternura en la mejilla.

Saurabh miró a Geeta.

—¿Vosotras dos sois amigas otra vez? ¡Qué bien! ¿Sabes, Geetaben? Mi esposa habla todo el tiempo de vuestra infancia juntas. ¡Las travesuras que hacíais!

—Ah, ¿sí?

—No es cierto, borracho tonto. —Luego, Saloni le aclaró a Geeta—: No es verdad.

—Sí, lo es. Después de dos copas, siempre mencionas que la extrañas y que Ramesh era el idiota más grande del mundo.

—También digo que desearía estar casada contigo mil vidas más. ¿Ves cómo miento, *gadheda*? ¡Uf! Ven, Geeta, nos vamos.

Las mujeres abandonaron la torre de agua y caminaron en silencio. Debido a la vergüenza obvia que sentía Saloni, Geeta no mencionó la revelación de Saurabh, lo que, en ese momento, ocupaba su mente más que lo Darshan. En cambio, preguntó:

—¿Cómo estás tan… bien? Con todo lo que ha sucedido, quiero decir.

Saloni se encogió de hombros con honestidad.

—No lo sé, pero sí sé cómo se siente la culpa, y ahora no tengo ninguna. —Dudó y después continuó—: Después de que Runi se suicidara, yo estaba muy mal. —El dolor se reflejó en su mirada y Geeta sintió que se le encogía el corazón—. Pensaba lo mismo que tú: que la había matado. Todo el mundo oyó las cosas que le dije. Yo quería que abriera los ojos, que viera la víbora que era su hijo y que dejara de ser tan crédula. Pero luego volví sola y le dije que le prestaría el dinero para los usureros y que, una vez que los quitáramos de encima, lo resolveríamos. Haríamos que su hijo dejara las drogas, encerrándolo en un cuarto si era necesario. Le he dado mil vueltas. Si ella sabía que había una solución para lo del dinero, entonces se

suicidó por vergüenza. Porque yo la humillé.

Los modales indicaban que Geeta debía protestar, pero la integridad la mantuvo callada.

—¿Dónde está el hijo ahora?

Saloni suspiró.

—No tengo idea. Desapareció. Ese *chut* egoísta ni siquiera fue para encender el fuego de la pira de Runi. Mejor ser estéril que tener un hijo así. —La mujer miró a Geeta—. Perdón.

Geeta no la corrigió.

—Entonces, ¿quién pagó por los últimos ritos? ¿Tú?

—No compensaba nada, pero era lo correcto —contestó Saloni después de asentir con la cabeza. Luego, sonrió apenas—. ¿Qué decía siempre tu madre? «Después de comer novecientos ratones, el gato hace la peregrinación a La Meca».

Geeta no mencionó que se había acordado del mismo refrán días atrás.

—Sí.

—Echo mucho de menos a esa mujer.

—Yo también. —Sin embargo, el dolor por la pérdida de su madre se vio un poco mitigado al compartir ese recuerdo. Geeta no era la única que pensaba en ella, y eso hizo que sintiera que no estaba tan lejos—. Ella te quería mucho. Hubiese estado muy contenta de veros felices a ti y a Saurabh.

Saloni resopló.

—Sí, él lo está ahora. Espera a que despierte mañana. —La mujer se aclaró la garganta—. Pero sí, teniendo en cuenta todo, somos felices. Siempre agradezco que no tenga mal carácter.

—¿Te lo imaginas? Solo hay lugar para una dinamita en la relación.

—Cállate. Hablando en serio, él siempre ha sido muy moderno. Como con la bebida: le gusta que yo lo acompañe. ¿Cuántos maridos permitirían eso? Y lo bueno es que tampoco suele ponerse del lado de su madre. Tuvo que quebrantar a esa gárgola para que no les exigiera una dote a mis padres. ¡Imagínatelo! Ellos no tenían nada. Pero somos de la misma casta y, aparentemente, eso es más importante que el dinero. Bueno, eso y que tengo la piel clara. ¡Ah! Y los ojos. ¿Te conté

que, cuando los niños nacieron, ella hizo ayuno durante dos semanas para pedir que los ojos de los pequeños fueran verdes? ¡Qué maldita!

Geeta no le aclaró que no se lo había contado porque los últimos dieciséis años no se habían hablado. En cambio, asintió.

—La generación anterior está más apegada a los ritos y todo eso. Ramesh tuvo que lidiar con lo mismo, pero al final convenció a su familia de que no aceptaran la dote, algo por lo que siempre estuve agradecida, a pesar del monstruo en que se convirtió después. Mis padres no tenían un hijo varón con quien vivir, así que de verdad necesitaban sus ahorros. —La mujer hizo una pausa—. Aunque, en realidad, no tenían nada. Todavía no puedo creer que mi padre dejara tantas deudas. Sé que no era su intención, pero fue algo que me sorprendió, pues pensaba que lo conocía mejor.

—Claro. —Saloni tosió—. Escucha, Geeta, yo…

—¡Ey! ¿Qué hace él aquí?

—¡Ah! Lo olvidé.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Geeta a Karem, quien se había puesto a jugar con Bandido cerca de la puerta. Cuando ellas se acercaron, el perro olfateó los tobillos de Saloni y luego le montó la pantorrilla. La mujer se lo sacudió de encima y después se puso al otro lado de Geeta, pero el animal la siguió.

—Saloniben me pidió que trajera otra para ti —respondió el hombre mientras sacaba una botella de una bolsa de tela.

Saloni soltó una risita, todavía tratando de ahuyentar a Bandido.

—Ah, sí. Es un regalo para ti, Geeta. Estoy cansada de venir y que solo tengas agua para beber. ¿Podrías decirle a tu perro que soy una mujer casada?

—¿Cuándo…? —Se dio cuenta de que lo había hecho cuando supuestamente se había olvidado las llaves—. No importa. ¿Quieres entrar? ¡Basta, Bandido!

—No —contestó Saloni.

—Sí —respondió Karem al mismo tiempo. Acto seguido, comenzó a tartamudear—: Perdón, ha sido un error.

Con una sonrisa embarazosa, Saloni dijo:

—Karembhai, le prometí a Geeta que le haría compañía, pero debo

irme. ¿Te quedarías a conversar un rato?

—Por supuesto.

Cuando Karem se inclinó para acariciar al perro, Geeta le pellizcó el codo a Saloni y susurró:

—¿Qué haces?

—¿Qué haces tú? ¡Necesitas una coartada! Deja que se quede.

—Ya tenemos nuestras coartadas.

Antes de irse, Saloni movió las cejas de una forma que solo podía describirse como obscena.

—De cualquier forma, deja que se quede.

Geeta abrió la puerta, pero no entró.

—No es necesario. Ella… solo está bromeando. Seguramente debes ir con tus hijos.

—Ellos están bien. Me gustaría hablar contigo, si estás de acuerdo.

—Trae a Bandido también. Debe de tener hambre —dijo ella después de asentir. Karem observó la casa de la misma manera que había hecho ella en la suya y centró la atención en la mesa de trabajo. Mientras tanto, Geeta tomó la botella y fue hacia la cocina exterior para hervir un poco de agua—. ¿Por qué no bebes? —le preguntó después—. ¿Por razones religiosas?

Él apoyó un dedo en la radio y contestó:

—Lo he probado, pero nunca me interesó demasiado. Soy más de tabaco, aunque mi hija me hizo prometer que lo dejaría, así que ahora solo fumo un *beedi* por la noche.

—Saloni quiere que lo pruebe con ella.

—No sabía que tú y Saloniben erais tan cercanas.

—Antes sí. Ahora, tal vez, de nuevo. No sé. Todo es muy nuevo.

—Lo nuevo puede ser bueno.

—Karem, quiero decirte que esa noche, lo que hicimos, yo…

—¿Sí?

—Lo pasé muy bien. —En ese momento, trató de poner los ojos en blanco como para señalarse a sí misma y darle a entender que el chiste era sobre ella y que era consciente de ello, pero no lo logró—. Antes de arruinarlo, claro.

—No arruinaste nada. —Ante la duda de ella, él rio—. Los dos lo

hicimos. Fue un error mutuo. Y yo también lo pasé muy bien. Eres una mujer directa, y respeto eso. —Geeta sintió vergüenza, pero él estaba muy preocupado por sus próximas palabras como para darse cuenta, porque continuó—: Así que yo también seré sincero. Dije que éramos amigos, lo que es cierto, pero también somos adultos, y es obvio que tengo intenciones de ir más allá de la amistad. Sería infantil negarlo, sin mencionar una pérdida de tiempo, y yo tengo muy poco de eso. Aun así, no es necesario ser algo más que amigos; solo me gusta tu compañía.

Geeta tragó con dificultad. Se dio cuenta de que las personas no daban vueltas en este asunto porque fuera divertido, sino porque la alternativa era exponerse al rechazo y decir «haz conmigo lo que desees». El agua ya estaba hirviendo y, mientras agregaba un bol de lentejas lavadas, contestó:

—A mí también me gusta tu compañía, y tienes razón: somos adultos y… al igual que tú, mis intenciones van más allá de la amistad.

—Sí, lo sospechaba.

La mujer sonrió con una autocrítica que surgió de esa nueva seguridad.

—¿Qué me delató? ¿Qué te comí la boca?

La risa del hombre fue penetrante, pero no desagradable.

—Esa fue una pista, sí. ¿Lo ves? Muy directa.

—Entonces, ¿estás de acuerdo con mantener esto entre nosotros?

—De cualquier forma, así debería ser. No es asunto de nadie más.

—De acuerdo; muy bien. —Geeta asintió, y continuó haciéndolo por un momento—. Y, eh… ¿Qué significaría eso?

—Supongo que significa que nos vemos cuando queremos y podemos. Y que podemos comernos la boca si así lo deseamos.

—¿Y… la otra cosa?

—Mmm. Lo averiguaremos sobre la marcha. ¿Qué te parece?

—Me parece muy bien. —La mujer vaciló entre el alivio de poder sonreír y culpa por lo mismo. Era un péndulo asfixiante—. Le daré de comer a Bandido. —Acto seguido, coló las lentejas y las dejó enfriar. Luego entraron y el perro abandonó de inmediato a la lagartija, su

archienemiga, por la comida. En ese momento, Geeta no podía imaginar ser capaz de volver a comer. Sabía que en los días siguientes se desplegaría un abanico de temores. Un mes antes, llevaba una vida tranquila; sin embargo, ahora vivía atormentada al comprender que lo que había hecho la perseguiría por el resto de sus solitarios días. Pero esa noche no sentía ansiedad, temor ni culpa, sino solo calma. ¡Qué alivio! Ese respiro era una bendición que no esperaba, aunque sabía que no era algo que pudiera sostenerse. Tal era su entumecimiento que incluso la gratitud por ese regalo era distante y teórica. Debería pedirle a Karem que se fuera, pues no era decente arrastrarlo a su desastre, pero la idea de estar sola con los recuerdos de esa noche («trauma» era una palabra que sentía demasiado dramática a pesar de que encajaba perfectamente) fue suficiente para preguntarle—: ¿Te sentarías aquí conmigo? No… No creo que esté lista para algo más hoy, pero ¿me harías compañía?

Si él se sorprendió por el pedido, no lo reveló.

—Claro.

Entonces abandonó la silla de plástico para sentarse en el catre. Luego tomó la mano de Geeta, que sintió cálida y seca, y la sostuvo en su regazo. Las pieles ásperas se rozaban entre sí. El alivio la invadió e hizo que el espacio dolorosamente tenso entre los omóplatos se relajara. Con un instinto nacido de ocupar un cuerpo durante décadas, tuvo la sensación de que, si se acostaba con el peso reconfortante de la mano del hombre sobre la frente, dormiría bien. Pero, si se dio cuenta de ello al inspirar, al exhalar supo que no ocurriría.

—Cuéntame algo sobre ella.

—¿Quién? —No obstante, él ya lo sabía—. ¿Sarita?

—Sí. La veía en la escuela, pero era un par de años mayor que yo, así que no hablábamos demasiado. —Como él se quedó callado, ella añadió—: Perdón. ¿Es raro que pregunte?

—No. Me gusta hablar de ella, en especial con los niños. Es doloroso recordar, pero más lo sería que ellos la olvidaran. Veamos. —El hombre pensó un instante—. Estaba obsesionada con la política y deseaba poder dedicarse a eso.

Geeta se movió hasta que la espalda quedó contra la pared, lo que

hizo que las piernas quedaran tendidas sobre la cama.

—¿De verdad?

Karem también se desplazó.

—Sí. Odiaba lo de la joyería; tal vez por eso lo que creaba era tan horrible. Pero era fantástica y encantadora con las personas. Pienso que podría haberlo logrado, si el cáncer no hubiera… Ya sabes.

—Es una lástima. Podría haberse unido al consejo cuando tuvieron que elegir a una mujer para ocupar uno de los puestos.

—Bueno, no estoy seguro de qué pensaría el *panchayat* sobre tener una mujer musulmana y, encima, *dalit*.

Geeta giró la cabeza.

—¿Qué?

Karem se aclaró la garganta.

—Los padres de Sarita se convirtieron al islam antes de que ella naciera, pues pensaron que les ayudaría en sus estatus; sin embargo, nada cambió hasta que se mudaron aquí y los demás creyeron que eran musulmanes de casta superior.

La mujer recordó las palabras de Farah.

—Pero el islam no tiene castas.

El hombre rio.

—La India sí.

Entonces, a Geeta se le ocurrió algo más.

—Las muchachas se casan con alguien de su mismo pueblo o se van. Pero tú no solo eras un forastero, sino que te mudaste aquí por ella. ¿Ya sabías de antemano que ella era una *dalit*?

—Sí, y no me importaba. Me miras como si hubiese sido algo noble o altruista, pero seré claro. No me importaba porque yo no tenía nada: ni familia, ni trabajo, ni vivienda digna, y sus padres me ofrecieron todo eso a cambio de seguridad y credibilidad. Suena duro, pero era una especie de trato. Supongo que la mayoría de los matrimonios lo son. Después de casarnos, la amistad surgió enseguida, después el afecto, y entonces llegó un momento en que ya no recordaba no amarla. —Geeta tuvo poco tiempo para reflexionar sobre ello antes de que él continuara—: Ella me hizo prometer que nunca les contaría a los niños. Lamentaba que sus padres se lo hubieran contado a ella, ya

que siempre estaba mirando por encima del hombro, esperando que alguien la llamara «impostora». Aun así, pienso que debería decírselo. No quiero que tengan miedo, pero tampoco deseo que sientan vergüenza o que crean que son mejores que otros. El problema es que no quiero romper la promesa que hice.

—Es difícil, pero creo que tomarás la decisión correcta. Estás criando unos niños maravillosos. —Después de un largo instante, Geeta preguntó—: ¿Qué pensaba Sarita de tu negocio?

—Le preocupaba. A ambos, en realidad. A mí todavía me preocupa. Pero nos mantenía y, además, yo podía estar en casa con ella y los niños, así que… —Karem se encogió de hombros.

—¿Eras feliz?

—Mmm, qué pregunta. —Mientras pensaba, se frotó la barba incipiente con la mano que tenía libre—. Hubo muchos más días buenos que malos. Tal vez eso sea la felicidad.

—¿Os peleabais?

—Por supuesto. —Él debió de saber lo que Geeta estaba pensando, porque añadió—: Aunque nunca de manera física.

—¿No dais todos un golpe de vez en cuando? No es en realidad una paliza.

Karem hizo una pausa.

—Sí, lo es. No me malinterpretes. Sarita y yo… No era algo perfecto. Nada lo es. Hubo algunas veces en que nos herimos mucho con palabras. Pero no, Geeta, yo nunca pego.

—¿Ni siquiera a tus hijos?

—No. A veces me lo cuestiono. Nunca me golpearon de niño, pero sí me han dado cachetes en el culo, y creo que ese temor me ayudó a salir bien. Estos pequeños granujas, en cambio, no tienen miedo. Me parece que se puede ser buen padre y dar algún que otro bofetón, pero Sarita no quería, así que le prometí que jamás lo haría.

—Recuerdo que mi madre me abofeteó una o dos veces en que desobedecí, pero mi padre nunca lo hizo. Sí la golpeó a ella en un par de ocasiones, aunque eso no hizo que lo quisiera menos. Me pregunto si debería haber sido así.

Durante el último tiempo, cada noche aparecía un nuevo recuerdo

en la mente de Geeta. «Aparecer» no era el término adecuado, ya que no eran recuerdos imprevistos que la sobresaltaran con su presencia. No. El suave desenterramiento de cada recuerdo llevaba a un pequeño reconocimiento: la única vez que había probado pollo, cuyo sabor no estaba mal, aunque lo que más la había unido a Ramesh en ese momento había sido el secreto de lo prohibido; el nombre escurridizo de la niña *dalit* en la escuela, la que tenía calificaciones altas y a quien habían acusado de copiarse: Payal; la ocasión en que Saloni y ella habían tratado de quitarse el vello púbico con una crema depilatoria Veet caducada que habían encontrado y que, como además habían leído mal las instrucciones, casi les había quemado los clítoris, así como también la picazón que habían sufrido más tarde mientras el pelo volvía a crecer; las veces que su padre le había regalado un chocolate para su cumpleaños o le había masajeado las piernas cuando estaba enferma, y también las que había abofeteado a su madre por una nimiedad doméstica que tenía más que ver con el mal humor de él que con el fracaso de ella. ¿Era de verdad mucho más fácil ser un padre decente que un marido decente?

Geeta cerró los ojos, de repente muy cansada, sintiendo que lo que restaba de su adrenalina iba disminuyendo. La voz de Karem retumbó cerca de ella, como un bálsamo:

—Creo que, cuando somos pequeños, aceptamos las cosas como son. No se nos ocurre cuestionarlas hasta más adelante y, a veces, ni siquiera entonces. —Ella apoyó la cabeza en la pared y fue inclinándola hasta que llegó al hombro de él. Sus defensas estaban muy bajas, lo suficiente para que aparecieran imágenes de la cara de rencor de Darshan. «Deseabas tanto que te follaran que viniste a mi casa y te colaste en mi dormitorio para lanzarte sobre mí». De golpe, la mujer se sacudió y levantó la cabeza. Entonces, Karem dijo—: Geeta. —Luego le apretó la mano, una, dos veces, y recién volvió a hablar cuando ella lo miró—. ¿Estás bien?

—Sí —mintió.

—Bueno, pero me harías saber si necesitas mi ayuda, ¿no? Como, por ejemplo, con lo que te provocó eso en el cuello.

La mano libre de Geeta voló para tapar su clavícula. A través de la

habitación, en el espejo del armario, pudo ver la piel oscurecida.

—Si pensara que puedes ayudarme, sí, te lo diría.

—Entonces no lo harás. —La risa del hombre careció de humor.

—Me estás ayudando ahora —afirmó ella, quien, un instante después, dejó que la cabeza volviera al refugio de su hombro.

20

Farah estaba allí de pie, con un calabacín en la mano, y Geeta se la quedó mirando, sin estar segura de que no fuera solo otro sueño febril. Después de que Karem se fuera tarde la noche anterior, Geeta había dormido inquieta. Se despertaba cada más o menos noventa minutos, con la ropa húmeda y calambres en el vientre. Algunas veces volvía a dormirse, con el aroma de Karem en las sábanas o evocado por su cerebro sobreexcitado. Otras, sentía que se ahogaría en bilis si se quedaba acostada. Por lo tanto, en un momento, pasó por encima de Bandido, que seguía durmiendo, y se dirigió a la cocina. Allí, sacó agua de la vasija de barro y analizó los sueños.

Solían comenzar con ella y Karem en la cama repitiendo lo que habían compartido antes de que él se fuera, pero, inevitablemente, el rostro que besaba se transformaba. O, cuando miraba hacia abajo, era la cabeza de Darshan la que tenía entre los muslos, y, cuando trataba de alejarlo, él se reía y le decía que fuera una niña buena.

Las otras pesadillas comenzaban al revés: Darshan la arañaba con sus viles manos, y, entonces, ella agarraba la estatua, fría como el hielo, y la estrellaba contra la cabeza desprevenida de Karem. Ella se daba cuenta del error demasiado tarde y veía la sorpresa y la traición llenar los ojos del hombre antes de que lo hiciera la muerte.

Sus manos habían realizado un acto que su mente aún no podía aceptar. Geeta las miraba, distorsionadas en un diseño con henna naranja desteñida que, a la luz de la luna, parecía el aliento débil de un dragón.

La mujer no lamentaba sus acciones, sino las de Darshan. Estaba resentida por el hecho de que la hubiese puesto en una situación en la que debía elegir entre la violencia o la violación. No quería estar hecha para resistir, como una santa sufrida y sometida a los caprichos de los hombres. Quería, por una vez, que no la trataran de manera

injusta, sobre todo en un sistema que esperaba gratitud a cambio.

Mientras bebía agua en la cocina bañada por la luz de la luna y en silencio excepto por los grillos, llegó lentamente a la conclusión de que, al menos en el futuro cercano, habría una diferencia entre la vigilia y el inconsciente. En la primera tenía muros y mantras a los que recurrir para protegerse del sentimiento de culpabilidad; tal como había dicho Saloni: «Lo de Darshan casi podría considerarse un suicidio. Él rompió el acuerdo primero. Cuando alguien te amenaza, tienes todo el derecho a protegerte». Él le había hecho daño, a ella y a otras, pero ya no volvería a hacerlo.

Sin embargo, al dormir, la culpa vagaba con libertad, sin guardianes, como un prisionero suelto empeñado en causar estragos. Eso la aterrorizaba, pero sabía que no sería permanente. Había sobrevivido a otras cosas horribles, y eso también pasaría. La mañana llegaría y, con ella, la seguridad de los mantras, pero, de momento, Geeta se sentía pequeña y vacía, estremecida en un rincón de la cocina, con el estómago y el corazón agitados. Estaba bañada en una luz que era incapaz de aceptar. Atrapó aire con sus pulmones traicioneros, se tomó del borde de un estante y se arrodilló.

—*Kabaddi*, *kabaddi*, *kabaddi* —dijo exhalando hasta que el nudo se aflojó. Bandido se había despertado y estaba agitado por la preocupación. Ella no podía soltar el estante para acariciarlo, así que solo lo miró mientras seguía respirando—. *Kabaddi*, *kabaddi*, *kabaddi*. —Su angustia era también la de él, y este dio vueltas buscando una forma de ayudarla, tan inquieto e impotente como se sentía ella.

Cuando despertó, fue a petición de Bandido. Gimoteó por la necesidad hasta que ella se tambaleó hacia la puerta a primera hora de la mañana, soñolienta, para dejar que saliera a hacer sus necesidades. Los dos templos competían con sus *bhajans* para despertar a los aldeanos. El aire era fresco, intacto por el inevitable calor húmedo que haría durante el día, y se sentía muy bien en la piel caliente. Luego, volvió a caer en una especie de sueño que era más un escape que descanso, hasta que Farah la molestó cuando llamó a la puerta; estaba tan fresca como Geeta confundida.

Desde el umbral, Farah observó la bata y el pelo enmarañado de

Geeta.

—¿Todavía estás durmiendo? Son las diez —comentó con la superioridad tácita que los madrugadores sentían hacia los noctámbulos—. ¿Oíste lo de Darshan? Todo el pueblo está hablando de eso.

—¿Qué? —Geeta sentía la lengua hinchada y la boca agria. La luz punitiva del sol le dio en los ojos y le hizo un gesto a Farah para que entrara y así poder cerrar la puerta.

—¡Darshan está muerto! ¡Su esposa lo mató!

—No. —Se corrigió de inmediato antes de delatarse a sí misma—: Eh… No lo puedo creer.

—Vino la policía y se los llevó a todos a Kohra.

—Qué locura.

—Lo sé. Este último tiempo ha habido más acción aquí que en Deli. Oye, ¿qué te sucedió en el cuello? —Farah señaló el collar de moretones que había oscurecido aún más la piel de Geeta durante la noche.

—¿Qué? Nada, no te preocupes.

—Bueno. —Farah le ofreció el calabacín y agregó—: La cosa es que, por desgracia, no puedo darte más tiempo. Necesito el dinero antes de lo pensado.

Mientras Geeta se servía un poco de agua, comenzó a ponerse cada vez más furiosa. Verse oprimida por los hombres era una cosa, pero permitir que una mujer también lo hiciera era otra. Aunque su poder era escaso, era hora de hacer uso de él, así que, igualando el tono de disculpa de Farah, dijo:

—La cosa es que, por desgracia, no puedo darte más dinero. Estás por tu cuenta.

—¡Geeta! —exclamó con una mezcla de persuasión y sorpresa—. No me hagas ir a la policía.

—Ve. Les diré que tú lo asesinaste.

—Pero fue idea tuya. Si yo hubiese querido matarlo, lo hubiera hecho parecer un simple ataque cardíaco. Tengo acceso a todo el *pong pong* del mundo, por lo que solo un tonto usaría espiral para mosquitos. En serio, Geetaben, si te quisiera muerta, ya lo estarías. No

me hubiese molestado con las *samosas* con espiral. No obstante, como mencioné, no me sirves muerta.

El corazón de Geeta se aceleró y la ira le hizo zumbar los oídos.

—¿Ese siempre fue tu plan? ¿Engañarme para que te ayudara y después chantajearme?

—Al principio no, pero luego me diste la espalda y… No importa. —Farah hizo un gesto de desdén con la mano—. Sabes que te encantó sentirte útil.

—Tú… Tú no eres una bonobo.

Farah parpadeó varias veces.

—No sé qué significa eso —admitió lentamente.

—Son primates cuyas hembras se unen en contra de la agresión de los machos. Son aliadas, no como tú.

—¿Se supone que debo sentirme ofendida porque no piensas que soy un mono?

—Son simios.

—Lo que sea.

—Yo no me confiaría tanto, Farah. Hiciste que incineraran el cuerpo de Samir. Muy sospechoso, ¿no crees?

—No, porque la policía piensa que fue culpa del *dom*.

—De cualquier forma, no hay evidencia que me una a Samir.

Los ojos de Farah se abrieron de par en par con falsa inocencia.

—Excepto esa conversación que oí entre ustedes dos.

—¿De qué estás hablando?

—¿No lo recuerdas? Aquella en la que él dijo que se llevaría tu dinero y tú lo amenazaste de muerte.

Geeta le siguió el juego.

—Entonces, si sospechabas que yo lo había asesinado, ¿por qué no me denunciaste antes?

—Claro que iba a tardar, pues tú me amenazaste, y también a mis hijos. ¿Qué podía hacer?

—¿Lo dices en serio?

Farah sonrió mostrando los dientes brillantes y después le guiñó un ojo.

—Por supuesto.

«¿Qué haría Saloni?», se preguntó Geeta, y luego recordó lo que ella le había dicho: «La gente así no entiende con palabras, sino con patadas».

Entonces, con un placer increíble, Geeta preguntó:

—¿No es algo solitario?

—¿Qué cosa?

—Ser diferente a todo el mundo. —Con la postura más elevada por la dignidad defensiva, continuó—: Y no me refiero a que eres musulmana; eso es muy obvio.

La confusión distorsionó los rasgos de la mujer.

—Ah, ¿sí?

Geeta sintió una leve emoción. Una pequeña parte de ella comprendió lo que había motivado a Saloni todos esos años no solo a ser una abeja reina sino también una matona. ¿Alguna vez la gente se desprendía por completo de la política del patio?

—Claro. Ya sabes. A las personas les gustan aquellos que son como ellos. Confían en la gente que viste como ellos, habla como ellos, actúa como ellos. Están más a gusto. Pero tú… Es decir, las mujeres te toleran, pero en realidad no les caes bien, ¿no es así?

—Sí les caigo bien. Por lo menos a algunas. Creo. —El titubeo de Farah fue como gasolina.

—No. —Geeta negó con la cabeza y sonrió—. La verdad es que no. Por eso recurriste a mí en primer lugar, ¿cierto? Porque sabías que no les gustabas y pensaste que yo tampoco, así que supusiste que yo era tu mejor opción. No hay nada de malo en eso. Pero la cosa es que no buscabas solidaridad ni amistad, sino que me tomaste como presa, y eso te hace tan mala como Samir.

—¿¡Qué!? No, yo…

—Incluso peor. El otro día me dijiste que yo no era la Reina de los Bandidos, y probablemente estés en lo cierto. Pero tú tampoco lo eres. —Geeta no esperó la respuesta de Farah—. Tú eres Kusuma.

—¿Quién?

La sonrisa de Geeta se volvió genuina al tiempo que chasqueaba los dedos.

—Exacto. ¿Por qué habrías de conocerla? En realidad, no vale la

pena acordarse de ella; la dejaron fuera en la mayoría de los libros y las películas. Era algo así como una Phoolan de segunda. Kusuma se nombró a sí misma *dasyu sundari*, la «reina de los bandidos hermosa». ¿No es algo demasiado malvado? Tenía que eclipsar a Phoolan y retorcer el cuchillo, por lo que obviamente se metió con la apariencia, el camino más fácil de los envidiosos.

»En fin, Kusuma también formaba parte de la pandilla, aunque era más una amante compartida que una *dacoit* en sí, y estaba muy celosa de Phoolan. Tanto era así que, cuando las castas superiores asesinaron a Vikram, el marido de Phoolan, y empezaron a abusar de esta, Kusuma ayudó a los atacantes. Le arrancó la ropa, le quitó las joyas, ayudó a los hombres a atarla y, mientras violaban a la mujer, ella le repetía que se lo merecía.

—Yo…

—Tú nunca podrás ser amiga de nadie, Farah, porque estás demasiado rota. Puedes intentar mentirle al pueblo y a la policía, pero dudo que alguien te crea. Mentiste sobre el *dom* y lo culpaste de confundirse e incinerar el cuerpo de Samir.

—Pero la policía sí me creyó, ¿ves? —Los ojos de Farah brillaron por el breve triunfo.

—Claro. Era tu palabra contra la de un *dalit*. Esa es la maldita jerarquía de la que hablo. Por eso, la policía no le creerá a una musulmana antes que a cuatro hindúes.

—¿Cuatro?

Geeta contó con los dedos.

—Saloni, Preity, Priya y yo.

—Ellas no están de tu lado. Tú misma dijiste que con Saloni estabais…

—Sí que lo estamos. Saloni y yo nos reconciliamos. Es más, fui a su fiesta. —Le mostró la henna como prueba de ello—. ¿Ves? Realmente estás un poco despistado, ¿no? Y las gemelas son mis nuevas mejores amigas. Anoche cenamos juntas y les hice un «pequeño favor», como a todos aquí les gusta llamarlo, así que dirán cualquier cosa que yo les pida.

—¿Pequeño favor? ¿Cuál? —preguntó Farah mientras fruncía el

ceño; luego levantó las cejas al caer en la cuenta al mismo tiempo que Geeta le respondía.

—Le quité el arete de la nariz a Preity, tal como hice contigo.

—¿Tú mataste a Darshan?

Entonces, fue el turno de Geeta de sonreír mostrando los dientes. Era una amenaza alegre.

—Tengo habilidad para hacer que los problemas desaparezcan. Tú lo sabes mejor que nadie. ¿Te das cuenta por qué no quieres tenerme como enemiga? —La mujer examinó el calabacín de forma casual, tocando la superficie con el pulgar—. Ya fui bastante paciente contigo por tu propio bien, pero eso te ha generado malos hábitos. Por lo tanto, ya no tendré más paciencia contigo, pues, a diferencia de ti, a mí no me sirves viva. ¿Entiendes? —Farah asintió y Geeta añadió—: ¿Estás segura? Porque a veces eres un poco lenta.

—Entendí a la perfección —respondió Farah con voz tensa, pronunciando cada palabra de forma entrecortada.

—Fantástico. Dicen que eres lenta y que tienes pocas luces, pero no creo que sea cierto. Tú cuentas con que las personas te subestimarán, lo que, a su manera, es algo bastante inteligente.

—Gracias.

—De nada —contestó Geeta con cordialidad—. Bueno, tengo varias cosas que hacer, así que, por favor, lárgate de mi casa.

Acto seguido, escoltó a una conmocionada Farah hasta la puerta, pero, cuando abrió, se encontró a Arhaan allí parado, con los ojos color avellana muy abiertos. El niño no pidió bocadillos enseguida, lo que indicaba, incluso más que su expresión solemne, que algo andaba mal.

—¿Qué sucede?

—La policía fue a casa. Quieren que usted y mamá vayan a Kohra ya.

Eso, por supuesto, le quitaba credibilidad a lo que le había dicho a Farah, pero Geeta no podía apreciar el rostro de la mujer porque el suyo propio estaba desencajado por el pavor. El sudor comenzó a brotarle entre los pechos.

—¿Para qué?

—Para arrestarlas.

21

El estado de la comisaría de Kohra debió de haber calmado un poco los latidos de su corazón, ya que era una comisaría solo de nombre: había tres hombres con uniformes de color caqui descansando en el patio, sentados en sillas de plástico y con los tobillos cruzados sobre las rodillas. Estaban soplando vasos llenos de té con especias, y ni sus boinas beis ni sus espíritus se veían afectados por el calor. A pesar de la escena relajada, cuando Geeta se bajó del asiento trasero del *scooter*, sintió como si estuviera avanzando hacia la horca.

Saloni aparcó la motocicleta de su marido y falló en el primer intento de colocar la pata de cabra. Luego se aproximaron juntas. Los caminos de entrada, al igual que el patio, estaban revestidos de ladrillos, todos inclinados como fichas de dominó caídas. Geeta escuchó risas y vio a un cadete que estaba juntando los vasos vacíos de los policías. El chiste debió de ser suyo, porque estaba muy sonriente mientras los demás reían. El policía mayor, que tenía más condecoraciones en las mangas y las hombreras, le dio una palmada al joven en la espalda en señal de aprobación. También se oía música proveniente de una radio que no estaba a la vista, probablemente de algún negocio vecino, que pasaba más canciones viejas que éxitos recientes del pop.

Hubiese sido un escenario idílico si no fuera porque había dos policías en un calabozo golpeando con *lathis* a un hombre que lloraba. Geeta hizo un gesto de dolor cuando uno de los bastones golpeó la parte trasera de las rodillas del hombre y lo derrumbó. Después, los dos policías cogieron al sujeto por los codos para enderezarlo; una vez recuperado el equilibrio, los tres continuaron con los golpes y el llanto. Geeta asimiló la dicotomía y se dio cuenta de que podían pasar dos cosas. Por un lado, si de verdad era una formalidad de rutina —y Arhaan era, tal como insistía Saloni, demasiado dramático—, pronto

estarían bebiendo té. Por otro, en quince minutos podría estar reemplazando al hombre que emitía esos sonidos espantosos. Frente a esa idea, Geeta comenzó a tocarse el lóbulo de la oreja hasta que Saloni le bajó la mano de un golpe y le susurró:

—¡Basta! Tú sí que jamás podrás jugar al póker. —Acto seguido, le dio unas últimas instrucciones—: Recuerda: sigue mi ejemplo. Actúa normal. No sabes nada de cómo murió, ¿vale? Porque así es como apresan al perpetrador en *CID*; siempre conoce algún detalle que no debería. —Le acomodó el pañuelo a Geeta y le indicó—: Mantén el cuello cubierto.

«¿Apresar? ¿Perpetrador?», pensó Geeta, y estuvo a punto de preguntarle cuántos episodios había mirado, pero no hubo tiempo.

El jefe de policía no levantó la vista cuando ellas entraron ni tampoco cuando Saloni explicó que las habían citado por la reciente defunción del señor Darshan Varesh, sino que siguió sorbiendo del vaso con té fresco; luego, con el bigote mojado, inclinó la cabeza hacia un escritorio que estaba justo fuera de la entrada amarilla. Este estaba atendido por una mujer y se encontraba bajo el toldo, entre dos puertas abiertas.

Al ver que la policía era mujer, la esperanza de Geeta aumentó. Después de llevar a cabo la masacre de la venganza el día de San Valentín, Phoolan Devi había sido encarcelada. Como era una celebridad, la trataban mucho mejor que a la mayoría de los presos, y se hizo amiga de la directora de la prisión, Kiran Bedi, quien la ayudó a entrar en el último bastión de los criminales: la política. Phoolan esperaba en la cárcel por un juicio que las autoridades se habían asegurado de que nunca se realizaría. Pero un día se levantaron los cuarenta y ocho cargos y ella, de pronto, al fin, de una vez, quedó libre. Después de once años en prisión, la soltaron y fue elegida miembro del Parlamento… Hasta que la asesinaron a los treinta y siete años. No obstante, Geeta no quería pensar demasiado en esa parte de la historia; en cambio, se enfocó en conseguir una aliada, su propia Kiran Bedi.

—Eh… *Namaskar* —saludó Geeta juntando las palmas—. Nos citaron para prestar declaración. Somos del mismo pueblo que el señor

Darshan…

—Varesh. Sí. Siéntense. Comenzaremos enseguida.

Las dos mujeres se sentaron en unas endebles sillas de jardín y colocaron los bolsos en sus regazos. El rostro de la mujer era severo; tenía el cabello oscuro acomodado en un moño bajo para dejar espacio para la boina. Era joven —Geeta supuso que tenía alrededor de veintiséis años— y hacía un gran esfuerzo para esconder su belleza. No usaba delineador de ojos ni *bindi* y los labios estaban tan desnudos como los dedos. Al igual que los hombres, llevaba una placa de identificación negra encima de uno de los bolsillos del pecho y un pin con la bandera de la India en el otro.

Sushma Sinha, la superintendente adjunta de policía o ASP, estaba haciendo varias anotaciones en una carpeta roja. En el escritorio que le habían asignado —Geeta observó, mientras esperaban, que, en realidad, era una mesa plegable— había apiladas varias carpetas similares, bien divididas con cordeles. El bolígrafo de la ASP Sushma Sinha estaba atado a la carpeta con un cordel idéntico. En un momento, dejó de escribir para beber de una botella púrpura. No tocó el borde con la boca, pero tampoco derramó una gota.

«Muy competente», pensó Geeta mientras su esperanza disminuía por el miedo. «Esta mujer es demasiado competente». La ASP Sushma Sinha parecía dedicada al trabajo, algo que, en circunstancias diferentes, a Geeta le hubiese agradado. Cuando la ASP Sushma Sinha volvió a escribir, sin mirar ni dirigir una palabra a las reacias invitadas, estas se miraron una a la otra. Saloni se encogió de hombros, pero Geeta no pudo seguir soportando la incertidumbre.

—Eh… ¿Agente Sinha?

Esta levantó un dedo sin pintar e indicó:

—Un momento.

Desde la izquierda llegaba el sonido de los golpes que le propinaban al hombre, quien no era visible desde allí. A Geeta, eso le pareció un adelanto del futuro sombrío que le esperaba.

A pesar de ser una asesina, ella nunca sobreviviría en ese lugar terrible, expuesta a golpes y Rama sabía qué más, todo al compás de los viejos éxitos. No, Geeta tendría que seguir a Samir y a Darshan y

abandonar el cuerpo mortal. Seguramente, como ya era una experta, podía hacer que le aplicaran el mismo castigo que había estado impartiendo a todo el mundo, lo que sería una especie de ofrenda. Comería una espiral para mosquitos, un postre con *pong pong* o…

En ese instante, el hombre golpeado soltó otro grito de dolor.

—Disculpe… —dijo Geeta.

—Un momento, señora —repitió la ASP Sushma Sinha con cortesía hostil. Por lo tanto, las dos mujeres tuvieron que quedarse allí, inquietas y al calor del mediodía, Saloni inspeccionando el estado de regeneración del vello de sus brazos y Geeta concibiendo un suicidio, hasta que la ASP Sushma Sinha por fin preguntó—: ¿Dónde estuvieron anoche?

—Esto es para usted —dijo Geeta de repente en voz alta mientras sacaba el calabacín de Farah de su bolso y lo empujaba por encima de la mesa.

La ASP Sushma Sinha lo miró detenidamente.

—¿Qué haré con eso?

Saloni soltó una risita nerviosa.

—Podría hacer un excelente *subji*. Estos son mucho mejores que los de los mercados de aquí, que son demasiado duros. Puede usarlo esta noche. Mire, tóquelo.

—No. Quiero saber dónde estuvieron anoche.

Geeta colocó el calabacín rechazado sobre el regazo y Saloni respondió:

—Cenamos en la casa de las gemelas.

—Sí. Preity Varesh y Priya Bhati.

—Cenamos y…

—¡Curri de verduras! —exclamó Geeta, otra vez con la voz demasiado alta.

—¿Qué?

Saloni aplastó con la sandalia los dedos del pie de Geeta.

—Es lo que comimos en la cena. A ella le gusta muchísimo ese curri.

La ASP Sushma Sinha frunció el ceño; era obvio que se estaba malhumorando. La mala cara le agregaba años, lo que Geeta supuso que era algo estratégico.

—¿A qué hora se fueron de allí?

—Justo después de cenar.

—¿A qué hora?

—Mmm. Alrededor de las nueve. Nos hubiésemos quedado un poco más, pero ella tuvo que ocuparse de su hijo, que tenía pesadillas.

—¿Quién es «ella»?

—Preity —dijo Saloni.

Al mismo tiempo, distraída por la paliza al prisionero, Geeta respondió:

—Priya. —Mierda. ¿A cuál había nombrado? ¿Cuál debería haber dicho? La ASP Sushma Sinha al fin sonrió, aunque eso no les proporcionó demasiado alivio a las dos sospechosas. Geeta pensó rápido y entonces preguntó—: ¿Podríamos ir a algún lugar más tranquilo? Se me hace difícil escucharla.

—Dentro hará más calor, ya que ninguno de los ventiladores funciona —respondió la mujer—. Podemos arreglárnoslas; continúe.

Geeta giró en su asiento hacia el sonido de los golpes.

—Ese hombre… eh… asegura que no lo hizo.

—Todos dicen eso. Solo necesita un poco de convencimiento para recordar que robó el televisor.

—Pero parece muy seguro de que no lo hizo —contestó Geeta mientras los alaridos del hombre subían de tono.

—¿Vieron al señor Varesh cuando salían de la casa?

—Sí —respondió Saloni.

—Y estaba vivo —añadió Geeta, servicial.

Saloni cerró los ojos como si estuviera rezando por paciencia.

—Ya veo. ¿Qué hicieron cuando se fueron de allí?

—Fuimos a la tienda de Karembhai para comprar… eh… bocadillos para mi marido y sus amigos.

—Sí, pero él declaró que ustedes aparecieron para comprar «bocadillos» a las diez. Si se fueron a las nueve, ¿qué hicieron mientras tanto?

—¿Usted habló con Karem? —chilló Geeta. Ella ya era culpable de que él se quedara sin su negocio en Kohra; si encima hacía que lo arrestaran, eso sería peor, kármicamente hablando, que cualquiera de

los asesinatos. ¡Sus hijos! ¿Quién los cuidará si él va preso y ella se suicida? ¿Y si…?

—Sí. ¿Algún problema con eso?

—No, señora. —Los dedos de Geeta se dirigieron a la oreja, pero ante la mirada amenazante de Saloni, bajó la mano y se sentó encima de ella.

La ASP Sushma Sinha las observó con el mismo desdén que había mostrado frente al calabacín.

—Hemos hablado con varias personas. Es nuestro trabajo. Su marido y sus amigos aseguran que ustedes llegaron con los «bocadillos» a las diez y cuarto, pero ¿dónde estuvieron entre las nueve y las diez?

—En ningún lado. —Saloni ofreció las manos en señal de disculpa —. No miré la hora cuando nos fuimos, así que pudo haber sido más tarde.

—Mmm. Mencionaron que se fueron cuando uno de los niños tuvo una pesadilla, ¿cierto?

—Sí.

—Sin embargo, los niños dicen que…

—¿Habló con los niños? —preguntó Geeta. En toda la India, los ciudadanos se quejaban de que las autoridades no hacían su trabajo, y allí estaba la ASP Sushma Sinha, de Kohra, realizando el trabajo de un mes en cuestión de horas.

La mujer, exasperada, dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—Sí. ¿Necesitaba su permiso?

—No, no —respondió Geeta—. Puede hablar con quien usted desee.

—*Dhanyavad*. —La ASP Sushma Sinha le agradeció con tanto desprecio que ella, debidamente castigada, bajó la mirada hacia el calabacín rechazado. Se estaba volviendo bastante obvio que esa mujer no sería ninguna Kiran Bedi—. Ahora bien, los niños dicen que nunca se duermen hasta pasadas las diez ni recuerdan haber tenido pesadillas anoche.

—¿Habló con Sonny? —preguntó Saloni moviendo una mano en el aire—. Ya le digo que ese niño tiene siempre la cabeza en las nubes, por lo que dudo que pueda precisar la hora. En la boda de los Raval…

No obstante, la ASP Sushma Sinha no estaba interesada en la boda de los Raval, así que levantó una mano y Saloni, de inmediato, cerró la boca con tanta fuerza que le chasquearon los dientes.

—Los niños olvidan cosas cuando duermen, ¿no? —dijo Geeta.

La ASP Sushma Sinha le clavó la vista y preguntó:

—¿Usted tiene hijos?

—Yo… eh… No.

—¿Por qué no?

—Ella está haciendo su parte para ayudar al control de la población —respondió Saloni—. ¿Y usted?

Sinha no apreció eso para nada, a pesar de —o, tal vez, debido a— la expresión agresivamente amistosa de Saloni. Acto seguido, la mujer, a la que solo le faltaba gruñir, se dirigió a Geeta:

—¿No será porque su marido desapareció de manera misteriosa hace cinco años?

«Dios santo», pensó Geeta, aturdida. Estaba claro que la ASP Sushma Sinha no creía en los pasatiempos ni en beber té en el patio.

—¿Cómo…?

Saloni rio antes de que Geeta pudiera terminar.

—¿Sabe? Mi hijo mayor una vez caminó dormido hasta la cocina, comió unas patatas fritas y ¡volvió a quedarse dormido allí mismo! Al día siguiente, no recordaba nada. Está obsesionado con los bocadillos. No quiere saber nada de la comida de verdad, pero come bocadillos todo el día. La felicidad de ser madre, ¿entiende? ¿Usted tiene hijos?

—No es que sea de su incumbencia, pero estoy enfocada en mi carrera. —Las palabras salieron con facilidad, en el mismo orden y cadencia que un discurso leído. Era evidente que la mujer las había tenido que repetir varias veces—. Aún hay tiempo para los niños. Soy joven.

—Sí —dijo Saloni asintiendo con la cabeza—. Tiene razón. La carrera es muy importante, en especial para las mujeres. Nosotras también trabajamos, ¿sabe? Tenemos…

—Un microcrédito, estoy al corriente. ¿Qué saben de Samir Vora?

Geeta abrió los ojos de par en par, pero se mordió el interior de la mejilla y logró —o al menos pensó que así fue— mostrar una mezcla

adecuada de confusión e inocencia.

—¿Samir? Bueno, era alcohólico, ya sabe.

Saloni suspiró.

—Y, por desgracia, la bebida acabó matándolo.

Geeta miró a Saloni mientras la ASP redactaba una nota extensa y condenatoria.

—¿Por desgracia? —gesticuló con la boca.

—La muerte del señor Vora se debió presuntamente a una intoxicación etílica. Anoche, durante la segunda muerte, muchos miembros de su pueblo se embriagaron con, como dijeron ustedes, «bocadillos». —La mujer pronunció esa última palabra con un exagerado acento guyaratí y de una manera que a Geeta le sonó un poco ofensiva. Esta última trató de quedarse quieta, pero no lograba acomodarse en la silla, pues la ropa se deslizaba en el plástico y, debido al interrogatorio de la ASP Sushma Sinha, el cuerpo se le iba hundiendo cada vez más, con los hombros tan encorvados que, de seguro, reflejaban la culpabilidad. ¿Cómo hacía Saloni para estar tan derecha? Un instante después, Sinha continuó—: Me pregunto cómo aparecen tantos «bocadillos» como por arte de magia en un estado que prohíbe esas cosas.

Incluso Saloni, que siempre era muy locuaz, se quedó callada, con los labios metidos hacia dentro. Geeta se encogió de hombros para simular despreocupación mientras pensaba la mejor forma de proteger a Karem.

—Según lo que he oído, proviene de aquí.

La insistencia del hombre en cuanto a su inocencia y desconocimiento, que ya se había fusionado con el sonido del lugar, subía de volumen cada vez más. La ASP tuvo que inclinarse hacia delante para poder escuchar.

—¿Qué?

Detrás de ella, el cadete pasó caminando con una bandeja sobre la que llevaba botellas del refresco Thums Up. La mujer pidió una, pero el muchacho continuó alegremente hacia el calabozo. Saloni ocultó la risa con una tos.

—He escuchado que hay un jefe mafioso en Kohra, al que llaman

Bada-Bhai.

—Sí, estoy familiarizada con Chintu. Tenemos los ojos puestos en él, pero es muy escurridizo; se ve que conoce a las personas adecuadas.

Era probable que no sirviera de nada señalar que esas personas pertenecían a ese mismo departamento.

—Bueno, ya que no consiguen atraparlo por eso, ¿no podrían, al menos, castigarlo por los perros?

Otra vez tuvieron que elevar las voces.

—¿Eh?

—Los perros.

—¿Qué?

—¡*Kutte*! —gritó Geeta justo en el instante en que los policías violentos hicieron una pausa para beber los refrescos y la víctima hizo silencio. Todos la miraron. Era algo desafortunado, por supuesto, que la palabra para «perros» fuera *kutte*, y que ese también fuese el término coloquial para «bastardos». Para todos los que estaban en la comisaría, ella acababa de insultar a la ASP Sushma Sinha y a los demás policías en la cara—. ¡No! ¡No me refería a ustedes ni a ella! —aclaró para tranquilizar a los escépticos del patio—. Hablo de perros. —Luego bajó la mano hasta llegar a medio metro del suelo y añadió —: Cachorros.

—¿Qué sucede con ellos?

—Él los maltrata. Diluye sus reservas con metanol y luego prueba el producto en los perros. Algunos quedaron ciegos.

—¿De verdad? —preguntó la ASP Sushma Sinha, y después se encogió de hombros—. Pero necesitaremos más que eso para pillarlo. Para la crueldad animal, la multa es de diez rupias. —Luego se detuvo y añadió—: A menos, claro, que se trate de una vaca. ¿Y cómo sabe todo eso?

—Yo… me enteré por accidente y él me amenazó —respondió Geeta —. Por eso no vine antes. Estaba asustada —se apresuró a aclarar.

—Entiendo. Ustedes dos parecen muy asustadas —comentó la ASP sin una pizca de preocupación—. Ahora, volvamos al difunto. Darshan Varesh.

—¿Qué pasa con él? —quiso saber Saloni.

—Es interesante que nadie parezca muy afligido por su muerte. En especial su esposa. O su cuñada. Es verdad que han estado llorando todo el día, pero se la pasan murmurando sobre unos pendientes y un joven sij.

—Bueno, es que no es una tragedia en sí, ¿no? —dijo Geeta—. Es decir, atacó a Priya.

—¿Y cómo se enteró usted de eso? —preguntó la ASP Sushma Sinha con voz afilada.

—Yo no… Fue usted la que dijo… Es decir, yo asumí… O escuché que…

—¿Qué es esto? ¿Una pregunta de opción múltiple? —Los ojos de la mujer brillaron con triunfo mientras se paraba—. Un minuto.

—¡Demonios! —dijo Saloni entre dientes cuando quedaron solas—. ¿Qué te he dicho? Nunca reveles demasiado. ¡Maldición!

—Mierda —susurró Geeta—. Mierda, mierda, mierda. —Como seguía ofuscada, cambió de mantra—: *Kabaddi, kabaddi, kabaddi.*

La ASP Sushma Sinha, dándose aires de importancia, fue directa hacia el jefe de policía, quien, al ver que se acercaba, la observó como hacían las mujeres cuando un niño las acosaba con una demanda que no tenían tiempo de atender. Ella habló, y él negó con la cabeza. Ella insistió. Él pasó de estar molesto a enfadado.

—¿Cuál es la necesidad de todo eso? Hágalo aquí.

—Quisiera recoger sus declaraciones por separado, señor.

—¡Ay, por favor! ¿Otra vez lo mismo? ¿Está tan aburrida que no se conforma con haber hostigado a esas otras dos señoras anoche? Les hizo las mismas preguntas una y otra vez.

Saloni y Geeta intercambiaron una mirada, que Sinha captó enseguida. Los ojos de la mujer se movían entre su superior y las mujeres sentadas detrás de él.

—Señor… —Ella levantó un dedo para interrumpirlo cortésmente, pero el hombre siguió hablando. Luego, él se dirigió a la mesa y ella lo siguió.

—Mientras tanto, el marido tonto y borracho aún está dentro roncando.

Geeta se dio cuenta de que por eso no les habían permitido entrar

allí. En ese momento, el rostro de Sinha se retorció ante la pérdida de la posibilidad, como si alguien le hubiera arruinado el final de un buen libro.

—Señor, deberíamos hablar con cada testigo por separado para verificar los hechos. Ellas acaban de mencionar que la víctima, antes de morir, atacó a su cuñada.

El jefe de policía, en cuya placa de identificación se leía m. d. trivedi, suspiró.

—Y así fue. Ella lo dijo mil veces.

—Pero ¿cómo sabían ellas…?

—¡Oiga! —bramó Trivedi sin piedad—. ¿Nadie le enseñó que hay una diferencia entre hablar con un testigo e interrogar a un sospechoso? ¿Acaso después me interrogará a mí?

—Señor, este es el segundo incidente en el mismo pueblo. Algo raro sucede. Ellas sabían sobre el intento de violación. ¡Lo acaban de mencionar!

Trivedi soltó un generoso suspiro y después se dirigió a Geeta y a Saloni:

—¿Cómo se enteraron del ataque?

Geeta levantó la mano con timidez.

—En realidad, yo no lo supe hasta ahora, señor. La verdad es que no soy muy chismosa.

—Es cierto —coincidió Saloni mientras asentía con la cabeza. Luego, le susurró a Trivedi—: A mucha gente ella no les cae bien, esa es la razón. —Acto seguido, apoyó un codo en la mesa y se inclinó hacia delante con interés morboso—. ¿Qué es eso de una violación? No me digan que Darshan… —Se tapó la boca con la mano—. *O baap re*. ¡Qué desgracia!

La ASP Sushma Sinha lucía como si estuviera a punto de dar un pisotón sobre el suelo.

—¡Es mentira! Aquella mujer acaba de decir que Darshan atacó a Priya.

Geeta parpadeó y transformó la cara para mostrar una expresión de inocente desconcierto.

—No. Veo que se ha confundido. Es Preity. Él le arrojó ácido a

Preity hace varios años. Debe de tenerlo en sus notas. —Geeta dio la vuelta a la carpeta roja para revisar anotaciones en inglés que no podía comprender. Aun así, decidió fingir; compartió el material con Saloni y ambas se pusieron a murmurar en un falso escrutinio.

—¡Dejen eso! —chilló Sinha como si fuese un mono herido mientras les arrancaba la carpeta de las manos—. Es un asunto oficial de la policía.

Saloni continuó y, fingiendo un susurro, le dijo a Geeta:

—Pobre Preity. ¿No ha sufrido suficiente? Espera a que el grupo se entere.

—¡No fue a Preity sino a Priya! Él atacó a Priya y ella lo mató.

—¿Cómo? —Saloni se irguió con curiosidad—. ¿En serio?

—Qué bien, Sinha —dijo Trivedi cáusticamente—. ¿Por qué no lo publica también el periódico?

—Señor, estoy segura de que estas dos están involucradas en algo malo. Solo necesito un lugar para…

—No tenemos un espacio extra para que juegue al detective, Kali Maa. Tal vez algún día tenga un departamento de policía para sus conspiraciones histéricas. —El nacimiento del pelo estaba más allá de las orejas, por lo que el hombre podía considerarse más calvo que no. Dirigió la mirada hacia las mujeres y luego la fijó en Saloni. Geeta siempre podía identificar el momento exacto en que alguien, ya fuese hombre, mujer o niño, notaba los ojos verdes de Saloni. Breves segundos de negación, confirmación y apreciación, todo en ordenada sucesión. Luego, agitando ambas manos, apartó a Sinha y se sentó—. Yo mismo tomaré la declaración de estas señoras.

—Señor…

—Puede retirarse, ASP.

La mujer suspiró, desanimada.

—Sí, señor.

Geeta casi sintió lástima por la mujer. ¿Acaso no sabía ella muy bien lo que se sentía al ser descartada? ¿Subestimada y dejada de lado? Saloni tenía razón: tal vez sí pudieran librarse de todo eso.

Trivedi puso los ojos en blanco en dirección a Saloni, como si estuviera invitándola a un chiste privado.

—Es por el cupo, ¿sabe? «Contraten a una mujer», dijeron. «Alguna de una casta desfavorecida. Necesitamos diversidad. Bla, bla, bla». —El hombre sonrió a Saloni—. ¿Les ofreció agua o té siquiera?

—Eh… No —respondió esta. Entonces Trivedi gritó para llamar al cadete, lo que sonó como un eructo muy largo, pero nadie apareció. Saloni añadió—: No importa. Es todo muy simple. Fuimos a cenar…

—No, espere. —El hombre sacó su móvil. Un instante después de marcar, comenzó a gritar—: ¿Dónde? ¿Eh? ¿Otra vez? Cada vez que te llamo, estás cagando o comiendo. Ven aquí enseguida. Caga en tu tiempo libre. Y trae té y galletas.

Geeta hizo una mueca al tiempo que Saloni levantaba un dedo y decía:

—No es necesario.

No obstante, él ignoró esas palabras y, señalando el regazo de Geeta con la cabeza, preguntó:

—¿Qué es eso?

—¡Ah! Es para usted —contestó Saloni mientras Geeta le tendía el calabacín—. Está en su punto justo. Su esposa debería cocinarlo esta noche, pues mañana estará demasiado blando.

Trivedi lo examinó y comentó:

—Qué bien.

—Es de mala educación venir con las manos vacías, ¿verdad? —explicó Saloni—. Y nuestro pueblo tiene los mejores calabacines.

—Como siempre digo: «El futuro de la India está en sus aldeas».

—¿No fue Gandhi…? —quiso preguntar Geeta, pero Saloni la interrumpió soltando una risita. Además, las pestañas de la mujer, que solían estar reservadas para Varun, habían comenzado a hacer horas extra.

—¿Eso se le ocurrió a usted? ¡Qué inteligente!

Él sonrió y después preguntó:

—¿Dónde estaba?

—En que anoche fuimos a cenar a la casa de las gemelas.

—¿Cuáles?

—Preity y Priya.

—¿Son gemelas? —El hombre entornó los ojos para leer las

anotaciones de la ASP Sushma Sinha—. Tienen distintos apellidos.

Saloni no rio al ver que Geeta casi sí lo hacía y, en cambio, dijo con paciencia:

—Están casadas, señor.

—Ah, sí, claro. Ya lo sabía, por supuesto. ¿Y qué pasó después de la cena?

—Fuimos a una tienda local para comprar bocadillos y después se los llevamos a mi marido, que estaba con sus amigos junto a la torre de agua… socializando.

—Sí, ya sé. No estoy aquí para cosas pequeñas como el contrabando de alcohol. Son crímenes sin víctimas.

Eso resolvía el misterio de quién era el contacto adecuado de Bada-Bhai. Geeta le echó un vistazo a la ASP Sushma Sinha, que se encontraba en el pasillo gesticulando desenfrenadamente y regañando al cadete.

—Y después cada una se fue a su casa —dijo Saloni y miró a Geeta.

—Exacto —coincidió esta mientras asentía con la cabeza—. Directas a casa.

—¿Y se quedaron allí toda la noche? ¿Alguien puede corroborarlo?

Fue un giro tan brusco de profesionalismo que Saloni parpadeó varias veces antes de responder.

—Eh… Sí. Mis hijos me vieron. Y mis empleados domésticos.

—¿Y usted?

—Yo vivo sola, pero… —Geeta estaba a punto de ofrecer a Karem como coartada, pero Trivedi no parecía interesado.

—¿Sola? Qué desafortunado. Ya sabe lo que dicen de esas mujeres: son como cofres abiertos que invitan al saqueo.

—Eh…

—Si bien es cierto que no está en la cima de su juventud, nunca se es demasiado precavido. Los hombres pueden resultar peligrosos incluso para las mujeres mayores.

Geeta empezó a balbucir algo, pero Saloni la tranquilizó apoyando una mano sobre la de ella.

—Gracias, señor. Nos cuidamos unas a otras. Somos muy cercanas. Así es en nuestro pueblo.

—No todos los hombres, por supuesto —continuó él, envanecido—. Algunos de nosotros apoyamos la campaña MARD.

—Claro —contestaron ellas, aunque sabían que no era así.

Trivedi recitó las palabras que formaban la sigla en un inglés laborioso y después, de manera defectuosa, explicó:

—Significa «hombres contra la violación y las disputas domésticas». La fundó una estrella de cine, así que es creíble, aunque sea musulmán.

—Claro.

—Algunos no tienen necesidad de violar, ya que reciben muchas ofertas.

—Qué descaro —murmuró Geeta.

—¿Cómo?

—Dije: «Sí, claro».

—Entonces, ¿no estaban en la casa cuando Darshan atacó a Preity? ¿O cuando ella lo atacó a él?

—Mmm, ¿se refiere a Priya?

—¿Qué? Sí, la que no… —El hombre hizo un gesto vago hacia su rostro—. Ya saben.

—No, señor, ya nos habíamos marchado. De haber estado allí, habríamos hecho algo, ¿no?

Él negó con la cabeza y comentó:

—Si Zubin no se hubiese ido a «socializar», podría haber protegido a su esposa.

En ese momento, Geeta no pudo evitar decir:

—Creo que ella se las arregló bastante bien para defenderse. Él está muerto.

—Sí, pero lo consiguió tras varios golpes débiles, algo que un hombre hubiera logrado con solo uno.

Geeta entrecerró los ojos.

—A mí me parece que hizo un trabajo muy satisfactorio.

—Ya, ya —la regañó Saloni—. «Cien golpes de orfebre, un solo golpe de herrero».

—Ese es muy bueno —dijo Trivedi mientras se alisaba las puntas del bigote—. ¿Se le ocurrió a usted?

—¿A mí? ¡No, no! —contestó la mujer riendo—. Mi padre solía decirlo.

—Eso tiene más sentido. —Se aclaró la garganta—. ¿Y dónde está ese maldito muchacho con el té? Apuesto a que está otra vez cagando.

—No importa, señor. No hace falta que se tome la molestia. Debe de tener trabajo muy importante esperándolo. Y, de cualquier forma, ya ha terminado aquí, mucho más rápido que la señora ASP.

—¿En serio? —El hombre miró la carpeta en la que no había hecho ninguna anotación—. Sí, es cierto.

22

—Ya que estamos aquí, ¿podemos pasar por el salón de belleza? —preguntó Saloni mientras salían de la comisaría de policía—. Necesito que me depilen los brazos. —La mujer le mostró los antebrazos, donde ya había aparecido una capa de fino vello.

—Claro.

Fuera de la comisaría, una voz hizo que Geeta se detuviera, no porque la estuviera llamando, sino porque le resultaba familiar. Acto seguido, se giró y vio a Khushi hablando por el móvil. Con la mano libre, dejó caer las sandalias; una cayó al revés y ella le dio la vuelta con el pie antes de colocárselas. Geeta fue a saludarla, pero un hombre uniformado la alcanzó primero. Él movió la cabeza para señalar las *chappals* y luego el camino. Khushi asintió distraída, se inclinó para juntarlas y comenzó a caminar. Cuando pasó junto a ellas, Geeta dijo:

—¿Khushiben?

—¿Sí? —La mujer colgó el móvil—. Namasté. —Como ya estaba oficialmente fuera del ámbito de la comisaría, volvió a ponerse el calzado. Geeta vio que parecía agotada; la piel bajo los ojos azules y nublados estaba arrugada por la fatiga.

—¿Qué hace por aquí?

—Ay —dijo Khushi suspirando con cansancio—. Hubo una confusión con un cuerpo que recolecté. Lo incineré, pero resultó que era musulmán. Obviamente fue mi error, algo que les encanta restregarme.

Geeta rechazaba la idea de que Khushi tuviera que hacerse cargo de las consecuencias en vez de Farah.

—¿Samir Vora?

—Sí. Si este lugar tuviera una funeraria, yo ni siquiera tendría que lidiar con los últimos ritos de los musulmanes. Pero aquí, ¿dónde van a ir?

—Nosotras conocemos a su esposa, es decir, a la viuda. Volvamos a entrar y solucionemos esto.

—No me permiten entrar. Yo estaba de acuerdo con esperar fuera, pero la maldita mujer policía empezó con «el artículo quince dice esto, el artículo quince dice aquello». Luego, el policía gordo me echó. ¿Por qué tengo que estar yo en medio de sus dramas? Por suerte, ya se solucionó. Solo quería pagarles e irme, pero esa policía dijo que los sobornos eran una ofensa para la institución y me regañó por haber destruido pruebas de una investigación de asesinato. ¡Bah! ¿Qué asesinato? Ese borracho se ahogó con su propio vómito. Olía peor que una letrina, algo que conozco muy bien.

Saloni intentó levantar el ánimo:

—Hay un solo policía honesto en toda la India y está aquí en Kohra. ¡Qué mala suerte!

Geeta no rio.

—¿Cómo lo solucionó?

—El policía gordo estuvo feliz de aceptar el soborno. —La comisura izquierda de la boca de Khushi se curvó en una sonrisa de desprecio—. Supongo que mi dinero no está contaminado.

—¿Necesita que la lleven de vuelta?

Saloni tosió y dijo:

—¡Ay! Pero vamos en una motocicleta. —Si bien era verdad, Geeta se dio cuenta de que no sabía qué pensaba Saloni, una brahmana, de las castas.

Sin embargo, Khushi agitó el móvil y dijo:

—Mi hijo mayor está en camino. Hoy se llevó la motocicleta para ir a clase. Va a una escuela cerca de aquí.

—¿Por qué no va a una cerca de su casa? —preguntó Saloni.

La mujer negó con la cabeza antes de responder:

—Hace mucho tiempo iba, pero la maestra solo lo ponía a limpiar retretes, y yo lo enviaba justamente para que no tuviera que hacer eso. Tendría que haberle cobrado a la escuela por el trabajo, pero él tenía cinco años y no limpiaba muy bien. De todos modos, ya pasó. Esta escuela es mucho más conveniente; allí estudia para ser disector. Mucho más elegante que «recolector de cadáveres», ¿no? —Geeta notó

que la incredulidad de Saloni igualaba la suya. Khushi tenía dinero suficiente para comprar policías, mejores maestros y una motocicleta. La mujer debió de haber adivinado lo que pensaban porque sonrió y añadió—: Es verdad lo que dije; mi casa es más grande que la suya, Geetaben. Cuando te ocupas del trabajo sucio que nadie más quiere hacer, puedes cobrarles lo que quieras. No me malinterpreten: si alguien es pobre, solo le cobro lo que pueda pagar, pues todo el mundo tiene derecho a los últimos ritos. Pero otros… —Se encogió de hombros—. Bueno, nunca olvido una cara. Aunque estén muertos, los reconozco enseguida. Y cuando llegue el turno de la madre de ese policía gordo… —Ella no terminó la frase, sino que frotó dos dedos contra el pulgar en un gesto universal que indicaba dinero.

Saloni resopló de risa tan fuerte que Geeta la pellizcó.

—¿Qué? —se quejó la primera mientras se masajeaba el codo—. Es graciosa. —Luego, se dirigió a Khushi—: Sáquele todo lo que pueda a ese cerdo. Se lo merece.

En ese instante, el hijo de Khushi apareció en un *scooter* y fue pateando el suelo hasta que se detuvo.

—Mamá.

La mujer puso los ojos en blanco en dirección a las mujeres.

—«Mamá» —lo imitó con el rostro distorsionado—. Antes de estudiar aquí, me llamaba «ma».

—La dicha de ser madres, ¿verdad? —comentó Saloni.

—Sí. Muy gratificante.

—Mamá. —El muchacho estaba más avergonzado que impaciente.

Entonces, mientras Khushi se subía a la parte trasera del asiento, le dijo:

—Ya voy, ya voy. Dale un respiro a tu madre. Tú tampoco llegaste en cinco minutos, ¿sabes? —Acto seguido, desaparecieron en una nube de polvo.

Luego, Saloni hizo retroceder la motocicleta de su marido hacia la carretera y, mientras Geeta se montaba igual que había hecho Khushi, se colocó unos guantes largos y se enrolló un pañuelo sobre la cabeza y alrededor de la parte baja de la cara como si fuese una *dacoit*.

—¿Lista? —preguntó con voz amortiguada.

—Lista —le respondió Geeta al oído. Podían hablar mientras avanzaban siempre que Geeta mantuviera la cabeza cerca de la de la otra y ambas gritaran—. ¿Eso sucedía cuando íbamos a la escuela? No recuerdo que los niños *dalits* limpiaran los retretes, aunque sí recuerdo a Payal.

—¿Quién? —Saloni giró la cabeza para que sus palabras no se perdieran con el viento—. Me acuerdo de ellos en clase, siempre sentados atrás, pero no en los escritorios, sino en bolsas de yute.

—Qué horrible.

—No era tan malo como en otros lugares, ¿sabes? No los golpeaban ni les hacían comer mierda ni nada de eso. Ellos se mantenían apartados, y nosotros también.

A Geeta se le metió arenilla de la carretera en los ojos y estos comenzaron a llorarle, así que los cerró. Poco a poco, el viento fue disipando las lágrimas.

—¿Esa es nuestra mejor defensa? ¿Qué «no éramos tan malos»?

—Escucha. Yo pertenezco a la casta brahmán y crecí con mucho menos que los hijos de Khushi. Los tontos de mis hermanos estaban bien orgullosos y, si hubiesen muerto de hambre, lo habrían hecho como «brahmanes impolutos». No importaba que tuviéramos que comer lo que encontrábamos, incluida la carne. «Impolutos» y una mierda. Olvídate de la casta; el poder está en el dinero. Y Khushi lo tiene.

—La obligaron a quedarse fuera de la comisaría, descalza. ¿Dónde ves el poder ahí?

Saloni se mostró ofendida a través de un gemido de protesta, como si Geeta le estuviera echando toda la culpa a ella.

—¿Y qué podemos hacer? Ni siquiera logramos que actualicen los datos del censo en nuestra ciudad, ¿y tú quieres cambiar dos mil años de «tradición»? Por supuesto que maltratarlos está mal. Por eso es más fácil mantenerse callado, comprender y aceptarlo.

Saloni aparcó bajo un letrero rojo descolorido de Airtel, cerca de una tienda donde tomaban fotos para pasaportes. Un guardia con uniforme azul le hizo señas para que se fuera, pero ella lo ignoró con un movimiento similar de la mano. Aunque el hombre puso mala cara,

volvió a sentarse en la silla que estaba a la sombra. Saloni se quitó las prendas que cubrían los brazos y la cabeza y las guardó en el espacio de almacenamiento bajo el asiento.

—¿Al igual que cuando los maridos nos golpean y debemos quedarnos calladas, comprender y aceptar? ¿Eso también es «tradición»?

—Geeta… —Subieron los escalones descascarillados que llevaban al salón. Luego, Saloni dio su nombre e indicó que Geeta también se sentaría con ella detrás de la cortina.

—Espera; déjame terminar. He estado pensando en ello desde que todo este lío comenzó. Si Ramesh te hubiese golpeado, hubiese sido inaceptable, pero, como me pegaba a mí, estaba bien, porque estábamos casados. Darshan trató de violarme, así que se justifica que yo lo haya atacado, pero si hubiese tratado de violar a Preity, no había problema, porque estaban casados. Khushi es *dalit*, por lo que no puede sentarse ni comer con nosotras, y hay un solo trabajo que se le permite realizar; sus hijos pueden estudiar, pero también tienen permitido solo un tipo de trabajo. Y…

Geeta se calló cuando una muchacha vestida con una *kurta* se metió allí con ellas y volvió a cerrar la cortina. También llevaba uno de esos vaqueros ajustados que Geeta solía ver en los jóvenes, aunque a ella le quedaban holgados y voluminosos alrededor de los muslos extremadamente delgados. Llevaba unos auriculares blancos, cuyos cables idénticos descendían y desaparecían en el bolsillo, donde tenía el móvil. Los finos acordes de una canción reciente de rap llenaron ese mundo delimitado. Geeta escuchó «*lungi dance, lungi dance, lungi dance*» una y otra vez. Sin ningún tipo de saludo, la muchacha cogió el brazo de Saloni y comenzó a pasar cera con la destreza apática de un profesional médico.

Saloni se asomó por detrás de la joven para mirar a Geeta, quien se había sentado en un taburete tan bajo que bien podría haberlo hecho en las baldosas.

—¿De dónde viene esta reflexión?

—No lo sé —reconoció Geeta. Supuso que, al final, sí estaba alterada. Recordó las palabras de Karem sobre eso de que los niños no

cuestionaban las injusticias. Pero ¿y cuando los adultos tampoco lo hacían? Si las mujeres eran capaces de ayudarse unas a otras para cometer asesinatos porque sentían que era lo moralmente correcto, ¿por qué no podían ayudar también a otras perjudicadas?

Cuando Geeta era joven, mucho antes de que el *panchayat* votara para construir un tanque de agua igual pero separado en la zona sur de la aldea, las *dalits* iban al pozo para llenar las vasijas de acero y de barro. No se les permitía que la sacaran ellas mismas, por supuesto, pero Geeta observaba cómo su madre, o alguna otra mujer, extraía agua para ellas —las *harijans*, como esa generación los llamaba de manera condescendiente—, vertiendo desde una altura profiláctica y cuidando que el cubo no tocara sus vasijas. En ese pueblo detectaban la casta a primera vista como si fuera el género y se comportaban en consecuencia. Su madre no había mostrado maldad ni había maltratado a nadie, pero, al seguir las reglas, las había aceptado, y le había enseñado lo mismo a ella. No obstante, en la actualidad, todos los indicadores de origen que Geeta había sido condicionada para considerar como nivel se evidenciaban como perversos.

Geeta no era ninguna rebelde; nunca sería de las que ponen al mundo de rodillas. Phoolan Devi tampoco, pero sí había puesto de rodillas a algunos hombres, y su historia había resonado en innumerables mujeres, incluida Geeta. Ella siempre había considerado que la vida de Phoolan había estado condicionada por el género: una mujer contra decenas de hombres que usaban todo el tiempo su condición de mujer para deshumanizarla y, literalmente, destruirla. Sin embargo, en el presente, Geeta veía que la casta había marcado la historia de Phoolan tanto o más que el género.

Había nacido como Phoolan Mallah; era *dalit* y mujer, es decir, dos veces pisoteada. Incluso en una pandilla que no tenía ninguna consideración por la civilización y la ley, la casta reinaba. A su marido, Vikram, lo habían asesinado por cuestiones de casta, y a ella la habían violado en masa también por ello. En venganza, ella había matado a veintidós hombres de casta superior, y solo entonces dejó de ser una mujer para convertirse en una leyenda. El país abandonó el apellido «Mallah», marcado por la casta, y comenzó a llamarla «Devi»,

una diosa.

No obstante, Geeta no tenía palabras para explicarle eso a Saloni, quien, con expresión paciente pero expectante, la miraba detrás de la adolescente. Entonces, Geeta lo intentó de nuevo:

—He estado bien manteniéndome al margen durante años, lo sabes. Pero… Esta es la mejor manera que tengo de explicarlo: a veces, cuando estoy con Bandido mucho tiempo en casa, me acostumbro a su olor. Luego, salgo a buscar agua, a una reunión del grupo de crédito o lo que sea y, al volver, siento el hedor y me doy cuenta de que está sucio, que apesta y que necesita un baño. —Saloni no hizo ningún gesto de dolor mientras la muchacha arrancaba la tira de tela, volvía a presionarla y a arrancarla otra vez. Geeta continuó—: Creo que tuve la nariz tapada toda la vida y ahora puedo oler. Todo está sucio, Saloni. Apesta y necesita un baño.

—¿Piernas? —preguntó la adolescente en voz tan alta que Geeta dio un salto. Saloni negó con la cabeza, y entonces la muchacha se fue.

Saloni se examinó los brazos, que tenían restos pegajosos de cera.

—Pero piénsalo, Geeta. Si invitáramos a Khushi a cenar o dejáramos que extraiga agua de nuestra bomba, tú te sentirías bien contigo misma, pero los demás la atacarían a ella, no a ti. Le quemarían la casa y la golpearían.

»Hace unos años, una muchacha de la aldea se casó con un médico de Ahmedabad. La boda fue a unos pueblos de distancia e invitaron a una joven *dalit* con su familia, pues ella y la novia habían sido mejores amigas en la infancia. Luego, algunas personas de castas superiores molieron a golpes a esa familia por comer junto a los demás. Ataron trapos con gasolina alrededor de las manos del hombre y prendieron fuego. También violaron a la mujer y a la hija. —Saloni tragó con dificultad—. No está bien; yo lo sé y tú lo sabes. No debería ser de esta forma. Pero, independientemente de las intenciones, tus ideas tienen consecuencias que no te afectan a ti.

Mientras Saloni pagaba, Geeta se levantó del taburete, algo que le llevó más tiempo de lo que le hubiese gustado y que hizo que las rodillas le crujieran, lo que le provocó más vergüenza que dolor. Una vez estuvieron de nuevo de camino a casa, Geeta dijo:

—¿Por qué no se pueden hacer nuevas reglas? ¡Tú estás en el *panchayat*!

Saloni puso los ojos en blanco.

—Estaban obligados a poner una mujer. Mi suegro se aseguró de que yo ganara para tener otro voto a su favor. La mitad de las veces ni siquiera me avisan de las reuniones del consejo.

—Tú tienes más influencia de la que te das cuenta. Recuerdo que hace dos años, cuando todavía ni siquiera estabas en el consejo, estaban votando por el asesinato por honor de esa joven y tú convenciste al *panchayat* de que se conformaran con una multa.

Saloni soltó un resoplido burlón.

—No creo que haya ayudado a nadie, pues la familia quedó en bancarrota tratando de pagarla. Además, disolvieron el matrimonio, así que, ¿de qué sirvió todo eso?

—¡Esa muchacha está viva gracias a ti! ¿Y recuerdas lo que dijiste sobre Preity? Que, si le prohibían hacer cosas por ser viuda, se las tendrían que ver contigo. Eso también es poder, y deberíamos usarlo.

Cuando salieron de la carretera, el suelo se volvió más irregular y les castañetearon los dientes.

—¿Cómo?

Saloni aparcó frente a su propia casa. Geeta bajó primero y, mientras la otra colocaba la pata de cabra, le llegó la inspiración. Entonces chasqueó los dedos y exclamó:

—¡Podríamos casar a tu hija con el hijo de Khushi!

La mujer se quitó otra vez el pañuelo de la cara y le lanzó una mirada asesina a Geeta.

—Aparna tiene cinco años. No arreglarás la condición de intocables con matrimonios infantiles. Además, ¿no deberíamos resolver primero los problemas más inmediatos? Eso que ya sabes. Después podremos continuar con eso de «sé el cambio que quieres ver en el mundo», Gandhi.

Geeta rio.

—¿Estás segura de que ese dicho no lo inventó también Trivedi?

Saloni soltó una risa sincera.

—Qué grano en el culo. Y la gente piensa que yo soy engreída. ¡Por

favor!

—¿Cuándo es la próxima reunión del consejo?

—No sé. —Saloni se encogió de hombros—. Le preguntaré a Saurabh.

—Bien. Creo que tengo una idea. Si logramos que Khushi entre en el consejo, entonces…

—No te ilusiones, ¿sí? El sistema es tan antiguo como la India y somos mujeres, por si lo has olvidado.

—¿Qué pasó con eso de ser «facilitadoras del karma»? Estás subestimando lo que las personas del pueblo pueden hacer. Por ejemplo, cada vez que hay disturbios en las ciudades grandes, los hindúes y los musulmanes empiezan a matarse unos a otros, pero aquí no pasa nada, ¿no? Si podemos hacer eso, podemos con esto.

Saloni meneó las caderas de forma sugerente y dijo:

—¡Ah! Ya veo por qué te empeñas en ese *bhajan* de la igualdad. Quieres paz, así nadie se escandalizará cuando tú y Karem… —La mujer frunció los labios y lanzó tres besos al aire.

—¡No seas asquerosa!

—¿Asquerosa? ¿Acaso tú también tienes cinco años? No es asqueroso, sino sexi. —La última palabra, que Saloni pronunció en inglés, sonó tan pornográfica que Geeta giró la cabeza para asegurarse de que nadie hubiera escuchado.

—Bueno, me voy.

—¿A lo de Kareeeem?

—Cállate.

—Era un chiste.

—No me gustan los chistes.

—A mí no me gustas tú.

Ese diálogo era algo del poco inglés que Geeta sabía, famoso incluso años después de que se estrenara la película. Antes de la boda, Geeta había visto *Algo sucede en mi corazón* con Saloni, a pesar de las protestas de Ramesh. Las cosas habían estado muy tensas entre ellas e ir al cine parecía algo neutral, ya que no podían ponerse a pelear en la paz de la sala. Habían disfrutado la película —al igual que casi toda la India— y, por acuerdo tácito, ninguna había mencionado la boda ni a

Ramesh. Aun así, de camino a casa, habían discutido sobre películas, algo sobre el realismo —o la falta de este— de que un antiguo amante volviera justo cuando el otro había seguido con su vida. Después de eso, mientras se separaban, habían murmurado algo sobre «la próxima vez», aunque nunca hubo ninguna.

Sin embargo, se habían encontrado otra vez. Saloni y Karem eran refugios discretos en medio de un caos absoluto de asesinato, locura y chantaje, y Geeta se metió en esas guaridas no solo con alivio, sino con felicidad. Con los años, la soledad se había convertido en un brazo muerto, inútil y pesado pero propio, así que lo había arrastrado, mientras los otros apéndices hacían un mayor esfuerzo para compensar la carga. No obstante, ahora parecía que ese brazo había empezado a trabajar en tándem, ayudando por fin en lugar de obstaculizar. No se dio cuenta de que iba silbando hasta que, al ver al visitante que la esperaba en la puerta de casa, se detuvo de golpe.

Él nunca había sido muy apuesto, y ahora, mientras se paraba para saludarla, Geeta notó que, aunque Ramesh había cambiado mucho en cinco años, ese aspecto no.

23

Ramesh le sonrió. No la miraba directamente, sino que se enfocaba un poco más a la izquierda. Entonces dijo:

—¿Geeta? Sabía que eras tú. Es como esa canción que te solía gustar: «Incluso con los ojos cerrados reconocería tus pasos».

Así no era la letra, pero estaba demasiado ocupada negando lo que veían sus propios ojos como para corregirlo.

—No puedes estar aquí.

—En verdad soy yo. En carne y hueso. —Levantó los brazos a los lados, presentándose como un premio dudoso. Sostenía un bastón blanco, y Geeta se dio cuenta, mientras se acercaba con cautela a la puerta de casa, de que él estaba ciego.

—No. Quiero decir que no debes estar aquí. —Si alguien le contaba a Farah que Ramesh estaba vivo y que ella no se había quitado el arete de la nariz a sí misma, sus amenazas se volverían insignificantes. Por otra parte, la esperanza de la mujer de que Bandido fuera un perro guardián había muerto. ¿Dónde estaría ese pulgoso?—. ¿Te ha visto alguien?

El hombre hizo un gesto hacia el bastón con una sonrisa triste.

—¿Cómo podría saberlo?

Aun así, ella tenía preocupaciones más grandes que su ceguera.

—¡Entra ahora mismo! —le indicó entre dientes.

—¿Me ayudas? —La voz de Ramesh sonó tan baja y patética que Geeta sintió deseos de abofetearlo. A pesar de ello, lo dirigió, aunque de forma poco amable, y luego cerró la puerta.

—¿Por qué estás aquí?

—¿Podrías darme un poco de agua? Hace mucho calor fuera —preguntó él con el mismo tono sumiso. Geeta accedió con un gruñido tan profundo como su reticencia. Después de que el hombre intentara coger el vaso de acero y fallara, ella, con impaciencia, le cogió la

mano y la colocó alrededor del recipiente.

Había imaginado ese momento muchas veces, en especial durante el primer año tras su desaparición. En todas sus fantasías, él volvía, colmado de disculpas y explicaciones. Lo variable era la reacción de ella, que fue cambiando a medida que pasaba el tiempo. Caerían en los brazos del otro, llorando; además, él dejaría de beber y ella quedaría embarazada. O ella, al principio, se negaría y lo haría sufrir, y él se esforzaría por ganarse su confianza como un héroe de película. O pronunciaría un largo discurso cargado de emoción —que ensayaba mientras se lavaba el cabello— sobre cómo había sobrevivido sola y le diría que ya no lo necesitaba, por lo que era mejor que se fuera.

Después de beber el agua, Ramesh se secó los labios y ella repitió:

—¿Por qué estás aquí?

—Eres mi esposa —respondió él, y Geeta no pudo evitar soltar una carcajada de hiena. Acto seguido, el hombre, con tono irritado, dijo —: ¿Qué? Lo eres.

—Sí, la que abandonaste hace cinco años. Así que, ¿por qué estás aquí de verdad?

Tal vez él hubiera intuido que ella había encontrado a otro y seguido adelante, y entonces hubiera regresado para reclamarla como suya. No por amor o incluso deseo, sino por la misma razón que un propietario marca sus propiedades ante los invasores. Pero eso era paranoia; no había forma de que él supiera sobre Karem. Era solo la vida desplegándose como se le antojaba y, una vez más, jodiéndola completa y totalmente.

—Te he echado de menos.

Geeta se lo quedó mirando. Los ojos de Ramesh estaban abiertos pero desenfocados. Él fue moviendo el bastón para hacerse una idea de dónde estaban los muebles. Esas, de alguna forma, eran las palabras de sus fantasías. Quiso preguntarle cómo se había quedado ciego, pero no quería dar la impresión de que le importaba. Le resultaba extraño que la condición debilitada del hombre hubiese diluido los recuerdos del miedo que había sentido. O tal vez se debiera a que ella había envejecido, o a que había envejecido y enfrentado problemas mucho más aterradores que él. Quizá solo estaba

demasiado desconcertada como para tener miedo. Cualquiera que fuera el motivo, en ese momento ella se sentía más molesta que amenazada.

—Entonces, quieres dinero.

—¡No! Escúchame. Sé que lo arruiné todo, pero quiero compensarte. Por favor, déjame hacerlo.

—Imposible.

—Déjame intentarlo.

—Tienes que irte. Aunque no ahora. Por la noche, cuando nadie pueda verte.

Ramesh intentó acercarse a ella, pero, como no verificó antes que no hubiera nada en el camino, tropezó con una silla de plástico, que cayó de lado con gran estrépito. Geeta se lanzó hacia delante para sujetar al hombre antes de recordar que no le importaba si él se caía y se rompía la cabeza.

—Por favor, Geeta. No tengo adónde ir. Mírame. Me llevó semanas llegar hasta aquí.

—Y a mí me llevó cinco años llegar hasta aquí.

—Pero estoy ciego.

La mujer se dio cuenta de que intentaba engatusarla, tal como lo había hecho Farah.

—Es más fácil ser un hombre ciego que una mujer abandonada. No puedes aparecer y arruinar todo por lo que he trabajado.

—No quiero arruinarlo.

—No obstante, lo harás. Siempre lo haces.

—Pero soy tu marido.

Ella estuvo un buen tiempo riendo hasta que pudo decir:

—Uno pensaría que la segunda vez sería menos gracioso, pero no.

—Te entiendo —aseguró con voz agria—. Aunque lo que dije es verdad: quiero compensarte. Por favor, déjame hacerlo. —Tras una larga pausa, preguntó—: ¿En qué estás pensando?

—En que me gustaba más cuando era viuda.

Excepto que no era viuda, sino una asesina y —sus pensamientos volvieron a Karem y el tiempo que habían pasado juntos—, técnicamente, una adúltera.

De pronto, unas voces llenaron la habitación. A través de las rejas de la ventana abierta, Geeta vio a varias personas, la mayoría vestida de blanco, caminando hacia la casa de Darshan, donde una plañidera profesional ya estaba sentada, golpeándose el pecho e incentivando a Preity a que llorara su dolor. Mientras tanto, aunque no lo supieran, las jovencitas de la parte sur del pueblo estaban más seguras de lo que habían estado en mucho tiempo. Después de que el sacerdote dirigiera a todos en las oraciones, Khushi y sus hijos se llevarían el cuerpo para incinerarlo y el hijo de Darshan encendería el fuego de la pira.

—¿Qué sucede? —preguntó Ramesh ladeando la cabeza.

—Se están preparando para los últimos ritos.

—¿De quién?

—¿Geeta? —llamó alguien desde fuera.

—¡Shh! —le dijo Geeta a Ramesh entre dientes, a pesar de que él no había dicho nada. Ella reconoció la voz de Farah—. Escóndete.

—¿Eh?

—¡He dicho que te calles! Tienes que esconderte. No puede saber que estás vivo.

—¿Por qué? —susurró él debido a que ella también lo había hecho.

—Porque mi vida depende de que ella crea que estás muerto y que yo te maté.

—¿Perdón?

—Vete atrás. No, espera, otros podrían verte. Métete en el armario.

—¡Geeta! Sé que estás en casa. El cerrojo no está echado.

—¡Un minuto! —exclamó ella; luego, se dirigió a Ramesh—. Al armario. Ahora.

—Pero…

Geeta puso una cara de furia estremecedora, aunque el esfuerzo fue en vano.

—¿Quieres compensarme? Entonces métete ahí.

El hombre se abrió camino hacia el interior y quedó doblado en medio de los saris de su esposa. Luego, ella metió el bastón, que quedó clavado en las costillas de él, y cerró las puertas empujando con fuerza. Acto seguido, Geeta exhaló frente al espejo y se dio la vuelta para ir a abrir la puerta de entrada.

—¿Qué? —preguntó de mala manera.

Farah estaba allí de pie, con ropa clara.

—Encantador. ¿No se supone que estás presa? En fin, ¿vienes a lo de Darshan? Teniendo en cuenta la situación, no sé decir si es más grosero que asistas o no. No hay un libro de etiqueta para asesin…

—¿Para qué has venido? —la interrumpió Geeta, muy consciente de la presencia de Ramesh, quien podía oír todo a través del algodón que lo envolvía.

—Porque tu perro está saltando por todos lados. Algunos estamos de luto, ¿sabes? Tú no, obviamente, pero…

—Bandido, ven. —El cachorro subió los escalones y lamió la mano que su dueña le ofrecía hasta que, de repente, se quedó quieto; luego, salió corriendo de inmediato a ladrar al armario.

—¿Qué diablos le pasa?

—Él… eh… a veces hace eso. Bueno, te veré en la reunión de la próxima semana.

—Espera. ¿Qué pasó en la comisaría…?

Geeta cerró la puerta ante la pregunta de Farah.

—Tranquilo, Bandido. —La mujer dudó al acercar la mano al tirador de la puerta del armario. Sería mucho más fácil mantener a Ramesh encerrado y alejado de su vista, o que la ficción se volviera realidad y Bandido le hiciera el gran favor de comérselo.

—¿Geeta? —llamó él—. ¿Acaso hay un perro por aquí? —Ella suspiró y pensó: «Siempre tan inteligente este hombre»; después tomó al cachorro por la parte de atrás antes de liberar a su marido, quien salió desparramado con el bastón en mano—. ¿Escuché bien? ¿Darshan está muerto? —Él también soltó un suspiro—. *O baap re*. Solía beber con él.

Geeta frunció el ceño.

—Tú bebías con todo el mundo, *gadheda*. —Ella nunca se hubiera atrevido a hablarle así antes, y eso la llenó de orgullo.

Ramesh no se ofendió.

—Es cierto. Pero ahora estoy sobrio. No he tocado el alcohol desde… —Él levantó el brazo para mover la mano frente a sus propios ojos, y Geeta entró en pánico.

De pronto, volvió a tener veintidós años y se vio acurrucada sobre el suelo de la cocina mientras Ramesh le pateaba el vientre y la espalda. Ella se sobresaltó y retrocedió con un grito ahogado antes de reconocer el movimiento de su marido como inofensivo.

Sin embargo, era demasiado tarde. Fue como si se hubiera accionado un interruptor, lo que la llevó a pasar de estar segura de su poder a no tener ninguno. Sentía como si un puño le estuviera apretando el pecho y no podía hablar. Mirarlo a él le resultaba muy perturbador, así que, en su lugar, se concentró en sus propias manos, que estaban temblando, y en el meñique izquierdo, que se movía en un ángulo antinatural. Trató de respirar, pero no encontraba aire. El único consuelo que tenía era que él no podía ver su reacción repentina y volátil.

—¿Cómo? —Se las arregló para pronunciar la palabra sin titubear.

—Por el *tharra*. Me tocó un lote malo; estaba mezclado con veneno u otra cosa.

La mujer no tuvo voluntad de mencionar a Bandido ni al metanol de Bada-Bhai. Caminó sin fuerzas hasta el escritorio, se sentó y se quedó mirando la fotografía de la Reina de los Bandidos, tratando de aliviar la ansiedad detrás del esternón. No había razón para temer; ella tenía una vida y amigos allí, y Ramesh no tenía a nadie. A pesar de decirse a sí misma que él ya no podría volver a tocarla, se dio cuenta de que no se lo creía.

—¿Por qué te fuiste?

—Me porté horriblemente contigo, lo sé. Fui un cobarde. Los usureros hubiesen venido y me hubiesen matado. Pero sabía que no te harían daño a ti, pues ellos estaban al corriente de que no tenías nada de valor.

Él inspiraba tanta fe como un piloto ciego.

—Tú me has hecho daño.

—Nunca más, Geeta. Y estoy ciego, sí, pero te prometo que no seré una carga. Sé cómo vivir así. En Ahmedabad había una ONG…

—¿Así que allí has estado estos últimos cinco años?

—No siempre. Estuve mendigando en la calle durante un tiempo hasta que esta ONG me encontró. Ellos me enseñaron a trabajar en

esta condición, por lo que aún puedo arreglar bicicletas y sillas de caña. Todavía soy bueno con las manos.

—¿Y tus padres? Tu hermano dijo que no podían encontrarte.

—Estaba muy avergonzado para visitarlos, y tampoco quería ser una carga para mi hermano, pues él ya debía ocuparse de ellos. No podía soportar su decepción.

Él podía estar mintiendo, pero ella sabía que lo primordial era asegurarse de que Ramesh no notara el miedo en su voz, de modo que, con tono tranquilo, dijo:

—Bueno, al menos no tendrías que verla en sus ojos.

—Qué graciosa. Siempre lo has sido —contestó él sonriendo. Luego, arrugó la frente—. ¿De verdad no han aparecido en todos estos años?

—Todos pensaron que te había hecho desaparecer.

—¡Ay, Geeta!

Ella se aclaró la garganta.

—Ya está. Y nosotros hemos terminado, así que, por favor, vete.

—Al menos déjame quedarme hasta Diwali.

—¡Son más de dos semanas! ¡No!

—¡Es que no he estado en casa en tanto tiempo! Mira, ahorraré algo de dinero para el bastón y, si para entonces sigues sin quererme por aquí, me iré. —Ramesh se pellizcó la piel de la garganta—. Lo prometo.

—¿Qué bastón?

El rostro del hombre se animó.

—Hay un bastón nuevo, el Bastón Inteligente. Lo inventaron unos estudiantes en Deli. Es maravilloso. No sé cómo, pero detecta las cosas a tu alrededor y vibra para avisarte.

—¿Como el sonar?

Él frunció el ceño.

—¿Eh?

—Como hacen los murciélagos.

—¿Eh?

—No importa. ¿Cuánto cuesta este bastón?

—Veinte mil.

—Si te doy el dinero, ¿te irás? —Era evidente que no importaba

cuánto tiempo hubiera pasado. Si la reacción frente a ese hombre era tan visceral, necesitaba que se marchara sin importar cuánto costara. Al igual que con Farah, necesitaba empezar a protegerse en vez de solo reaccionar.

—No podría pedirte que…

—Es una pregunta de sí o no. —Sin esperar una respuesta, ella comenzó a caminar hacia el armario. Nunca le había mostrado la caja a nadie, pero Ramesh no podría ver el contenido. Tomó el *mangalsutra* y, colocándoselo en las manos, dijo—: Tu familia pagó por esto, así que puedes quedártelo. Vete y véndelo para comprar el bastón.

El hombre tocó las cuentas con las yemas de los dedos.

—¿Es tu…?

Ella asintió con la cabeza y después se dio cuenta de su error.

—Sí.

—Ay, Geeta.

—No. No quiero tu gratitud ni tus tonterías peliculeras. Solo cógelo y vete.

El rostro de Ramesh, surcado por profundas cicatrices de viruela, reflejó vergüenza.

—No es eso. Ay, esto es tan incómodo. No puedo creer que… Debería haberlo hecho mucho antes, pero la verdad es que primero lo olvidé y después dejó de importar… Dios, estoy tan avergonzado. Eso es lo que tiene estar sobrio: recuerdas todas las cosas egoístas que has hecho.

—¿Qué quieres decir?

—El *mangalsutra* es falso. Yo… tomé el dinero que mis padres me dieron para eso y lo usé para devolvérselo a alguien. Después, compré uno de fantasía.

Aunque no era algo sorprendente, Geeta exclamó:

—¿¡Qué!?

—Juro que pensaba conseguir algo de dinero y reemplazarlo, pero…

—¿A quién le debías dinero? —En el acto, ella se dio cuenta de que no valía la pena preguntar—. Por la bebida, por supuesto. Tú… —Para su alivio, emergió del túnel del miedo y se encontró con un rincón de furia muy familiar—. Eres un pedazo de mierda.

—Lo sé —gimió él—. Por eso quiero compensarte. Conseguiré un trabajo, ganaré algo de dinero y, entonces, compraré un *mangalsutra* y el bastón.

—¡Olvídalo! —gritó ella—. ¿Qué voy a hacer con un maldito collar de boda que me des tú? —Estaba enfadada consigo misma y con su estúpido e inútil gesto de amabilidad; no, de debilidad. Al menos no había intentado venderlo, pues se le hubiesen reído en la cara—. ¡Dios! Había olvidado lo nefasto que eres.

—Perdóname —rogó Ramesh—. Por favor, perdóname. Juro que encontraré la forma de compensarte. —El collar había quedado colgando de la mano de él, quien, con timidez, preguntó—: ¿Quieres… eh… que te lo devuelva?

Geeta se lo arrancó de las manos.

—Tendría que metértelo por el orificio para mear.

Él pestañeó varias veces.

—¿Siempre has sido tan vulgar?

Geeta no asistió al duelo de Darshan, pero, como Saloni sí, tuvo que esperarla en el porche de su casa. Cuando ella salió de su propia casa, Ramesh había intentado indagar sobre sus planes, algo a lo que ella se había negado de inmediato. También le había informado, con una bravuconería falsa, que no tenía interés en volver a una vida en la que él pudiera decidir sobre ella. Bandido la había acompañado y ahora se encontraba en una batalla perdida con una nueva y ágil lagartija.

—¡Bandido! —gritó Arhaan cuando llegó con su familia. Como habían estado de duelo por Darshan, todos iban vestidos de blanco y parecían un anuncio del jabón en polvo Nirma.

—Hola —saludó Saloni—. ¿Estás bien?

—No, en realidad no.

Arhaan y su hermana llevaron al perro a jugar a la calle y Saurabh, tras saludar a Geeta con la cabeza, entró en casa. Entonces, Geeta le explicó que Ramesh había vuelto, roto y arruinado.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Dice que quiere intentarlo otra vez, pero no estoy segura.

El rostro de Saloni, que normalmente estaba lleno de confianza, se vio inundado por el pánico.

—¿¡Que no estás segura!? ¡No puedes aceptarlo de vuelta! —se opuso la mujer—. No después de todo lo que él…

—No, no. Quiero decir que no estoy segura de lo que está buscando en realidad. Le ofrecí dinero, pero no funcionó.

—Lo único que deberías ofrecerle a ese *chutiya* es un par de bofetadas. Ya te ha robado suficiente.

—¿Qué?

Saloni negó con la cabeza y, después de dudar un segundo, las palabras volvieron a ser fluidas.

—Sabes a qué me refiero. A tu tiempo. Tu amor. Tu esencia.

Geeta estaba a punto de llorar.

—Fue horrible verlo otra vez, Saloni. No te lo imaginas. Parecía que el tiempo no hubiera pasado, aunque todo haya cambiado. Cuando pienso en él, lo odio tanto que podría arrancarle los miembros, pero, cuando lo vi hoy, no sentí eso, sino…

—¿Qué?

—Miedo —susurró—. No estaba enfadada, sino asustada. No puedo dejar que se quede.

Saloni, titubeando, preguntó:

—¿Qué tal si nos «deshacemos» de él?

Geeta se dio una palmada en la frente.

—¿Por qué todo el mundo recurre a eso? Solo quiero deshacerme de él de una manera normal, no de la que hemos estado usando últimamente.

—No sé. Mira, todos piensan que él ya está muerto, así que podríamos… ya sabes. Está ciego, ¿no? Tiene que ser más fácil que con los otros.

—O tal vez el *panchayat* pueda decidir que ya no sea más mi marido; así, no le deberé nada y tendrá que irse.

Saloni bajó la boca en señal de duda.

—¿Quieres llevar esto al consejo? ¿Y si fallan en tu contra?

—Bueno, cuento con tu voto, ¿no? Además, tú y Saurabh podéis convencer a tu suegro y, lo que él decida, los demás lo seguirán.

—Sigue siendo un gran riesgo.

Geeta miró hacia la calle, donde los niños tiraban de un palo que

Bandido sujetaba entre los dientes.

—He estado pensando en Khushi.

—Ay, Rama. —Saloni suspiró—. Hay una tormenta lanzando mierda encima de tu cabeza y distraerte no hará que desaparezca.

—Si Khushi consiguiera un puesto en el *panchayat*, también votaría contra Ramesh. Además, podría ayudar a otros *dalits* y a sí misma. Todos salimos ganando.

—Eso es lo que asumes, pero, en realidad, nunca permitirán que haya dos mujeres en el consejo.

—Quizá tengan que hacerlo, ya que hay un puesto reservado para alguien de una casta desfavorecida, igual que para una mujer.

—¿Y qué? Hasta ahora no se ha respetado.

—Cierto, pero tengo la sensación de que la ASP Sushma Sinha haría que se cumpliera.

—A duras penas conseguimos librarnos de esa mujer. ¿Por qué querríamos que volviera a meterse en nuestras vidas?

—No le pediré que se mude aquí, sino que le exija al *panchayat* que cumpla la ley. Ya oíste a Khushi; Sinha se guía por el artículo quince.

Saloni negó con la cabeza y, con tono irónico, dijo:

—Tu casa se incendia ¿y tú regalas agua?

—Si tengo los votos, me libraré de Ramesh para siempre.

—Hay otra forma de deshacerse de él para siempre. —Frente a la exasperación de la otra, Saloni añadió con disimulo—: Solo decía.

—Me refería a una manera que no haga que reencarne en una cucaracha. —Geeta trató de sonreír, pero no pudo—. Iré a hablar con Khushi.

—¿Ahora?

Geeta recordó el miedo que había sentido cuando Ramesh movió el brazo y respondió:

—No puedo volver a casa en este momento.

Tal como le había anticipado, la casa de Khushi era mucho más grande que la suya. Tenía dos plantas imponentes, una terraza y un jardín. Geeta se había dirigido a la parte sur del pueblo siguiendo los desagües y luego el camino se había hecho más fácil, pues todos sabían dónde vivía la pudiente Khushiben. Cada persona a la que

preguntaba le indicaba un poco más cerca.

Al llegar, golpeó las puertas dobles y verdes. Una muchacha descalza abrió y, cuando Geeta preguntó por Khushi, esta miró hacia atrás, pero no pronunció palabra.

—Yo me ocupo, Amali —dijo Khushi—. Ve a preparar más té. —La joven se marchó con la misma sumisión con la que había abierto. La generosa figura de Khushi ocupó todo el espacio de la puerta y, aunque no sonrió, el tono de voz fue distendido cuando, a modo de saludo, comentó—: Espero que su perro no haya muerto.

—¿Qué? Ah, no —Geeta rio—. Toco madera. Solo quería hablar con usted. —La última frase quedó flotando entre ellas y el ambiente se volvió tenso, ya que Khushi seguía sin invitarla a pasar.

—Tengo compañía.

La información tácita tras esas palabras indicaba que la visita era de su misma casta; como consecuencia, si dejaba pasar a Geeta, quien era de otra casta, deberían realizar ajustes incómodos: en su presencia, no podrían usar los asientos y deberían permanecer de pie en señal de deferencia antes de acomodarse en el suelo.

—Oh, entiendo. ¿Puedo pasar en otro momento?

—No, no. Dígame.

Eso significaba «hazlo rápido».

—Bueno. Hummm… Estuve pensando en todo lo que ha logrado y en lo impresionante que es como mujer, y como mujer de negocios, y en que, bueno, debería estar en el *panchayat*, ya que, en esa posición y con ese poder, podría hacer que otros obtengan el mismo tipo de logros que usted tiene, y con otros me refiero a los *dalits*, por supuesto, pero también a las mujeres. En fin, creo que tiene muchas posibilidades de ganar, sobre todo si su candidatura hace que los *dalits* vayan a votar, pues, ya sabe, la mayoría no lo hace porque piensan que no vale la pena, y es lógico que se sientan de esa manera, ya que nunca cambia nada, así que, ¿para qué tomarse el trabajo? Pero si su nombre está en las papeletas, sí podría significar un cambio y entonces ellos votarían, lo que…

—Respire —indicó Khushi.

Geeta obedeció, tragando aire como si fuera agua, y después sonrió.

—¿Se presentará?

—No.

—¿No? —preguntó Geeta, desanimada.

—No, gracias —enmendó la otra.

—Pero…

Desde dentro, una voz las interrumpió.

—Khushiben, ¿está todo bien? Debo estar en casa a las nueve y todavía tenemos que… Ah, hola, Geetaben. Bienvenida —dijo Farah, quien estaba bebiendo té en el patio como si fuese el suyo.

24

Algunas zonas de la casa estaban levantadas con barro cuidadosamente revestido para que pareciera ladrillo, pero la mayor parte era de cemento. Las incorporaciones más recientes, como el baño y dos salas de estar que Geeta vio cuando se dirigía hacia el patio, se distinguían por la pintura más clara y la falta de manchas de humedad. Sin inmutarse, entró en la gran sala y se sentó en un canapé junto a Farah, quien sorbió los últimos tragos de su té hasta que la muchacha regresó con una bandeja de vasos llenos.

—Usted no beberá té, por supuesto —le dijo Khushi con suavidad desde su propio canapé al ver que Geeta estaba a punto de coger un vaso.

—Oh, yo…

Sin embargo, Amali ya le había hecho caso a su ama y se dirigía hacia donde esta estaba recostada, apoyada en un cojín cilíndrico y fumando narguile con el poder relajado de un sultán que observa a una cortesana. Tenía anillos de plata que le adornaban los dedos de ambos pies y sobre ella colgaba un cuadro en blanco y negro de B. R. Ambedkar. Khushi seleccionó un *paan* doblado de la bandeja de Amali y se metió la hoja entera en la boca. Luego, la muchacha, mientras sostenía la bandeja en equilibrio con la otra mano, recolocó las brasas del narguile con un par de pinzas. Khushi inhaló y el agua borboteó.

—Ah, Amali —dijo Farah con calidez, saboreando su té—. Recuerda que a mí me gusta con más azúcar.

Geeta se sorprendió ante esa familiaridad; se moría de ganas de preguntar por la relación entre Farah y Khushi, pero se negaba a darle la satisfacción a Farah de admitir que tenía curiosidad. Tras una leve inclinación de cabeza, Amali abrió las cuatro puertas de la sala para hacer circular el aire y se retiró.

—Me lo ofrecieron hace unos años, ¿sabe? Cuando empezó lo del

cupo. —Khushi habló con el *paan* en la boca.

—¿Eh? —preguntó Geeta.

—El *panchayat*. Incluso se ofrecieron a pagar todos los gastos para que me presentara. Tiene sentido: al ser mujer y, además, de una casta desfavorecida, cumplo con los dos requisitos, pero ocupo solo un asiento; es decir, es un solo voto.

—¿Y respondió que no?

Khushi soltó un resoplido burlón.

—¿Por qué iba a aceptar? ¿Para llevar mi trasero una vez al año y posar en una foto mientras ellos hacen lo que les da la gana el resto de los días? Al contrario, sería peor, pues aquí todos pensarían que participo en las decisiones de mierda que toman. He trabajado demasiado y durante mucho tiempo como para dejar que arruinen mi reputación. ¿Y todo por una falsa corona? ¡Ni hablar!

—¡No tiene por qué ser falsa! Podría lograr un cambio real. —Había planeado contarle el problema con Ramesh, pero la presencia de Farah complicaba las cosas.

—Escuche, eh, ¿cómo era su nombre?

—Geeta —contestó Farah de forma servicial, cuya alegría irradiaba como el calor del asfalto.

—Cierto. Geetaben. —Khushi soltó una gran nube de humo—. Su culpa me sirve de muy poco.

—Yo no…

—No me siento particularmente honrada de que se haya «rebajado» para venir aquí y haya entrado en mi casa. Dejó que mis hijos tocaran a su perro, ¿y qué? No voy a vivir agradeciéndole por eso.

—No pienso que deba hacerlo. Yo…

—Sí, lo hace. —La sonrisa de Khushi era indulgente pero perspicaz. Fue entonces cuando Geeta, al fin, registró la ira titánica de la mujer, oculta al principio por una sonrisa de labios apretados y una furia civilizada que desde entonces habían caído como un velo. Comenzó a juntársele un poco de saliva en las comisuras de los labios mientras iba elevando la voz—. Creyó que podía venir corriendo a la parte mala del pueblo y ofrecer salvarme para sentir que hizo algo importante con su insignificante vida, la cual dedica a fabricar…

joyas, ¿no?

—*Mangalsutras* —respondió Farah antes de que la otra pudiera hacerlo—. Pero sigue siendo «arte», ¿verdad, Geetaben?

Enfadada, Geeta miró a Farah, cuya sonrisa era todo dientes. No era la primera vez que se asombraba por la vasta gama emocional de las mujeres. Allí estaba Farah, reutilizando su ternura con Amali y Khushi para encubrir su salvajismo contra ella. Geeta no estaba tan ofendida como impresionada. Y no era solo Farah, sino todas ellas: Saloni, las gemelas y ella misma. Sus gamas, como mujeres, eran extremas. Los hombres gravitaban hacia un lado u otro y allí permanecían; por lo menos, así había sido con Ramesh. Las mujeres, en cambio, llegaban a los rincones más alejados, y podían tener bondad y crueldad a partes iguales.

—Solo quería ayudar —dijo Geeta en voz baja, incapaz de mirar a ninguna de las otras dos. Omitió que ella también necesitaba ayuda con urgencia—. No era mi intención ofenderla. Luego, señaló la fotografía de Ambedkar que estaba encima de la cabeza de Khushi y continuó—: Él quería que en el gobierno hubiera escaños separados para los *dalits*, porque sabía que no se podía esperar que los «tocables» cuidaran de los demás. No sucedió, pero pensé que, al menos, podría ocurrir aquí.

La expresión de Khushi se suavizó un poco.

—El doctor Ambedkar también pensaba que era mejor que viviéramos separados de los hindúes de casta, pues, para él, los intocables solo existían donde también lo hacía la idea de lo «tocable», como si fuese algo parasitario. Pero su argumento no sirve, porque eso nos sigue. ¿Ve a Amali? —Khushi señaló a la muchacha, quien se encontraba en el patio. Geeta la observó tirar un cubo de agua al suelo y ponerse en cuclillas con una escoba *jhadu*. Un pañuelo le cruzaba el torso y las dos puntas estaban atadas en un nudo a la cadera; mientras barría, iba avanzando agachada—. Ella consiguió un trabajo de cocinera en una escuela; sin embargo, cuando se enteraron de que era *dalit*, la echaron y tiraron toda la comida que había tocado. Entonces, yo le ofrecí trabajar aquí, pero sus padres se negaron. ¿Sabe por qué? Porque ella es de la casta *dhobi* y yo, *dom*, por lo que trabajar aquí la

contaminaría.

»Los padres fallecieron el año pasado, muertos de hambre, y hubiesen preferido que ella muriera también antes que quedar contaminada. ¿Se lo imagina? Claro que sí; no es una historia especial. Lo que quiero decir es que no necesitamos que los hindúes de casta nos digáis que somos intocables, no cuando estamos ocupados manteniéndonos a raya unos a otros.

—Pero Amali ahora está aquí.

—Sí. —Khushi asintió con la cabeza—. Come y vive aquí. Valora más su estómago que su karma.

—O tal vez tampoco cree en estas idioteces.

En ese instante, Khushi rio, y Geeta sintió el alivio como una brisa fresca. Deseaba la aprobación de esa mujer con la misma desesperación que probablemente la obstaculizaba. Saber eso, no obstante, no equivalía a poder alterar o enmascarar su ansia. A pesar de haber obtenido una respuesta y saber que no era bienvenida allí, Geeta trató de evitar que le mostraran la salida, pues todo lo que la esperaba era Ramesh.

—¿Y cuánto tiempo hace que son amigas? —preguntó para seguir postergando el momento de la partida.

—¿Amigas? —Khushi pronunció la palabra como si se estuviera probando un atuendo que no le parecía demasiado favorecedor—. ¿Diríamos que somos «amigas»?

—Claro —respondió Farah—. Pero diría más que somos socias.

Khushi asintió, pero la corrigió:

—Ni siquiera socias, solo dos personas que hicieron un acuerdo necesario. —Acto seguido, inhaló de la boquilla del narguile, y Geeta trató de determinar lo que una modista y una quemadora de cadáveres podrían necesitar una de otra. Parecía la extraña premisa de un acertijo.

—¿Qué acuerdo?

—Khushiben quemó el cuerpo de Samir antes de que la policía se percatara de algo. Hizo todo el papeleo por mí y pagó a los policías. —Farah notó que Khushi se había alarmado y entonces explicó—: No pasa nada; Geeta ya sabe lo de Samir. Ella es la que me «ayudó».

—¿La de la espiral para mosquitos? —Cuando Farah asintió, Khushi soltó una carcajada grosera—. No se ofenda. Fue algo adorable. No hubiese sido mi primera opción, pero hay personas a las que a veces les gusta tomar el camino más difícil. Forja el carácter.

—Discúlpeme —dijo Geeta de mal humor—. No tenía mucha experiencia, precisamente.

—Eso no es verdad. ¿Y Ramesh?

Con ese idiota dando vueltas por ahí, no tenía sentido mantener el secreto. Al menos, no en un pueblo donde el primo segundo de la cuñada de tu vecino sabía que tenías hemorroides antes que tú.

—No lo maté —dijo Geeta con los dientes apretados—. Él me dejó. Pero ahora ha vuelto.

Farah no parecía molesta.

—Por supuesto —se jactó a la vez que se daba una palmada en el muslo—. Eso tiene mucho más sentido. Tú no estás hecha para el asesinato.

Aunque eso debería haber sido un cumplido, no lo fue en absoluto. Geeta la miró con el ceño fruncido mientras se dirigía a Khushi:

—Por eso vine; necesito su ayuda.

—¡Y yo que creía que era usted la que quería ayudarme a mí! —exclamó la mujer fingiendo sorpresa.

—Pensé que podíamos ayudarnos mutuamente. Si usted está en el *panchayat*, podría votar para que anulen mi matrimonio con Ramesh, y entonces él tendría que irse.

—¿Por qué no lo quiere de vuelta? —preguntó Khushi, quien enseguida agitó la mano—. No importa; es una pregunta estúpida. Sin embargo, son muchos «si». Si me postulo, si gano, si voto a su favor…

—No sé qué otra opción tengo, ya que no se va por voluntad propia.

Farah se encogió de hombros.

—Mátalo.

—¿Para qué? —dijo Geeta de mala manera—. ¿Para que tú tengas más cosas con las que chantajearme? —Luego miró a Khushi en busca de una reacción, pero esta no parecía ni sorprendida ni consternada. Entonces, Geeta se dio cuenta de que esperaba arruinar la opinión que Khushi tenía de Farah, como una colegiala sin amigos que se esfuerza

por ser la favorita del profesor.

Farah rio con tono de burla.

—Tú también trataste de amenazarme.

—Solo después de que trataras de extorsionarme por dinero y… ¡Ah, sí! Y envenenaras mi comida.

Farah puso los ojos en blanco.

—¿Sigues con eso? Ya te expliqué que no era algo personal.

Geeta la ignoró y, en cambio, se dirigió a Khushi.

—¿Al menos pensará lo de postularse?

—No. ¿Alguna otra pregunta?

Tendría que buscar otra forma de quitar a Ramesh de su vida. No obstante, en ese momento, no soportaba tener que volver a casa y verlo de nuevo.

—Solo una. Le hizo a Farah un gran favor. ¿Por qué?

Khushi sonrió y tomó otro *paan*.

—¿Está diciendo que no parezco generosa?

—Lo que no parece es estúpida —respondió Geeta sosteniendo la mirada—. Incineró a un musulmán y, además, les mintió y sobornó a unos policías. No hubiese corrido esos riesgos a menos que se beneficiara en algo.

En ese instante, Khushi se despojó de su falsa reserva.

—Por supuesto que me beneficié. Ella se deshizo de Samir, lo que significa que él ya no podrá atacar a mis niñas, así que le debía un favor.

La cabeza de Geeta zumbaba con varias preguntas conflictivas.

—Pensé que solo tenía hijos varones.

—Así es, gracias a Dios. Es imposible proteger a las niñas. Cualquier hija es una carga, pero ¿una *dalit*? Olvídelo. Sus hombres de casta superior piensan que nuestras sombras los contaminan, pero no tienen ningún problema en invadir nuestros coños. —Frente a esas palabras, Geeta recordó a Darshan y la parte baja del abdomen se le tensó. Luego, Khushi continuó—: Las únicas veces en que no nos molesta ser intocables. —La mujer levantó el mentón hacia la puerta, aunque Amali, que ya había terminado de barrer el patio, se había ido a realizar otra tarea—. Como dije, Amali es de una subcasta superior,

pero como es la sirvienta, no usa nuestro baño. Una mañana, hace un par de meses, fue a los campos y, apenas se desabrochó el pantalón, un hombre comenzó a estrangularla. Trató de violarla, y lo hubiese logrado de no ser porque justo pasaba un grupo de muchachas y lo ahuyentaron. Ahora usa el baño, cuando puede, claro, pues mi hijo lo acapara día y noche. Los lácteos no le sientan bien, pero prefiere morir antes que dejar el queso Amul.

—¿Tiene nevera? —preguntó Geeta.

Khushi se sorprendió ante el sinsentido.

—Eh… No. Íbamos a comprar una, pero con todos los cortes de energía que hay, ¿para qué? —contestó la mujer. «¿Cómo no he pensado en eso antes?», reflexionó Geeta—. ¿Sigo? Entonces nos quejamos. ¿Y sabe qué respondió el *panchayat*?

—¡Que se vayan a la mierda! —exclamó Geeta con fiereza—. Por eso la quería ahí: para hacer las cosas de manera diferente.

Khushi agitó la mano para apartar el humo del narguile y las objeciones de Geeta.

—Bueno, lo hicimos de manera diferente. Está muerto, ¿no?

Eso llevó a otra pregunta.

—Pero el agresor no era Samir…

—Sí lo era —interrumpió Farah—. A veces estaba fuera toda la noche y volvía al amanecer. Dos de esas noches fueron cuando aquí atacaron a las jóvenes. Además, Khushiben dice que no ha habido ataques desde que él murió.

—¿Y Darshan?

—¿Qué pasa con él? Mis muchachos lo están incinerando ahora. —La mujer miró la hora en su móvil—. Ya deben estar a punto de volver.

—Darshan era el agresor…

En ese instante, los hijos entraron en el patio; acarreaban el olor a carne quemada y a humo de leña, tabaco y algo más dulce. «Drogas», pensó Geeta, aunque no estaba segura de cuál. El hedor era tal que, cuando los jóvenes se acercaron para saludar a su madre, Geeta tuvo que respirar por la boca.

—¿Cómo os ha ido? —Khushi le palmeó la cabeza a uno de los hijos

después de que él le tocara los pies en deferencia—. ¿Has estado bebiendo?

El muchacho puso los ojos en blanco.

—Es la única forma de soportar el olor, mamá.

—Necesitas todas las neuronas para la escuela. Y si alguna vez dejas que tu hermano lo haga, te…

—Sí, sí. —Él señaló el narguile—. ¿Y eso?

—Los vicios son para los viejos —le dijo la madre después de darle una bofetada cariñosa. Cuando los jóvenes se fueron a bañar, ella les preguntó a las otras dos—: ¿Dónde estábamos? —Entonces señaló a Geeta con la boquilla—. ¿Está segura sobre Darshan?

—Bastante. —Geeta hizo una pausa. Ya había alardeado frente a Farah sobre haberlo asesinado y, para ser honesta, también quería la admiración de Khushi—. Antes de matarlo…

—¡Ah! ¿Como «mataste» a Ramesh?

—Vete al diablo, Farah. Antes de matarlo, él me estranguló. —Se señaló el cuello herido. Por su parte, Farah se quedó callada y giró en el canapé para prestarle atención—. Por eso, pensé que él era el atacante. Era el mismo *modus operandi*.

Perfecto. Ya sonaba como Saloni en medio de una maratón de *CID*. La risita de Farah indicaba que a ella también le parecía ridículo su lenguaje. Geeta le dio un codazo, y ella se lo devolvió.

Khushi no prestó atención a la discusión y, mientras acariciaba la boquilla del narguile con los labios, meditó en voz alta:

—Podrían haber sido los dos. Rama sabe que nunca faltan violadores en el mundo.

—Y parece ser que yo maté a los dos. Así que, si le debía un favor a Farah, también me debe uno a mí.

La mujer clavó los ojos en Geeta con lo que esta identificó como respeto, lo que la hizo resplandecer.

—Interesante opinión. Así que en verdad mató a Darshan, ¿eh? Puedo adivinarlo, pero ¿por qué?

—Dudo que… —comenzó a decir Farah, pero Geeta la interrumpió.

—Porque puede que ellos no vean ningún problema en «invadir nuestros coños», pero yo sí.

—Amali —llamó Khushi sin apartar la vista de Geeta—. Trae un poco de té para nuestra invitada. Ahora, Geetaben, negociemos.

25

Como gusano que era, Ramesh enseguida se relacionó con los lugareños y consiguió algunos trabajos ocasionales. Con encanto y diligencia a partes iguales, reparó bicicletas, arregló sillas, sirvió té y envolvió *paan* para distintos vendedores, todo a tientas. Solo aceptaba los billetes fáciles de reconocer, pero distinguía todas las monedas con facilidad.

Karem no había ido a verla desde que la noticia de que Ramesh había vuelto («¡Está vivo! ¡Al fin y al cabo, no es una *churel*!») se había esparcido por el pueblo como una gripe. Geeta se preguntó si estaría molesto, dada la intimidad que habían disfrutado antes de que su marido regresara. No obstante, ella sí estaba molesta con Karem. Había pasado las últimas noches repasando los momentos compartidos —al compás de los ronquidos de Ramesh— y ahora tenía sus propias quejas: él había dejado escapar dos veces lo de la ceguera de Ramesh; ¿cómo lo había sabido? Aun así, esperaba que no creyera que algo pasaba con su marido. Si estaba al tanto de los chismes, sabría que el gusano dormía, en un *charpoy* donado, ante la puerta de Geeta, en hiperbólica penitencia pública. El marido pródigo regresaba, humillado, para cortejar a su esposa abandonada. Para el pueblo, era una canción de amor y disculpa. Para Geeta, un enorme fastidio.

Todavía tenía que solicitar una resolución formal del *panchayat*, aunque, en ese momento, no serviría de nada, no cuando el pueblo consideraba a Ramesh un ejemplo de coraje y un testimonio de resiliencia y adaptabilidad. Ella debía esperar dos cosas: que Khushi encontrara una candidata apropiada que se postulara para el consejo, tal como había prometido unos días antes, y que la popularidad de Ramesh cayera. Tal como estaban las cosas, la gente comentaba su buena suerte; era fácil caer en la miseria, pero casi imposible levantarse. Él era legalmente su marido y su nombre estaba en la

escritura de la casa, por lo que su lugar era en la aldea junto a ella. No tenía derecho a rechazarlo.

Al menos, tenía a Bandido de aliado, cuya continua hostilidad hacia Ramesh era muy satisfactoria, aunque peculiar. No solo estaba receloso como lo había estado con Farah o Saloni mientras las estudiaba, sino que, con él, el antagonismo era inflexible: gruñía cada vez que el hombre se acercaba, y el sentimiento era mutuo, lo que a Geeta le venía muy bien. El puesto fijo del perro bajo la cama de la mujer disuadía a Ramesh de cualquier intento de meterse allí. Todavía no había sido tan audaz para tocarla —en realidad, Geeta se aseguraba de que hubiera una amplia distancia entre ellos por si un movimiento al azar le provocara terror otra vez—, pero las intenciones del hombre de, con el tiempo, recuperar la relación eran claras. Ella no se dejaba influenciar por sus palabras, pero, debido a que él continuaba sobrio, se estremecía cada vez menos a su lado.

Ramesh prácticamente no sabía cocinar —defecto que tenía más que ver con la forma en que había sido criado que con su falta de visión—, aunque sí preparaba el té por las mañanas. Se subía a una silla para ajustar el ventilador de techo. También iba a buscar agua, a pesar de que era una tarea reservada para las mujeres. Una vez, Geeta se alarmó al encontrarlo inclinado sobre la cocina *sigri* volteando un *papadam*.

—¿Cómo sabes que está listo? —le preguntó mientras esperaba a que se enfriara cuando él lo apartó de la llama.

Él sonrió y se dio un golpecito en la nariz.

—Apuesto a que ahora puedo olfatear mejor que tu perro. — Entonces, ¿podía el sufrimiento volver bueno a un hombre malvado? Era poco probable. Pero ¿podía hacer que fuera menos malvado? Evidentemente sí. A pesar de que seguía sin aceptar a Ramesh, fue encontrando menos cosas que detestar en él, lo que, considerando dónde lo habían dejado, era un pequeño milagro. Sin embargo, él continuó—: Debo admitir que el *papadam* no es gratis; quiero pedirte un favor.

Era obvio.

—¿Qué? —preguntó Geeta sin entusiasmo.

—¿Podría empezar a bañarme dentro? —Hasta ese momento, él había estado lavándose en el círculo cercano al pozo, donde los hombres solían enjabonarse en ropa interior y enjuagarse—. Es difícil saber cuándo no hay nadie alrededor. Y siempre pierdo el jabón.

La mujer partió el *papadam* por la mitad y masticó haciendo ruido. Algunas migajas le cayeron sobre el pecho como si fuese ceniza.

—Está bien.

Esa concesión llevó a que él se sentara en el suelo con las piernas cruzadas y, mientras se secaba el cabello, se pusiera a escuchar la segunda mitad del programa de radio con ella. («¿Quién podía imaginar que las orcas machos eran tan niños de mamá? Seguro que son de la India»). Eso, a su vez, se transformó en una cena compartida cuando a ninguno de los jefes de Ramesh —uno de los cuales casi siempre le daba comida— le habían quedado sobras. («¿Estás segura de que hay suficiente? No quiero que te quedes con hambre»). No obstante, ofrecerle comida no significaba compartir la mesa; Geeta lo obligaba a comer fuera y enjuagar sus cubiertos después. («Casi no tuve que lavar nada, pues estaba tan delicioso que hasta lamí el plato»). La tarde siguiente, Ramesh compró algunas verduras en el mercado. («Un pequeño agradecimiento por el banquete de anoche»). Ella se dio cuenta de que cortar un poco más no le llevaba mucho tiempo, que cocinar un poco más no le costaba nada y que, luego, la compañía era agradable, aunque fuera la de su marido. («¿Te cuento un secreto? Creo que no he perdido demasiado. Antes estaba siempre borracho, lo que es, en cierto modo, una forma de ceguera. Ahora estoy sobrio, lo que significa, de alguna manera, que veo un poco más»). Por consiguiente, se encontraron inmersos en una domesticidad fingida: Ramesh complacido con cada pequeña victoria y Geeta asegurándose a sí misma de que no estaba perdiendo terreno, pues tenía el control de los privilegios que le había concedido y podía quitárselos en cualquier momento. Al igual que con Karem, a cuya tienda acudió una mañana con la excusa de la diligencia debida.

—Hola —saludó ella. El hombre se veía bien.

—Hola.

—¿Cómo están los niños?

—Alborotados. ¿Cómo estás tú?

Geeta suspiró y dijo:

—Ramesh ha vuelto.

—Eso oí.

—¿Ha venido a verte? Quiero decir, a comprar aquí.

—No —respondió él mientras negaba con la cabeza.

—Supongo que de verdad está sobrio.

—Yo no estaría tan segura.

La mujer entrecerró los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—No confío en él, Geeta.

—¿Y sí debería confiar en ti?

En ese instante, fue él quien entornó los ojos.

—¿Qué quieres decir?

No era una simple cuestión de transferir su fe en Karem hacia Ramesh. No se fiaba de ninguno de los dos. Sin embargo, esa leve insinuación de que la estaban engañando o de que era capaz de dejarse engañar —o peor, de que era una tonta— le dolió. Eso, sumado a que Karem le había ocultado secretos, hizo que se sintiera doblemente embaucada.

—Tú estabas al corriente de que Ramesh estaba ciego. Lo dijiste, pero entonces no pensé en ello. Además, siempre hablaste de él en presente, a diferencia de todos los demás, lo que quiere decir que sabías que estaba vivo. Todo este tiempo supiste dónde estaba y nunca dijiste nada.

Al otro lado del mostrador, Karem suspiró y hundió los hombros, y Geeta se vio forzada a abandonar la esperanza de haberse equivocado.

—No, Geeta, lo juro. Lo vi una vez en Kohra, hace más de un año. Bada-Bhai había llamado a todos sus hombres porque pensaba que Lakha… ¿Recuerdas a la mujer *rabari*? —Geeta asintió; dudaba de que alguna vez pudiera olvidar cómo la mujer había sido abofeteada en la cocina de Bada-Bhai. Luego, él continuó—: Bueno, ella y su hijo habían desaparecido, así que todos salimos a buscarla y ahí fue cuando vi a Ramesh en la casa.

Eso finalmente explicaba la aversión inmediata e inequívoca de

Bandido hacia Ramesh: lo conocía de antes.

—¿Contó ella por qué huyó? —preguntó Geeta.

Karem se sorprendió, pero respondió enseguida, deseoso de volver a congraciarse con ella.

—¿Lakha? La mujer de Bada-Bhai la maltrataba. Dijo que no estaba huyendo, sino escondiéndose. Escucha, yo no hablé con Ramesh, solo lo vi una vez y Bada-Bhai mencionó que se había quedado ciego. Luego desapareció otra vez, y no comenté nada porque el jefe es muy insistente con que sus empleados mantengan la boca cerrada. Y juro que fue mucho antes de… lo nuestro.

Geeta negó con la cabeza.

—Justifícalo como quieras, pero sabes que deberías habérmelo contado. De lo contrario, no necesitarías dar explicaciones.

El hombre suspiró con fuerza, pero asintió. Entonces, ella notó que él había vuelto a ponerse el arete.

—Muy bien. No confíes en mí, por lo menos hasta que me lo vuelva a ganar. Pero tampoco confíes en Ramesh. Está muy lejos de merecerlo.

Lo que Karem y los demás, incluida Saloni, no sabían era que ella no era una esposa abandonada a la que el canalla de su marido estaba engañando para que lo perdonara. Solo estaba esperando el momento indicado para jugar sus cartas. Si, mientras tanto, era civilizada con Ramesh, se debía a que, fuera lo que fuera, admiraba la disciplina que requería la sobriedad.

—No confío en él —le dijo a Karem—. Pero no puede hacer mucho; está ciego.

—¿No resulta ofensivo? ¿Tener expectativas más bajas para los ciegos?

Ella lo miró con furia.

—Todavía no hemos vuelto a la parte en que nos reímos juntos.

—Perdón —se disculpó él, tan sumiso como Bandido cuando lo reprendían—. Aún quiero que seamos amigos.

—Yo también. Solo necesito tiempo para resolver las cosas.

—¿Lo que sientes por Ramesh, por ejemplo?

—No —lo corrigió Geeta de inmediato—. Pero debo tener cuidado.

Legalmente no puedo echarlo, y aquí todos sienten pena por él.

Karem se encogió de hombros.

—No todos.

—La mayoría, sí. El hombre está ciego, Karem. Tú mismo lo dijiste: eso es tocar fondo.

—Pero hace tiempo que está así y, sin embargo, se mantuvo alejado. ¿Por qué volver ahora?

De camino a casa, Geeta se puso a pensar en que esa era una buena pregunta. Por esa razón, sacó la botella de ron —la que Saloni le había pedido a Karem que le llevara— del rincón olvidado de las provisiones y la colocó cerca de la lata de té suelto que Ramesh usaba cada mañana. ¿Había alguna diferencia entre una prueba y una trampa? Tal vez solo lo que uno esperaba que fuera el resultado.

Ya fuera por ensañamiento o como modo de asegurarse, Geeta cambiaba de lugar los muebles al azar, y luego observaba cómo Ramesh tropezaba con una silla ubicada por allí o un cubo colocado por allá. Él caminaba con la autoridad de alguien que había memorizado una disposición y dependía de ella, y, cada vez que Geeta lo veía trastabillar, la vergüenza la invadía. Pero la vez que se sintió más despreciable fue la noche en que Ramesh, mientras comían curri de patatas, le dijo:

—Nunca esperé que confiaras en mí de un día para el otro. Y tienes derecho a un poco de venganza, así que mueve las sillas y los cubos todo lo que quieras. Lo merezco. Pero ¿por qué sabotearme?

—¿Qué?

—Encontré la botella, tal como querías.

—Oh. Yo… —Aunque no estaba segura de sus motivaciones para esa prueba-trampa, se sintió un poco triunfante—. Espera. ¿Cómo la viste? Si tú… —Él se dio un golpecito en la nariz y ella se desanimó—. Ah.

—¿Por qué lo has hecho?

—Yo… no estoy segura de qué quería probar. Que no habías cambiado, tal vez.

—Dije que no bebía más, no que no me tentara hacerlo. Así son las adicciones. Trato de mantenerme alejado de la tentación porque

acepto que soy débil. —Ramesh negó con la cabeza—. Por eso, lo que hiciste no estuvo bien.

—Tienes razón.

—Comprendo que estés enfadada conmigo, y eso no se va porque yo haya cambiado. Te he lastimado durante muchos años. —Los ojos desenfocados se le llenaron de lágrimas—. A veces agradezco estar ciego para no tener que mirarte a la cara. Qué cobarde, ¿no?

—Yo…

—Vine aquí para arreglar las cosas, pero creo que aún no estás lista.

Estaba segura de que no era tan mala persona como para haber hecho eso. La confusión la invadió con ferocidad y sintió las tripas como un trapo de cocina retorcido. No quería vivir con él, pero eso no significaba que debiera arruinarlo o convertirlo en el monstruo que era antes.

—Me… Me desharé de ella. Estuvo mal de mi parte.

—Gracias, pero no es necesario. Mañana me mudaré.

Las palabras del hombre fueron tan tristes, sorpresivas y carentes de reproche que le provocaron más autodesprecio. En lugar de disfrutar el alivio de la libertad, y casi sin pensar, soltó:

—¿Por qué?

—No puedo arriesgar mi sobriedad al estar cerca de alguien que desea que fracase.

—Yo no…

Él levantó una mano.

—Puedo estar ciego, sordo y mudo, pero no puedo volver a beber. Mi sobriedad lo es todo para mí. Sin eso, no soy nada.

—Lo siento.

Ramesh le dirigió una sonrisita apenada.

—Es decepcionante, eso es todo. Por fin estaba descubriendo lo maravillosa que eres y era capaz de apreciarte como persona. Esta última semana contigo ha sido excelente y me hizo creer que lo que decían era verdad: cuando dejas de beber, las cosas empiezan a ponerse en su sitio.

Geeta no podía mirarlo. Era un día lamentable, pues había sido un ser humano más vil que su marido. Las personas cambiaban y

maduraban, lo sabía. Saloni lo había hecho, y ella también. No era necesario recibir a Ramesh con los brazos abiertos, pero tampoco lo era ser tan maliciosa como él lo había sido una vez.

—Y yo lo arruiné.

—No dije eso.

—No hacía falta. Arriesgué algo muy valioso para ti, y ¿para qué? ¿Para convencerme de que seguías siendo el mismo? Más bien deseaba que fueras el mismo porque así no tendría que preocuparme en perdonarte, algo que nunca pensé que llegaría a considerar.

—No estás obligada a hacerlo. Pero el perdón es algo que uno se regala a sí mismo. Por eso, yo te perdono por la pequeña trampa, lo pidas o no.

A pesar de ese discurso, una pregunta, una petición, una exigencia afloró en el espacio que los separaba; reconoció las palabras que venían, como un autómata, ausente y de manera mecánica. Iba a ejecutar una tarea memorizada, nacida de la supervivencia, enterrada gracias a la libertad y, ahora, resucitada:

—Tienes razón; yo me equivoqué; lo siento.

26

Las mujeres estaban discutiendo, pues el prestamista llegaría en pocas horas y aún faltaban doscientas rupias. Mejor dicho, faltaban Geeta y sus doscientas rupias. Las otras cuatro mujeres del grupo de crédito se habían reunido en lo de Saloni, como cada martes, para aportar sus respectivos fondos.

—¿Dónde está? —preguntó Saloni. Las demás la miraron desconcertadas—. ¿Cuándo fue la última vez que la visteis? —Sin embargo, no hubo respuesta. Priya se rascó una costra que tenía en el codo izquierdo mientras Preity estaba a la caza de un mechón de pelo suelto que le hacía cosquillas en el valle entre los pechos. Ni siquiera el tono de irritación de Saloni, que indicaba descontento y solía desencadenar al menos pequeñas dosis de adulación, logró llamar la atención de las presentes. Qué confiadas. ¿Cuándo se habían vuelto así? Acto seguido, señaló a Farah—. Tú.

—¿Qué? —dijo esta con voz aburrida.

—Tú siempre estás rondando por ahí, tratando de sacarle dinero. ¿Dónde está?

—No lo sé —respondió la mujer encogiéndose de hombros—. Estuve muy ocupada. Ya casi es Diwali. He estado hasta arriba de trabajo y, ¡oh, sorpresa!, resulta que Irem cose como si estuviera más borracha que su padre. La bendición de ser madre.

—Creo que la vi hace más o menos una semana —comentó Priya.

—¿Dónde?

—Aquí.

Saloni cerró los ojos y trató de armarse de paciencia.

—¿En la última reunión? ¿Cuando todas la vimos?

—Sí.

—Gracias, Priya. Tan útil como siempre. ¿Alguna la ha visto desde entonces?

—Tenemos nuestras propias vidas, ¿sabes? —se quejó Preity—. Ahora soy viuda, y eso no implica estar todo el día llorando. Debo buscar la forma de aumentar las ventas, pues los ahorros de Darshan no durarán mucho. ¡Es muy difícil!

—Sí, muy difícil —coincidió Priya—. De todos modos, ¿por qué asumir que pasó algo? Geeta nunca ha sido muy sociable.

Preity asintió en señal de apoyo.

—Debe de estar ocupada con Ramesh. Oí que él ha estado tratando de reconquistarla. Ciego y, aun así, trabajando tanto. Es romántico.

—Sí, muy romántico.

Saloni miró a Preity con furia.

—Cuando los demás pensaban que Darshan se había reformado y que, arrepentido, trataba de volver contigo, tú sabías que seguía siendo el mismo maldito de siempre, ¿cierto? —Preity, avergonzada, se quedó en silencio, aunque Saloni, de todos modos, no pensaba dejarla responder—. Cierto. Porque un hijo de puta siempre lo es.

Farah entrecerró los ojos y preguntó:

—¿Y por qué tú tampoco sabes dónde está?

La autocrítica no se le había escapado a Saloni. Ella tampoco se había dado cuenta de la ausencia de Geeta, pues los hábitos no cambiaban con facilidad, y hacía mucho tiempo que se había acostumbrado a no verla. Ese reencuentro era una excepción en una agitada rotación de tareas domésticas, alfarería, ser madre y ser nuera. A esa rueda de actividades se había agregado recientemente la voz justiciera de Geeta, quien no paraba de hablar sobre cómo abolir el sistema de castas. Después de la excursión a la comisaría de Kohra, Saloni le había estado sugiriendo de manera sutil a su suegro que sería bueno que hubiera una *dalit* en el consejo, por el tema del cupo.

A medida que se acercaba la fiesta anual de Diwali y Año Nuevo y se intensificaban los preparativos, Saloni se pasaba el día recorriendo el pueblo, y, en cada lugar que veía a Ramesh trabajando, a pesar de que él no pudiera percatarse de su furia, ella le dirigía una mirada de «vete al demonio». En cuanto a Geeta… Las excusas y las gilipolleces eran comunes a todos y, a fin de cuentas, a pesar de que Saloni sabía que el Maldito andaba merodeando, no había ido a ver cómo estaba su

amiga.

Hacía muchos años que no pensaba en el sobrenombre que le había puesto a Ramesh y más tiempo aún desde que había tenido que usarlo. Desde el principio, el Maldito se había mostrado como un baniano. Bueno, debido a que el último tiempo Geeta había plantado en la cabeza de Saloni la idea de lo malo que era el sistema de castas, esta supuso que los estereotipos también eran algo dañino. De acuerdo. Desde el principio, el Maldito se había mostrado como un miserable y avaro en busca de dinero, con el aspecto y la moral de una chinche de cama macho (un tipo de insecto que, gracias a Geeta y su condenado programa de radio Saloni desafortunadamente había aprendido, tendía a algo llamado «inseminación traumática», adjetivo que también describía lo que esta había sentido después de una búsqueda de imágenes en el ordenador de Arhaan).

Al comienzo, cuando Ramesh había demostrado que su interés en Geeta era absoluto y exclusivo, Saloni se había sentido feliz, pues su amiga merecía un hombre fiel. Parecía que él no se fijaba en la apariencia, y el rostro bonito de Saloni (no era vanidad, ya que era cierto) no le había llamado la atención. No obstante, aunque la entrepierna del Maldito no era codiciosa, sus bolsillos sí lo eran. El atractivo de Geeta no era ser una joven amable, divertida e inteligente, sino su condición de hija única de una familia con algunas posesiones materiales y sin heredero varón.

Tan pronto como los padres de Geeta enviaron las invitaciones a la boda, el Maldito y compañía (así había apodado Saloni a Ramesh y a su familia, tan codiciosos y con mentalidad de chinche como él) demandaron la dote. Mientras que, por un lado, él le juraba devoción a Geeta y le mentía acerca de rechazar la dote, por otro, la familia les pedía a los padres un *scooter*, joyas de oro, muebles, electrodomésticos de cocina y un televisor; además, le habían exigido al padre de Geeta que entregara una bandeja de plata verdadera con dinero en efectivo. En cada ceremonia, su lado sería el primero en servirse, y la comida y la bebida debían ser de mejor calidad que las del lado de la novia. Para evitar el deshonor, los padres de ella cedieron en cada demanda, y tuvieron que transferir dinero, cobrar deudas y favores, firmar la

entrega de la casa y pedir préstamos exorbitantes. No tenían opción, ya que las invitaciones habían sido enviadas. Si la boda se cancelaba, el nombre de Geeta se mancharía. Y, como ella iba a tener que pasar toda la vida con el Maldito y compañía, los padres le hicieron jurar a Saloni que mantendría el secreto. Ellos le explicaron que no tenía sentido que Geeta entrara en la casa marital con resentimiento. La madre, mientras se quitaba sus propias joyas de boda para que las pesaran y así poder empeñarlas, le había asegurado a Saloni que eso era lo que los padres hacían por sus hijos, y que lo hacían con gusto. No era un sacrificio, no cuando se trataba de un hijo.

«¡Mentira! ¡Son todas mentiras!», había pensado Saloni hecha una furia. Los padres eran muy ilusos; juntaban las manos y rezaban para superar la boda de su hija. «Una vez que se case, todo irá bien». Nadie se cuestionaba lo que, para Saloni, era muy obvio: si antes de la boda eran una manada de extorsionadores desvergonzados, ¿qué clase de familia política serían después? No existía un pueblo que no hubiese visto a una recién casada ser quemada viva al no cumplirse las exigencias retroactivas de la dote. No, Geeta jamás estaría segura en esa casa.

Por lo tanto, Saloni había tratado, sin romper la promesa que les había hecho a aquellos que le habían dado de comer casi toda la vida, de guiar a Geeta para que viera al Maldito y compañía por lo que eran: las entrañas de la sociedad arcaica de la India, que intimidaban a otros haciendo uso de los dos penes que la madre del Maldito había expulsado de su vientre engreído, todo con el pretexto de la tradición. Pero un *papadam* de mierda le había colocado anteojeras de color rosa. Había quedado tan ciega como Ramesh en la actualidad.

De pronto, un pensamiento desagradable invadió a Saloni: «¿Y si la historia se estaba repitiendo?».

—Ah, no, claro que no —anunció en voz alta al perplejo grupo de crédito—. Farah, ven conmigo.

—¿Adónde? ¿Por qué?

—Vamos a ver si Geeta está bien.

—Pero a mí Geeta no me importa —se quejó Farah—. Ve con una de ellas —dijo señalando a las gemelas.

—¿Debo recordarte todo lo que ella ha hecho por ti? ¿Por todas vosotras? Lo menos que puedes hacer es acompañarme.

A pesar de ser mucho más delgada, Farah debió de esforzarse para mantener el ritmo, pues Saloni iba pisoteando fuerte. El rostro de esta última, lo bastante claro como para sonrojarse, se veía amenazante y no daba lugar a cumplidos; sin embargo, como seguía siendo una figura muy reconocida en el pueblo, pues era la nuera del *sarpanch* y, asimismo, miembro del consejo, frente a cada transeúnte que pasaba y la saludaba, ella devolvía el saludo murmurando de forma apresurada.

Mientras se iban acercando, un pensamiento asaltó a Farah, quien, jadeando, dijo:

—No podemos aparecer con las manos vacías. ¿Y si llevamos un calabacín?

—Ahora no es el momento de un maldito calabacín.

—Ay, bueno. Él te cae mal de verdad, ¿no?

—Es un hombre horrible.

—Tiene bastante competencia en este pueblo —comentó Farah con tono de burla.

Saloni negó con la cabeza.

—No, lo digo en serio. Él… No tengo palabras para describirlo.

—¿Estás bien?

Saloni golpeó la puerta de la casa de Geeta, y entonces notó con amargura que el *charpoy* en el que el Maldito había estado durmiendo de manera heroica ya no estaba fuera.

—No lo sé. Pregúntame en un par de minutos.

Para sorpresa de Saloni, Geeta abrió enseguida. ¿Qué esperaba? ¿Que estuviera atada y amordazada?

—¡Ay, mierda! ¿Es martes?

Parecía sana, aunque alarmada. Saloni observó que no tenía moretones visibles ni marcas en los brazos, el rostro o escondidas por el cabello, que llevaba peinado pero suelto, no en el típico moño rígido. Esa diferencia la llevó a fijarse en las demás.

—¿Qué carajo llevas puesto? —le preguntó.

Geeta se miró el sari naranja y respondió:

—Me lo compró Ramesh.

—No eso. Esto. —Saloni se dio un golpecito en su arete de la nariz.

—Ah. —La mujer, de inmediato, se cubrió la fosa nasal. Un instante después, Ramesh apareció detrás de ella con el bastón en la mano. Una oleada de odio invadió a Saloni y la dejó sin aliento. El mareo le pixeló la visión y, además, comenzó a sentir como si tuviera un hombre obeso acuclillado sobre el pecho. Cuando por fin se le aclaró la vista, notó que Farah la miraba con curiosidad.

—Geeta, ¿quién es?

—*Namaskar*, hijo de puta —le dijo Saloni con placer.

Ramesh frunció el ceño.

—Saloni. Geeta, habías dicho que ya no erais amigas.

—Eh… Yo… Nosotras —titubeó Geeta con una tímida deferencia que Saloni, de manera irónica, quiso quitarle de una bofetada.

—No lo éramos; un error que hemos corregido hace poco. Veo que tú también has hecho algunos cambios. Y el naranja sigue sin ser un buen color para ella, idiota, aunque no esperaba que tu gusto de mierda mejorara con la ceguera.

El hombre entrecerró los ojos; la mirada era desenfocada pero no por ello menos hostil.

—Ojalá pudiera decir que te he echado de menos, Saloni, pero no soy mentiroso.

—¿Desde cuándo? —respondió ella, y luego dio un resoplido—. ¿Por qué estás aquí? Aparte de la razón obvia: arruinarle la vida a Geeta otra vez.

—¿Arruinarle la vida? ¿Cómo? ¿Dándole joyas? Además, ¿por qué no iba a usarlo? No es viuda, así que no necesita vestir como una mártir.

—Debes admitir que está bastante mejor —susurró Farah. Luego se acercó a Geeta y entornó los ojos—. ¿Te has exfoliado la piel?

—Cállate —le ordenó Saloni a Farah sin quitarle la vista a Geeta. Luego, se dirigió a esta última—: Necesito hablar contigo. A solas.

—Cualquier cosa que le quieras decir a ella, me lo puedes decir a mí también.

—¿Geeta? —imploró Saloni—. Por favor.

Geeta, con voz calma, le dijo a Ramesh:

—Ya es casi mediodía, así que, de cualquier forma, debes ir al puesto de té. Estaré bien.

El miedo de Saloni se intensificó. Su amiga no estaría sintiendo ternura por él, ¿no?

Ramesh se marchó con un suspiro y dando golpecitos con el bastón.

—*Aavjo*, hijo de puta —voceó Saloni.

—*Aavjo*, bruja gorda.

Todavía en la entrada, Saloni notó la calma.

—¿Dónde está el perro?

—Ah. Él… Bueno, Bandido y Ramesh no se llevan bien, por lo que solo lo dejo entrar cuando Ramesh no está —respondió Geeta mientras jugueteaba con el lóbulo de la oreja.

Acto seguido, Saloni hizo un gesto con la mano para señalar a Geeta desde la cabeza hasta los pies.

—¿Todo esto es por ese ciego maldito?

—Es por mí. ¿Acaso no puedo vestir bien? Tú y las gemelas fuisteis las que dijisteis que yo estaba hecha un desastre.

Saloni inclinó el cuello para mirar dentro y vio que el *charpoy* había reemplazado el escritorio de Geeta.

—¿Ese imbécil está durmiendo aquí? ¿Contigo?

—Solo desde que empezó a hacer más frío.

—¿Dónde está el escritorio?

—Todo está bien. Esta vez es diferente, confía en mí —dijo Geeta, todavía de pie en el umbral—. Escucha. Discúlpame por haber faltado a la reunión. Te daré el dinero, y mejor te cuento esto ahora: ya no necesito estar en el grupo de crédito. Ramesh está trabajando y dice que quiere apoyar mi negocio. Desea enmendar el daño que ha hecho, así que…

—Así que… ¿Qué? —repitió Saloni, disgustada.

—Pagaré lo que debo y después dejaré el grupo.

—Pero sin el préstamo, ¿cómo harás crecer tu negocio? —preguntó Farah.

—Ramesh invertirá en él, sin intereses. Tiene mucho más sentido que un préstamo.

—Dime que te das cuenta de que él está haciendo lo mismo otra vez

—demandó Saloni.

La negativa de Geeta fue rápida y rotunda, y, al mover la cabeza, el cabello se agitó.

—No es cierto. No me ha tocado ni una vez. Yo tampoco quería creerlo, pero parece que ha cambiado. Está tratando de compensarme y, honestamente, después de lo que me ha hecho, ¿no merezco su dinero, sus disculpas y todo lo demás?

Entonces, Saloni empezó a contar con los dedos:

—Te está aislando de nuevo; te está quitando la independencia otra vez; no tendrás más reuniones, ni préstamos, ni amigas. ¿No te das cuenta?

—¡No necesitamos el grupo de crédito para ser amigas! Espera; iré a buscar el dinero.

Después de que la mujer cerrara la puerta para tener privacidad, Farah se dirigió a Saloni:

—¿Ves? Tendríamos que haber traído un calabacín.

Saloni, con rabia apenas contenida, golpeó el suelo con el pie. Luego, se descargó con Farah:

—Dios, ese maldito sí que actúa rápido. No puedo creer que ya haya vuelto a atraparla. ¿Y ahora ella dejará el grupo? Es peor de lo que pensaba.

Farah acercó los hombros a las orejas.

—¿No se ve algo feliz?

—¿Cómo pudo perdonarlo?

—También te perdonó a ti.

—¿Disculpa?

—Bueno, erais amigas y después ya no, pero te dio otra oportunidad. ¿Por qué a él no? ¿Qué? ¿Eres la única que lo vale?

Ese era un análisis que no quería oír.

—Cállate.

—¡Eh! ¿Acaso me has traído aquí para maltratarme? Tengo mejores cosas que hacer, ¿sabes?

—Tus vestidos horrendos pueden esperar. Estamos en una misión de rescate.

—¿Cuál es tu problema? —gruñó Farah.

Ramesh; ella misma. No obstante, exclamó:

—¡Tú! ¡Tú eres mi problema! Eres una perra desleal que se metió con Geeta, que le tendió trampas y la chantajeó.

—Solo trataba de protegerme a mí misma. Tomé malas decisiones, pero me retracté, ¿o no?

—Ahora ella está en serios problemas y tú eres muy egocéntrica como para ayudar.

—¿Yo? ¡Ja! Estás chiflada, ¿sabías? Tú la excluiste durante años y, en el instante en que ella comienza a seguir adelante haciendo una nueva amiga y reconciliándose con Ramesh, te vuelves una loca posesiva.

—Escucha. Conozco a esa mujer más que a mí misma, así que tengo derecho —dijo Saloni mientras señalaba su propio pecho. Luego, con el mismo dedo, le dio un golpecito a Farah y añadió—: Y tú no eres su amiga. No eres una bonobo.

Farah le apartó la mano.

—¿Por qué últimamente todas estáis obsesionadas con los monos? —Los orificios nasales se le dilataron mientras intentaba mantener la calma; después exhaló con vehemencia y repitió—: *Kabaddi*, *kabaddi*, *kabaddi*…

Saloni puso los ojos en blanco.

—Ay, cállate…

—Si me dices una vez más que me calle, te coseré los labios. Así, tal vez, pierdas un poco de peso.

—Tú…

Como si fueran niñas, se quedaron en silencio en cuanto Geeta abrió la puerta con el joyero en la mano.

—Entrad antes de que derraméis sangre. —Se pararon en medio de la habitación, entre la cama de Geeta y el *charpoy* de Ramesh. Saloni quiso preguntarle si había dormido con él, pero, como Farah estaba presente, era poco probable que Geeta respondiera. ¿Por qué traer a Farah le había parecido una buena idea? Geeta se sentó en la cama, abrió el joyero y explicó—: Sé que no lo comprendes, pero es mi decisión. No estamos juntos de nuevo ni nada parecido; solo estoy dejando que repare el daño. Pensé que estarías de acuerdo con las

segundas oportunidades. —En ese momento, Saloni tuvo que ignorar la sonrisa de satisfacción de Farah—. Y, si cambio de opinión, siempre puedo recurrir al *panchayat*.

—¿En serio? —Sin embargo, se detuvo al ver la expresión de desconcierto de Geeta—. ¿Qué sucede?

—Había más… Creí que había…

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Tenía alrededor de diecinueve mil rupias, y ahora hay menos de siete mil.

—¡Qué hijo de puta! —Saloni, furiosa, dio un puñetazo al aire. No obstante, si eso era lo que se requería para que Geeta abriera los ojos, entonces estaba feliz de que Ramesh fuera demasiado estúpido para cubrir sus huellas.

—No, él no sería capaz. Quizá conté mal.

Para sorpresa de Saloni, Farah habló.

—A ver. Hasta ahora me parecía bien que estuvieras embobada reavivando un romance barato, pero ¿esto? Es demasiado. Amenazaste con matarme por pedirte dinero, bueno, sí, en realidad chantajearte, pero este maldito te robó. Tiene que irse.

—¿Cómo lo sabía?

—Ay, por favor —espetó Saloni mientras caminaba por la habitación. En un momento pateó el *charpoy* del Maldito, lo que le hizo doler el dedo gordo del pie—. ¿Tu escondite es un joyero? Cualquier idiota podría encontrarlo. Un idiota ya lo hizo. Ramesh ha sido un imbécil codicioso desde el primer día, y yo debería habértelo contado. Le prometí a tus padres que no lo haría, pero debí haber roto esa promesa, pues ellos no hubiesen querido esta vida para ti.

—¿De qué estás hablando?

Saloni echó los hombros hacia atrás.

—Si vamos a hacer esto, necesitaré un trago. ¿Dónde está esa botella que trajo Karem?

—En la alacena —contestó Geeta haciendo un gesto vago—. Tal vez lo cogió para el bastón nuevo.

—Sí, y tal vez yo logre estar delgada para Diwali. —Luego Saloni señaló a Farah y le preguntó—: ¿Te sumas?

Farah se negó con delicadeza y buen juicio.

—No bebo. Además, pronto debemos encontrarnos con Varunbhai.

—Mira que no es *tharra,* sino ron de verdad.

—Ah, entonces sí —aceptó Farah, animada.

Saloni no perdió tiempo en buscar vasos; quitó el tapón y bebió un sorbo, pero enseguida se atragantó. Un momento después, anunció con desagrado:

—Esto es agua.

—¿Qué? —Geeta olfateó un poco—. Mierda.

—El truco más viejo del mundo. Ha sido bastante holgazán —dijo Farah con tono burlón.

Geeta, con las manos suspendidas en el aire cerca de la cabeza, comenzó a tartamudear.

—Esperad. Esto no tiene sentido. Yo lo he visto, y está sobrio. Cuando encontró la botella, dijo que…

—¡Despierta, Geeta! —le gritó Farah mientras golpeaba el dorso de una mano contra la palma de la otra en rápida sucesión—. Es un borracho y un ladrón, igual que Samir. La única cuestión aquí es qué harás con eso.

Saloni observó a la mujer y, a regañadientes, sintió respeto por ella. Tal vez haberla llevado allí no había sido un error.

—Me enfrentaré a él por el dinero. Todavía no sabemos toda la historia.

—¿Toda la historia? —preguntó Saloni—. De acuerdo.

Geeta se sentó y escuchó, quieta y pálida bajo la piel morena, mientras Saloni contaba lo de la dote. En un momento, al notar que Geeta tenía la piel de gallina, Farah abrió la puerta y silbó. No fue necesaria más invitación que esa, ya que, como un actor esperando entrar a escena, Bandido irrumpió a través de la puerta y se dirigió al regazo de su ama. Ella, finalmente, se movió un poco para sostenerlo. Toleró la lengua entusiasta y la nariz húmeda del animal, pero su apatía era contagiosa y él enseguida se acomodó en su falda, donde, con satisfacción, se puso a amasar el sari naranja con las patas. Saloni continuó hablando, aunque no estaba segura de que su amiga la estuviera escuchando. Miró a Farah, quien, con expresión de

incertidumbre, elevó y bajó los hombros.

—¿Una nevera? —repitió Geeta con voz tan clara y contundente que sorprendió a las otras dos.

—¿Eh?

—¿Exigieron una nevera?

—Sí —respondió Saloni con cautela y muy desconcertada—. Entre otras cosas.

—¿Y mis padres se la dieron?

—Sí.

—Qué hijo de puta.

Saloni levantó los brazos con alivio victorioso.

—¡Por fin!

Entonces, las palabras de Geeta salieron precipitadas, y la ira hizo que el tono fuera cada vez más alto.

—Él dijo tantas veces que mi padre nos había dejado, en realidad, a mí, todas esas deudas. Que había fingido ser bueno con el dinero y que había engañado a su familia para que él se casara conmigo. Le habló mal de mi padre a todo el pueblo. Me dijo que yo había tenido «suerte» de encontrar a alguien que no exigiera una dote. De hecho, sentí gratitud hacia él. ¿Podéis creerlo? ¡Maldito! ¡Soy tan idiota!

Farah le dio unas palmaditas en la espalda, un gesto auténtico pero incómodo entre cuerpos que no estaban acostumbrados a la proximidad.

—Respira, ¿vale?

Geeta asintió y empezó a balancearse con Bandido en el regazo.

—*Kabaddi*, *kabaddi*, *kabaddi*. —Sin embargo, eso no le brindó ningún alivio; luego, soltó un hipo.

—Y ahora ese maldito tiene las agallas para volver a por más —dijo Saloni.

—Quiero recuperar mi dinero.

—Lo haremos.

Mientras caía en la cuenta de todo lo que Saloni había confesado, el semblante de rabia de Geeta se derrumbó y, tras enterrar el rostro en el cuerpo de Bandido, se echó a llorar.

—¿Qué sentido tiene? Mis padres lo dieron todo por mí y murieron

en la nada. Y todo por mi culpa. —Cuando a un hombre le ponían a su hija recién nacida en los brazos, él sabía que su nombre y su legado desaparecerían, pues serían absorbidos por otro hombre. Sus nietos tendrían que esforzarse para recordar su apellido, y sus bisnietos ni siquiera sabrían cuál era. Ella le había costado a su padre mucho más que eso al aceptar casarse con Ramesh. Acto seguido, levantó la vista y, con el rostro húmedo y sombrío, añadió—: Por eso todos quieren hijos varones.

—Eso no es cierto —la contradijo Farah.

—¿No? ¿Acaso es diferente a lo que Khushi dijo sobre las hijas mujeres? —Geeta continuó sin esperar respuesta—. Somos una carga. Después de todo lo que mis padres hicieron por mí, murieron pobres y hambrientos.

Bandido soltó unos gemidos de preocupación y lamió las lágrimas de su ama como si fueran comida.

—No fue tan malo —afirmó Saloni—. Te lo prometo. En cuanto me casé con Saurabh, los ayudamos. Para ese entonces, ya tenían muchas deudas, igual que Runi, pero no pasaron hambre. Lo juro. —La mujer se pellizcó la piel de la garganta.

—¿Entonces tú…?

—Por supuesto. Comí durante veinte años gracias a ellos. Fue un honor ayudarlos.

—¿Cómo no me di cuenta?

—No querían que te preocuparas por ellos. Por eso pidieron todos esos préstamos en primer lugar, para mantener las apariencias. Además, no querían interponerse entre tú y Ramesh. Me rogaron que no te lo contara, pero debería haberlo hecho. Lo siento mucho.

Geeta desestimó la disculpa y le dijo:

—Gracias por ocuparte de ellos. Dios, soy tan idiota. ¿Cómo diablos he acabado aquí otra vez?

Saloni exhaló con compasión.

—No es culpa tuya. Siempre crees lo mejor de las personas, y eso no es algo malo. A veces, sin darnos cuenta, volvemos a ser quienes solíamos ser cerca de alguien, y él tiene control sobre ti.

—¿Puedo preguntar por qué? —dijo Farah, quien luego se puso a la

defensiva cuando Saloni le indicó que se callara—. ¿Qué? ¿Nunca te has preguntado lo mismo? No es Akshay Kumar. —Después, por lo bajo, añadió—: Más bien es Kishore Kumar.

—Hablaré con mi suegro —propuso Saloni—. Me parece que tenemos suficientes pruebas para echar a Ramesh e incluso poner por escrito que ya no están casados y que no tiene derecho a…

Geeta la interrumpió.

—Quiero matarlo —anunció de manera abrupta y con la misma franqueza aburrida con la que se pide ir al baño.

—Te entiendo.

—No, lo digo en serio. Lo mataré.

Farah tosió.

—Ah. Eh… Eso es un poco más…

Saloni se inclinó y colocó las manos en las rodillas. Cuando se encontró con la mirada de Geeta, asintió con la cabeza y dijo:

—De acuerdo.

Farah se levantó de un salto.

—¿Perdón?

—Ella te ayudó a quitarte el arete de la nariz, por lo que es hora de devolver el favor.

—Samir era un borracho y un depredador —balbuceó Farah—. Darshan, también. Ramesh es un gusano, sí, pero ese no es, digamos, un delito mortal. No podemos andar asesinando a todos los que nos caen mal. Esto no es *Indian Idol*.

—La razón es la misma para todos: si no lo matamos, él seguirá arruinando la vida de ella, así que, ¿por qué no?

—Porque hay reglas para este tipo de cosas —respondió Farah, inquieta. Luego, levantó una mano hasta la altura de la frente y la otra, cerca del mentón—. Un alcohólico abusador de menores definitivamente supera a un alcohólico ciego y ladrón.

—¿Qué quieres? ¿Esperar a que abuse de algún menor?

—¡*Bey yaar*! No es eso lo que estoy diciendo, y lo sabes. Tú y el *panchayat* podéis echarlo, pero no podemos matarlo. ¿Crees que la policía no sospechará si hay otro muerto más en el pueblo?

—¿No fuiste tú la que dijo que ellos no toman todas las decisiones,

sino que nosotras también tomamos algunas? —le preguntó Geeta a Farah.

—Lo haremos con inteligencia —indicó Saloni mientras reanudaba su caminata—. Está ciego y es borracho. Es probable que ocurra un accidente. Tal vez se «caiga» de la torre de agua.

Farah hundió la cabeza entre las manos.

—Ay, madre mía —se quejó—. Siempre pasa lo mismo. Los asesinos se vuelven engreídos y entonces los atrapan.

Saloni se dio la vuelta con una sonrisa.

—¿Miras *CID*?

—Religiosamente.

—¿Has visto el episodio «Mansión embrujada»?

—Sí, ese fue muy bueno. Me encanta cuando dice…

—«Daya, ¡derribe la puerta!» —citó Saloni y se echó a reír con Farah. Luego, le preguntó—: Entonces, ¿estás con nosotras?

Farah soltó una risa de burla.

—¡No! Aún me quedan setenta vestidos por hacer; no tengo tiempo para matar a otro hombre. Pero, si queréis mi consejo, deberíais esperar hasta después de Diwali. Eso les dará tiempo a todos a pensar con claridad y, ya sabéis, revaluar las cosas. Por encima de la cabeza agachada de Geeta, Farah dirigió a Saloni una mirada mordaz, con las cejas levantadas casi hasta la línea del cabello.

—No cambiaré de idea —dijo Geeta contra el pelaje del perro.

Saloni se aclaró la garganta.

—Después de Diwali también es mejor para mí. Todo esto de planear la fiesta me está matando.

—¡Oh! ¿Servirás otra vez esas croquetas? ¿Y también estarán las salseras pequeñitas con *chutney*? Eso es de primera.

Saloni asintió.

—Sí. Son de *paneer*.

—¿*Paneer*? ¡Guau! Me encantaría tener esa receta.

—Te la daré… si nos ayudas.

—Claro que no.

Saloni suspiró.

—Valía la pena intentarlo. Geeta, ¿estarás bien?

—No hasta que esté muerto.

—Puedes hacerlo. Solo tienes que seguirle el juego unos días y pretender que nada ha cambiado. Luego se nos ocurrirá algo. Pero no podemos dejar que se dé cuenta. ¿De acuerdo?

—No sé. —Geeta se frotó la cara y, al sentir el arete en la nariz, gruñó. Después se paró frente al espejo del armario para estudiar su reflejo. La fosa nasal se dilató mientras ella quitaba el enganche que estaba en el lado interno—. Olvidé lo mucho que odiaba esta cosa. —Un instante después de sacárselo, estornudó dos veces y, entonces, les dijo a las mujeres expectantes—: Me las arreglaré.

27

El invierno se acercaba y, mientras los residentes del pueblo, radiantes por las celebraciones de Diwali, no lo notaban demasiado, el ganado sí. En noviembre, los días aún eran templados, pero por las noches hacía un frío desértico. Los pastores nómadas venían de Rajastán, al igual que cada invierno, con las ovejas y las cabras a un ritmo lento, y negociaban el contrato anual con el *panchayat* para usar los terrenos de las afueras del pueblo.

Geeta caminó hasta su campamento, enviada por Ramesh a comprar leche para el concurrido puesto de té. Él estaba trabajando solo durante las fiestas, ya que el dueño se había ido a celebrar las fiestas con algunos familiares en Ahmedabad. En el campamento, los hombres *rabaris* habían llevado al ganado a pastar, pero las mujeres se quedaron allí, manteniendo una hoguera y acomodando el estiércol que habían juntado esa mañana para venderlo. Cuando vieron que Geeta se acercaba, una de ellas, que estaba en cuclillas, se paró y se limpió las manos en la falda. Unas pilas de gruesos brazaletes blancos decoraban la parte superior de sus brazos y formaban un embudo: los de más arriba eran más amplios y, a medida que se acercaban a los delgados codos, se iban estrechando. El cuello y las manos estaban tatuados con ordenadas hileras de diminutos símbolos repetidos: un círculo, una «Y», una estrella, una flecha y un diamante. En la base de la garganta, un símbolo verde oscuro del mantra *Om* estaba alojado entre las clavículas. Las mujeres *rabaris* comenzaban a tatuarse —al principio las manos y los pies— desde muy jóvenes. Geeta, absorta, se preguntó a qué edad habría empezado Lakha, y si sus tatuajes, en la actualidad, serían una fuente de recuerdos felices o solo un recordatorio indeseado de lo que había perdido.

De niña, Geeta había oído a sus compañeros de clase decir que los *rabaris* tatuaban a las mujeres para hacerlas poco atractivas, lo que,

como consecuencia, llevaba a que estuvieran a salvo de otras tribus y castas depredadoras. Luego, al preguntarle a su madre, esta le había contestado que los *rabaris* no tenían un hogar permanente para guardar posesiones, así que, todo lo que apreciaban o necesitaban, lo llevaban consigo mientras viajaban. Los tatuajes eran joyas sin peso que jamás podían dejar atrás o perder, y tampoco ser robadas. Geeta seguía sin saber si alguna, ambas o ninguna de las explicaciones eran ciertas, pero, ahora mismo, la idea de que una joya —por ejemplo, un collar de bodas— fuera indeleble le molestaba.

—*Ram Ram* —saludó Geeta, y la mujer asintió.

Luego, cuando Geeta le pidió leche, esta preguntó:

—¿De cuál? ¿Cabra? ¿Camello?

—Cualquiera —respondió ella, pues Ramesh no lo había especificado y a ella no le importaba.

En los rabillos de los ojos, la mujer tenía unos pequeños chebrones tatuados, que se arrugaron cuando esta sonrió. Geeta tuvo la sensación de que se estaba burlando de ella. ¿Por qué no iba a hacerlo? Era una idiota que no había aprendido casi nada en los cinco años que había pasado luchando por sobrevivir. Incluso antes de que Ramesh se fuera, su existencia había sido una farsa: había estado unida a un hombre que no solo le había robado su herencia y la golpeaba (es decir, los efectos colaterales de la mayoría de los matrimonios), sino que había disfrazado ese robo como amor y se había puesto en la piel de un hombre con principios. Durante mucho tiempo, ella había definido al amor de Ramesh como roto y defectuoso, pero ahora se daba cuenta de que no había sido amor en absoluto.

Mientras la mujer vertía leche en un recipiente de acero, Geeta observó el trabajo de las manos fuertes y decoradas. Entonces, como si las palabras fueran pájaros enjaulados dejados en libertad, Geeta preguntó:

—¿Por casualidad conoce a una tal Lakha? Tiene nuestra edad y vive con su hijo en Kohra.

La mujer, aunque sin dejar de verter la leche, levantó las cejas.

—¿Apellido?

—Eh… ¿Rabari? —arriesgó Geeta.

Sin ofenderse, la mujer asintió.

—No estoy segura, pero preguntaré por aquí.

Después de agradecerle, Geeta se marchó con la promesa de regresar pronto para devolver la vasija.

Decir que Geeta pasó esos cinco días de Diwali en piloto automático no hubiese sido cierto. Durante la última semana, ataques de ira contra Ramesh o de pena por el sacrificio de sus padres se apoderaron de ella en momentos inoportunos. Él no podía ver la hostilidad de la mujer, pero podía sentirla en su voz. Las respuestas desconcertadas del hombre eran tan amables que lo único que hacían era exacerbar la furia de Geeta. Luego se recordaba a sí misma que debía fingir ignorancia para que él no sospechara del plan (aunque, en realidad, no sabía cuál era; de eso se encargaría Saloni) y se corregía, inundándolo con una dulzura brusca mientras él se sorprendía por ese humor inestable. El resultado fue que eran risiblemente generosos uno con el otro, se dividían las tareas («No, déjame a mí; insisto») y compartían la comida («No, come tú, por favor; yo no podría») con una diligencia que rayaba en lo maníaco. Desesperada por un alivio temporal, ella le sugirió que visitara a su familia; Diwali era, después de todo, una época para liberarse del resentimiento y perdonar los errores. Sin embargo, Ramesh se opuso, alegando que el perdón de ella, algo que no merecía, ya era suficiente.

La cantidad de mierda que salía de la boca de ese maldito podría haber fertilizado la mitad de la India.

Geeta observó que él estaba muy cómodo en la comunidad y también en casa. Tan cómodo que ya buscaba hacerse un lugar en su cama. Antes había hecho algunos comentarios tentativos sobre la intimidad y estar más cerca de ella, pero la mujer los había evadido. No obstante, la noche anterior él se había sentido frustrado y, desde el *charpoy*, se había quejado:

—Me estoy cansando de rogar.

«Pronto», se había dicho Geeta a sí misma para tranquilizarse mientras curvaba el cuerpo para alejarse de él. Pronto arrancaría de su vida a ese imbécil insufrible como si fuera un vello del mentón.

«Pronto», se recordó a sí misma mientras llevaba el recipiente con

leche. Pronto, podría quemar el *charpoy* junto con su ropa y el bastón. Pronto, Bandido volvería a estar dentro. Ese día era el segundo del festival. El próximo sería Diwali y la noche siguiente, la fiesta anual de Fin de Año de Saloni. Luego, se pondrían manos a la obra para deshacerse de Ramesh.

Quizá Geeta debería haber analizado el cambio que se había producido en ella, haberse maravillado de cómo había pasado de protestar por el asesinato a promulgarlo y haber comparado a la mujer que se había desesperado frente a la sangre de Darshan con la que ahora se le hacía la boca agua al pensar en la muerte de Ramesh. Tal vez debería haber sido, si no crítica, al menos curiosa por el cambio en su escala de moralidad. Sin embargo, lo único que sentía fue que debió haberlo hecho hacía mucho tiempo.

Aunque Phoolan Devi había apuñalado a su primer marido, aquel que la había violado de niña apenas después de casarse, no lo había matado. Pero, en algún punto, había cambiado de parecer y había comenzado a ejecutar a sus violadores y a los de otras mujeres. Con cada hombre que asesinaba, la recompensa por su cabeza aumentaba. A medida que se acumulaban los crímenes, también lo hacía su fama, hasta que fue venerada y denigrada a partes iguales. Antes, Geeta equiparaba la falta de arrepentimiento de Phoolan con el coraje inquebrantable; no obstante, ahora veía que sus teorías se basaban en datos erróneos: si Phoolan Devi no sentía remordimiento por sus crímenes tal vez se debía a que, para ella, no eran crímenes, sino solo justicia.

En el pueblo, las caléndulas y los banderines decoraban otra vez las casas, igual que en Karva Chauth, pero ahora también había entramados de luces centelleantes de colores surtidos. Muchas jovencitas se sentaban frente a las puertas de sus casas y dibujaban formas festivas con tiza blanca, que luego rellenaban con polvos de colores para formar *rangolis*. Mientras caminaba, Geeta observó varios diseños florales, algunas representaciones de Ganesha, una bailarina ladeada con un palo de *dandiya* en cada mano y un hermoso pavo real.

Karem vendía petardos para el festival y Geeta estaba segura de que las estanterías ya se habrían vaciado. Las dos noches siguientes

estarían llenas de humo y contaminación acústica. Las familias desplegarían largas tiras de petardos de color arcilla que, una vez encendidas, se partirían y chisporrotearían durante cuarenta segundos o poco más, lo que sería cronometrado por vertiginosas grabaciones de vídeo en los teléfonos móviles. Los farolillos voladores también eran populares, aunque al día siguiente los periódicos locales estaban llenos de noticias sobre incendios en los lugares donde caían esos objetos, que acababan quemando patios, chabolas y colas de animales dormidos.

Geeta hizo una pausa para cambiar de brazo, pues la leche le resultaba más pesada entonces que cuando había salido del campamento *rabari*. Había varios niños gritando y persiguiéndose unos a otros. Hánuman siempre era una opción popular entre los varones por su fuerza extraordinaria. Algunos llevaban máscaras de simios y blandían mazas envueltas en papel dorado barato. Ella esperó hasta que pasaron corriendo a su lado, arrastrando las colas flácidas por el suelo. No se percató de que estaba observando si alguno de ellos era Raees hasta que vio que no estaba allí. Un hombre bajó de una escalera y, después de saludarla con la cabeza, le dijo:

—*Ram Ram*.

—*Ram Ram* —contestó ella.

Desde que Ramesh había vuelto, los demás ya no consideraban que Geeta estuviera manchada, y la cantidad de veces que ahora debía saludar rivalizaba con la de Saloni. Enseguida se dio cuenta de que le resultaba tedioso.

Al acercarse al adornado puesto de té, Geeta hizo una pausa para concederse un momento antes de tener que volver a fingir que no deseaba despedazar la cara de su marido como si fuese carne halal para poner en un asador.

Ramesh se movía con seguridad. Había acomodado el puesto a su gusto y sabía que el té, el azúcar y los vasos estarían exactamente donde los había dejado. Había colocado pequeñas estatuas de Ganesha y Lakshmi a las que les ofrecía todo el dinero que le daban los clientes para bendiciones. Para entonces, Geeta ya sabía que él, a veces, tenía un séquito de clientes a quienes les contaba historias y les explicaba

cómo se las arreglaba sin la vista. Dos hombres *dalits*, descalzos, se acercaron al puesto y Ramesh se puso a trabajar de inmediato: separó dos vasos de plástico y vertió el té. Luego tocó las monedas para contarlas mientras que los hombres, a pesar de que había sillas desocupadas, se pusieron en cuclillas un poco más lejos y comenzaron a beber.

Geeta no había hablado con Khushi desde la tarde en que había ido a su casa, más de dos semanas atrás. Saloni le contó que estaba haciendo progresos en cuanto a lo de convencer al consejo de darle un asiento a un miembro de la comunidad *dalit*, lo que complació a Geeta, aunque, en realidad, ella ya no necesitaría el voto del *panchayat*, pues Ramesh pronto estaría muerto.

—La leche —dijo Geeta, quien luego acercó el mango hasta la mano de Ramesh.

—¡Justo a tiempo! —anunció él hacia el puesto—. Les aseguro que no ha existido una esposa tan perfecta desde la Sita de Rama.

Geeta echó un vistazo al área vacía. Los dos hombres se reían de un chiste, por lo que no había forma de que les estuvieran prestando atención a ellos.

—No hay nadie aquí —le informó ella.

—Ah.

—Tengo que devolver el recipiente.

—De acuerdo. ¿Te veo en casa? ¿En nuestro propio festejo de Diwali?

Un grupo de ancianos con vellos gruesos en las orejas y pantorrillas delgadas llegó para comprar té, lo que le ahorró a Geeta tener que contestar con apatía. Sentía que algo iba mal; sin embargo, no lograba darse cuenta de qué era. Se concentró, pero no se produjo ninguna revelación, solo el persistente cosquilleo de una oportunidad perdida. Frustrada, intentó liberarse del asunto mientras caminaba de regreso al campamento *rabari*. Últimamente, todas las palabras de Ramesh la irritaban como poliéster barato. Sí, describir a Sita como pertenencia de Rama era insultante, pero la objeción de Geeta era más académica que personal.

La verdad era que compararla con Sita era como echar sal en las

heridas que él había reabierto. Antes de que comenzara todo ese lío, es decir, antes de que ella ayudara a Farah a matar a su marido, Karem, en broma, se había referido a Geeta como *adarsh nari*. La «mujer india ideal», como todo el mundo sabía, desde políticos hasta pastores, era Sita; no obstante, la broma de Karem no le había puesto los pelos de punta, al contrario que la alabanza melosa de Ramesh.

La historia del *Ramayana* era muy popular durante Diwali, momento en que los niños se disfrazaban de sus diversos personajes. Geeta recordaba a un compañero de clase que, durante las dos semanas de vacaciones escolares, había rehusado quitarse el traje ya apestoso de Hánuman. Los niños tenían varias opciones de héroes: Rama, Lakshmana, Hánuman e, incluso, Rávana con sus diez cabezas. La lista era larga, pero la única opción para las mujeres —sin tener en cuenta a las vampiresas lascivas y las brujas viejas— era Sita. La hermosa, paciente, silenciosa y sufrida Sita, la cual sostenía un palo que usaba para golpear a otras mujeres, quienes quedaban con la cabeza agachada por la vergüenza cuando se atrevían a expresar emociones poco ideales, como la indignación o el amor propio.

En teoría, el festival marcaba el fin de la batalla entre Rama y Rávana, con el triunfo del bien sobre el mal. Algunos lo llamaban «el festival de las luces» porque, cuando Rama y Sita regresaron a su reino, los pobladores encendieron lámparas *diyas* para darle la bienvenida a su príncipe. Pero ese fuego no era el único fuego, así como Diwali no era un final feliz, sino solo una pausa alegre. Geeta, con el tintineo del recipiente vacío, se dio cuenta de que las historias que nos contamos, y que contamos a los demás, son peligrosas.

La obra *Ramayana* comenzaba cuando Rama estaba a punto de ser coronado rey, pero, en cambio, por orden de su madrastra, fue desterrado durante catorce años. Sita, su fiel esposa, decidió acompañarlo, y cambió una vida de lujos en el palacio por una ascética en el bosque. Mientras la pareja se encontraba marginada, Rávana, el rey de Lanka, secuestró a Sita para vengar a su hermana, a quien —Geeta creía que valía la pena señalarlo— Rama había acosado y mutilado. Luego, Rávana se enamoró de Sita, pero quería que ella también lo amara (lo que significaba que no la había violado). Geeta

pensó que era algo muy triste que alguien recibiera elogios por no violar; no obstante, Rávana había actuado con honor. Aunque en Diwali se celebraba que la luz hubiera expulsado a la oscuridad, Rávana no era un completo villano y Rama no era un héroe infalible.

Rama, con la ayuda simiesca de Hánuman, al final rescató a Sita. Sin embargo, para desazón de ella, él rechazó su afecto con una apatía glacial. Parecía ser que Rama no creía que su esposa se hubiera mantenido «pura» al haber «vivido» tanto tiempo con otro hombre. Geeta dedujo que las raíces de aquello de tildar de zorras eran profundas, solo que, allá por el año 7292 antes de Cristo, se llamaba *dharma*.

Aunque Sita estaba disgustada por ese trato tan hostil, amaba a Rama y quería volver a casa. A pesar de ser una simple mujer, tenía el beneficio de ser privilegiada y de buena cuna, lo que Geeta comparaba con ser el mejor jugador de un equipo perdedor (tal como Khushi era la más rica de los *dalits*). Sita demostró su pureza al sobrevivir a un fuego de sacrificio y, ¡oh, sorpresa!, las dudas machistas de Rama se disiparon. La alabada bienvenida de ambos a Ayodhia dio origen a Diwali. No obstante, el mal no fue derrotado en la batalla, sino que los acompañó a casa, y el cuento de hadas se desvaneció.

Los súbditos de Rama lo consideraban un cornudo. Entonces, como su autoridad se veía seriamente comprometida, exilió a Sita, quien ya tenía un embarazo muy avanzado, de vuelta al bosque. Había que reconocer que él estaba bastante cabizbajo por la decisión que había tomado y se pasaba los días balbuceando sobre cómo él también sufriría, consentido y desolado, al tener que reinar desde su enorme y solitario palacio.

Mientras tanto, desahuciada en una choza, Sita dio a luz y crio a mellizos. Cuando estos crecieron, se reencontraron con Rama, quien, de forma comedida, invitó a la mujer a volver, siempre y cuando probara su pureza otra vez sobreviviendo al fuego. Esta, por alguna razón tonta e histérica (probablemente dignidad), rechazó esa oferta magnánima y, en cambio, le pidió a la madre tierra que se la tragara. La diosa Bhumi, consciente de la desdicha de su hija y el amor frívolo de su yerno, la complació de inmediato. ¡Hete aquí a Sita! La *adarsh*

bhartiya nari, es decir, la «mujer india ideal». Geeta pensó que Sita de verdad tenía razones para volver como una *churel*.

Geeta, alarmada de pronto al observar a los niños disfrazados que jugaban por el pueblo, se puso a pensar en los perjuicios que estaban perpetuando con esas historias. Sin duda, Sita era una dama de altísimo nivel: sensata, inteligente, amable y leal; no obstante, al idealizar su sufrimiento, las personas justificaban el castigo de Rama. Una disculpa, joder, hubiera venido muy bien. Pero, desde el primer momento, se entrenaba a los niños para no disculparse, así como a las mujeres a no esperar eso de ellos, y, en cambio, convertir el dolor en una forma de arte. Era…

—¡Geeta! —Esta estuvo a punto de dar un grito y soltar la vasija de acero. Luego, vio a Saloni. La mujer, allí parada y abanicándose el calor de las mejillas, añadió—: Te estaba llamando. ¿No me escuchaste?

—No, estaba pensando que… Oye, ¿Aparna se disfrazó de Sita este año?

Saloni, desconcertada, respondió:

—¿Eso era lo que estabas…? No importa. Sí, para la obra de la escuela. Aunque ha crecido bastante, así que tuvimos que coser otro traje. Y Farah no mentía: está tan atareada que no tiene tiempo ni de respirar.

—¿Está bien que lo haga?

—¿Por qué no? Es buen dinero.

—No, me refiero a Aparna. ¿Por qué glorificar el sexismo en…?

Saloni soltó un gemido y se tapó las orejas con las palmas de las manos.

—¿Me estás tomando el pelo? Hace semanas que me estoy exprimiendo el cerebro tratando no solo de convencer a mi suegro de que le dé un asiento en el consejo a Khushiben, sino también de que es idea suya. Luego, con lo poco que me iba quedando de cerebro, en pensar cómo hacer lo que tú sabes a quién ya sabes. ¿Y ahora quieres boicotear a Sita en medio de Diwali? Ay, Geeta, tienes más causas que yo vello púbico.

Geeta estaba demasiado entusiasmada como para recordarle que

Khushi no quería formar parte del consejo.

—¿Lo has decidido? —preguntó. Después sujetó la mano de Saloni y la apretó en señal de gratitud—. ¡Eso es increíble! ¿Cuál es el plan?

—Ah, no —dijo Saloni negando con la cabeza—. Recuerdo cómo estabas en la comisaría; no sabes mentir. Por eso, cuanto menos sepas, mejor.

Geeta frunció el ceño, un poco ofendida.

—¿Se lo contaste a Farah?

—No. Todavía se niega a participar. De cualquier forma, no la necesitamos. Mira, sé que dijimos que íbamos a esperar hasta después de Diwali, pero se me ocurrió que lo mejor sería usar la distracción de los festejos. La mayor parte del pueblo estará en mi fiesta y sonarán petardos toda la noche. Es el momento ideal para hacerlo.

—¿No estará Ramesh allí también?

—Sí, y por eso te estaba buscando. Durante la fiesta, tienes que enviarlo a tu casa a buscar algo. Yo lo estaré esperando ahí…

—Espera. Si tú no estás en tu propio festejo, los demás lo notarán.

—No. Hay tanto por hacer que, en realidad, yo nunca estoy en la fiesta. Saurabh anda por ahí y todos piensan que nos han visto a los dos.

—¿De verdad?

La mirada penetrante de Saloni se suavizó al sonreír.

—Si alguna vez hubieses venido, lo sabrías.

—Creí que no querías que fuera.

—Sí y no. No lo sé. Es difícil de explicar y, de todos modos, ahora no hay tiempo. En fin, es la coartada perfecta para mí: siempre estoy tan ocupada coordinándolo todo que apenas como, y mucho menos me relaciono. Tú, por otro lado, tienes que hacer que todos te vean y sepan que estás allí, ¿entiendes? ¡Mierda! Eso me recuerda que debo recoger el *kaju katli*. ¡Ay! Nunca hay suficiente tiempo.

—Saloni, si esta fiesta es tan estresante, ¿por qué la haces?

La mujer ladeó la cabeza y quedó con la boca entreabierta por el asombro.

—Eh… Nunca se me ocurrió no hacerla —dijo al final y luego se encogió de hombros—. ¿Adónde te diriges? —Geeta le mostró el

recipiente que llevaba y Saloni asintió—. Dile a Meenaben que le mando saludos.

—¿A quién?

—A la mujer que te vendió eso —contestó Saloni señalando la vasija vacía.

Cuando Geeta transmitió el mensaje en el campamento *rabari*, Meena sonrió ante la mención de Saloni.

—Ella convenció al *panchayat* para llegar a un mejor acuerdo de intercambio este año.

—Puede ser muy persuasiva —dijo Geeta mientras le entregaba el recipiente.

—Y presta atención. Eso me gusta. Por cierto, estuve preguntando por la tal Lakha.

—Ah, ¿sí?

—Es de Kutch, ¿no? Había hecho planes con su familia para encontrarse en Diwali el año pasado, pero ella nunca apareció, y después no pudieron localizarla más.

—¿Cómo se ha enterado de todo eso tan rápido? —quiso saber Geeta después de reír con incredulidad. Meena agitó un móvil Nokia y los brazaletes blancos tintinearon. Acto seguido Geeta añadió—: Si le ayuda en algo, puedo hablar con ella. La próxima vez que vaya a Kohra, quiero decir. —No estaba segura de cómo lograría eso, pero urdiría un plan, tal vez merodear por la casa de Bada-Bhai hasta que Lakha saliera para hacer un recado—. O puedo conseguir su dirección. Mi amigo Karem sabe dónde vive.

Meena pensó por un instante y después dijo:

—Le daré mi número, Geetaben. Si ella quiere ver a su familia, podemos ayudar.

—Claro, yo… Espere, ¿cómo sabe mi nombre?

La sonrisa de Meena se hizo más grande.

—Yo también presto atención.

28

El «arte» de Farah, que incluso Geeta admitía a regañadientes que era impresionante, fue ampliamente exhibido en la fiesta de Año Nuevo de Saloni. Casi todas las que estaban allí presentes lucían un sari o una *lehenga* nuevos hechos por las manos ahora hinchadas de Farah. La tendencia neón había llegado desde las grandes ciudades y muchas de las mujeres estaban envueltas en telas fluorescentes y radiantes. Las lentejuelas y los abalorios bordados brillaban mientras los invitados circulaban entre la sala de estar y el porche. La modista, por su parte, estaba medio dormida y tenía todos los dedos envueltos en cinta adhesiva blanca. Se encontraba apoyada en un rincón junto a un plato de poliestireno lleno de bocadillos sin tocar, pero luego se dejó caer en un taburete de mimbre con forma de reloj de arena y apoyó la cabeza contra la pared. A diferencia de sus vibrantes obras, ella estaba fatal.

—Ey. Se te ve fatal —le dijo Geeta.

Farah parpadeó, demasiado cansada para pelear.

—Preferiría estar muerta a como me siento.

—¿Por qué no vas a casa y descansas?

—No —respondió somnolienta mientras extendía una mano vendada hacia la fiesta—. Quiero ver mis creaciones.

—Santo cielo —murmuró Geeta, quien luego, con dos dedos, extrajo un mechón de cabello de Farah de dentro del vaso con *lassi*.

—Ups. Por cierto, estoy contenta de que no abandones el grupo de crédito. Samir era como Ramesh, ¿sabes? Él tampoco quería que me uniera.

—¿De verdad?

—Sí. Creo que tenía miedo. Somos casi los únicos musulmanes aquí y él pensaba que no encajábamos. Y supongo que quería que yo también tuviera miedo, para que me quedara en casa y mi mundo no se hiciera más grande.

—¿Qué lo hizo cambiar de opinión?

—El alcohol fue más importante que el miedo. Resulta que, al final, no necesitaba preocuparse, pues mi mundo no se hizo más grande por unirme al grupo.

Geeta asintió con comprensión.

—Yo tampoco les caigo bien.

A pesar de su estado, el resoplido que Farah dio en desacuerdo fue enérgico.

—Es totalmente distinto. Tú y Saloni teníais vuestras cosas, fuera lo que fuera, y el grupo giraba en torno a vuestras discusiones. Al menos, a vosotras os veían. Os odiaban, pero os veían. Yo, en cambio, era invisible.

Geeta asumió que tanta honestidad se debía al cansancio. O, tal vez, la reciente intervención en su casa había acabado limando sus asperezas.

—¿Por eso me chantajeaste?

Farah encogió los hombros.

—Si me ibais a excluir, al menos podía sacar provecho.

De esa forma, las circunstancias se transformaban en elección. Geeta sabía un par de cosas sobre recaracterizar los hechos a través del prisma del orgullo.

—¿Has hablado con Saloni estos días?

—No —respondió Farah—. Y no quiero saber ningún detalle. Pero prometo no contar nada a nadie. Me refiero a después.

—Gracias. —Cuando estaba a punto de irse, Geeta se detuvo. Luego se inclinó y estableció contacto visual con Farah, quien tenía los párpados pesados—. Recordarás esto, ¿no?

—¿Qué?

—Haberme visto aquí. Que hablamos. —Geeta miró el reloj en la pared—. A las ocho y media.

—Sí. —Farah bostezó—. Entendido.

Aunque la noche estaba fresca —Geeta había caminado hasta allí con un chal que ya había extraviado—, había suficientes invitados como para caldear el aire, por lo que todas las puertas de la casa de Saloni estaban abiertas de par en par. Saurabh estaba excitado por ser

un anfitrión de éxito, y Geeta supuso que también por unos sorbos del alcohol importado. Ella lo había saludado con efusividad y, de manera despreocupada, había mencionado haber visto que su esposa estaba trabajando duro en la cocina.

Cuando Preity y algunos de los hombres comenzaron a jugar a las cartas, Geeta envió a Ramesh a casa con el pretexto del sexo. Era más difícil de lo previsto inventar una tarea factible para un hombre ciego. Primero, le había pedido que llenara de agua el recipiente de Bandido, pero él había preguntado con bastante razón: «¿No sería más rápido si vas tú?». Luego, ella le había propuesto encontrarse en casa para, ejem, una celebración privada, y entonces él había salido a toda prisa con el bastón. Muchas veces, la promesa de sexo era más potente que el coito en sí.

Desde que él se había marchado hacia ese disparate, Geeta se ocupó de mezclarse con los demás tal como le había indicado Saloni. Se había unido a unas rondas de *teen patti* y había perdido. En ese momento, después de dejar a la somnolienta Farah, comenzó a pasearse cerca de una mesa de aperitivos en busca de nuevos invitados con los que entablar conversación. Algunas lámparas *diyas* y flores decoraban diversos platos de dulces, que ella fingió inspeccionar para luego deambular por donde estaban los *pani puri*. De pronto, Karem le tocó el codo. Llevaba una *kurta* negra y se había afeitado, lo que lo hacía parecer más joven a pesar de las canas en el cabello.

—Geeta, ¿puedo hablar contigo?

Ella quería complacerlo; él suponía un respiro de las agotadoras rondas para socializar. Había hablado con más personas esa noche que en los últimos cinco años. Sin embargo, ya había conversado con Karem antes y le había preguntado por sus hijos. Después, él había intentado discutir algo más serio; Geeta se había dado cuenta de ello porque él había bajado la voz con gravedad y había inclinado la cabeza hacia ella. Al igual que a la mayoría de los invitados, al recibirlo le habían decorado la frente; era un *tilak* rojo con unos granos de arroz pegados.

Aún le faltaba hablar mucho más; Geeta tenía que mostrar su presencia.

—Mmm… —respondió Geeta de manera evasiva mirándolo a la cara. El arroz se le había caído del bermellón ya seco.

Más allá del hombro de Karem, la mujer vio que Priya y Preity se acercaban con los platos vacíos. La risa de Priya murió de repente cuando vio quiénes estaban parados cerca de los *pani puri*; luego, esta codeó a su hermana dos veces con urgencia y le susurró algo. Preity abrió los ojos de par en par y, después, se dieron la vuelta con movimientos idénticos. Geeta estaba demasiado confundida como para ofenderse. Ya había hablado con ellas, había hecho el contacto visual necesario y las había tachado de la lista, pero, en ese momento, pensó en convertirlas en una razón para esquivar a Karem.

—Es importante —enfatizó él.

Geeta rio bien fuerte, para atraer, a propósito, la atención de los que estaban cerca. Entonces, mirando a los ojos por un milisegundo a cada uno de los que se dieron la vuelta para observarla, explicó:

—¡Es que es tan gracioso! Hablando de crear recuerdos, ¿no? —Luego, gritando, añadió—: ¡Feliz Año Nuevo! ¡*Saal Mubarak*!

Los invitados estaban desconcertados. Karem la guio afuera y, perplejo, esperó a llegar al porche para hablar.

—Escucha. Es sobre Bada-Bhai. He estado tratando toda la noche de conversar contigo, pero has estado muy… ocupada.

—¡Ocupada creando recuerdos!

—Claro —dijo él con tono de duda—. ¿Te sientes bien?

—¿A qué te refieres?

—Te pasas la noche mirando a todo el mundo y pidiéndoles que se acuerden de ti. —El hombre abrió bien los ojos y la miró sin pestañear, siguiéndola cada vez que ella, incómoda, giraba la cabeza —. ¡Feliz Año Nuevo! —exclamó imitándola con alegría maníaca—. ¡*Saal Mubarak*!

—¡No sueno así!

—¿Entonces por qué todos están hablando de la loca con los ojos como platos?

—Bueno —dijo ella todavía riendo—. Tal vez estoy más nerviosa de lo que creía por volver a la vida social.

—Es solo una fiesta. Trata de pasarlo bien. Come y bebe algo.

Pestañea de vez en cuando.

—Había olvidado cuánto echaba de menos hablar contigo.

Él sonrió.

—Yo también. Por cierto, tienes muy buen aspecto.

Geeta llevaba puesto un sari de seda rojo y verde, otro regalo de Ramesh que, sin duda, había comprado con los menguantes ahorros del joyero. Haberle tenido que dar las gracias casi le había provocado una úlcera, pero se las había arreglado imaginándolo muerto. Estaba comenzando a arrepentirse de dejar que Saloni se ocupara sola del asunto, pues Ramesh nunca sabría que Geeta había participado en su muerte. No obstante, Geeta se recordó a sí misma que la arrogancia había hecho tropezar a asesinas menores. La Reina de los Bandidos tenía orgullo, por supuesto, pero también tenía cerebro.

El cumplido de Karem hizo que se sintiera más avergonzada que halagada. Acto seguido, a causa de la timidez, se dio una palmadita en el moño. Antes de salir de casa con Ramesh, se había colocado un broche viejo con las dos puntas afiladas enterradas en el moño. Esa noche, sin embargo, la mayoría de las mujeres habían adornado los suyos con jazmines frescos.

—Tú también te ves bien. ¿Qué estabas diciendo sobre Bada-Bhai?

Karem se puso serio.

—Yo estaba en Kohra tratando de ver si podía hacer algún negocio nuevo y, por casualidad, oí a uno de sus matones en un puesto de *chaat* hablando por teléfono, el cual dijo algo sobre perdonar la deuda de alguien.

Geeta frunció el ceño.

—¿Y eso qué tiene…?

—¿Qué tiene que ver contigo? Bueno, también mencionó que era a cambio de vengarse de la «maldita que se llevó a los perros».

El pavor le produjo un nudo en el pecho.

—¿Qué?

Karem asintió.

—Exactamente. —Estaba claro que él había unido las piezas de la misma manera que ella lo estaba haciendo en ese momento: una deuda perdonada por vengarse de ella mezclado con la llegada súbita

e inconveniente de Ramesh—. Geeta, no quiero pasarme de la raya. Sé que la relación con Ramesh es entre tú y él, pero…

—¿Crees que Ramesh ha vuelto porque Bada-Bhai quiere vengarse de mí y, a cambio, le perdonará la deuda?

—Sé que suena disparatado, ya que Ramesh ha estado sobrio, pero…

—No, no es nada disparatado —dijo ella mordiéndose la piel seca de los labios—. Ramesh sigue bebiendo a escondidas.

—Oh. —Karem dio un paso atrás—. Eso…

—No es ninguna sorpresa. Lo sé.

La mente de la mujer zumbaba. Si Bada-Bhai iba a buscarla, tal vez pudiera razonar con él y ofrecerle el poco dinero que le quedaba. A Geeta no le entusiasmaba demasiado la idea de enfrentarse a un aspirante a jefe mafioso, pero, de alguna manera, se sentía más preparada para encargarse de él en ese momento que tres semanas atrás. ¿Debería conseguir un arma? No, eso era una locura. Bueno, tal vez una pequeña con…

Más allá del porche de Saloni, habían montado un puesto de *lassi* junto al enorme caldero del hombre que preparaba *jalebi*. El pastelero blandía un cono de masa que hacía girar en apretados círculos concéntricos. Una vez fritos, se bañaban en jarabe de azúcar y, como resultado, se obtenían unas ruedas naranjas y brillantes. Geeta, distraída, pensó que se parecían a las espirales para mosquitos. Se le hizo la boca agua, lo que era extraño, ya que a ella no le gustaba tanto lo dulce como a Saloni.

—Bueno; no pasa nada —dijo Geeta tratando de convencerse a sí misma—. Estaré bien. Todo irá bien. Ya se me ocurrirá algo.

—Geeta. —Karem mencionó su nombre con tono de advertencia.

—¿Qué? Tú mismo dijiste que él no es un jefe mafioso de verdad. ¿Cuán peligroso puede ser?

—Escucha. Para mí, Chintu está más molesto por haber sido derrotado por una «ama de casa» que por haberse quedado sin los perros, pero me preocupa que quiera usarte como ejemplo para, no sé, hacerse un nombre.

«Si asesinas a veinte, tu fama se expandirá, pero si asesinas a uno

solo, te colgarán por homicidio».

—Tal vez podamos usar a la policía para asustarlo.

Karem suspiró.

—¿Los mismos a los que él soborna?

—Hay alguien a quien no tiene en el bolsillo. Se llama ASP Sinha.

—¿Deberíamos llamarlo?

Geeta estaba demasiado impactada para corregirlo.

—¡No! Ella no creerá nada de lo que yo diga. Pero Bada-Bhai no lo sabe. —El hombre que preparaba *lassi* vertió leche de un vaso de metal a uno de vidrio; después de vuelta al de metal, y de nuevo al de vidrio. La distancia entre los dos recipientes aumentaba cada vez más mientras creaba una larga cascada espumosa, pero no derramó una gota. Siguió vertiendo y mezclando en una danza extraña e hipnotizante. Se sintió reconfortada de un modo extraño, relajada pero despierta, como si alguien le estuviera rascando la cabeza. Una parte estresada de su mente se desconectó, lo que permitió que una zona inactiva despertara; entonces, de repente, supo qué era lo que no le había cuadrado del todo dos días antes cuando le había entregado la leche a Ramesh. Acto seguido, dejó el plato desechable y, con voz casi reverente, susurró—: Mierda.

—¿Qué sucede?

—Mierda, mierda, mierda.

—¿Qué? —Karem alzó las cejas.

—Tengo que irme. Eh… Olvidé darle de comer a Bandido. Pobrecito. En un rato vuelvo.

—Puedo acompañarte. Con Bada-Bhai buscándote, no deberías andar sola de noche.

—No. Iré con Ramesh —mintió. Aunque era cierto que la presencia de Karem podría venir bien en esa situación que ella, ahora se daba cuenta, había interpretado tan mal, él ya la había ayudado lo suficiente y no quería pagarle arrastrándolo aún más hacia el peligro —. No te preocupes. Te veo más tarde, ¿vale? Y gracias. Por todo.

Geeta se dirigió a casa a toda velocidad, o al menos eso intentó. El sari que llevaba era de seda rígida en lugar del algodón habitual, y le estorbaba tanto que acabó levantándose las faldas. ¿Cómo le había

llevado tanto tiempo percatarse de ello, especialmente a la luz de todas las otras mentiras? Él había reconocido sus pasos, había identificado el alcohol, no había quemado el *papadam*: en eso no había nada extraño, pues ella había oído que, al perder la vista, los otros sentidos se agudizaban. Pero él había sabido que debía usar vasos de plástico con los dos *dalits* en el puesto de té antes de que alguno de ellos dijera una palabra.

—Mierda, mierda, mierda —entonó mientras corría. Pasó junto a una familia que estaba desenrollando petardos—. ¡*Ram Ram*! —saludó antes de continuar con el mantra—. Mierda, mierda, mierda. —¿Acaso nada podía salir bien? ¿Por qué todas lograban matar a sus maridos excepto ella?

Pasó corriendo junto a un ganado asustado. Los petardos retumbaban detrás de ella. Muchos de los habitantes del pueblo estaban en la fiesta de Saloni, pero otros habían organizado sus propias partidas de cartas o preferían celebrarlo con la familia más cercana. En ese momento, después de la cena, todos salían a los patios o a los campos para abrir y encender los *patakas* que habían quedado sin usar la noche anterior. El moño de Geeta se iba aflojando dentro de la red adornada y el broche decorativo que se había colocado se estaba cayendo. Además, el talco que se había puesto en las axilas había desaparecido, por lo que el sudor afloró. El frío del invierno golpeaba fuerte, pero no era rival para ese nivel de esfuerzo. Tenía la boca seca y comenzó a sentirse mareada; había estado tan ocupada mirándose a todo el mundo que había olvidado comer. Finalmente, vio su casa, y observó que la bombilla del techo brillaba en el interior. Subió los escalones corriendo e irrumpió por la puerta de entrada.

—¡No está ciego!

—Sí —murmuró Saloni alrededor de la mordaza que le separaba las comisuras de los labios—. Ya me he dado cuenta.

29

La que se convertía en *churel* era una mujer agraviada. Podía deberse al fallecimiento de una embarazada; al asesinato a manos de suegros despiadados o un marido violento; a la muerte mientras se daba a luz o durante los doce días de impureza posteriores. Siempre que una mujer moría sumamente insatisfecha, volvía como *churel*. Aquellos que la sobrevivían podían intentar impedir su transformación: la enterrarían en vez de incinerarla, le colocarían piedras encima, vestirían su tumba con espinas o la pondrían boca abajo en el suelo para desorientarla. Si la habían respetado en vida, tales medidas eran innecesarias. Sin embargo, si la sed de venganza era lo bastante potente, ella encontraría la forma de volver.

Los hombres debían temerle, pero las historias variaban: ella los atraía a una guarida en la ladera, donde, con los colmillos, les extraía todos los fluidos corporales, incluido el semen, o los mantenía prisioneros y les exigía sexo todo el tiempo hasta que se marchitaban. Algunos morían y otros regresaban canosos y arrugados, como si se hubieran vuelto ancianos de repente.

Una bruja. Una *banshee*. Un súcubo. Los hombres que sobrevivían a un encuentro con ella coincidían en los detalles sobre su aspecto. En eso, las historias no variaban: siempre era espantosa. Tenía una lengua negra y larga, senos caídos que llegaban hasta la barriga, pelo enmarañado —tanto en la cabeza como en el pubis— y los pies del revés.

Debido a que esa imagen no era propicia para atraer a las presas, la *churel* podía transformarse en una hermosa joven, pero no era capaz de ocultar los pies deformes, la marca reveladora de una arpía.

Geeta y Saloni siempre habían asumido que esa era una historia con moraleja creada por los hombres para los hombres, pues solo ellos podían imaginar una venganza en forma de lujuria en lugar de una

muerte dolorosa. Solo ellos podían convertir a una mujer herida en un monstruo horrible. Solo ellos podían, por el bien del orgullo fálico, atribuirle el poder de la metamorfosis, de modo que la criatura con la que se habían acostado una y otra vez fuera engañosamente bella.

No obstante, en ese momento, mientras estaba paralizada cerca de la puerta de entrada tratando con desesperación de idear un plan, Geeta pensó: «¿Y si la *churel* es una historia con moraleja creada por las mujeres para las mujeres?». Si el mundo real no les ofrecía protección, tal vez una historia sobrenatural sí. Sería una forma de aterrorizar a los hombres para que, de vez en cuando, tuvieran en cuenta el bienestar de la mujer.

Geeta echó un vistazo alrededor: Saloni, con los ojos verdes oscurecidos por el miedo, estaba amordazada y atada a una silla de plástico; Bada-Bhai se encontraba apoyado en la puerta que llevaba a la cocina, y Ramesh observaba agazapado en un rincón. Geeta hubiera mantenido alguna esperanza de resolver las cosas hablando si no fuera por el arma que tenía Bada-Bhai. Entonces, levantó las manos en señal de rendición y clavó los ojos en el revólver en vez de en Ramesh. Ella sabía que él debía estar babeando por una oportunidad de regodearse de haberla superado. Los idiotas siempre esperaban un desfile cuando por fin lograban ser astutos.

Fuera cual fuera el origen de la historia de la *churel*, lo triste era que no funcionaba. No había conseguido detener la mano de Ramesh, ni la de Samir, ni la de Bada-Bhai. Los hombres podían ponerle la etiqueta de *churel* a una mujer para quitarle la feminidad o desestimarla para quitarle el poder. Eso era, como todo lo demás, decisión de ellos.

—Bienvenida, Geeta, de Los Diseños de Geeta —dijo Bada-Bhai con fría simpatía—. Te estábamos esperando. Siéntate. —El hombre le hizo una seña a Ramesh, quien buscó en el armario de su esposa y sacó el sari naranja que él le había regalado. Luego, se puso manos a la obra y enrolló los ocho metros alrededor del torso de Geeta y de la silla que quedaba libre. Caminó en torno a la mujer hasta que completó cuatro círculos, como si fuesen *pheras* en una boda, y después anudó los dos extremos con tanta fuerza que Geeta y la silla se sacudían con cada amarre. Tres nudos en ese momento para atarla

a la silla, tres nudos cuando le había atado el collar de bodas años atrás: el primero representaba la obediencia al marido, el segundo significaba el compromiso con los suegros y el tercero… Bueno, en ese instante, su mente distraída no lograba recordarlo—. No. —Bada-Bhai detuvo a Ramesh cuando este estaba por amordazar a Geeta con la blusa de un sari, tal como había hecho con Saloni—. Quiero hablar con ella.

Geeta miró al hombre, que solo llevaba una camiseta polo y vaqueros y llamaba la atención por no haberse vestido de fiesta. Este se apoyó en la pared con aire de despreocupación y, con el revólver en una mano, se cruzó de brazos por encima del vientre. Aunque los brazos y las piernas eran delgados, tenía el abdomen de alguien que aún no había aprendido a calibrar la dieta con la edad. Tenía las sandalias puestas, al igual que todos allí, un hecho inusual en un hogar indio. Era tan extraño como el resto de esa situación.

—¿Estás bien? —le preguntó Geeta a Saloni. Era una pregunta estúpida, pero Saloni asintió. Luego, se dirigió a Bada-Bhai—. ¿Qué quieres? ¿Dinero?

—Dudo que lo tengas. Mira este lugar; ni siquiera tienes televisor. ¿Eso es una radio? ¡Ay, por favor! —El hombre, en una mueca de desprecio, curvó la boca y el bigote hacia abajo—. Estos pueblos están tan atrasados….. ¿Cómo podéis vivir así?

—¡Ey! Jo dengo dos deledisores —dijo Saloni a través de la mordaza—. No esdamos dan adrasados. Indluso denemos labadas jolades.

—¿Qué?

—Lámparas solares —tradujo Geeta.

—Tú, *halkat randi*, me jodiste. Me quitaste a mi mejor proveedor de *tharra*. Te robaste mis perros, a los que usaba para probar mi producto. Y, lo peor de todo, me hiciste quedar como un tonto.

—Entonces coge al maldito perro y vete —balbuceó Saloni mientras la saliva le caía en la blusa.

—¡No! —exclamó Geeta.

—Olvida el perro. No puedo permitir que la gente piense que Bada-Bhai perdona a aquellos que lo ofenden. No se puede ser jefe si uno es

blando. —Acto seguido, sacó dos bolsitas con un líquido dentro—. Por lo tanto, vosotras dos seréis mis nuevas probadoras.

—¡Oh! ¿Es vino? —preguntó Saloni, animada—. ¡Quiedo brobar! Si es vino, lo hadé.

—Dijo «probadoras», no «degustadoras». —Geeta negó con la cabeza. Una bufonería delirante dominaba la situación: por un lado, Ramesh, aburrido, se hurgaba la nariz y, por el otro, Bada-Bhai pasaba de agitar el arma como amenaza a olvidarse por completo de qué era y usar el cañón para rascarse el mentón o darse golpecitos en las sienes. Ese descuido era casi más aterrador que si hubiera sido competente—. Es *tharra*. Con metanol.

Saloni arrugó la nariz con disgusto encima de la mordaza.

—Ah, endonces no. Gracias.

—¡Ey! —Bada-Bhai dejó las bolsas con *tharra* y golpeó la pared con la mano libre, lo que hizo que las mujeres se estremecieran; luego agitó el arma para dar énfasis—. Este no es un hotel de cuatro estrellas, *halkat randis*. Es venganza. Tú, Geeta, me robaste y me jodiste. ¿Quieres salvar a todos los perros de la India? Bueno, entonces tú quedarás ciega en su lugar.

—¿De verdad es eso lo que quieres, Chintu? —preguntó Ramesh mientras observaba el licor. El deseo era evidente. Era un verdadero adicto, incapaz de renunciar siquiera al licor contaminado—. La venganza de un jefe debe ser rápida y severa, ¿no?

Bada-Bhai frunció el ceño.

—¿Y qué, entonces?

—Córtale un dedo de la mano o del pie para mandar un mensaje. ¿No es eso lo que se suele hacer?

—Buy bien —masculló Saloni. La saliva había empapado la mordaza, lo que hacía que las palabras salieran aún más distorsionadas—. ¡Qué hédoe! Qué dinda forma de dradar a du esbosa.

—Hay que recordarle cuál es su lugar —le dijo Ramesh a Bada-Bhai —. Mírala. En diez años, no me ha dado ni un maldito hijo. —Acto seguido, abandonó la indignación y se puso a la defensiva—. Y tú dijiste que, si te conseguía a Geeta, me quitarías de encima a esos jefes mafiosos de Baroda, Surat y Rajkot y, además, me darías alcohol. Pero

no ese *tharra* barato, ¿eh? Solo importado.

Bada-Bhai lo miró con los ojos entrecerrados.

—Escucha. No suelo decirles esto a mis clientes, pues es malo para el negocio, pero tal vez tengas un problema.

Saloni resopló.

—¿«Dal vez»?

—Cállate, perra, y no te pases de lista —gruñó Ramesh—. A esta puedes matarla, B. B., pero a Geeta la necesito viva. Ese pasatiempo estúpido que tiene es rentable, y ya que lo suyo es mío…

Geeta se resistió. Desde que había entrado allí, su prioridad era sobrevivir; había asumido que, si ella y Saloni lograban salir con vida, Ramesh se iría y comenzaría de cero en otra ciudad. Sin embargo, sobrevivir a eso solo para quedar bajo su mando no era una victoria.

Bada-Bhai observó a las dos mujeres.

—Con la gorda no tengo ningún problema. Fue Geeta la que me jodió. Yo vacuné a esos perros, los entrené y los castré. Nada de eso es gratis, ¿sabes? Y ella va y los suelta. ¿Puedes creer que ninguno regresó?

—Qué sorpresa —comentó Geeta.

Bada-Bhai se abalanzó sobre ella.

—Tú cierra la boca. Mira a tu alrededor; no tienes exactamente la sartén por el mango aquí.

—Hadlando de eso, ¿cuál es el plan, Chintu? ¿Puedo samarte así? —preguntó Saloni.

—Prefiero Bada-Bhai o B. B.

Saloni frunció el ceño.

—¿Como «bebé»?

Por la repentina irritación del hombre, estaba claro que había sufrido malentendidos idénticos en ocasiones anteriores.

—No, no «bebé». Las letras: «B-B». Por Bada-Bhai. Ramesh dijo que era confuso… No importa. No está tallado en piedra. Aún no es algo definitivo.

—Endiendo. Eh… ¿De impordaría…?

—¿Qué? Ah, sí. —Bada-Bhai desató la mordaza improvisada, que cayó alrededor del cuello de Saloni.

—¿Podría ir al baño? Bebí como tres… —Ante la mirada amenazante de él, Saloni tosió—. No importa. Bueno, ¿qué es lo que te tiene tan enfadado?

B. B. apuntó el revólver hacia Geeta, cuyos ojos se cerraron por instinto.

—Esta *halkat randi* me robó; se llevó a mis perros. Me j…

Saloni asintió con impaciencia.

—Sí, Chintu, es una perra sin escrúpulos que te jodió. Ya lo has dicho. Pero ¿qué harás con ella… eh… nosotras?

El hombre dudó.

—Bueno, el plan era hacerle beber el *tharra*, pero ahora… no sé. Supongo que alguna otra cosa de las típicas para vengarse.

—Claro. Pero ¿qué? ¿Quieres dinero? ¿Perros nuevos?

Bada-Bhai se dio unos golpecitos en el mentón con el arma mientras reflexionaba.

—No —respondió después—. Creo que no.

—Ya veo. Entonces solo quieres que sufra, ¿es eso?

—¡Saloni!

—Cállate, Geeta. Esto no es de tu incumbencia.

—Sí —musitó él—. Hacerla sufrir estaría bien.

—De acuerdo —dijo Ramesh con una sonrisa, lo que provocó que un miedo helado invadiera a Geeta—. Cortémosle un dedo del pie. Sus manos me dan dinero, así que conviene que no sea un dedo de allí. A menos que sea un meñique.

—Mmm. —Saloni no revelaba nada del terror que Geeta sentía. Luego, esta le habló solo a Bada-Bhai—. Bueno, esto es lo que no sabes. Yo soy una especie de celebridad aquí. Estoy en el *panchayat* del pueblo y, cada año, doy una gran fiesta de Año Nuevo. Mi marido y los invitados deben estar buscándome en este mismo instante. Eso es algo sobre lo que este debió haberte advertido. —La mujer levantó el mentón hacia Ramesh, quien se mofó.

La incertidumbre turbó la frente de Bada-Bhai.

—Tú nunca debiste estar aquí. Ramesh me prometió que Geeta vendría sola. —El hombre ladeó la cadera y la cabeza—. ¿A qué has venido?

—A envenenarme —respondió Ramesh sonriendo—. Pensó que estaba ciego, así que puso veneno para ratas en mi bebida mientras yo estaba fuera llamándote a ti. —Se dio la vuelta para dirigirle la sonrisita a Saloni—. Has hecho el ridículo, andando de puntillas por aquí.

Saloni lo ignoró.

—Lo cierto es que varias personas de la fiesta aparecerán aquí en cualquier momento.

—Está mintiendo.

—No lo sé. Va vestida de gala. Ahora que lo pienso, todos vosotros lo estáis. ¡*Saal Mubarak* para todos!

—Feliz Año Nuevo —respondieron los tres de manera automática.

—Si me dejas ir, no le diré nada a nadie. Ramesh consigue el dedo del pie, tú obtienes tu venganza y yo podré ir a hacer pis. Todos ganamos.

B. B. se veía más juzgador que tentado.

—Entonces, ¿tú también la abandonarás?

Saloni se encogió de hombros dentro de sus limitaciones.

—Eh… No somos tan cercanas.

El hombre se dio la vuelta hacia Geeta con las cejas arqueadas en inesperada empatía.

—Primero tu marido y ahora tu amiga. Tu vida *sí* que es una mierda, ¿no?

Ella cerró los ojos.

—No te haces una idea.

—¿Y? —presionó Saloni—. No quiero darte prisa, pero de verdad necesito ir al baño.

—No lo hagas —dijo Ramesh—. Esta perra es poco confiable e irá directa a la policía. Si las dejas ir, se terminó. Te debo dinero, no mi vida. ¿Qué eliges?

B. B. se llevó las manos —arma incluida— a las orejas, atormentado e irritado.

—Callaos y dejadme pensar un maldito segundo. —En ese instante, sonó el móvil; él atendió y, enfadado, gritó—: ¿Qué? Ahora no puedo. Me ocuparé de vosotras dos cuando llegue a casa. —Acto seguido,

colgó. La respiración del hombre era pesada—. ¡Maldición! No tengo paz en casa, y aquí tampoco.

—¿Lakha y tu esposa están peleando otra vez? —preguntó Geeta.

Ramesh le torció la oreja y la parte trasera del pendiente se clavó en la piel de la mujer.

—Te ordenó que te callaras.

—¿Quién es Lakha? —quiso saber Saloni.

—La madre soltera de su único hijo.

Bada-Bhai parecía más curioso que receloso.

—¿Cómo sabes eso?

Geeta se mostró indiferente.

—Presto atención.

—Da igual. —La sorpresa de B. B. se convirtió en exasperación—. Mi esposa y mi amante discuten todo el tiempo y por todo. Ropa, comida, el niño, dinero, dinero, dinero. Y mi madre lo empeora todo. El médico dice que está entrando en la menopausia y cometí el error de buscar qué era —explicó y después se estremeció.

Ramesh chasqueó la lengua.

—Siempre te digo que unas cuantas bofetadas solucionan todos los problemas.

Bada-Bhai le lanzó una mirada asesina.

—¿Quieres que pegue a mi madre? ¿Para que yo, en la próxima vida, vuelva como un intocable? Qué hombre más inútil. —Luego se dirigió a Saloni—. Todo está tan mal que a veces me escondo en el baño para tener un poco de tranquilidad. Ahora piensan que tengo problemas digestivos —dijo mientras hacía un gesto vago hacia el estómago.

Saloni, quien había dado un chasquido con la boca para expresar simpatía mientras él hablaba, opinó:

—Perdona que me meta, pero deberías proteger a tu esposa antes que a tu amante.

—Por otro lado, tienes que proteger a tu hijo de tu esposa —apuntó Geeta.

Ramesh soltó un gruñido de exasperación.

—¿Qué diablos es esto? ¿Un programa de entrevistas? B. B., déjame

cortarlas y terminemos de una vez.

De pronto, se escucharon un sonido metálico y un ladrido que provenían del exterior, seguidos de insultos amortiguados y ladridos continuos.

—¿Quién es? —preguntó Bada-Bhai. Por su expresión, se notaba que se había dado cuenta de que las palabras habían sonado demasiado suaves y, con tono más alto y más brusco, gritó—: ¿Quién carajo anda ahí?

A pesar del peligro, Geeta puso los ojos en blanco. Morir a manos de ese tonto después de haber matado a dos hombres y evadir a la policía sería como si a la Reina de los Bandidos la abatiera una picadura de mosquito.

El sonido metálico debió de haber provenido de un recipiente u otro objeto de metal; Geeta pensó que podía tratarse del tazón de agua de Bandido. Los cuatro se quedaron mirando la puerta cerrada. Algunos fuegos artificiales lejanos estallaban de manera intermitente y perturbaban el canto rítmico de los grillos. En ese instante, a Geeta se le ocurrió que B. B. y Ramesh probablemente hubieran tenido la misma idea que Saloni, es decir, usar el alboroto de Año Nuevo como distracción.

Como nadie contestaba, Bada-Bhai fue hasta la puerta y se dispuso a abrirla. No obstante, debió de haberlo pensado mejor, porque movió la cabeza hacia Ramesh, quien se negó de manera silenciosa. Pero los ojos saltones del jefe no admitían más protestas y Ramesh obedeció.

—¡Farah! —exclamó Geeta cuando este abrió.

Perpleja y con los ojos desorbitados, Farah se paró en el umbral con el tazón de Bandido en la mano. El perro se sacudió y miles de gotas volaron hacia el sari de la mujer.

—Pateé esto sin querer y le di a tu mascota. —Acto seguido, al fijarse en B. B. por primera vez, bostezó y preguntó—. ¿Quién diablos eres tú?

—¿Quién soy yo? ¿Quién diablos eres tú? No importa. Entra antes de que alguien te vea.

Farah, cuando finalmente se percató de las mujeres atadas y el arma, se puso en alerta.

—Eh… No, gracias. Ustedes sigan con lo suyo. Feliz Año Nuevo.

Bada-Bhai la apuntó con el arma.

—No era una invitación. Entra o haré que él te traiga a rastras —ordenó, y Farah acató levantando las manos con torpeza hasta la altura de los hombros tal como la televisión enseñaba a los civiles. Ramesh le quitó el recipiente de las manos y fue a cerrar la puerta, pero antes de lograrlo, Bandido, totalmente mojado, entró corriendo en la sala llena. Sin embargo, el animal enseguida derrapó al ver a su antiguo amo y se puso a gruñir generosamente a los dos hombres—. ¡Tú! —le gritó B. B. al perro, y luego se dirigió a Geeta—. ¿Te lo quedaste?

La mujer asintió.

—Es un buen perro.

—No sé. A mí siempre me pareció el tonto del grupo.

—¡Ah! ¡Como Farah! —acotó Saloni.

—Vete al demonio —le respondió Farah, enfurruñada.

—Átala a ella también. ¡Ay, maldición! Ya no hay sillas. —B. B. miró con furia a Saloni y a Geeta—. ¿Habéis invitado a alguien más?

Ramesh volvió a revisar el armario ya más vacío y esta vez eligió un sari amarillo con un patrón de rombos descolorido. En cuanto Farah se sentó en el *charpoy*, él la inmovilizó de la misma manera, atándole las muñecas y los tobillos.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Geeta.

—Se me ocurrió que Ramesh tal vez no estuviera ciego y pensé que debía advertirte. —Luego siguió el revólver con la vista, el cual se movía de un lado a otro acompañando a B. B., que se paseaba por la sala con ansiedad—. Una decisión de la que ahora me arrepiento muchísimo.

—¿Cómo te diste cuenta? —preguntó Ramesh con curiosidad genuina—. He sido bastante convincente.

—Bueno, estaba en la fiesta y me quedé dormida en la mesa de platos de dulces. Cuando desperté, me percaté de que el otro día, cuando vinimos aquí por Geeta, él llamó «gorda» a Saloni.

—¿Y qué? Si lo es. Sin ofender —dijo B. B.

—Prefiero «voluptuosa», pero da igual.

Farah negó con la cabeza.

—Pero ¿cómo lo sabía él? La última vez que te vio, tú eras…

Saloni resopló con satisfacción.

—Devastadoramente hermosa.

Farah puso los ojos en blanco.

—Sí, de acuerdo, aunque yo iba a decir «mucho más delgada». Y, aunque alguien podría haberle contado que Saloni estaba gorda, perdón, «voluptuosa», tuve un mal presentimiento, así que…

—¿Así que viniste a ayudarnos? —preguntó Geeta.

—¿Por qué? —Saloni ladeó la cabeza.

—Trataba de ser una bonobo, ¿vale? —Farah se retorció en el *charpoy*, pues la amplitud de movimiento que tenía era muy reducida.

Los labios de Geeta se curvaron hacia arriba, pero Saloni solo suspiró y dijo:

—Hubiese sido bueno que trajeras algún arma o algo útil. Parece que no has aprendido nada de *CID*.

—Bueno, si vamos a mirar atrás, nadie es tan perra como tú.

Saloni rio espurreando saliva.

—¿Yo soy la perra? Tú trataste de chantajear a Geeta y encima amenazaste con matarla.

Farah gruñó.

—¡Ay! ¿Cuánto tiempo vas a seguir con eso? Estoy aquí, ¿no? ¡Déjalo ya!

—¡Basta! Ya tengo suficiente de esto en casa. —B. B. se masajeó las sienes—. Espera. ¿Tú también estabas en la fiesta? —Cuando Farah asintió, el hombre frunció el ceño y los surcos entre las cejas se hicieron más profundos—. Pero tú eres musulmana, ¿no? —Farah asintió otra vez—. Entonces, ¿por qué estás festejando Diwali?

—Porque es nuestra amiga —respondió Geeta, y vio que en el rostro de Farah se dibujaba una leve sonrisa.

—Estos pueblos… —dijo B. B. negando con la cabeza—. Si un musulmán viniera a mi fiesta de Diwali, habría disturbios.

—Tú trabajabas con Karem, y él es musulmán.

—Eso son negocios. El dinero no tiene religión. Pero si él quisiera casarse con mi hermana, sí sería un problema.

—Y… ¿tú quién eras? —preguntó Farah.

—B. B.

—¿Bebé? —La mujer estaba perpleja.

—¡No! Maldición. —El hombre se giró hacia Ramesh, quien encogió los hombros—. Te dije que sería confuso.

—Las letras «B-B». Por Bada-Bhai —explicó Geeta—. Aunque no está tallado en piedra.

—Aún no es algo definitivo —añadió Saloni—. Está aquí para vengarse de Geeta.

—Porque me metí con él.

Farah abrió los ojos de par en par con interés manifiesto y lascivo.

—¿En serio? ¿Vosotras dos? ¿Cuándo?

Geeta soltó un sonido de disgusto similar al de Bada-Bhai; acto seguido, este le dio una bofetada y, enfadado, alzó la voz:

—Para mí sí es una ofensa, pero tú no puedes quejarte. —Geeta ardió de rabia, no por el insulto, sino por la humillación de que la hubiera golpeado como a una niña tonta que necesitaba una reprimenda. Por su parte, Bandido olfateó ruidosamente a su archienemiga, la lagartija, quien se escabulló trepando por la pared y jadeó mientras descansaba fuera del alcance del perro. Este comenzó a ladrarle a la pared con las orejas hacia atrás y agitaba la cola con tanto desenfreno que parecía que iba a salir volando. Geeta cerró los ojos con la vergüenza típica de los padres. Allí había dos hombres peligrosos, uno de los cuales empuñaba un arma, y, para Bandido, la amenaza principal era un reptil—. ¿Qué le pasa? —preguntó B. B. moviendo el mentón hacia el perro.

—Dispárale y ya —propuso Ramesh.

—¡No! —gritó Geeta—. ¡No te atrevas!

Sin embargo, no tenía por qué preocuparse, pues Bada-Bhai se veía igual de horrorizado.

—¿Estás loco? No mataré a un perro.

—¿Cuál es el problema?

—Matar personas me convierte en un jefe; matar perros solo me hace parecer un psicópata.

—Guau —pronunció Saloni con lentitud—. Hasta el criminal que

tiene a tres mujeres como rehenes cree que tu brújula moral está jodida. Deja que lo asimile un segundo.

Ramesh la miró con furia.

—Zorra obesa. ¿Qué hiciste? ¿Pariste a tus hijos o te los comiste?

Comenzaron a lanzarse insultos, y cada uno de ellos superaba al anterior. Saloni tenía el rostro enrojecido y Ramesh estaba tan furioso que el bigote casi vibraba en sintonía con la cola de Bandido.

—Escucha, *chutiya*. ¡Tú no sabes nada! —dijo Saloni golpeando el suelo con los pies atados—. Todo cambia cuando tienes un bebé. Ni siquiera reconoces tu propio cuerpo. —Después se calmó y bajó la voz para dirigirse a todos—. ¿Sabéis que, cuando mi hijo nació, lo estiró todo tanto que ahora se me escapa un poco de pis cada vez que estornudo? Y ese mocoso ni siquiera come una verdura para darme el gusto.

—¿Qué? —B. B. puso una expresión de rechazo— ¡Qué asco!

Ante la vehemencia del hombre, Farah asintió y se unió.

—Yo también, pero después del segundo. Y, durante el parto, me hice popó encima de él.

—¡Ay, Rama! —exclamó Ramesh, cuyo rostro se contorsionó en una arcada seca.

—¿Y la lactancia? —añadió Farah—. Mis hijos me arruinaron los senos; están totalmente consumidos.

—¡No quiero oír más esta mierda! —Ramesh alzó las manos y trató de alejarse, pero no había rincón de la pequeña sala donde no pudiera oír. Además, cada vez que se movía, Bandido abandonaba a la lagartija de forma temporal y se iba a los pies del hombre.

Geeta observó a la lagartija, que aprovechó el respiro que le concedía el perro y, a toda velocidad, se dirigió en diagonal hacia el techo. Pasó por encima de su cabeza, luego de la de Saloni y, al final, se cernió sobre un cautivado Bada-Bhai.

—Cierto. Recuerdo cuando mis pezones apuntaban en la misma dirección. —Por el rabillo del ojo, Saloni estudió la reacción de B. B.

Él no la decepcionó, pues, con un profundo estremecimiento, exclamó:

—¡Uf!

Geeta, olvidando ya a la lagartija, pestañeó y dijo:

—Espera. Entonces, ¿no vuelve todo a la normalidad después?

Farah se rio entre dientes; Saloni, en cambio, lanzó una risa que parecía un graznido, hasta que se detuvo de golpe.

—Mierda. Se me escapó un poco de pis.

—No, Geeta. Casi nada vuelve a la normalidad —explicó Farah con paciencia exagerada—. Todo son senos caídos, pis que se escapa y niños desagradecidos.

Bada-Bhai estaba atónito.

—Pero ¿y las recompensas? ¿La felicidad de ser madres?

Farah elevó un hombro, lo bajó y soltó:

—Bah.

—¿Acaso no es lo mejor de vuestras vidas? —El hombre repartió la mirada entre ellas y siguió con un tono cada vez más inseguro—. ¿Ser… madre?

Tanto Farah como Saloni se encogieron de hombros.

—Bah.

La voz de Bada-Bhai se debilitó. De hecho, todo en él pareció encogerse. Luego, con el rostro afligido, indagó:

—Entonces… ¿No amáis a vuestros hijos?

—¡*Tauba tauba*! —exclamó Farah.

Saloni, con una vehemencia idéntica a la de la otra, respondió:

—Cósete la boca, Chintu. Mis hijos son mi cosa favorita en el mundo.

—Mataría por ellos, y estaría feliz de hacerlo. —Farah parpadeó—. Oh, creo que ya lo he hecho.

—Pero… Acabáis de decir que…

Saloni le dirigió una mirada de reproche.

—No todo es blanco y negro, ¿sabes?

—¿Qué pensáis que debería…?

Ramesh se golpeó la frente con la palma de la mano.

—B. B., te están manipulando. ¡Déjame cortar a estas *bhosdas*!

Farah puso los ojos como platos.

—¿Cortar? —preguntó, y luego se dio la vuelta hacia Geeta y Saloni como pidiendo una aclaración—. ¿Cortar qué?

—Es que ahora son tantas. ¿Qué voy a hacer con tres dedos? —se quejó B. B.

—¿¡Dedos!? —Farah se quedó sin aliento—. ¡Pero yo hago arte!

—Escucha —le dijo Bada-Bhai a Ramesh—. Yo puedo sobornar a la policía para que ignoren lo del alcohol ilegal, pero ¿mutilar a la mitad del pueblo? No tengo tanto dinero. ¿Qué tal si les hacemos unas cicatrices en la cara? Como recordatorio de que no deben meterse conmigo. Y como mensaje para los demás. Eso es lo bastante pequeño como para poder pagarle a la policía. Creo.

—De acuerdo —aceptó Ramesh—. Entonces, ¿solo les hago un tajo?

Mientras los hombres hablaban, Farah, con el mentón temblando, lloraba en voz baja. Saloni trató de hacerla callar, pero el pánico de la mujer no solo continuó, sino que resultó ser contagioso. Bandido estaba hiperactivo y alternaba entre saltar y montar los muebles, algo que Geeta pensaba que le había enseñado a no hacer. Ramesh y Bada-Bhai seguían planeando qué mensaje tallar en los rostros de las mujeres y cada vez elevaban más la voz para poder escuchar por encima de los ladriditos de Bandido y los gemidos de Farah.

—¡Por Alá! —exclamó esta mientras se mecía adelante y atrás sobre el *charpoy*.

—¡Farah! ¡Cállate! —le ordenó Saloni entre dientes.

—¿Por qué? ¿No lo entiendes? Las cosas nunca irán bien, pues, por cada Samir del que nos ocupamos, hay otros cincuenta esperando. No tiene sentido dar un zarpazo y avanzar un centímetro si ellos pueden soplar cuando quieran y hacernos retroceder diez kilómetros.

—Te aseguro que estaremos bien —le mintió Geeta—. Ahora respira. *Kabaddi*, ¿recuerdas?

Farah asintió y comenzó a susurrar el mantra mientras seguía balanceándose.

—¿Qué tal «B. B.»? —sugirió Bada-Bhai en voz alta—. Uno en cada mejilla.

Ramesh pateó a Bandido para alejarlo mientras le respondía al jefe:

—No sé si tendrá el efecto que buscas, teniendo en cuenta que todo el mundo lo malinterpreta.

En ese punto, Saloni estuvo de acuerdo con él.

—No está tallado en piedra y tampoco debería estarlo en nuestras caras.

—El apodo fue tu maldita idea —chilló Bada-Bhai—. ¡Dios! Eres un imbécil.

—*Kabaddi, kabaddi, kabaddi*…

Bandido, inquieto por el mantra que le había oído repetir tantas veces a Geeta cuando estaba angustiada, ya cansado de ladrar en vez de morder y, además, resentido por las tácticas evasivas de la lagartija, se centró en una presa menos hábil. Acto seguido, hundió los dientes en el tobillo de Ramesh con un deleite que solía reservar para las sobras. El hombre, que nunca había tolerado demasiado el dolor, gritó con una mezcla de padecimiento y terror, y después sacudió la pierna secuestrada a la vez que daba saltitos con la otra para mantener el equilibrio. Aun así, el perro se mantuvo firme, con una mirada enajenada que Geeta jamás había visto. El borde negro de la mandíbula del animal brillaba en la tenue luz. Ramesh intentó escapar y retrocedió a trompicones hasta que, con un golpe reverberante, la espalda chocó contra la pared más alejada. Allí se deslizó hacia el suelo y el aliento escapó de su pecho como un murciélago asustado. El impacto doble provocó que la lagartija se desprendiera del techo, la cual, mientras fue descendiendo, no se agitó ni se estremeció, como si estuviera serena ante las posibilidades y confiada en que el universo le proporcionaría un nuevo hogar. Y así fue. En vez de caer los casi tres metros desde el techo, encontró un suave descanso a mitad de la peregrinación, un *dharamshala* en forma del hombro izquierdo de Bada-Bhai.

El chillido de repulsión de B. B. compitió con el de Saloni, cuya aversión era secundaria, ya que estaba observando boquiabierta desde su silla. Él giró y se sacudió para tirar la lagartija al suelo, donde Bandido la esperaba con ansiedad. No obstante, antes de que eso sucediera, la mano derecha de Bada-Bhai, aferrada al arma, finalmente apretó el gatillo que había estado acariciando con nerviosismo desde el inicio de esa noche.

El disparo fue, por lo menos para Geeta, ensordecedor, y supuso que alguien oiría el alboroto e irrumpiría allí. Sin embargo, aunque se

permitía tener un poco de esperanza, otros estallidos interrumpieron la noche y supo que los fuegos artificiales de celebración seguían a todo volumen.

Todos quedaron paralizados, conmocionados y en silencio. Las mujeres se miraron unas a otras e intercambiaron distintas expresiones del mismo tipo: «mierda». Farah dejó de llorar. Bada-Bhai se observaba la mano como si alguien le hubiera obsequiado algo repugnante y no supiera cómo salir de la situación con diplomacia. Ramesh seguía en el suelo, sudando y gimiendo por la mordida del perro, como si le hubieran amputado la pierna. El odio que Geeta sentía por él aumentó, aunque admitía que la mancha de sangre alrededor del hombre era bastante grande. Pero Bandido había perdido los dientes de cachorro y su mordida no era tan feroz; justo cuando Farah soltó un grito ahogado y Saloni se rio de alegría, Geeta se dio cuenta de que la bala perdida de B. B. había dado en la pantorrilla de Ramesh.

—¡Me disparaste! —exclamó este, quien, más que acusador, sonaba aturdido—. ¿Por qué lo hiciste?

Sin embargo, Bada-Bhai estaba demasiado consumido por su propio trauma reciente como para ocuparse de Ramesh.

—¿Hacia dónde se fue? —les preguntó a las mujeres, quienes negaron con la cabeza. Esa era una cuestión de suma importancia también para Bandido, que se había puesto a olfatear el suelo y el aire con la súbita disciplina de un perro de seguridad—. ¡Odio las lagartijas! Aunque, por lo menos, traen buena suerte. —El hombre extrajo el colgante de oro con la forma del mantra *Om* que tenía bajo el cuello de la camiseta polo y lo besó—. ¿Dónde est…?

En ese instante, alguien golpeó la puerta con tanta fuerza que esta tembló.

—¡Geeta! ¡Sé que estás ahí, maldita desgraciada! ¡Sal ya mismo!

—¡Ay! ¿Quién carajo es ahora? —se quejó Bada-Bhai—. Que alguien abra. —Al darse cuenta de que era el único que podía moverse, el hombre resopló con fastidio y caminó hacia la puerta con el arma a sus espaldas.

—¡Sé lo que has hecho, Geeta! Un invitado de mi fiesta me felicitó

por las papeletas. ¿Creíste que te seguiría la corriente? Teníamos un acuerdo. Oh… —Khushi retrocedió cuando la puerta se abrió. Bandido salió corriendo y ella preguntó—: ¿Y tú quién eres?

—No, ¿quién eres tú? No importa. Entra ya.

Khushi vaciló parada en el umbral, con una caja de dulces en una mano y una papeleta en la otra. Llevaba puestos más adornos de lo que Geeta jamás la había visto usar: brazaletes, *jhumkas* y un gran *bindi* rojo. Si Geeta tuviera que adivinar, diría que Khushi también vestía uno de los diseños de Farah. La energía tensa, tan perceptible como un olor nauseabundo, la inquietó.

—Eh… No. No puedo. Solo quiero hablar un minuto con Geetaben.

—Geeta no está disponible en este momento. Y ahora tampoco tú lo estarás. —B. B. blandió el arma con una mano y extendió la otra para coger a Khushi por el antebrazo. Ella trató de esquivarlo, pero él la arrastró hacia el interior y cerró la puerta—. No, no hace falta que te quites el calzado —le indicó después, aunque Khushi, de todos modos, lo hizo. Luego, el hombre le ordenó a Ramesh—: Átala.

Este, antes de responder, enrolló la pernera del pantalón, y Geeta, desde su silla, pudo ver que se trataba de una herida superficial y que la bala ni siquiera estaba en la pantorrilla. Ramesh puso los ojos en blanco y recién entonces dijo:

—Vete a la mierda.

—¿Yo? ¡Vete tú a la mierda! Me dijiste que era una solterona sin amigas y que nadie la extrañaría. ¡Y ahora mira esto! Parece una maldita fiesta de mujeres.

—¡Tú me disparaste!

—Eso fue un lamentable accidente —dijo Bada-Bhai a modo de disculpa.

—Mira el lado positivo. Al menos ya tienes bastón —se burló Saloni de Ramesh.

—Escucha. —Khushi, parada en medio de la sala con las manos levantadas, habló despacio. Geeta trató de hacer contacto visual con ella, pero la mujer estaba concentrada en el revólver—. No quiero problemas. Solo vine porque estaba enfadada con Geeta…

—Ponte en la fila. Ey, ¿eso son dulces?

—Eh… Sí, pero…

Bada-Bhai tomó la caja antes de que ella pudiera terminar la frase.

—¿Son caseros? Bah, no importa. Tengo mucha hambre. —El hombre se metió un dulce grande y esférico en la boca y luego señaló hacia la cama—. Siéntate.

Khushi fue a sentarse en el suelo, pero Geeta, mientras B. B. buscaba otro *boondi ladoo* amarillo, agitó la cabeza y le susurró:

—En el catre.

—Pero…

—Confía en mí.

Khushi descendió lentamente, con el trasero tenso, como si el catre fuera a morder. Quedó sentada frente a Farah, y con Saloni y Geeta a los lados.

—No te enfades con Geeta —murmuró Saloni—. Lo de las papeletas fue culpa mía.

—Eso ya no me preocupa —le contestó Khushi con los dientes apretados.

—Están muy buenos —opinó Bada-Bhai mientras esparcía algunas migajas—. Incluso mejores que los de mamá. Pero no se lo digas.

—No lo haré —prometió Khushi despacio—. Eh… ¿Y quién eres?

—Es Chintu —respondió Saloni—. Vino para vengarse de Geeta.

—¿Y nosotras? —preguntó Khushi.

El suspiro de Farah fue sombrío.

—Somos lo que en *CID* se conoce como «daño colateral». Es decir, estamos jodidas.

En vez de revitalizar a Bada-Bhai, el azúcar lo puso más nervioso. Se puso a caminar de un lado a otro y, en un momento dado, se detuvo para darle una patada al *charpoy*, lo que hizo estremecer a Farah.

—¡Maldición! Nunca debí haber venido. Solo quería a Geeta y ahora tengo un equipo completo de críquet femenino. No vale la pena. —B. B. se atusó el bigote con el pulgar y el índice, y más migajas cayeron sobre la camisa.

—Entonces déjanos ir, antes de que alguien más venga a buscarnos —pidió Geeta.

—¿Quién? —gritó Bada-Bhai con voz mordaz y furiosa—. ¿Quién

más podría aparecer cuando ya todo el pueblo está aquí?

Geeta suspiró, dando rodeos como si lidiara con una confesión embarazosa mientras su mente iba a toda velocidad. Necesitaba seguridad, pero sin arrastrar a Karem a ese caos.

—Mi… novio. Puede que venga a ver si estoy bien. Estaba con él en la fiesta de Saloni y, como nunca regresé, debe de estar preocupado.

—Seguro que vendrá —añadió Saloni de inmediato—. Ya es una relación seria.

—¿¡Qué!? —Ramesh, con poco equilibrio debido a la pierna herida, se dio la vuelta—. ¿De qué está hablando?

—¿Un novio? ¿De verdad? —murmuró Farah para sí misma—. Así que Geetaben al final sí es una *halkat randi*.

—Si las libero, irán corriendo a la policía y yo estaré realmente jodido. —B. B. caminó hasta donde Khushi estaba sentada y, con un gesto desganado de la mano, le ordenó—: ¡Muévete! —Ella obedeció y se movió a un lado; luego, él se sentó y apoyó la cabeza en las manos. Las mujeres intentaron simular que no miraban el revólver, que había quedado sobre el colchón, entre B. B. y Khushi. Incluso Farah abandonó el estado de abatimiento.

—No lo haremos —aseguró Geeta—. Lo prometo. Mira a tu alrededor: tú tienes el poder aquí. ¿Por qué querríamos hacerte enfadar de nuevo?

—Es por esto que no tienes paz en casa, B. B. —dijo Ramesh. En vez de atar a Khushi como el otro le había indicado, este se sentó en el suelo para contener el sangrado de la pantorrilla con una enagua del armario de Geeta—. Dejas que las mujeres te pisoteen. Tu madre, tu esposa, tu amante e, incluso, estas tres perras. Ponte firme por una vez en la vida.

Khushi fue acercando el meñique al arma, pero se detuvo de golpe cuando B. B. se enderezó con enfado. El rostro del hombre se retorció con lo que Geeta reconoció como ira provocada, y ella deseó que Ramesh se callara.

—¿Quién diablos te crees que eres para hablarme así? —le preguntó Bada-Bhai a Ramesh—. Soy el doble de hombre que tú.

—Lo sé —contestó Ramesh—. No deseo faltarte al respeto; solo

quiero ayudarte.

La mano firme de Khushi estaba a quince centímetros del arma.

—¿Ayudarme? —dijo B. B. con voz fría y el cuerpo inmóvil. Después de todo el titubeo y la indecisión, esa transición resuelta aterrorizó a Geeta. Ella había aprendido que cuestionar la masculinidad era algo muy peligroso y que la destrucción resultante solía recaer sobre las mujeres, no sobre ellos—. Si no eres más que un borracho inútil.

—¿Lo ves? Te has estado enfadando conmigo toda la noche en vez de con estas perras que te manipulan. Son como tu esposa y tu amante. Dejas que te vuelvan loco y entonces, en lugar de hacer lo que un hombre debe, te escondes en el baño.

Diez centímetros.

Los ojos de B. B. brillaron al entrecerrarlos para mirar a Ramesh, y la expresión se le endureció y se volvió amenazante. Geeta oyó que la respiración del hombre se aceleraba, como si fuese un animal que se preparaba para atacar, y deseó que Khushi se apresurara.

—Nadie se mete con Bada-Bhai.

—Ellas lo hicieron. —Ramesh señaló a las mujeres con el mentón—. Recuérdales que eres un hombre.

Cinco centímetros. Geeta sudaba tanto que pensó que nunca más necesitaría orinar. Los muslos estaban pegajosos bajo la enagua y podía sentir el olor de sus propias axilas.

El pecho de Bada-Bhai estaba hinchado con una ira que amenazaba con estallar en cualquier momento.

—Córtales el rostro y…

—¡Eh! —B. B. se levantó de un salto y arrebató el arma de la punta de los dedos de Khushi. Las mujeres se desanimaron y Farah gimió en voz alta—. ¡Perras traidoras! —gritó furioso, y luego estrelló la culata del revólver en la sien de Khushi. La mujer cayó tan rápido sobre la cama que Geeta pensó que solo se había desmayado, pero después vio la sangre que escurría entre los resortes y, entonces, el único sonido que se escuchó en la sala fue el goteo sobre el suelo.

30

—¿Está muerta? —preguntó Bada-Bhai respirando con dificultad mientras se inclinaba encima del cuerpo inmóvil de Khushi. La mejilla de la mujer estaba apoyada en el catre y la mancha de sangre seguía creciendo.

Farah había empezado a llorar otra vez y Saloni, pálida, tenía los ojos clavados en la sangre de Khushi.

—Reza para que no lo esté —le dijo Geeta fingiendo tener coraje. Los muslos le temblaban, algo que esperaba que no fuera demasiado obvio. En ese momento, el autodesprecio se unió al miedo: ese desastre era suyo, pero había arrastrado a tres mujeres con ella, incluida Khushi. Había hablado mucho, ingenuamente, de mejorar la vida de esta, y ahora, en cambio, era probable que hubiera dejado huérfanos a sus hijos. Saloni estaba en lo cierto: «Tus ideas tienen consecuencias que no te afectan a ti».

—¿Qué quieres decir?

Con el pulso martilleando, Geeta aparentó indiferencia.

—No es oportuno matar a una mujer en Diwali porque regresará como…

—¡Una *churel*! —completó Bada-Bhai con un escalofrío. Geeta se imaginó que una bombilla se encendía sobre la cabeza del hombre mientras este contemplaba a Khushi con horror.

—Eso solo pasa cuando la mujer está embarazada —comentó Ramesh. Había llenado de sangre otra prenda y, maldiciendo, la arrojó a un lado.

—Sucede cuando cualquier mujer muere de forma no natural —lo corrigió Geeta, y luego señaló el revólver—. Y eso no es nada natural.

Bada-Bhai agitó el arma entre las tres que quedaban.

—¿Alguna está embarazada?

—Ella no —dijo Ramesh señalando a Geeta—. Aunque Rama sabe

bien que lo he intentado.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque no hemos… ¡Ey! —El rostro del hombre se transformó por la indignación; acto seguido, a pesar de la pierna herida, se abalanzó sobre ella y, con fuerza, la golpeó con el dorso de la mano, lo que hizo que la cabeza de Geeta se girara hacia la derecha. Hacía años que nadie la abofeteaba y, aunque el dolor no era insignificante, lo que había olvidado era cuán humillante era. Los ojos se le humedecieron y sintió el sabor de la sangre en la boca. En cuanto corrigió la posición de la cabeza, Ramesh le clavó el puño en el estómago, y entonces la mujer vio las estrellas. Su silla cayó hacia atrás y golpeó el suelo. Como consecuencia, el aire se le escapó de los pulmones, así que jadeó en busca de oxígeno, pero no lo consiguió. Los órganos se le comprimieron y se sintió mareada.

Saloni dio un grito ahogado y después susurró:

—Maldito.

—Nada de eso… —Geeta comenzó a hablar, pero luego se interrumpió con un resuello. Aunque el costado le dolía mucho, al menos podía respirar de nuevo—. Nada de eso cambia el hecho de que tal vez hayas matado a una mujer de casta inferior durante Diwali. —Levantó el mentón hacia el cuerpo de Khushi y añadió—: Quizá ya sea una *churel*.

—¿De casta inferior? —repitió Bada-Bhai mientras giraba el cuello —. ¿Quién dijo algo sobre eso? ¿Cómo se llama?

—Khushi Balmiki.

Ramesh maldijo.

Bada-Bhai se quedó boquiabierto y después dijo:

—¿Es una *harijan*? ¡No lo parece!

—Sí, es una *dalit* —contestó Farah.

Después de mirarse las manos, tal como lo había hecho al disparar el arma por error, B. B. se dio la vuelta hacia Saloni, enfurecido.

—¡Pero entró aquí! ¡Está ahí mismo, contaminándolo todo!

—En realidad, no le diste opción.

—¡Encima la toqué!

—Y los *ladoos* —añadió Saloni—. Te comiste todos sus *ladoos*.

Bada-Bhai abofeteó a Saloni con un movimiento tan rápido que a Geeta le llevó un momento darse cuenta de lo que había ocurrido. Un instante después, la mejilla de Saloni comenzó a enrojecerse y los labios se entreabrieron por el asombro. Geeta supuso que nadie había golpeado a su amiga desde que era niña.

Luego B. B. sujetó una parte del moño de Geeta y tiró con fuerza; como resultado, el rostro de esta se alzó de golpe.

—No me dijiste nada sobre ella a propósito, ¿no? Para engañarme otra vez.

—No… Lo juro —mintió ella—. Estaba asustada y no podía pensar con claridad. Por favor.

Él la soltó con un gruñido. La consternación se agolpó en el vientre de Geeta, pues ese hombre tenía un gusto por la violencia que ella, como una tonta, no había tenido en cuenta. Su ira se había vuelto titánica y el rostro se le había transformado de tal forma que la mujer no lograba reconocer la antes delicada mandíbula.

—Todas vosotras, perras desgraciadas, me habéis hecho la vida imposible esta noche, con todo ese gimoteo incesante, los trucos y las mentiras. Y él tiene razón: yo he dejado que lo hicierais, pero ya basta. ¿Piensas que esto es una puta broma? —Como Geeta no le contestó, él le dio una bofetada y gritó—: ¡Contéstame!

Aunque le dolió menos que el golpe de Ramesh, fue mucho más fuerte que el manotazo condescendiente que B. B. le había dado antes, y el miedo se apoderó de ella. Le preocupaba morir, por supuesto, pero era un temor lejano. A lo que más le tenía miedo en ese momento era al dolor. Llevaba mucho tiempo sin ser sometida a ese tipo de sufrimiento físico y su regreso la estremeció. Deseaba ser insensible y enfurecerse, pero, en cambio, se sintió intimidada y asustada.

Todos esos años pasados con Ramesh la inundaron, tiraron de ella hacia abajo y le arrebataron el aire. Recordaba su matrimonio con demasiada claridad: ese viaje a Ahmedabad en el que él no le había dejado usar el baño en todo el día; la noche en que se había despertado con las manos de él alrededor del cuello; todas las veces en que habían ido juntos a algún lugar y él la obligaba a caminar detrás de él, mirando el suelo, y también cuando la había dejado fuera en

medio de un monzón y ella había tenido que dormir en el cemento mojado de la entrada. Cómo siempre le daba el afecto justo para dejarla esperando más, cómo había sido más fácil obedecer que pelear, cuán enfadada había estado consigo misma. «Si te comportaras, no me enfadaría tanto». Ramesh había esperado a que todos los que alguna vez la habían querido se fueran y luego la había desmontado. Al terminar, le había mostrado cómo él la veía: pequeña, inútil, estúpida, no amada ni digna de ser amada.

—No —le susurró Geeta a B. B. con los ojos llenos de lágrimas—. No pienso que sea una broma. Por favor. —Si todo eso acababa tan mal como temía, esperaba que Saloni no se culpara a sí misma como había hecho con Runi. Deseaba, en cambio, que ella supiera eso y las recordara como habían sido de niñas: no solo en el mismo equipo, sino el mismo jugador.

—¡Estoy contaminado! —le gritó él en la cara, y gotas de saliva aterrizaron en la mejilla de la mujer. Así de cerca, Geeta vio un tic bajo el ojo izquierdo del hombre, que, al igual que un reloj, iba marcando el tiempo que a ella le quedaba—. ¡Y justo en Año Nuevo! Es evidente que a ti tu karma te importa un bledo, ya que invitas a musulmanes y a *chuhras* a tu casa, pero algunos de nosotros somos hindúes decentes. —Bada-Bhai chasqueó los dedos dos veces—. ¿Crees que soy estúpido? Todo lo que esta leyenda de la *churel* significa es que no puedo matarte. En ningún lado especifica que no pueda hacerte desear estar muerta.

Acto seguido, le hizo un gesto con la cabeza a Ramesh, quien cojeó hasta la cocina, favoreciendo la pierna herida, y regresó con un cuchillo.

—¡Detente! —gritó Saloni al ver que este se dirigía hacia Geeta. Aunque tenía la silla de jardín atada al trasero, la mujer luchó por ponerse en pie. Luego, con los ojos desorbitados por la angustia, intentó saltar hacia delante—. Detente ya mismo. ¡B. B.! ¡Frénalo!

—¡Cállate! —bramó Bada-Bhai, y después la empujó. Saloni dio unos pasos tambaleantes hacia el catre de Geeta, pero se mantuvo parada—. El próximo será tu turno. A todas os llegará.

Ramesh dejó a Geeta y se dirigió hacia Saloni. Sin embargo, Geeta

no sintió alivio, pues conocía esa forma de andar de Ramesh. Este pasó la punta del cuchillo por el arete de la nariz de Saloni, quien inspiró con dificultad. Geeta comenzó a tironear las ataduras y Farah, a mover la cabeza de un lado a otro como negando estar allí. Saloni empalideció cuando Ramesh hizo un gesto con la muñeca para tirar del arete de oro; la fosa nasal se estiró al extremo y ella, gimoteando, se acercó a él para mitigar el daño.

—Ahora quitaré esto de aquí.

Geeta miró la fotografía que tenía colgada de la Reina de los Bandidos; aunque había movido la mesa de trabajo para colocar la cama de Ramesh, no había quitado el recorte, que era de un periódico de los ochenta: Phoolan, con la frente envuelta en una pañoleta de color cereza, estaba rindiéndose junto con su pandilla. Ella era baja, y lo parecía aún más rodeada de todos esos hombres. Aunque estaba mirando hacia abajo, no parecía derrotada. Era difícil asegurarlo, pero basándose en los labios y los pómulos salientes, Phoolan daba la impresión de estar sonriendo. Geeta inspiró.

—Bada-Bhai, aún hay tiempo de arreglar esto. Puedes comprar a la policía, pero no al *panchayat*. Y ya has matado a un miembro.

—¿A quién?

—A Khushiben. Si nos haces daño, el consejo demandará justicia, y entonces los policías no podrán mirar hacia otro lado, sin importar lo que les pagues. El marido de Saloni no es como Ramesh. Irá tras de ti y no aceptará ningún soborno. ¿Y el suegro? ¡Es el jefe del *panchayat*! Enfréntate a él: si nos haces daño, estás acabado.

—Yo… —En ese instante sonó el móvil de Bada-Bhai. Se fijó quién estaba llamándolo, chasqueó la lengua y después contestó—. Dime —dijo con voz cortante—. ¿Y? Le pagaré lo mismo de siempre. ¿A qué te refieres con «ella»? Mierda. Esa ASP Sinha es implacable. —Ante la mención de ese nombre familiar, Saloni dirigió los ojos llenos de lágrimas hacia Geeta, y Ramesh bajó el cuchillo para escuchar—. Claro, solo Sinha no tiene nada mejor que hacer durante Diwali —continuó B. B. con enojo—. Pero ¿cómo diablos sabe que estoy aquí? —La expresión del hombre se ensombreció—. ¿Tú le dijiste…? Ah, ya veo. Debí haberlo sabido. Llamaré a su jefe enseguida, y él se ocupará

de ella. Te agradezco la información. No lo olvidaré. —B. B. colgó y exclamó—: ¡Maldición! —Geeta estaba segura de que había sido Karem. Él era lo suficientemente cuidadoso como para no involucrar a la policía, por lo menos no después de lo que Geeta le había contado, pero también lo bastante inteligente como para mentirle a Bada-Bhai con el objetivo de que se fuera. Y, sin duda, era muy bondadoso, tanto como para desviarse del camino para protegerla a ella—. Tengo que hacer unas llamadas y quitarme a Sinha de encima. No hagas nada, Ramesh; solo vigílalas hasta que resuelva esto.

En cuanto el jefe salió por la puerta de la cocina, Ramesh fue hacia donde estaba el *tharra* y abrió un paquete con los dientes. No obstante, en vez de limpiar la herida, comenzó a beber.

Saloni, con la fosa nasal enrojecida por el maltrato de Ramesh, bajó la silla al suelo, pero esta vez con la parte trasera hacia Khushi, con lo que el catre quedó parcialmente oculto.

—¿Qué tienes en la cabeza, Ramesh? —preguntó Geeta—. ¿Cuánto tiempo más crees que puedes retenernos aquí? Ya oíste a B. B.: la policía está viniendo.

En lugar de responder, el hombre bebió otro trago de *tharra* y se estremeció.

—Aaaah, así está mejor. La de B. B. fue una gran idea, ¿sabes? Eso de poner su nombre en tu rostro. Creo que agregaré el mío también. —Acto seguido, quitó uno de los brazos de Geeta de las ataduras y lo giró para que la palma quedara hacia arriba. Luego, aunque el paquete de *tharra* ya estaba vacío, lo puso del revés para succionar el plástico y después lo tiró.

—Bada-Bhai te dijo que no hicieras nada. ¿Quieres enfurecerlo aún más? —preguntó Saloni—. Además, si la tocas, no podrás quedarte, todos te darán la espalda.

—Antes no lo hicieron —contestó él sin siquiera mirarla.

Al otro lado de la sala, más allá de la espalda encorvada de Ramesh, Saloni liberó los brazos, y Geeta pestañeó varias veces para estar segura. Khushi debió haberse acercado en silencio y haberlos desatado; Geeta solo podía verle las piernas, pues la parte superior estaba oculta tras la silla de Saloni. Esta última movió los labios hacia

dentro y, con mucho cuidado para no hacer ruido, se quitó las pulseras de oro. Luego se inclinó para quitar las ataduras de los tobillos. Geeta sacudió un poco la cabeza; entre los zapatos y el pesado vestido de Saloni, esta no podría moverse sin alertar a Ramesh.

—Ahora es diferente —dijo Saloni.

Cuando Ramesh comenzó a darse la vuelta, Geeta se retorció para que él volviera a centrar la atención en ella.

—¿Sí? —Farah exhaló por la nariz con una risa que, en realidad, no lo era—. Él tiene razón: nada ha cambiado. Míranos. Solo tenemos los microcréditos porque los hombres piensan que todo eso del empoderamiento femenino es bonito. E inofensivo. ¿No lo entiendes? No estamos avanzando; solo nos toleran.

Ramesh acarició el brazo de Geeta con el cuchillo helado.

—Escucha a tu amiga. Geeta es mi esposa; me pertenece. Y todas vosotras no sois más que un maldito dolor de cabeza. Este pueblo era bastante decente; todos sabían cuál era su lugar. Entonces os dieron un par de préstamos insignificantes para vuestros pasatiempos, y ¿ahora pensáis que son importantes? Solo tenéis lo que nosotros os permitimos, ¿entendéis? Si mañana decidimos que no habrá más préstamos, ¿qué haréis, idiotas? Os habéis engañado a vosotras mismas al creer que no nos necesitáis.

»Y tú, no eres nada sin mí —enfatizó él en voz alta. Luego dio unos golpecitos con los dedos en la sien de Geeta, un gesto que estaba destinado a degradar y que cumplió su cometido—. ¿Aún no te has dado cuenta de ello? Después de irme, quedaste manchada y, si no hubiera vuelto, habrías seguido así. Y una vez que B. B. se vaya, te daré una lección que nunca olvidarás.

Geeta cerró los ojos. Para las demás, la mayor amenaza era Bada-Bhai, pero ella sabía que, aunque este las dejara intactas, Ramesh se quedaría allí y se pasaría la vida arruinando la suya. Él era su marido, y ella no sería libre hasta que uno de los dos estuviera muerto.

—Ramesh, será mejor que me mates ahora.

Saloni, por otro lado, le hizo señas a Farah para que se acercara, pero esta se negó y apuntó hacia Ramesh con el mentón. No obstante, como el rostro de la otra se contrajo con furia, Farah se deslizó por el

catre sin hacer ruido gracias a que, como era viuda, no llevaba joyas, sino solo un sari sencillo; luego extendió los brazos y Saloni se inclinó para liberarle las muñecas. Mientras las mujeres se movían, Geeta trató de captar toda la atención de Ramesh. Las náuseas le llenaron la boca de saliva.

—¿Acaso un granjero mata a la gallina que más huevos pone?

—Lo haría si la gallina le picoteara los ojos.

Ramesh parecía divertido.

—¡Oh! ¿Es eso lo que harás, mi gallinita?

—Le pedí a Saloni que te matara, pero eso fue un error. Lo haré yo misma. Y no dejaré de intentarlo hasta que vea tu cuerpo arder.

—Apenas tuviste cerebro, mucho menos tendrás agallas.

—Ya he asesinado antes, y a ellos ni siquiera los odiaba. Imagina lo que te haría a ti.

—Ah, ¿sí? ¿A quién has matado? —preguntó Ramesh con tono burlón.

—Primero a Samir —dijo Farah detrás de él. Había dejado las sandalias y, como un espectro, se dirigía hacia donde estaba el hombre, quien enseguida se dio la vuelta blandiendo el cuchillo; sin embargo, el licor casero lo había vuelto torpe, y ella pudo esquivarlo con facilidad.

—¿Cómo te has soltado? Siéntate otra vez. Ahora mismo.

—No —dijo Saloni poniéndose de pie. Él giró de nuevo y movió el cuchillo entre las dos mujeres—. Ahora es tu turno de tomar asiento.

—Os cortaré.

Saloni fingió considerar esa posibilidad.

—¿A todas nosotras? Aunque pudieras arreglártelas para hacerlo, tendrías que pensarlo bien. Bada-Bhai estará furioso contigo. El consejo te desterrará y, entonces, ¿cómo harás para chuparle la sangre a Geeta?

—¿El *panchayat*? ¿Te refieres a cuatro hombres más una mujer en un cargo simbólico? —Ramesh rio; ya no estaba en guardia y había recuperado la confianza—. Me arriesgaré.

—Dos mujeres en cargos simbólicos —lo corrigió Khushi mientras se levantaba del catre con cuidado. Ramesh se sobresaltó. La mujer, con

sangre en la mitad derecha del rostro y el cabello revuelto, realmente parecía una *churel*—. Y no necesitamos al consejo para encargarnos de ti.

—¿Crees que te tengo miedo, *chuhra*? Inténtalo y verás qué pasa. Primero le romperé las piernas. —El hombre pasó el pulgar por el labio partido de Geeta y después difuminó la sangre en la frente, justo en el nacimiento del pelo, como si fuese bermellón, para dejar la marca de la mujer casada—. Pero no las manos, por supuesto.

—¿Dónde estaba ese interés cuando me quebraste los dedos?

—¿Eh? —Ramesh parecía sorprendido—. ¿Cuándo hice eso?

Geeta, anonadada, no respondió. El dolor había definido su relación con Ramesh, durante todas las fases lunares y todas las estaciones. Que él considerara su sufrimiento irrelevante no era ninguna noticia, pero que fuera capaz de olvidarlo por completo la dejó desconcertada.

—¿Sabes lo que sucede cuando un hombre muere, Ramesh? —le preguntó Saloni mientras las tres se iban acercando y cerrando el círculo—. Se mea encima.

—Te sorprendería saber cuántos se cagan también —dijo Khushi.

—Samir lo hizo —añadió Farah—. Y me rogó que lo ayudara. Pensé que sería difícil verlo morir, que querría irme y no volver hasta que todo hubiera terminado, pero no, me quedé allí cada segundo. Para Geeta será igual.

—Estáis mintiendo. —La espalda de Ramesh chocó contra la pared y, para Geeta, el pánico del hombre fue un bálsamo—. ¡B. B.! ¡Chintu! ¡Ven aquí!

—No. A Samir lo matamos entre todas —dijo Khushi asintiendo hacia Geeta.

—Y Geeta mató a Darshan ella sola —añadió Saloni, quien luego se movió para desatar a su amiga. Ramesh, sudando y demasiado confundido por las sucesivas revelaciones, no la detuvo. Una vez libre, Geeta se paró junto a Saloni.

—¿Darshan? —Él, aunque con poco equilibrio, se incorporó.

—Sí —respondió Geeta—. Le rompí la cabeza. Ojalá hubiese sido la tuya.

—¡Maldita! —Ramesh se abalanzó hacia delante con descuido

olvidándose de la pierna, que cedió. Geeta impidió que la agarrara con facilidad; luego, apoyó un pie en la herida y lo empujó, lo que hizo que él se cayera dando un alarido, mitad con dolor y mitad con furia.

—No contesta —dijo Bada-Bhai mientras regresaba por la puerta trasera—. Esa zorra de Sinha probablemente esté aquí en media hora y… —Se detuvo de golpe al ver la escena—. ¿Estás de broma, Ramesh? Tres atadas, una medio muerta, ¿y aun así la cagas?

Ramesh estaba en el suelo sosteniéndose la herida. Debido a que Geeta había empeorado la lesión y el alcohol le diluía la sangre, un nuevo torrente manchó con rapidez la enagua que había usado para hacer un torniquete.

—¡No es culpa mía! ¡Estas perras son unas asesinas, B. B.!

—Pues, entonces, debería contratarlas a ellas en vez de a ti —exclamó el hombre empuñando el arma. Las mujeres, de manera instintiva, levantaron la cabeza—. Te pasas el día hablando de ser un hombre cuando tú no eres ni la mitad de uno. ¡Maldición! Míralas: son solo mujeres, no asesinas.

—De hecho, sí lo somos —aclaró Geeta—. Se ha convertido en una especie de negocio paralelo. Mujeres que prefieren ser viudas.

—No es posible —se burló Bada-Bhai—. Sois amas de casa, no jefes mafiosos.

Esas palabras despertaron la ira de Geeta.

—Exacto. Somos amas de casa: preparamos vuestra comida, cuidamos a vuestros hijos, escuchamos sobre vuestros negocios. Sabemos lo suficiente sobre vosotros como para arruinaros, así que yo, en tu lugar, tendría cuidado.

—Mi esposa jamás…

—¿Y Lakha? —El rostro del hombre se desencajó y Geeta siguió hablando por encima de su balbuceo—. Te lo dije: presto atención. Tú sigues llamándola «amante», pero, en realidad, no lo es, ¿no? Más bien es tu prisionera. ¿Recuerdas cuando casi logra escapar? No, no te preocupes por cómo lo sé; preocúpate por si ella decide adoptar un enfoque diferente. ¿Acaso no crees que su vida sería mejor si no estuvierais ni tú ni la arpía de tu esposa? ¿No piensas que ella debe de desear que mueras, y así poder ser libre junto a su hijo?

—¿Me estás amenazando?

Geeta negó con la cabeza.

—No, no es necesario. Nosotras somos cuatro y no puedes dispararnos a todas. Además, a pesar de lo que crees, no soy tu enemiga.

—Ninguna lo es —añadió Saloni—. Así que sé listo y escúchame, porque sé cómo ayudarte.

Bada-Bhai resopló.

—¿Piensas que confío en ti?

—¡Geeta! Ven aquí —ordenó Ramesh.

—La policía ya viene —dijo Saloni—. No tienes muchas opciones. —Cuando vio que el rostro del hombre se contrajo, añadió—: Escucha, Chintu. Estás pensando en lo inmediato y no a largo plazo. ¿Qué tal si, cuando lleguen los policías, pareciera que nunca has estado aquí?

El hombre se vio tentado, pero después hizo un gesto hacia la sangre y el desorden en la sala.

—¿Cómo?

—Si te vas, diremos que fue una disputa doméstica. Y tu familia confirmará que estuviste en casa toda la noche. Explicaremos que Ramesh hirió a Geeta y nosotras tratamos de detenerlo.

Bada-Bhai, aún dubitativo, frunció el ceño, pero consideró lo que la mujer le decía.

—¿Cómo justificaréis el disparo?

—Es solo una herida superficial; diremos que el perro lo mordió o algo así. Pero, para estar seguros, debemos encontrar la bala. En *CID* siempre rastrean la bala hasta dar con el arma.

—¡Geeta! —vociferó Ramesh y después dio dos aplausos para llamar la atención—. Si no vienes ya mismo, juro por Rama que te romperé la cabeza.

—Pero, si mentimos por ti, todo esto se termina —le dijo Geeta mirando solo a Bada-Bhai—. Debes jurarlo por tu hijo: no más venganza, no más amenazas, no más nada. De otra forma, convertiremos tu vida en un infierno. Haremos que Sinha investigue todos tus negocios. Ayudaremos a Lakha a llevarse a tu hijo. ¿Piensas que ahora no tienes paz? Espera y verás.

—¿Qué pasó con eso de no ser mi enemiga?

—Hagamos el trato y no lo seré.

Bada-Bhai evaluó a la mujer. Después de todo lo que había sucedido, ella no podía entender cómo todavía tenía esperanza, pero allí estaba, y la sentía batir las alas en el medio del pecho. «Que esto funcione», les pidió a todos los dioses disponibles. «Haced que podamos salir de esta». El tic bajo el ojo de B. B. seguía palpitando mientras él sopesaba la ira y el orgullo.

—¿Cómo sé que las cuatro podéis mantener la mentira frente a la policía?

—Hemos practicado mucho —respondió Farah.

—Si la cagáis y esa zorra de Sinha aparece en mi casa, os encontraré, y traeré matones mejores que este —informó señalando a Ramesh.

Como sabía que lo más probable era que la policía no estuviera en camino, Geeta, con una calma que era real, dijo:

—Entonces tenemos motivos para no cagarla, ¿no?

Saloni bajó la vista con calculada timidez y habló en tono bajo:

—Tú tienes el poder aquí, Bada-Bhai. Solo dilo y nosotras obedeceremos.

El hombre no se veía feliz, pero asintió escuetamente.

—Ayudadme a encontrar la bala y tendremos un trato.

Ramesh dio una palmada en el suelo y bramó:

—Geeta, puedes darte ínfulas frente a las perras de tus amigas, pero, en cuanto se vayan, te haré pagar por esto.

La mujer, finalmente, bajó la mirada hacia la figura lamentable de Ramesh.

—Esa cabecita tuya no lo entiende, ¿verdad? Nunca volveré a vivir contigo y tú jamás volverás a robarme. Podría decir que preferiría matarme antes de dejar que eso suceda, pero sería mentira. Primero te veré muerto a ti. ¿Comprendes? Si te quedas en este pueblo, me aseguraré de que mueras.

—Todas lo haremos —aseguró Khushi.

—Somos felices de ser accesorios. Como las joyas, pero mucho más peligrosas —dijo Saloni, cuyos labios formaron una sonrisa feroz.

Luego, esta cogió la escoba de Geeta.

—¿Se supone que eso debe asustarme? —Ramesh estaba apoyado en una esquina, con la pierna extendida. El sudor le salpicaba la frente mientras agarraba con más fuerza el cuchillo.

—Sí —contestó Farah de manera alentadora, como si él fuese un estudiante que, al final, había dado la respuesta correcta.

—B. B., dame el arma —gruñó él, pero Bada-Bhai estaba doblado por la cintura al otro lado de la sala, cerca de Geeta, buscando la bala.

—Debería mencionar que somos más —dijo Saloni de forma casual a la vez que barría el suelo también en busca de la bala—. Preity y Priya estarán encantadas de ayudar.

—¿Las gemelas?

—¿Quién crees que quería a Darshan muerto?

—Oh, Rama —murmuró Bada-Bhai al tiempo que seguía buscando —. No hay hombre que esté a salvo en este pueblo.

—Están todas locas. —Ramesh estudió a Geeta para ver si podía encontrar alguna debilidad y hacer el desgarro aún más grande, pero ella mantuvo el rostro sereno.

—No lo creo —dijo Farah agachándose para revisar bajo el catre—. Nunca hemos matado a nadie que no lo mereciera.

—¿Y ellos por qué lo merecían? —preguntó Ramesh con el mentón en posición beligerante—. ¿Solo porque vosotras así lo creíais?

—Abusaban de niñas —respondió Khushi—. Deberían haber recibido un castigo peor que la muerte.

Ramesh se quedó callado un momento.

—¿Todavía?

—¿Tú lo sabías? —Geeta parpadeó, anonadada, y sintió que le retumbaban los oídos—. ¿Y nunca dijiste nada?

Ramesh intentó encogerse de hombros.

—Sí, es decir, está muy mal, pues son niñas, pero ¿qué? ¿Iba a delatar a mis amigos? De ninguna manera. Hay un código para estas cosas que vosotras nunca entenderéis. Aparte, no fui yo quien abusó de ellas.

—Entonces no eres un pervertido, sino solo un cobarde.

Ramesh, con el rostro crispado por la rabia ante ese insulto, se lanzó

hacia ella blandiendo el cuchillo.

Cuando Geeta sacó el arma de la cintura de Bada-Bhai y disparó a Ramesh en la cara, no estaba reaccionando por impulso. Más tarde, cuando las mujeres contaron la historia a las gemelas, la rellenaron con lo que suponían: los instintos de Geeta la habían superado. Ella no las corrigió ni trató de explicar cómo en ese momento el tiempo había sido generosamente lento y había permitido que las dendritas de su cerebro hicieran varias conexiones mientras, primero, apretaba el gatillo y, luego, al encontrar resistencia, volvía a apretar con más fuerza. En ese instante, había pensado en el árbol del suicidio a las afueras del pueblo y en las niñas; en las manos de Darshan sobre ella, y también las de Ramesh; en los privilegios y la vulnerabilidad, la vergüenza y la lujuria, la justicia y la inequidad, y cómo solo la mitad de ello estaba disponible para las mujeres; en cuánto odiaba la cobardía de los hombres y la forma en que se protegían unos a otros para poder salirse siempre con la suya. Así que no, Geeta no había reaccionado.

Había decidido.

La cabeza de Ramesh se movió hacia un lado como si le hubieran dado una bofetada. El sonido restalló en la habitación, rebotó y vibró en las paredes y a través de los cuerpos. Después de un momento en suspenso, Ramesh se desplomó en el suelo.

—¡Dios mío! ¡Geeta!

Bada-Bhai quedó boquiabierto y después exclamó:

—¿¡Qué demonios!? —Geeta quiso devolverle el arma, pero él la apartó—. ¡Ah, no! Ya me he cansado de esta mierda. Me largo de aquí.

—Bueno, pero tú le disparaste primero —señaló Farah.

—¡Por accidente! ¡Ella lo hizo a propósito! ¡Esta perra ya es una *churel*!

Ramesh yacía boca arriba, con las piernas extendidas y el rostro girado hacia el otro lado. La sangre comenzó a formar un charco alrededor de la cabeza, lo que, Geeta lo sabía, iba a ser difícil de limpiar.

—¿Está muerto? —preguntó Farah mirando a Khushi.

—Deberíamos comprobarlo —dijo Khushi mirando a Geeta.

Esta última miró a Saloni, quien cedió con un gruñido. La mujer se agachó cerca de Ramesh y, mientras colocaba los dedos en el cuello del hombre, murmuró:

—No me gusta nada que este sea ahora mi trabajo por defecto. El pulso es débil, pero sí, todavía está vivo. —Una mezcla de alivio y desilusión extinguió el subidón de adrenalina en Geeta, lo que la hizo sentir exhausta. Luego, Saloni continuó—: Dios, Geeta, le volaste la mandíbula. Bueno, no del todo. Está ahí, colgando.

—¿Fractura mandibular? —preguntó Farah con leve interés.

—Sí —respondió Saloni—. No hablará en mucho tiempo.

—¿*CID*? —supuso Bada-Bhai, y las mujeres asintieron—. Tendré que empezar a ver ese programa. —Acto seguido, miró la hora—. Vale, no importa la bala; quedaos con el arma. De ninguna manera me atraparán en este desastre.

—No tan rápido —dijo Geeta, con el revólver tibio aún en la mano. Estaba dispuesta a tentar a la suerte si eso significaba librarse de Ramesh—. El precio por nuestro silencio acaba de subir.

Bada-Bhai la observó.

—¿En serio eres tan estúpida como para seguir amenazándome?

—En realidad, es chantaje —aclaró Farah.

—Extorsión —corrigió Saloni—. Creo.

—Tú eres un hombre de negocios. Nosotras somos mujeres de negocios. Me parece que podemos llegar a un acuerdo que nos satisfaga a todos. —Luego miró el cuerpo de Ramesh—. Y lo arruine a él.

—¿Para qué molestarme? —Sin embargo, el hombre miró el arma y se quedó.

—Porque podemos ayudarte a conseguir la reputación de jefe que tanto deseas. No le diremos nada a la policía, pero tú puedes atribuirte haberle disparado. Dos veces. Así, nadie se meterá con Bada-Bhai.

Este se frotó el mentón.

—Me gusta, pero, de todos modos, podría contarle eso a la gente. Soy hombre y vosotras, un grupo de crédito compuesto por mujeres. ¿Quién va a creeros?

Geeta asintió con seriedad.

—Exacto. Nadie creerá que somos asesinas. Pero tú sí lo sabes, y has visto de lo que soy capaz. —Los hombres como él, siempre que la miraran, verían todo lo que se alegraban de no ser: débiles, pequeños, asustadizos, indefensos. Había que dejarlos ser así. Ella ya había gastado mucha energía luchando por un asiento roto en una mesa desnivelada. A la mierda. Fabricaría su propia mesa—. Pero no te estreses, pues tendrás de nuevo a tu proveedor número uno de *tharra*, ya que no harás más pruebas en perros. No ahora que tienes a un humano muy dispuesto a hacerlo.

Bada-Bhai echó un vistazo al cuerpo flácido de Ramesh y dudó.

—No parece que pueda probar algo pronto.

—Te sorprenderán las cosas que pueden hacer los monstruos. —Geeta dio un suspiro tembloroso—. A cambio, deberás llevártelo y asegurarte de que nunca regrese aquí. Tú consigues nuestro silencio, tu libertad, tu reputación y tu negocio de *tharra*, pero Ramesh no debe molestarme nunca más. Haz que tus hombres lo amenacen, lo encierren o lo que sea; no me importa. Solo mantenlo alejado de mí. Para siempre. ¿Entendido?

Bada-Bhai evaluó a Geeta y, por un segundo, ella pensó que él se negaría, se iría y todos los beneficios desaparecerían con él. No obstante, después de un momento, el hombre asintió.

—De acuerdo, Geeta, de Los Diseños de Geeta. Acepto siempre y cuando Sinha no aparezca. —B. B. extendió el brazo y preguntó—: ¿Estamos en paz?

Geeta entrecerró los ojos al recordar la humillación y la impotencia de estar atada en una silla mientras él le daba un golpe en la parte posterior de la cabeza y, rápida como un rayo, una mano salió disparada para abofetearlo con la reprobación aleccionadora que había visto usar a las madres con los hijos. Él estaba tan sorprendido que se quedó allí paralizado, con el brazo extendido. Entonces, Geeta aprovechó para estrecharle la mano antes de que él se arrepintiera del trato y dijo:

—Ahora sí estamos en paz.

Epílogo

Geeta se paró frente a la nevera. Era vieja. Tenía que serlo: habían pasado diecisiete años. Sus suegros seguramente podían comprar un modelo más nuevo, pero, como esa todavía funcionaba, no tenía mucho sentido. Parecía ser que sus padres, en aquel momento, habían elegido bien para esa dote de la que ella no había sabido nada hasta hacía poco. Extendió una mano para tocarla y luego cambió de opinión. El sentimentalismo, aunque no era del todo absurdo, ese día no resultaba demasiado útil.

—Está listo para verte —le dijo su suegra—. Bueno, tan listo como es posible.

Geeta se apartó de la nevera.

—No tardaré mucho —contestó mientras se subía la correa del bolso. En él, llevaba un sobre con papeles, así como también las compras que había realizado ese día: bocadillos para Bandido, lentejuelas que Farah necesitaba y globos desinflados que había pedido Raees, y que le entregaría esa noche cuando él y su padre fueran a cenar.

—Claro que no —dijo la suegra con sarcasmo—. ¿Por qué iba a llevar más de un minuto?

—Ha llevado seis años —la corrigió Geeta—. Él me dejó hace ya seis años.

La suegra había envejecido, pero ella también. El rencor marcaba los surcos de la boca de la mujer más que las arrugas. Geeta pensó que, después de dar a luz a un hijo varón con un suspiro de alivio porque entonces tendría quien la cuidara en la vejez, debía ser difícil tener que cargar con ese hijo sobre la espalda encorvada.

—Tú hiciste un juramento y, ya que no le diste hijos, lo menos que podrías hacer es cuidarlo.

Un chispazo de rabia se apoderó de Geeta.

—¿Y negarle a usted el placer de la maternidad? He oído que es un privilegio.

La expresión de la mujer se volvió aún más amarga.

—«El perdón es un atributo de los fuertes».

—Ya lo he perdonado. En ese sentido, no espero ni quiero nada de él —dijo Geeta, y era cierto. Phoolan Devi había pasado su truncada vida fluctuando entre el terror y la ira, algo que era comprensible, pero ella ahora sabía que no quería vivir así—. Sin embargo, eso no significa que estemos donde empezamos.

Acto seguido, sin esperar una respuesta, atravesó el pasillo. Luego golpeó ligeramente y, al escuchar un gruñido de permiso, entró y cerró la puerta tras ella. En ángulo con la cama había una silla de madera con el respaldo tallado; Geeta se sentó, se colocó el bolso en el regazo y sacó un sobre de manila para no arrugar los papeles que había dentro.

—Tienes mejor aspecto —mintió. Ella estaba obligada a hablar primero, pues la bala había destrozado la mandíbula de Ramesh y le había hecho un agujero en la lengua, por lo que no podía masticar o hablar bien. El veterinario al que Bada-Bhai lo había llevado al principio había hecho más daño que otra cosa, pero los médicos que lo habían tratado después habían pronosticado que, al cabo de unos años, el grado de movilidad del hombre podría aumentar. Geeta, al ver la botella y el vaso de vidrio en la mesita de noche, notó que la dieta líquida impuesta no parecía molestarle. Ramesh había perdido los dientes; ella los había visto en el suelo. No obstante, los huecos no se veían debido a que él no podía separar los labios más que un par de centímetros.

»Bada-Bhai te manda saludos. —Cuando él la miró con furia, ella se corrigió—: Bueno, eso no es verdad, pero te envía un nuevo lote. Al final abandonó lo de “B. B.”, ya sabes, era muy confuso. —Geeta dejó unas bolsitas sobre la mesa, cerca de la botella, y continuó—: Por cierto, nos concedieron mayores préstamos. Además, Chintu nos presentó, a Farah y a mí, a toda una clientela nueva. No me gusta demasiado que la mayoría sean matones, pero Farah dice que el dinero es dinero, y supongo que tiene razón. Y ahora, al menos, nadie

se queda ciego a causa del *tharra*, gracias a ti. Eso es algo por lo que deberías sentirte bien, ¿no?

»Oh, no te enfades. Veamos, ¿qué más? ¡Ah, sí! ¿Recuerdas a Bandido? ¡Al final es una hembra! Nunca me había fijado bien. Todavía lo llamo, es decir, la llamo, "buen chico". Costará acostumbrarse. Pero mírame ahora, siguiendo adelante. —Geeta tosió y preguntó—: ¿Cómo estás tú? —El hombre dio manotazos sobre las sábanas hasta que dio con el bloc. Se lo notaba más amargado que la última vez. Él escribió y luego ella leyó en voz alta—: "Todavía ciego".

»Podría ser algo transitorio, lo sabes —dijo ella mientras agitaba la botella para que él oyera a qué se refería—. Si lo dejaras. —Entonces leyó—: "No vale la pena". —Geeta suspiró—. Chintu me contó que va modificando la fórmula basándose en que puedas volver a ver, pero tú sigues bebiendo. Eres consciente de que te está matando, ¿no? —Luego, leyó otra vez—: "No lo bastante rápido".

»Está bien; es tu decisión. A mí no me importaría ser viuda, lo sabes, pero estás desgastando a tu madre. Se la ve exhausta. ¿Todavía cree que unos matones te dispararon porque estabas atrasado con el pago? —preguntó ella, y él permaneció inmóvil. Una cicatriz arrugada en la mejilla marcaba por dónde había salido la bala y, además, la mandíbula y el mentón no habían quedado bien alineados, como si fuese una camisa mal abotonada. Había, por supuesto, momentos en que Geeta se preguntaba si se arrepentía de haberle disparado o si sentía remordimiento por causarle tanto dolor a otro ser humano, en especial a uno que alguna vez había amado. Aunque ella ya no lo quería, muchas veces el recuerdo del amor era más poderoso que el amor mismo. Durante un corto tiempo, que para ella había sido larguísimo, él había sido su mundo, pero ahora su mundo era mucho más grande; por lo tanto, decidió que el arrepentimiento le correspondía solo a él. Para Geeta, lamentarse era como tamizar agua; además, tenía otras cosas más arriba en la lista de aquellas por las que lamentarse como, por ejemplo, el tiempo perdido con Saloni. Tal vez existiera una versión de Geeta que hubiese tenido la decencia de no disparar, pero ella se había forjado en el fuego y el fuego había

forjado su temple. Esa era la versión que había sobrevivido y no tenía sentido pedir perdón por ser una superviviente. Acto seguido, sacó los papeles del sobre.

»En verdad te agradezco esto. El abogado explicó que los divorcios por consentimiento mutuo llevan la mitad de tiempo que los disputados —dijo Geeta. El hombre la señaló y después se pasó el pulgar por el nacimiento del cabello. Ella rio y contestó—: No, no quiero volver a casarme. —Con la palma hacia arriba, él desplegó los dedos en forma de abanico para preguntar por la razón—. Porque nuestras vidas ya no están atadas, Ramesh. He vivido como soltera durante años, y quiero que eso sea oficial. Por mí. No quiero tu apellido. —Él se quedó inmóvil y Geeta temió que hubiera cambiado de opinión. Si así era, tenía otras vías y opciones, pero no deseaba recurrir a ellas, pues la dejarían tan exhausta como estaba su suegra. Al final, Ramesh hizo un gesto con la mano para escribir—. Claro. —Entonces ella le guio la mano hasta el papel—. Un poco a la izquierda; más abajo; ahí. Perfecto.

Un instante después, Ramesh, con la mandíbula inmóvil, lanzó una palabra tensa:

—¿Listo?

—No del todo. Esto es solo la primera moción de nuestra petición conjunta. Más adelante, tendremos que comparecer ante el tribunal. ¿Podrás hacerlo? —preguntó ella, y él se encogió de hombros con arrogancia, como si fuese un niño blandiendo su silencio como una espada. Geeta sabía que él podía volverse en su contra durante el proceso, que constaba de varias etapas, y que probablemente lo haría, pues olvidaría lo que ella era capaz de hacer. Entonces, tendría que recordarle que siempre existía la posibilidad de quitarse el arete de la nariz de manera gratuita, sin tener que pagar por un divorcio engorroso. Esto último era una cortesía hacia él para prolongar su insignificante existencia y permitirle seguir consumiendo alcohol un poco más, antes de que la cirrosis prevaleciera.

»¿Sabes qué? —Geeta extendió las piernas y movió los dedos de los pies—. Si lo piensas bien, tienes todo lo que querías. —Ramesh levantó las cejas, y ella explicó—: Bebes como si fuese tu trabajo, que,

en realidad, sí lo es. Tu familia no tiene que comprar el alcohol, pues Chintu te lo da gratis. No espero que me des las gracias, aunque, ¿no era ese tu sueño? —Como la mandíbula no cooperaba, el hombre frunció el ceño, y entonces ella añadió—: Nunca entendiste la ironía. —A modo de respuesta, él hizo un gesto con la mano para indicarle que se fuera.

»Antes te diré algo que sospecho que ya sabes —añadió Geeta, animada—. Eres una persona despreciable, y estar al borde de la muerte no ha cambiado eso. Fuiste vil al casarte conmigo, al mentir sobre Saloni, al dejar que abusaran de esas niñas, al dejar que tus padres les robaran a los míos. Dejarme fue malo, pero peor fue cuando estabas presente. Gracias por eso. Sé que lo hiciste para lastimarme, pero, igualmente, te agradezco.

»Creo que, en tu lugar, yo tampoco querría estar sobria. Es mucho más fácil tolerarte a ti mismo si estás siempre borracho, ¿no? Hablando de eso… —Geeta vertió un poco de la bebida en el vaso y colocó la mano de él alrededor de este.

»Por otro lado, entiendo por qué trataste de arruinar mi amistad con Saloni.

—¿Eh? —Ramesh arrastró la palabra, más por la lengua defectuosa que por el alcohol. Luego bebió un trago y, cuando un poco de líquido le cayó por la comisura de la boca, lo atrapó con el dedo y se lo llevó de nuevo a los labios.

—Porque, sin Saloni, yo era totalmente débil. Con ella cerca, no tenías ninguna posibilidad de hacerme sentir pequeña. Tus fracasos no eran culpa mía, pero siempre me hacías responsable de ellos.

»Todos me decían que debía hacer que el matrimonio funcionara y que, como había atado mi vida a la tuya, no había alternativa: tenía que perdonar e intentarlo todo para que estuviéramos bien. Que una discusión, una pelea o, incluso, un golpe no eran el final; no en el matrimonio. —Ante la expresión de Ramesh, que indicaba que poco le importaba, Geeta sonrió y continuó—: Pero tendría que haber aplicado la misma regla con Saloni. ¿Por qué nadie me dijo que mi vida estaba atada a la de ella, que debía perdonar y hacer que funcionara? A ti te conocía hacía un instante y a ella, de toda la vida;

sin embargo, no se me ocurrió que era igual de importante no dejar que una pelea arruinara nuestra amistad. ¿Por qué protegí tanto el cobre que tenía contigo y dejé que se destruyera el oro que tenía con ella?

»Lo sé, lo sé. Estarás pensando en por qué te estoy diciendo esto a ti y no a ella. No te preocupes. Ya lo hablé con ella también. —Acto seguido, la mujer se sacudió las manos como si acabara de terminar una tarea—. Bueno, con tu permiso, me retiraré. Ah, una cosa más. — Él giró la cabeza hacia la puerta, donde ella se encontraba parada, y entonces Geeta dijo—: Estás equivocado, yo tengo razón y, definitivamente, no lo siento.

La suegra no estaba en la sala común, así que Geeta se marchó sin más despedidas. Saloni la estaría esperando en la motocicleta al final del callejón, pues habían decidido hacer algunas compras mientras estaban en la ciudad, tal vez ver una película o intentar, por fin, conseguir algo de vino, y Geeta ya la había hecho esperar bastante. Mientras cerraba la puerta tras ella, echó otro vistazo a la vieja nevera de color verde menta.

La suya era mucho mejor.

Nota de la autora

Aunque Phoolan Devi (nacida como Phoolan Mallah) fue una persona real, tuvo una vida repleta de situaciones tan extremas que resultan inverosímiles, y por ello su leyenda adopta un tono cinematográfico y de ficción. Esta aura de mito épico se ve reforzada gracias a las diversas adaptaciones que se han hecho de su historia, algunas realizadas con su consentimiento y cooperación, y otras no.

Phoolan nació con una infinidad de desventajas: mujer, pobre, de casta inferior. A muy temprana edad, sus padres tuvieron claro que nadie podría silenciarla ni reprimirla, y tal vez por eso casaron a su testaruda y joven hija con un hombre que la triplicaba en edad; sin embargo, el resultado fue desastroso. Después de unirse a una banda de *dacoits*, ella cometió y fue víctima de una serie de delitos. Finalmente, se entregó a la policía y pasó once años en prisión. Tras su liberación, fue miembro del Parlamento y activista hasta 2001, cuando fue asesinada a los treinta y siete años.

Como sucede con cualquier persona de carne y hueso, existen inconsistencias y contradicciones en cuanto a lo que se ha visto, oído o hecho. He tratado de ceñirme a su autobiografía y a los relatos documentados, pero hay algunos acontecimientos sobre los que Phoolan, como es comprensible, no ha querido hablar. De hecho, agradezco que haya compartido tanto como lo hizo en su autobiografía, *I, Phoolan Devi: The Autobiography of India's Bandit Queen*. También tuve la suerte de acceder a fuentes como el libro *India's Bandit Queen: The True Story of Phoolan Devi*, de Mala Sen, y la hermosa novela gráfica *Phoolan Devi Rebel Queen*, de Claire Fauvel. Dicho esto, cualquier error cometido es solo mío.

En esta novela utilizo muchas veces el nombre y la historia de Phoolan y, mientras escribía y reescribía esos fragmentos, me pregunté si, de esta forma, la estaba honrando o explotando. Lo

primero fue mi intención; lo último, mi pesadilla. Me esforcé por atraer la curiosidad de los lectores hacia la persona extraordinaria que fue Phoolan y no usarla como herramienta unidimensional para lograr mis objetivos. Las protagonistas de la novela la idolatran; no obstante, al rendirle homenaje, era consciente de que nadie se inspira en la historia completa de una persona. Phoolan es un ejemplo de una alternativa poco probable y una inspiración para cualquier mujer que busque hacer sus propias elecciones en un mundo en el que se le dice (y las circunstancias constantemente lo confirman) que los hombres decidirán por ella. En ese sentido, es un modelo para los personajes de esta novela, un grupo de mujeres que toman sus propias decisiones.

Los personajes de Geeta y de Farah se me ocurrieron una década atrás, cuando fui a la India a visitar a mi padre y a mi hermano y condujimos hasta Samadra, Guyarat, para asistir a una reunión de un grupo de crédito, en cuya financiación participaba mi padre. Las historias de empoderamiento y voluntad en cuanto a lo financiero de las mujeres fueron, por supuesto, inspiradoras, pero no dejaba de preguntarme qué podría detener a cualquiera de sus maridos, en una zona rural de un país patriarcal, si decidieran ejercer su dominio. Solo con los préstamos no se erradicaba, ni podría erradicarse, la vulnerabilidad femenina. Eso me llevó a una observación incómoda: estas mujeres tenían libertad, pero solo dentro de los ámbitos delineados por los hombres. Y así fue como comenzó este libro, aunque como una historia corta sin asesinatos ni caos y con apenas un mínimo de misterio.

Durante la cuarentena de 2020, volví a esas pocas páginas y, entonces, se desplegó un mundo más grande, en el que Saloni, Preity y Priya comenzaron a formar parte de este grupo de mujeres vengativas. Mientras me sumergía en la ficción, me encontré anhelando lo mismo que muchos otros en la pandemia: disfrutar. Colándose entre las páginas, hallé humor negro. Aunque traté de abordar con respeto y precisión los flagelos del maltrato doméstico, el patriarcado y la marginación por razones de género, religión o casta, estaba convencida de que el humor podía actuar como refuerzo para evitar que el libro colapsara bajo el peso de estos temas tan actuales y

preocupantes. Pienso que lo que hizo posible este humor negro fue la resiliencia de las mujeres y el poder de la sororidad.

La lamentable situación actual es dura para las mujeres de todo el mundo, y las amistades femeninas son las que nos llevarán a través de la oscuridad y lo absurdo de la vida. Sin embargo, esas conexiones no siempre son fáciles de forjar en un mundo empeñado en dividir, marcar y etiquetar como «diferente». Intenté abordar el pernicioso sistema de castas con el personaje irreprimible de Khushi. Dado que la historia de Phoolan Devi es un tema recurrente en el libro, explorar las ramificaciones de ser una mujer *dalit* en la India rural no solo parecía natural, sino algo predestinado.

Aunque los detalles y matices difieran, en todas las sociedades hay siglos de abuso y opresión. No se ha escrito lo suficiente sobre estas luchas y muertes y, por eso, mi más ferviente deseo fue y es que este libro despierte una curiosidad que atraiga a los lectores hacia las historias de aquellos históricamente marginados y que los deje con ansias de más.

Para mí, la ficción es el lugar en el que la investigación se encuentra con la compasión, y creo que esa es la razón por la cual los hechos no cambian la mente de las personas, pero las historias sí.

Agradecimientos

Doy las gracias a y por:

Mi madre, Anjana Shroff; mi padre, Pratul K. Shroff; mi hermano, Advait P. Shroff, y al resto de mi maravillosa y alocada familia, que me dejan importunarlos constantemente con «solo una pregunta más». Gracias a todos.

Téa Obreht, cuyo amor me eleva cada vez más.

Mi maravillosa agente, Samantha Shea, y mis brillantes editores, Hilary Rubin Teeman y Caroline Weishuhn; Rahul Soni de HarperCollins India; y Kate Ballard de Allen & Unwin: cada uno de vosotros hizo que este viaje fuera fabuloso y este libro fuera mejor.

Mis amigos y profesores, de aquí y de allá, por ser generosos con su tiempo, su apoyo, sus risas y su conocimiento: Elizabeth McCracken, Scott Guild, Cassandra Powers, Lucas Schaefer, Christine Vines, Teresa DiGiorgio, Dan Sheehan, Roxane de Rouen, Freya Parekh, Aashni Shah, Muskan Srivastava, Mohan Kachgal, Sara Ferrier, Ren Geisick, Serena W. Lin, Alex Chee y Mark S. Edwards. Vosotros sois mis bonobos.

Las residencias de arte que me regalaron su tiempo y espacio: The MacDowell Colony, Djerassi, Jentel, The Studios of Key West, Kimmel Harding Nelson Center for Arts y Sangam House. Y a las mujeres de Samadra, Guyarat, que dejaron observar a esta intrusa.

Arthur T. Javier, primer y mejor lector, querido amigo y alma gemela. Este libro nos pertenece a los dos.

Y Devin, quien tuvo fe de sobra cuando yo no tenía ninguna.

Este libro se publicó en mayo de 2024, exactamente sesenta años después del fallecimiento de Jawaharlal Nehru, legendario primer ministro de la India.

Table of Contents

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
Epílogo
Nota de la autora
Agradecimientos